

Javier Malonda Ricart

Tiempo que perder



2005

TIEMPO QUE PERDER

Javier Malonda Ricart

Escrito entre el 23-12-2000 y el 12-08-2004

Prefacio

Este libro ha sido escrito a saltos durante casi cuatro años, más o menos, en semanas de presumible aburrimiento que terminaron convirtiéndose en días de frenética actividad creativa. Ha sido pesado pero también he disfrutado durante todo el proceso. He ejercitado la paciencia y he aprendido muchas cosas. Todo son ventajas para mí, pero ¿qué puede encontrar el lector en estas páginas?

No soy un escritor profesional, así que mi estilo es sumamente limitado. A pesar de todo, creo que he creado una historia que, sin pretensiones, consigue entretener desde el principio al final, que después de todo es lo mínimo que se le puede exigir a un libro.

Al tratarse de una historia de ciencia ficción, algunos pasajes toman ciertas licencias en pro del interés. Le pido al lector que aparte toda crítica a la pseudo-ciencia que pueda encontrar en este libro y que no cuestione ciertas escenas que sólo pretenden entretener. Hay que ejercitar la imaginación, caray.

Este libro no sólo se puede copiar y distribuir sin ánimo de lucro tan libremente como se desee, sino que además animo a ello. Mi máxima ilusión es que todo este trabajo pueda llegar a tanta gente como sea posible. ¿Para qué existen los libros si no es para ser leídos? Lo único que pido es que se conserve mi nombre junto con las copias. Ya que voy a seguir siendo pobre, al menos que el reconocimiento pueda alimentar mi ego.

En el apartado de agradecimientos, muchas gracias a mis padres por hacerme como soy y soportarme durante el trámite. Gracias a todos aquellos que leyeron las versiones previas de este libro y se tomaron la molestia de corregir expresiones y sugerir nuevos giros a la historia. En especial, gracias a José Antonio Calvo, a Javier Cantero y a Javier M. Mora (también conocido como El Gran Jamarier). Sin ellos este libro no sería como es.

Mi agradecimiento más sincero también a Ignacio Fernández, que ha revisado el escrito tanto ortográfica como gramaticalmente encontrando docenas de errores y solucionándolos y haciendo la historia mucho más fácil de leer. También el formato es cosa suya. Gracias de verdad por tal cantidad de horas de trabajo.

Poco más sino agradecer al lector su tiempo. Espero que disfrute con esta historia que le voy a contar y, si es así y tiene un momento, le ruego me lo haga saber (jmalonda@gmail.com).

Un saludo afectuoso,

Javier Malonda Ricart

Índice de capítulos

1	Prólogo	6
2	Otra noche en el tiempo	9
3	Un nuevo día gris	22
4	Una vida dedicada al tiempo	41
5	Un poco de acción	58
6	El experimento	63
7	De vuelta de todas partes	72
8	La noche en Gaia	81
9	El día después	92
10	Una noche lluviosa en el tiempo	105
11	Un baño de realidad	117
12	La última noche de Armand	133
13	La cruda realidad	137
14	Tocando fondo	153
15	Una decisión arriesgada	182
16	Desenlace	200
17	La mañana siguiente	214
18	Una última oportunidad	217
19	La prueba	232
20	El sueño infinito	239
21	Principio del fin y principio	243

1

Prólogo

ABRIÓ los ojos y no vio nada; una oscuridad impenetrable y total le rodeaba por completo. Pras recuperó la consciencia poco a poco, como si algo hubiera interrumpido un sueño muy plácido y pleno. Tenía la sensación de haber dormido durante mil años seguidos.

En aquella oscuridad, no fue capaz de distinguir ningún tipo de sombra ni consiguió encontrar el menor rastro siquiera de penumbra a su alrededor. Todo era de un monótono oscuro que se tragaba lo que quisiera que hubiera allí que tragar. Se sentía como pensaba se debía de sentir un ciego. Parecía, a pesar de todo, estar en un lugar enorme, aun cuando no supiera cómo podía ser capaz de realizar semejante afirmación en ausencia total de referencias.

Privado de su sentido de la vista, intentó incorporarse para descubrir que tampoco tenía consciencia de su cuerpo. Se dio cuenta de que no era capaz de determinar en qué postura se encontraba, así que tratar de moverse en aquellas circunstancias le pareció que no tenía ningún sentido. En aquella absoluta oscuridad no supo si tenía manos, piernas o cualquier otra cosa que una vez hubiera formado parte de él; no pudo tocarse, y si lo consiguió, no lo sintió en manera alguna. Pese a ser consciente de lo alarmante de la situación, tenía la extraña sensación de encontrarse bien físicamente, de *estar entero*. Se sentía sencillamente muy pequeño, como

una partícula infinitesimal flotando en un negro infinito que se extendía en todas direcciones.

Hubiera caminado, pero no le pareció ser capaz de realizar algo así. Tampoco le daba la impresión de que tuviera algún lugar adonde ir, así que permaneció en aquella inmensidad prisionero de su propia existencia y atrapado en mitad de la nada, presa de sus pensamientos, de la única cosa de la que tenía constancia con toda certeza.

El tiempo pasó y nada sucedió, todo permanecía de la misma inquietante manera. Aquel mar de espeso negro no sufrió mutación alguna en el lapso de tiempo que había transcurrido, imposible de calcular. Pras se preguntó dónde estaría, qué había sido de todo lo que una vez le había rodeado. Pensó que quizá aquello sería pasajero, y que en cualquier momento todo volvería a ser como lo conocía, como tan sólo hacía unas pocas horas, y no un incómodo infinito en el que sólo él parecía existir. Se le ocurrió intentar hablar:

—¿Hay alguien ahí? —gritó.

No supo muy bien si aquellas palabras habían sido sonido en algún lugar más allá de su mente. Desde luego, si habían sido ondas trasladándose en el espacio, nada había traído un eco de vuelta. Aquello no hizo sino aumentar su hasta entonces sólo incipiente angustia.

—¿Hay alguien ahí? —repitió con lo que una vez había conocido como más fuerza. No obtuvo respuesta alguna. Quizá algo había salido mal.

¿Qué sentido tenía todo aquello? ¿Dónde estaba?, se preguntó otra vez.

Tenía la impresión de que el tiempo fluía a su alrededor muy rápido... o terriblemente despacio. ¿Cómo saberlo en aquel vacío infinito? Se sintió solo, muy solo.

De pronto se le ocurrió pensar que podía haber muerto. Se preguntó acto seguido cómo podía estar pensando en la muerte con semejante frialdad y naturalidad. ¿Había estado preparado desde el principio, sin saberlo, para lo peor? No, se dijo, uno nunca espera morir, por mucho que se prepare, pero... ¿y si lo estaba? No esperaba que la muerte fuera una fría llanura de oscuridad infinita, aunque tampoco se había parado nunca a pensarlo.

¿Por qué no? La muerte podía tener cualquier aspecto. Apartó aquellos pensamientos de su mente intentando hacer hueco para nuevas preocupaciones más apremiantes.

¿Qué sucedería ahora? Pras no se consideraba religioso, pero nadie podía evitar la influencia de las religiones a lo largo de su vida. ¿Qué se suponía que sucedía cuando uno moría? ¿Era este el cielo que prometían los teólogos estudiosos y que proclamaban los creyentes? ¿Estaría en una especie de gran sala de espera haciendo tiempo para entrevistarse con alguien? ¿Existiría realmente un ser supremo?

Probablemente una persona religiosa se habría sentido decepcionada ante lo que Pras estaba sufriendo en aquellos momentos, pero él lo aceptó sin más por el sencillo hecho de que no esperaba nada especial en aquel trámite. En cualquier caso, la muerte le estaba empezando a resultar aburrida. Se sobresaltó al oír la frialdad con la que había pronunciado aquellas palabras en su cabeza y lo poco coherentes que sonaban en relación a todo lo que conocía.

¿Cómo había llegado a aquel punto? ¿Cómo había sido tan idiota como para arriesgar su vida de aquella manera tan estúpida?

Sin nada mejor que hacer, empezó a recordar desde el principio.

2

Otra noche en el tiempo

TIC, tac, tic, tac... Pras Wood se había vuelto a quedar absorto mirando el péndulo de su viejo reloj de pared. Izquierda, derecha, izquierda, derecha. Izquierda una vez más. Aquel péndulo parecía sincronizado con el ritmo de la noche al pasar. El viejo reloj era una auténtica pieza de museo, especialmente si se tenía en cuenta el moderno mobiliario que completaba el resto de la habitación. Completamente ausente, desparramado sobre el sillón y con la mejilla apoyada sobre su puño derecho, Pras había vuelto a quedar embrujado por el vaivén hipnótico del péndulo del viejo reloj.

Saliendo de su ensueño, se dio cuenta de la situación: le había vuelto a suceder. Volviendo a la postura erguida, se ajustó las pequeñas gafas de cristales redondos que se le habían deslizado hacia abajo en su nariz respingona. Miró a su alrededor intentando recuperar la compostura, con la familiar sensación de que alguien le había estado observando durante su inocente ensoñación y pensando, con un punto de vergüenza, en la cara de estúpido que debía de poner cuando aquello le sucedía.

¿Cuánto tiempo habría permanecido en ese trance esta vez?, ¿diez, quince, treinta minutos?, ¿varias horas como ya le había sucedido en otras ocasiones? Levantó la vista y vio que apenas habían pasado veinte minutos desde que inició

la simulación en el ordenador; aún quedaba un buen rato. El tiempo era tan relativo. Precisamente en esto residía su fascinación. El paso del tiempo, su percepción, su presunta exactitud. «*La velocidad del tiempo es exactamente de un segundo por segundo*» había leído alguna vez. Se sonrió al pensar cuán falsa esa afirmación podía llegar a ser. ¿Quién podía decir con exactitud durante cuánto tiempo había sucedido algo sin la ayuda de un reloj? ¿Percibía todo el mundo el tiempo de la misma manera?

Miró la pantalla del ordenador. Multitud de líneas sin significado aparente surgían de la parte inferior del monitor y saltaban apresuradamente en su camino hacia la parte superior de la pantalla negra. Unas líneas desaparecían para dejar su lugar a nuevas filas de caracteres que debían mantener el flujo constante. Pras miró el reloj de nuevo. Le sorprendió pensar que apenas hacía unos instantes que había mirado la hora y sin embargo la estaba consultando de nuevo. Aquello le sucedía frecuentemente. No sabía si le pasaba a todo el mundo, pero a menudo miraba el reloj de manera descuidada y no veía la hora. Sabía que no la veía porque al cabo de unos instantes debía volver a consultar su reloj de nuevo. Quizá fuera simplemente un gesto que repetía sin apenas darse cuenta, pero todo cuanto tuviera que ver con el tiempo y su percepción llamaba extraordinariamente su atención y mantenía su cabeza ocupada.

Se aseguró esta vez bien de la hora en que vivía y se sintió repentinamente hambriento. Se levantó del sillón y fue a la cocina a preparar algo de comer. Siempre le solía entrar hambre hacia la una de la mañana. Pensó una vez más en lo estrambótico de su vida diaria: no respetaba horarios de ningún tipo, comía cuando tenía hambre; unas ocasiones tres veces al día, en otros casos hasta seis. Sin embargo, un

extraño mecanismo metabólico le mantenía siempre en su mismo peso exacto. Por otra parte, apenas dormía un par de horas diarias y no se resentía en absoluto por ello.

Mientras mordía el sándwich caliente pensó en la suerte que tenía de poder disponer de prácticamente la totalidad de la noche para hacer lo que se le antojara, un día tras otro. Una persona normal debía dormir durante al menos siete horas para encontrarse bien al día siguiente; a él le bastaban dos. Eso significaba que sus días eran mucho más largos, disponía de mucho más tiempo. En definitiva, vivía más que una persona común. «*Dormimos la tercera parte de nuestra vida, ¿no es un despilfarro?*» había oído comentar a alguien en alguna ocasión. Efectivamente, a Pras aquello le parecía un despilfarro. Afortunadamente, y por algún curioso capricho de la naturaleza, él estaba sujeto a otras normas, y se consideraba afortunado de poder aprovechar el tiempo que otras personas desperdiciaban durmiendo. Cuando llegara su muerte, que esperaba fuera dentro de mucho tiempo, se podría considerar que había vivido varias veces el tiempo de una vida normal. Le gustaba pensar sobre ello. Pensamientos así mantenían y alimentaban su casi paranoica fascinación por el discurrir de los segundos.

Cogió el plato y, aprovechando las pequeñas ruedecitas de su cómodo sillón, se deslizó junto a la inmensa cristalera que abarcaba prácticamente la anchura de su salón y de su casa, ya que ésta apenas constaba de mucho más que de esa estancia y además en ella se desarrollaba la mayor parte de su vida, especialmente en los últimos meses. El cristal se levantaba desde el suelo hasta el techo y, dada la orientación del salón, durante la tarde recibía una agradable luz que llenaba la estancia de una agradable calidez. En aquellos momentos, la tenue luz que iluminaba el salón le permitía

observar el exterior sin que el reflejo de su figura sujetando un plato y oteando la noche le resultara demasiado molesto. Las vistas no eran nada del otro mundo. Es más, el enorme edificio residencial que se levantaba a unos cien metros del suyo tapaba gran parte del espectáculo. Aun así podía, por los laterales, ver parte de la ciudad, de manera que su vista podía respirar más allá de muros de hormigón levantados a gran altura. También podía ver el cielo.

Miró hacia abajo. Algún vecino paseaba al perro por el jardín que separaba ambos edificios. Vaya horas, pensó Pras. Aquella era una zona tranquila, de hecho ni siquiera en toda la ciudad sucedía nunca nada especialmente destacable. El chucho recorría los setos del jardín moviendo la cola alegremente mientras tiraba de la correa extensible de su amo, quien fumaba un cigarrillo ajeno a los juegos de su can.

Levantó la vista y observó el edificio de enfrente. Todas las luces estaban apagadas. La enorme mole parecía un inmenso barco fantasma vagando a la deriva. Si uno lo miraba fijamente hubiera jurado que el inmenso bloque acristalado se deslizaba silenciosamente en la oscuridad. Apenas había pasado la medianoche y la ciudad estaba completamente muerta. Los cristales del edificio brillaban tenuemente con un resplandor fantasmal en la tibia luz que, no sabía cómo, arrojaba aquella oscura noche.

Levantó la vista hacia el cielo. Había algunas nubes, pero se podía ver claramente la luna y también algunas estrellas. Las estrellas, el Universo mismo, le sobrecogían. Cuando pensaba en lo lejos que estaban la mayoría de aquellas luces contoneándose en la noche, cuando reflexionaba en la dimensión del propio universo, en lo insignificante de aquel planeta que habitaba, no podía evitar que un escalofrío le recorriera la espalda. Se encontraba en un pequeño planeta

que, junto con ocho más, giraba despistadamente alrededor de una estrella más bien pequeña. Esta estrella no era más que una entre millones de millones que se repartían en el extremo de uno de los brazos de una galaxia de tamaño medio. Existían miles de millones de... m... *¡qué sabía él!*, en fin, un número que apenas podía imaginar de galaxias como aquella en un universo que se expande lentamente y que nadie sabe ni de dónde vino ni adónde va, y ni siquiera qué hay cuando se acaba, si es que alguna vez llega a un fin.

La estrella más cercana a la tierra estaba a cuatro años luz. Es decir, la luz que emitía tardaba cuatro años en alcanzarnos, y eso que no existía nada que pudiera viajar más rápido. Para los seres humanos, la velocidad de la luz era ya un concepto difícil de imaginar. La luz que emitían los coches que veía desde su ventana llegaba a él en el mismo momento en que salía de los faros, de manera instantánea. Uno estaba involucrado en todo lo que le rodeaba a través de la luz y todo sucedía de modo inmediato, en el mismo instante y en perfecta sincronización gracias a que la luz, con su extraordinaria rapidez, formaba un tejido que los envolvía a todos. Uno interaccionaba con el mundo a través de la luz. Sin luz probablemente no hubiera nada, ni siquiera tiempo.

Sin embargo, cuando miraba las estrellas, no miraba las estrellas en ese momento, sino que las observaba en el pasado. Estaban llegando a él imágenes de astros que brillaban en tiempos en los cuales probablemente ni siquiera la Tierra existía. Era probable que alguna de aquellas estrellas que contemplaba no existiera ya. Imposible saberlo con certeza. La imagen de su destrucción tardaría miles de años en llegar a sus ojos y, era bastante probable, él ya no estaría allí para contemplarlo. Una lástima.

Le parecía apasionante que en aquel momento estuviera contemplando decenas de momentos diferentes en el tiempo. Cada una de aquellas estrellas que brillaban para él le mandaba una imagen desde tiempos distintos en el pasado, dependiendo directamente de la distancia a la que se encontraran de él. Diferentes momentos estaban coexistiendo con él en aquel mismo instante, unidos todos por el invisible velo que tejía la luz. Distintos instantes tenían lugar de una manera perfectamente coherente al mismo tiempo. Aquel pensamiento le resultaba absolutamente bello y apasionante, ya que era de una sencillez que le cautivaba.

Acercó el sillón de nuevo frente al ordenador para terminar el sándwich ya frío. La mayor parte de las veces sus divagaciones terminaban en confusión y comida fría, y aquélla no fue una excepción. Dio un sorbo de agua mientras levantaba la vista y volvía a admirar el reloj de madera que le contemplaba desde la pared marcando el silencioso ritmo de la noche. Era el único objeto que conservaba de casa de sus padres. Recordó el día en que su padre, a la vuelta de uno de sus innumerables viajes, lo había traído a casa. Había pasado mucho tiempo desde entonces, pero todavía recordaba cómo había observado maravillado aquel objeto por primera vez mientras su padre lo sacaba de la caja y lo mostraba con orgullo, como quien enseña un trofeo de caza a las amistades. Aquel objeto había ejercido siempre una fascinación desmesurada sobre él. Recordó cómo, ya entonces, podía pasar horas delante de él ausente del mundo que le rodeaba. Le fue difícil convencer a su padre de que se lo diera cuando se marchó de casa, pero su padre sabía que nadie iba a cuidar mejor de aquel reloj que él.

Su admiración por aquel objeto, casi mágico para él, no dejó de acrecentarse en los años siguientes. Marcaba

las horas con una precisión increíble para la rudimentaria tecnología que encerraba en su interior, y a menudo lo usaba para poner en hora su reloj de muñeca, el cual indefectiblemente volvía a retrasar varios segundos al cabo de unos pocos días a pesar de ser de una reputada marca. Recordaba con exagerada emoción el día en que, casi sin querer, encontró un pequeño compartimento secreto que se ocultaba en la base de la caja. Recordó lo increíble que le pareció no haber reparado en aquel detalle, teniendo en cuenta el número de horas que había pasado delante de aquel par de manecillas de hierro negro, y a veces se preguntaba si su padre se habría dado cuenta de la existencia de aquel pequeño cajón secreto en la parte inferior del artilugio. A fin de cuentas, no venía con manual de instrucciones, al menos que él recordara. Aquel reducido escondite era para Pras el lugar más seguro del planeta, y a menudo guardaba allí objetos de pequeño tamaño que no quería que nadie jamás encontrara. Para él, aquel recóndito lugar era tan inexpugnable como la caja fuerte más segura en el mejor banco del mundo. Sólo él conocía la existencia de ese pequeño lugar tan ajeno a todo que uno podría decir que se ubicaba en una dimensión diferente.

Hacía tiempo que no guardaba nada allí, pero, desde que comenzó aquella etapa del experimento hacía ya varios meses, ese era el lugar en el que depositaba el cartucho con los resultados de las simulaciones. Siempre, por motivos de seguridad, hacía dos copias: una que él llevaba encima y otra que guardaba en su caja fuerte particular, donde podía tener la certeza de que nunca le sucedería nada. No era que los datos del cartucho fueran precisamente secretos; al fin y al cabo su proyecto podía interesar a muy poca gente y además la información no tendría ningún sentido para cualquiera

que pudiera hacerse con ella. Simplemente eran años de trabajo y muchas noches de vigilia privilegiada, y lo menos que podía hacer era guardarlos en un lugar seguro.

Quizá fuera el influjo de aquel mágico reloj el que le hubiera llevado a profundizar de aquella manera en el estudio del tiempo. A sus 32 años, había pasado por las mejores universidades y se había graduado de los primeros de su promoción con un excelente expediente. Sin embargo, lo *poco convencional* de sus ideas le había condenado a trabajar en campos de investigación diferentes a los que le interesaban desde que salió de la universidad. Nadie parecía estar demasiado interesado en el funcionamiento del tiempo o, por lo menos, no lo suficiente como para soportar su compañía una larga temporada y mucho menos para financiar sus investigaciones. Afortunadamente, gracias a las pocas horas de sueño que necesitaba cada día, había consagrado las noches al estudio de lo que realmente le fascinaba. Trabajaba y daba clases durante el día para poder ganarse una vida decente, y dedicaba el resto de la jornada, la que los demás dedicaban a descansar y que él apenas necesitaba, para elaborar sus propias teorías sobre el tiempo, un proyecto sin fin que le había absorbido completamente la juventud. Pensaba que jamás podría dedicarse completamente a su verdadera pasión cuando, un día, un desconocido y acaudalado personaje, Hanz Helmbeltz, interesado por un artículo sobre sus estudios publicado en una revista científica de segunda fila, se puso en contacto con él para hacer realidad el sueño de su vida.

No conocía muy bien a aquel hombre, sólo lo había visto unas pocas veces, pero tampoco le interesaba demasiado su persona a pesar de tenerle un infinito aprecio por todo lo que había hecho y seguía haciendo por él. Recordó el día

en que recibió su llamada, recordó cómo llegó con media hora de antelación al lugar de la cita y cómo vio su oronda y puntual figura desfilarse media hora más tarde entre las mesas del lujoso restaurante y presentarse: «Buenos días, señor Wood, soy Hanz, Hanz Hembeltz», dijo mientras se quitaba el sombrero y se inclinaba para darle la mano, impidiéndole levantarse con un gesto cordial de la otra mano.

Era un hombre relativamente joven, pensó Pras entonces. Cuando alguien maneja una fortuna como la que le atribuía al señor Hembeltz, se le presupone una cierta edad; se precisa un tiempo prudencial para llegar a amasar una gran cantidad de dinero de una manera más o menos legal. Sin embargo, aquel agradable hombretón de mofletes colorados debía de rondar los cuarenta y pocos años, a pesar de su pelo prematuramente blanco. Sin duda joven para aquella fortuna. Todo lo que sabía de él es que era un acaudalado banquero filántropo interesado por la ciencia. Con la parte de acaudalado a Pras le bastaba, el resto de detalles se diluían en sus pensamientos.

Estuvieron charlando animosamente durante toda la tarde y Pras se sorprendió de que estuviera tan al día de sus teorías; al fin y al cabo ninguna revista prestigiosa se había atrevido jamás a publicar sus estudios, lo que, después de todo, era relativamente comprensible teniendo en cuenta lo arriesgado y poco convencional de sus planteamientos. Por menos de lo que Pras exponía le hubieran quemado en la hoguera en la edad media. Sin embargo, a pesar de la poca repercusión de sus investigaciones, el señor Hembeltz parecía estar al corriente de hasta el último detalle. Ante su asombro y, pensó entonces Pras, quizá animado por el calor de las copas de la sobremesa, aquel excéntrico caballero se ofreció a costearle la investigación con la que había estado

soñando toda su vida. No concedió demasiado crédito a lo que oyó aquella tarde hasta que, días después, recibió una llamada de la secretaria del orondo banquero citándole para el lunes siguiente a primera hora de la mañana.

Así fue cómo volvieron a verse días más tarde, esta vez para hablar en firme sobre la financiación y los pormenores del proyecto que Pras le había presentado durante la animada comida. El señor Hembeltz se mostró entusiasmado con sus ideas y le aseguró que se ocuparía de todos los gastos que se derivaran de las investigaciones. Aquello parecía un sueño. Incluso apenas puso condiciones, simplemente algunos detalles sobre la ubicación de la planta-laboratorio, unos retoques sobre los planos y la imposición, eso sí, del equipo de proyecto que trabajaría con él. Al principio Pras se mostró reticente sobre este último detalle, pero su recelo se tornó en inconmensurable satisfacción al conocer al grupo de científicos que estaría a su lado. Desde el principio se entregaron completamente a su tarea, y su profesionalidad y preparación le deslumbraron en el breve plazo de unos pocos días. Pras había soñado muchas veces que le tocaba la lotería y podía dejar las clases y su aburrido trabajo para consagrarse a su verdadera vocación. Desde luego aquello había sido mucho mejor que la estúpida idea de la lotería.

El timbre del teléfono interrumpió el torrente de recuerdos que sacudía su cabeza en el silencio de la noche. Miró el reloj de pared. La una y media. Nadie en su sano juicio llamaría a una casa decente a esas horas de la noche, así que debía de ser alguien que le conocía bien, pensó mientras descolgaba el auricular y se lo llevaba al oído apurando el vaso de agua.

—¿Sí? —dijo Pras tragando atropelladamente el líquido que aún tenía en la boca.

Una voz familiar sonó al otro lado de la línea.

—Hola Pras, ¿a qué estás dedicando la noche hoy?

Ah, Mónica. Siempre era un placer oír su voz, incluso cuando se enfadaba, lo que sucedía bastante a menudo. Mónica trabajaba con él en el proyecto, de hecho era parte fundamental del mismo.

—Poca cosa, lo de todas y cada una de las noches de las últimas semanas, corriendo la simulación con los últimos parámetros que obtuvimos a principios de mes —contestó él con aire cansado—. ¿Qué haces despierta a estas horas? No creo que el señor Hembeltz te vaya a pagar horas extra.

—A ti tampoco —contestó la voz, deliciosamente suave y divertida al otro lado de la línea.

—Bueno, lo mío es deformación profesional, ya lo sabes —contestó mientras esbozaba una sonrisa.

—¿Tienes algo nuevo? ¿Algún resultado? ¿Algo que tu amiga Mónica deba saber? —preguntó con interés.

—Nada. Absolutamente nada. Esto es desesperante. Mónica, ¿tienes idea de lo que es hacer lo mismo todas las noches un día tras otro sin lograr el más mínimo avance? Estoy empezando a desanimarme, creo que nunca vamos a lograr nada. Quizá esté equivocado, ¿sabes?, tal vez todo esto no tenga ningún sentido. Me estoy replanteando algunas cosas...

—¿No estarás pensando en abandonar? Ni se te pase por la cabeza semejante idea. ¿Estás loco?

Caramba, esta noche está especialmente agresiva, pensó Pras. Normalmente no le llamaba *loco* hasta los últimos compases de una discusión. Aun así se alegraba de estar hablando con ella, y no sólo por salir de la monotonía de la noche.

—No puedes dejarlo ahora, estamos muy cerca. ¡Estás muy cerca! Es el trabajo de muchos años, Pras, no puedes tirarlo por la borda por una mala racha.

—Esto no es una mala racha, Mónica, esto no va a ningún sitio. Llevamos meses dándole vueltas a la misma historia. Al fin y al cabo nunca se ha hecho nada igual, no existen precedentes, ni siquiera tenemos pruebas de que se pueda hacer, sólo el resultado de mis... —Pras hizo una pausa buscando la expresión exacta— delirios nocturnos. Ni una base firme. Y llevamos meses sin avanzar un sólo centímetro. ¿Sabes?, es posible que tengas razón y simplemente esté loco.

Le encantaba hacerse la víctima, sobre todo con Mónica, aunque esta vez estuviera convencido de lo que decía.

La voz de Mónica se tornó mucho más conciliadora:

—Sabes que no hablo en serio cuando digo que estás loco. Ni siquiera creía que tuvieras mis opiniones en cuenta. Desde luego no deberías —añadió con voz amable intentando dar un toque distendido a la conversación.

—Estoy realmente cansado de esto. Si no fuera por la confianza que el señor Helmbeltz depositó en mí hace tres años, y por el entusiasmo con que sigue el proyecto, lo habría dejado hace tiempo. De hecho creo que incluso él tiene ya más fe en todo esto que yo. Todavía me sorprende que siga apoyando el proyecto después de todo lo que ha sucedido. Seguramente el pobre hombre está incluso más loco que yo.

—Pras Wood, escúchame: esto es simplemente una mala racha. Sí que ha habido avances. Recuerda lo que conseguimos sólo hace tres meses, ¡qué rápido se te olvida lo bueno! Estás pasando por un bache, eso es todo. ¿Por qué no dejas lo que estás haciendo y duermes un rato?

—Sabes que prácticamente no duermo, no podría ni aunque lo intentara.

—Pues relájate, escucha música, haz lo que sea. Intenta tranquilizarte un poco. ¿Por qué no nos vemos mañana?

Hacía varios días que no la veía, y se dio cuenta de que la echaba de menos.

—Claro, ¿quedamos para comer?

«Por favor, di que sí, di que sí» murmuró para sus adentros. Mónica a menudo proponía planes pero siempre terminaba alegando cualquier pretexto que desbarataba sus expectativas, así que una respuesta afirmativa tampoco significaría necesariamente que se fueran a ver al día siguiente. Se sorprendió esperando un *sí* con tantas ganas.

—De acuerdo. Pasaré a recogerte a eso de la una. Y ahora intenta relajarte un poco. Nos vemos mañana.

—Perfecto, nos vemos mañana entonces. Buenas noches.

Colgó el auricular y apretó los puños con gesto eufórico. ¡Sí! Era increíble, incluso iba a pasar a recogerle. Se preguntó si era demasiado bonito para ser cierto y decidió no hacerse ilusiones sobre lo que sucedería al día siguiente. Probablemente Mónica llamaría a última hora de la mañana y se excusaría con cualquier motivo estúpido. Sí, a veces habían salido juntos por ahí y lo habían pasado bien, pero la regla general era la excusa tonta en el último momento. La verdad era que siempre le resultaba muy difícil encajarlo, así que resolvió pensar que al día siguiente comería solo, de manera que cuando Mónica llamara cancelando los planes no se deprimiría más de lo que estaba. Su vista volvió a la pantalla del ordenador.

3

Un nuevo día gris

EL despertador sonó, como todo los días, a las nueve en punto. La débil luz que entraba por la ventana era la tarjeta de presentación de un nuevo día. Armand se frotó los ojos y alcanzó con esfuerzo las gafas sobre la mesilla de noche. Se incorporó sobre sus codos y miró en derredor sin saber muy bien qué buscaba, aturdido. Permaneció en aquella posición unos minutos, con la mirada completamente perdida y con gesto ausente. Quizá se estuviera preguntando por qué se levantaba cada mañana, un día tras otro; por qué salía de la cómoda calidez que le envolvía durante el letargo nocturno, ese dulce estado de bienestar tan impreciso, tan difícil de disfrutar completamente, de saborear. Finalmente, tras un periodo de tiempo que no hubiera sabido muy bien precisar, se incorporó y se dirigió a la cocina en busca de su rutinario café de la mañana.

El suelo estaba frío y la sensación le resultó muy desagradable. El breve paseo sobre las gélidas baldosas del comedor hasta la cocina era capaz de devolver a la cruda realidad hasta al personaje más bisoño. El otoño estaba siendo severo y la lluvia era prácticamente una constante diaria. Con el café caliente en la mano, se acercó a la ventana, deslizó los dedos entre los fríos listones de la persiana metálica y observó el exterior.

Era un día nublado y ventoso, otro más, y la gente caminaba con dificultad por unas aceras que se esforzaban en reflejar la débil luz que se derramaba desde un cielo oscuro. Como todos los días durante las últimas semanas, el cielo parecía a punto de romper a diluviar. La lluvia nunca llegaba.

El tráfico de la mañana era terrible. Siempre lo era: la mañana convertía aquellas amplias calles en un mar de coches que se movía lentamente como una pesada marea. Seguramente había sido peor a las ocho, con todo el mundo dirigiéndose a su oficina, se dijo Armand. Se alegró de que su ocupación le permitiera levantarse todos los días a las nueve. Algo bueno había de tener. Se pasó la mano por la cara como si quisiera estirar las arrugas de su rostro a la vez que cerraba los ojos. Aquel movimiento indicaba que ya estaba dispuesto para afrontar la realidad de la vida. Otra vez.

En verdad Armand no tenía un horario fijo, y si se levantaba a aquella hora era para mantener la rutina. Al fin y al cabo no tenía que dar explicaciones a nadie si llegaba tarde ya que nadie le esperaba, pero pensaba que no sería capaz de levantarse si no se lo proponía como un reto, o quizá como un castigo; no estaba seguro. La soledad de su trabajo era el precio que debía pagar por aquella libertad de la que disfrutaba, y no sabía exactamente si era la soledad de su trabajo una losa sobre sus hombros o la mejor de las bendiciones posibles. Se preguntó si se sentía seguro en aquella rutina, o si era precisamente ésta lo que hacía su vida gris, vacía y repetitiva. Probablemente ambas cosas eran ciertas, pero se sentía cómodo. Después de vivir 64 años le costaba ya diferenciar unos días de otros, y a veces se preguntaba si no había pasado ya por aquel día que se disponía a comenzar. Al fin y al cabo todos los días eran

iguales, pensó, tampoco tenía demasiado sentido esforzarse en diferenciarlos.

Armand no podía decir que su vida social fuera un éxito. Con dos matrimonios fracasados a sus espaldas y un hijo del que hacía años que no sabía nada, sus lazos familiares no eran precisamente firmes. Pensó mientras se quitaba el pijama que debía de hacer unas dos semanas que no hablaba con nadie, y lo cierto era que tampoco era algo que echara de menos. Se sobresaltó, sin apenas convicción, al pensar en ello. De vez en cuando se paraba a cavilar sobre su soledad. Se preguntaba si realmente necesitaba contacto humano y cuándo fue la última vez que lo tuvo.

Finalizó el monólogo mental terminando el café de un sorbo y cruzó el pequeño y deslabazado comedor. El diminuto apartamento en el que vivía no sólo era, sino que parecía viejo. El papel de las paredes tenía manchas de humedad, y donde no las tenía, simplemente estaba roto o se desprendía de la pared. Las tuberías hacían ruido, los grifos estaban oxidados y la mayoría de ellos goteaban. Las noches en que no podía conciliar el sueño, Armand podía seguir el paso del tiempo en el *tic tac* de las gotas de agua repicando en el lavabo del baño. La débil luz que llegaba del exterior creaba un ambiente tétrico y grotesco en el que cualquier otra persona se hubiera sentido incómoda.

El pequeño apartamento, compuesto de cocina, baño, comedor y de una reducida habitación, era el peculiar hábitat de Armand Bodier, un enjuto personaje de pelo canoso, estatura media y una permanente expresión de mal humor. Sus ojos, ocultos tras unas pequeñas lentes redondas, tenían una lejana mirada de amargura y dolor, con el destello apagado de unos ojos que miraban y gritaban al mundo que habían visto tiempos mejores.

Terminó de ducharse y decidió que hoy no se afeitaría; una más de las ventajas de su trabajo, si es que lo que hacía podía enmarcarse en semejante categoría. Se vistió lentamente en el silencio de la mañana y se echó encima su grueso abrigo. Parecía que la inmensa prenda fuera a hacer ceder su delicado esqueleto en un estrepitoso crujido, pero ese momento seguía por llegar. Se dirigió hacia la pequeña mesa de madera vieja que, junto con una estantería apolillada, componía el escaso mobiliario del angosto comedor. Un fajo de papeles de impresora de apariencia desordenada reposaba sobre la desvencijada mesita. Un moderno ordenador portátil junto al montón de papeles daba la nota disonante al conjunto. Armand tomó el fajo de papeles y lo metió descuidadamente en su cartera de piel marrón desgastada. Se echó la bufanda alrededor del cuello, se puso el viejo sombrero de fieltro y se preparó para arrojarse a la pesada bruma matinal.

El aire frío de la mañana sacudió su largo y desordenado pelo canoso, y Armand se ajustó la bufanda al cuello mientras maldecía el tiempo en silencio con una mueca. Afortunadamente la parada del metro no quedaba lejos, y apenas debía caminar unos minutos para encontrarse en el calor humano que emanaban las tripas de la ciudad en hora punta.

Durante el breve camino a la estación paró en el quiosco y compró el periódico. Rompía sus dos semanas de aislamiento social en un breve intercambio verbal con el vendedor, pensó. Una lástima. Alguna sensación que le pareció ajena le había llevado ese día a interesarse por lo que sucedía en el mundo, si es que alguna vez le había importado. Ya no lo recordaba.

Aquella mañana no había demasiada gente en su parada de metro. Por algún motivo que no comprendía todo el mundo prefería el coche para sus desplazamientos y, con un poco de

suerte, sería fácil encontrar un asiento en el vagón en el que leer su periódico, increíblemente arrugado ya para el poco tiempo que había estado doblado bajo el brazo de Armand. El tren tardó unos minutos en llegar y, efectivamente, no le resultó difícil hacerse con un lugar en el que leer unas líneas. Se aflojó la bufanda y abrió el periódico con el movimiento tembloroso de quien teme que va a encontrar lo que busca.

Robos, asesinatos, atentados, corrupción, hambre, guerras... «Por Dios, ¿es que no existen las buenas noticias?», se preguntó mientras pasaba las páginas del diario. ¿Eran las noticias malas por definición? Se le ocurrió que quizá necesitaba comprar un periódico de vez en cuando para recordar por qué no los leía. Hacía tiempo que Armand había decidido que la humanidad no iba a ninguna parte y, desde luego, no iba a contar con su ayuda si quería ir a algún lugar diferente. Probablemente el hecho de desmarcarse del mundo, de bajarse de él, le hacía sentirse un poco más persona en esa locura que era la humanidad. Dios, El Creador; desde luego su única excusa posible era no existir. Y si existía, se le debía de estar cayendo la cara de vergüenza. Se alegró de no estar en su pellejo.

Dobló el periódico por la mitad, lo colocó sobre su regazo y miró a su alrededor: las caras inexpresivas de la gente hacían de aquel vagón de tren un decorado quizá incluso romántico, pero del que no se podía esperar mucho más. Personas que vagaban de un lugar para otro sin parar a pensar por qué, personas aisladas tanto como él, al menos durante aquel breve trayecto. Personas sin ambiciones, personas sin sueños y con miradas vacías.

Después de todo, a Armand le reconfortaba viajar en metro a la universidad; probablemente era el único lugar en el que podía encontrar su reflejo en los espíritus conformistas

y grises que le rodeaban, y aquello le proporcionaba una extraña y desoladora plenitud. Durante la tarde algunos grupos de niños y jóvenes subían al vagón y rompían aquel tétrico pero confortable ambiente con sus gritos y sus risas. La mañana tenía ese algo mágico que le reconciliaba, a su manera, con el mundo.

El recorrido duraba unos quince minutos y le dejaba casi repuesto en las puertas de la facultad de Física. Sujetándose el sombrero, levantó la vista y admiró el edificio bajo las espesas nubes. Las inmensas escalinatas se extendían a sus pies, y las columnas del edificio parecían elevarse hasta tocar las nubes más bajas. La majestuosidad del edificio era realmente imponente. Armand subió, aferrado a su maletín, las largas escaleras con un cansino caminar, mientras algún estudiante que llegaba tarde a algún sitio lo adelantaba presuroso.

Como cada mañana, no entró por la puerta principal; eso implicaría tener que saludar a algunas personas que el roce diario le había llevado a conocer, al menos de vista. En su extraña vida había llegado un momento en el que había decidido no conocer a nadie más. Según su teoría, si se conocía a alguien se corría el riesgo de establecer un cierto lazo emocional que podía degenerar incluso en aprecio o respeto mutuo. Le asustaba la idea de implicarse en la vida de los demás; no estaba dispuesto a sufrir o a preocuparse por nadie, ahora que ya había conseguido dejar de hacerlo incluso por su hijo.

Sacó la llave de la puerta auxiliar y se deslizó hacia el oscuro interior rápidamente, donde enseguida se sintió a salvo del mundo entero, como en un Universo diferente y personal en el que se sentía seguro. Mientras caminaba por los estrechos pasillos por los que sólo discurrían ratas, los cables,

las tuberías y demás tripas del anciano marmóreo edificio, pensó un poco más sobre la terrible idea de depender de los demás. Según él, todos y cada uno de los actos en la vida de la persona eran absoluta e indiscutiblemente egoístas; no existían las acciones desinteresadas, simplemente no había lugar para ellas en la lamentable y ruin condición humana. Parecía lógico: nada en este Universo se mueve si no hay una fuerza que tire de él o lo empuje. Esta fuerza no sólo debe existir, sino que además debe ser lo suficientemente poderosa como para sacar al ser humano de su cómodo letargo natural, de su inercia. Aquella conclusión resultaba obvia para explicar todos aquellos impulsos humanos básicos, como el hambre, la sed, el sexo o la necesidad de protección. Todos ellos eran escandalosa e indiscutiblemente egoístas, y constituían el noventa por ciento de las acciones humanas, pero no distaban mucho de otros impulsos que otros no dudarían en calificar como «más elevados».

Cuando una persona se socializaba, es decir, establecía lazos de cualquier tipo con otras personas, lo hacía por la egoísta necesidad de sentirse reconocido, de, en una palabra, existir. Era relativamente fácil que estos lazos pudieran *degenerar* en amistad e incluso en amor, y estos sentimientos no eran más que nuevas formas de un egoísmo encubierto más poderoso si cabe: si uno hace algo que resulta en la felicidad de la persona estimada, no lo hace por el otro, sino que lo hace por sí mismo, porque disfruta de la felicidad de la otra persona, porque se alimenta de esa aletargadora y gratificante sensación de la que ha caído en dependencia. Es más, cuando algún conocido, un familiar o un amigo muere nos sentimos tristes, pensaba Armand, pero no por esa persona. Al fin y al cabo esa persona ha dejado de existir y poco le va a importar lo que suceda de ahora en adelante.

Es más, con un poco de suerte, y si alguna de las miles de religiones que parecían lastrar a la humanidad estaba en lo cierto, podíamos incluso pensar que ese familiar o amigo estaría ahora en un lugar mucho mejor que este manido y desolador planeta; un lugar de felicidad perpetua y todas esas cosas que la gente gustaba de imaginar para después del último suspiro.

¿Por qué, pues, deberíamos sentirnos tristes o apenados por el fallecimiento de una persona cercana a nosotros?, se preguntaba Armand. La respuesta era sencilla: porque en nuestro egoísmo inherente, sabemos que no vamos a poder disfrutar de su compañía nunca más, de sus bromas, de sus historias, de sus desgracias... Hemos desarrollado una dependencia de algo que nos ha sido súbitamente arrebatado para siempre, y eso es algo difícil de digerir hasta para el estómago más preparado.

El mismo principio egoísta se podía aplicar, según él, a todas esas personas que arriesgaban sus vidas ayudando a personas en países en guerra o assolados por violentas catástrofes naturales: esos voluntarios disfrutaban con lo que hacían, tenían esa necesidad creada y, en su egoísmo, intentaban satisfacerla. Para Armand era simplemente un *hobby* como otro cualquiera, sólo que resultaba ser más reconocido que el tenis, el ajedrez o la confección de prendas de punto. Aquellas personas estaban satisfaciendo unas necesidades personales de carácter egoísta; de lo contrario no moverían un dedo. Un voluntario proporciona comida a un niño desvalido en un lejano y mísero país porque *se lo pide el cuerpo*, porque necesita satisfacer esa necesidad personal. Por ese mismo y sencillo motivo, para satisfacer una necesidad personal, comete sus crímenes un asesino en serie y goza de bastante menos reputación por ello. Se

preguntó cuál sería el acto egoísta que le hacía levantarse a él todas las mañanas. Quizá cuando consiguiera encontrarlo podría entonces tomarse unas vacaciones, si es que aquello alguna vez sucedía.

Armand llegó por fin a la vieja biblioteca. El extraño edificio había sido adosado a la parte trasera de la mastodóntica escuela hacía ya un par de décadas, y hace algo más de diez años reconvertido a base del experimento del cual se hacía cargo por alguna incomprensible carambola del destino. Los dos pisos del edificio adosado albergaban, en aquel momento, 1284 ordenadores de última generación funcionando de manera simultánea. Ello hacía que un leve zumbido de ventiladores y electricidad estática no cesara de ronronear en el interior de la enclenque estructura, la cual parecía a menudo más viva que el propio Armand.

Caminó por la penumbra de la habitación y se dirigió a su pequeño terminal. La fría pantalla negra estaba aparentemente vacía. Sólo un pequeño cursor parpadeante en la esquina inferior izquierda indicaba que el monitor estaba encendido y que todo seguía funcionando sin novedad aparente. Dejó lentamente la cartera sobre la mesa, colgó el sombrero y encendió el flexo. Miró alrededor.

Las pequeñas luces de las enormes computadoras iluminaban débilmente la inmensa estancia, perdiéndose en la oscuridad más absoluta en la lejanía, titilando en el interior de una espesa noche perenne que había flotado sobre la vieja biblioteca tanto tiempo como Armand podía recordar. La papelera estaba vacía y el suelo alrededor de su terminal parecía limpio. Probablemente María, la mujer encargada de la limpieza, a quien había conocido por casualidad hacía algunos años ya, hubiera pasado por el lugar aquella mañana. En todo el tiempo que llevaba allí había visto a aquella mujer

apenas un par de veces, y se esforzaba en no coincidir con ella. Sabía que era más madrugadora que él. Quizá era una de las razones por las que se levantaba a las nueve y no algo antes.

Armand se sentó en la silla con las manos en las rodillas y miró alrededor girando lentamente sobre las ruedecitas. Todo un mundo virtual se desarrollaba allí mismo. Gaia, en honor a la famosa teoría que presentaba a la Tierra como un organismo vivo, era un ambicioso proyecto de simulación planetaria. Aquellos 1284 ordenadores —antes habían sido menos— estaban simulando incesantemente la evolución de un planeta; desde la creación de su orografía hasta el posible, que no probable, desarrollo de formas de vida multicelulares. Aquella enorme habitación y el piso de abajo eran una sopa en la que se estaba batiendo la vida, una vida virtual cuyo estado ni siquiera él mismo, su creador y rutinario y circunstancial vigilante, era capaz de determinar o siquiera imaginar.

Las tripas de aquel universo de luces, cables y procesadores que hacían posible Gaia se extendían hasta más allá de donde alcanzaba la débil luz que rodeaba la zona en la que se encontraba. Un interminable mar de luces verdes titilaba hasta donde su cansada vista podía alcanzar, iluminando los pasillos con un fantasmagórico fulgor. Un poco más allá, los testigos luminosos se perdían en la penumbra creando una sensación de infinito muy apropiada para lo que allí estaba sucediendo. Afortunadamente, todas las pequeñas luces eran verdes. Una esforzada sonrisa surcó su rostro.

Armand todavía no se explicaba cómo disfrutaba de aquella infraestructura. El viejo edificio adosado había sido una biblioteca hacía algún tiempo. No sabía adónde habían ido a parar todos aquellos libros cuando comenzaron a

mover ordenadores a su interior, y lo cierto es que tampoco le importaba demasiado. Al menos no le importó en su momento. Después de todo estaba viendo nacer su sueño. Probablemente existiría una nueva biblioteca más moderna en algún lugar de aquel enorme edificio que era la Facultad de Física. Tampoco lo sabía con seguridad pues nunca lo había recorrido por completo. Demasiado riesgo.

Dos pisos y un sótano, una cantidad enorme de ordenadores y un proyecto de diez años. Carta blanca para hacer lo que quisiera con el material y el edificio mientras durara el experimento. Realmente sorprendente, ahora que echaba la vista atrás. Sólo Dios sabía qué estaba haciendo y para quién. La versión oficial era que se trataba de un proyecto conjunto con la Facultad de Biología. Sin embargo, dudaba de que siquiera el presupuesto de ambas escuelas para los próximos quince años pudiera cubrir el precio de todos los ordenadores que había allí dentro funcionando en aquel mismo instante. Parecía bastante obvio que debía de haber alguien más detrás, quizá algún tipo de empresa investigadora privada o alguna agencia gubernamental. Los resultados que el experimento era capaz de arrojar podían ser interesantes en muchos campos si todo iba como se esperaba. Como él esperaba.

La verdad es que, si alguna vez le importó para quién estaba trabajando realmente, en ese momento aquel detalle no tenía el más mínimo interés para él. Lo único que le importaba era acabar aquella etapa y comenzar una nueva. Hasta que no tuviera los datos de los diez años de desarrollo de Gaia no sería capaz de saber lo que allí había sucedido. Probablemente gente con más medios que él sería capaz de descifrar mucho antes aquella ingente montaña de datos que suponían diez años de proyecto, pero Armand llevaba

cierta ventaja. Conocía las bases del sistema mejor que nadie, nunca había escrito documentación sobre lo que allí había hecho y, desde hacía algunos años, se entretenía en revisar las cintas grabadas durante las primeras horas de la madrugada. De todos modos no le importaban los resultados del experimento, ni si se podrían descifrar antes o después, ni quién lo haría... pocas cosas le importaban ya a Armand. Tras la conclusión del proyecto le esperaba la jubilación, o al menos eso tenía planeado. Descifrar Gaia le podía llevar el resto de su vida, y sin duda parecía una manera atractiva de llenar su tiempo hasta que la muerte terminara con su amargura.

Volvió la cabeza y miró el calendario. Había una fecha señalada en rojo: el 14 de Noviembre, el fin del experimento, la desconexión de Gaia, el inicio del resto de su vida. A pesar de saber qué día era hoy, miró su reloj con la misma sensación con la que miró el periódico una hora antes: 13 de Noviembre. «Caramba, qué rápido pasa el tiempo», se dijo. Parecía ayer cuando se pulsó la tecla que puso en marcha el proyecto. Diez años ya, repitió para sí mismo de manera solemne intentando en vano conceder a aquellas palabras la importancia que de alguna manera pensó que debían tener. Mañana vendría por última vez a aquel edificio en la parte posterior de la Facultad, se sentaría en esa misma silla delante de aquella fría pantalla y ejecutaría los comandos que sumirían aquella sala en la oscuridad total, en el silencio absoluto, que sumirían a Gaia en el fin de los tiempos fuese lo que fuese lo que estaba sucediendo allí si es que realmente algo se movía en el seno del simulador. Después seguramente desmantelarían todo aquello, o lo seguirían utilizando para cualquier otra cosa, o... ¡Qué demonios le importaba!

Diez años podían haber sido poco tiempo, pero paradójicamente sólo el mismo tiempo diría si llegó jamás a suceder algo en Gaia. Por muy meticulosas que fueran sus ecuaciones, por muy detalladamente que hubiera sido implementada la realidad en aquella supercomputadora distribuida, Gaia era un sistema muy complejo, infinitamente complejo: era caos puro. Y como las leyes del caos dictaban, cualquier suceso, por pequeño que fuera, podía provocar resultados impredecibles. Era completamente imposible imaginar lo que podía ser Gaia en aquellos momentos. Quizá una sopa estéril de átomos vagando de un lugar a otro, formando enlaces atómicos simulados e inútiles. Quizá un mundo de color, abundante y lleno de vida; un vergel virtual. Imposible saberlo con certeza.

Armand sacó un pañuelo del bolsillo y se limpió las gafas. Las volvió a colocar sobre su nariz y apoyó las manos cerca del teclado. Una serie de pulsaciones que hacía ya de memoria le permitió hacer una comprobación rutinaria de su planeta particular. Todos los procesos estaban corriendo como debían, no había fallado ningún ordenador durante la noche y las máquinas de cinta habían terminado de volcar los análisis del día anterior. Parecía que había poco que hacer allí hoy, y la idea pareció reconfortarle. Hacía unas semanas dos de los más de mil ordenadores estuvieron dando problemas, y aquello fue un hervidero de técnicos y algún que otro curioso. Él no entendía mucho de ordenadores y mucho menos de aquellos, pero le hubiera gustado haber sido capaz de solucionar los problemas personalmente con tal de seguir gozando de su confortable estado de soledad habitual. Afortunadamente todo funcionaba hoy, y parecía poco probable que fuera a fallar algo en aquella última

noche. Las averías eran relativamente poco frecuentes y normalmente tenían lugar debido al intenso calor. A pesar de la tecnología de aquellos ordenadores, aquel era probablemente el sistema de calefacción más caro de toda la ciudad, pensó Armand.

Sólo un día más y acabaría con todo aquello. Gaia se había convertido en su rutina durante los diez últimos años, y de una manera especial en los cinco últimos. Había llegado a sentirse cómodo en la seguridad de aquella rutina, pero se estaba cansando incluso de ella, algo que nunca había pensado que pudiera llegar a ocurrir.

Últimamente se sentía cansado de todo. La gente le parecía gris y carente de todo interés, el mundo vano e hipócrita, y su propia existencia patética y sin valor. Se preguntó si la nueva etapa que estaba a punto de comenzar sería mejor que la que dejaba atrás y se preguntó igualmente qué sucedería si también se cansaba de descifrar los números de Gaia. Prefirió no pensar en aquello. Después de todo aún quedaban 24 horas para dejar caer la oscuridad sobre su pequeño mundo.

Se incorporó pesadamente, abrió un cajón en la metálica mesa del terminal y sacó una linterna. La encendió y empezó a caminar por el pasillo que llevaba al piso de abajo y de éste al sótano. Existía un interruptor general para iluminar la enorme estancia, pero Armand prefería no alterar la paz que allí reinaba y por eso le gustaba caminar hasta los pisos inferiores con la única ayuda de su pequeña linterna. Mientras andaba, a ambos lados el zumbido de los ordenadores amortiguaba el sonido de sus viejos zapatos sobre las baldosas desgastadas por el caminar de diez interminables años. Las débiles luces verdes que

indicaban que Gaia seguía rotando alrededor de su eje se reflejaban en los cristales de sus gafas de alambre. Aquellos lúgubres y estrechos pasillos debían de albergar toda una variedad de fauna: arañas, cucarachas, ratas... Armand pensó que era probable que hubiera más vida fuera de aquellos ordenadores que dentro. Qué paradoja. Si la vida era capaz de abrirse camino en los lugares y en las condiciones más adversas, quizá hubiera también una oportunidad para Gaia después de todo

Resultaba increíble que hubiera vida entre aquellos ordenadores, pero no menos sorprendente era que hubiera ordenadores entre aquellas paredes y que además funcionaran. Tras bajar unas escaleras de cemento al final del interminable pasillo, llegó por fin al sótano. Tiró de una cadenilla cercana a la puerta y una bombilla que colgaba del techo iluminó con una luz cruda la pequeña sala. Armand entornó los ojos e inspeccionó la estancia.

Las máquinas de cinta magnética que recogían todo lo que sucedía en Gaia, al menos lo más importante, habían acabado de hacer la copia de la noche. Una por una, máquina a máquina, fue cambiando los rollos de cinta. Cuatro más para hoy. Hizo un cálculo aproximado y pensó que más de 14 000 rollos de cinta magnética habían salido de aquel sótano durante los últimos diez años. Menos mal que no tenía que guardarlos allí, hubiera resultado un buen problema.

Miró el armario con las cintas de repuesto y vio que sólo quedaban cinco más. No importaba, aquella sería la última vez que las tendría que reponer, así que no era necesario hacer un nuevo pedido. Mejor, pensó. Odiaba tener que llamar y pedir nuevas cintas. Odiaba llamar por teléfono y hablar con gente, aunque le agradaba la asepticidad del medio. Cogió entre sus brazos las cuatro cintas recién

retiradas, caminó hacia la puerta y se volvió para dar un último vistazo. Las máquinas de cinta estaban preparadas, sus luces eran verdes y todo parecía estar en orden. No era ningún experto, pero las luces verdes siempre eran una buena señal. Tomó de nuevo la linterna, apagó la luz y comenzó a subir las escaleras.

Ascendió los dos pisos y caminó de vuelta por el oscuro bosque de monolitos metálicos hasta llegar de nuevo a su terminal, su pequeño santuario, el lugar desde el que gobernaba su planeta particular. Quizá gobernar no era la palabra adecuada, pues lo que allí sucedía escapaba de todo control; tampoco vigilaba, porque era incapaz de escrutar nada de lo que allí dentro ocurría. Probablemente tendría que conformarse con el título de *Mantenedor de las condiciones necesarias* para aquel mundo. Desde luego un tirano no hubiera sido capaz de satisfacer su ego con un cargo tan poco elegante, pero para él parecía bastar.

Gaia podía explicarse como un enorme acuario cubierto por un manto negro. Se creaban las condiciones necesarias para la vida, se iluminaba con un flexo, se tapaba y se dejaba diez años. Él se ocupaba de que la luz no se apagara. Podía ser una enorme responsabilidad o un trabajo estúpido, todo dependía de la perspectiva desde la que se viera, aunque probablemente era un poco de las dos cosas. Y mientras procuraba mantener la luz encendida, intentaba hacer cábalas sobre lo que podía estar sucediendo en el velado interior sin tener la más mínima posibilidad de ni siquiera acercarse a la realidad.

Hizo una copia a disco magnético de los datos fundamentales recogidos durante la noche. Era algo habitual, le permitía echar un vistazo en casa más tarde y jugar a los números

y las adivinanzas. Al marcharse dejaba las cuatro cintas en una pequeña mesa a la entrada del edificio y alguien, no sabía ni le importaba quién, se hacía cargo de ellas. Suponía que las llevarían, desde luego, a un lugar muy grande; era algo que no le preocupaba. Él, cada día, antes de deshacerse de las cintas, sencillamente copiaba en un pequeño disco lo que consideraba más importante. No tenía tiempo para analizar los kilómetros de cinta que salían cada día, y tampoco era necesario para hacerse una idea de lo que sucedía. Quien tenía las más de 14 000 cintas de los diez últimos años tampoco lo tenía todo. Aquello era sólo una pequeña fracción de lo que había sucedido en Gaia durante aquel tiempo. Era sencillamente imposible guardar toda la información que aquel pequeño mundo artificial generaba, técnicamente imposible. De hecho ya era prácticamente un milagro que todo aquel tinglado hubiera funcionado, y mucho más durante diez años seguidos. Ahora quedaba sólo apagar la luz y levantar la tapa para ver qué había sucedido. Iba a resultar excitante después de todo.

Poco quedaba ya por hacer allí aquella mañana, hoy había acabado rápido. A veces surgía algún pequeño problema y Armand pasaba prácticamente todo el día allí. En otras ocasiones prefería simplemente tomar la linterna y perderse entre las hileras de ordenadores antes que aventurarse en la ingrata realidad del mundo exterior. Le gustaba imaginar que había vida en Gaia. No necesariamente inteligente, se hubiera conformado con unos pequeños animalillos que se comieran unos a otros y reaccionaran a la luz, al hambre y a la llamada a la reproducción. Disfrutaba haciendo cábalas mientras caminaba en el suave verde que brillaba en el enorme sótano.

Tomó los rollos de cinta y caminó hasta la entrada. Allí los apiló uno sobre otro sobre una pequeña mesa. No sabía a qué hora los recogerían, ni quién lo haría; nunca había visto a nadie venir a por ellos. Sin embargo mañana no estarían allí. Así había sido cada día durante diez años.

Volvió caminando pausadamente y colocó la silla correctamente delante del terminal. Prefería verla así, le gustaba el orden. Se enfundó en su abrigo, colocó la bufanda sobre sus hombros, se echó el sombrero sobre la cabeza y cogió su vieja cartera de piel. Miró a su alrededor con un cierto aire de nostalgia, al fin y al cabo era la última noche de Gaia. Permaneció con la vista perdida un minuto en actitud solemne. Le hubiera gustado compartir aquel momento con alguien, pero sabía que era un lujo que no se podía permitir.

Caminó de nuevo hasta la puerta y se giró una vez más. Todo parecía correcto: el suave zumbido de los 1284 ordenadores y el mar infinito de luces verdes no hacía presagiar ningún problema hasta mañana, hasta la caída de la oscuridad, hasta el fin de los tiempos, hasta el cierre de la función.

Cerró la puerta del viejo edificio y se aventuró de nuevo por los angostos pasillos de mantenimiento de aquella megalítica Facultad de Física cuyas paredes le infundían una mezcla de temor y respeto. Sin embargo, como cada día, los cientos de metros de pasillos descuidados y lóbregos no eran sino la antesala del mundo exterior, algo todavía más aterrador.

Salió al fin a la amplia explanada que daba a las escaleras de la facultad y cerró tras de sí la puerta auxiliar. El viento gélido del mediodía le abofeteó la cara de nuevo. Se acomodó en su abrigo y arrolló la bufanda a su cuello dándole tantas vueltas como pudo. Levantó la vista y miró el inmenso edificio

como si fuera la primera vez. Se preguntó si lo iba a echar de menos. Su vida iba a dar un giro radical en muy poco tiempo y no sabía si iba a estar preparado para ello.

Sólo quedaban 24 horas de su mundo particular; ya no sólo de Gaia, sino del mundo que había creado a su alrededor. Un pequeño microcosmos protector en el que no tenían cabida los sentimientos, las sorpresas ni cualquier otra cosa que pudiera hacerle daño. Aquel pequeño mundo iba a tambalearse en 24 horas, y le daba miedo lo que pudiera sucederle a él entonces. Era ya demasiado viejo para vivir en otro sitio, no podría soportar una mudanza. Un escalofrío le recorrió el espinazo. Decidió que no quería permanecer más tiempo allí aquella mañana y comenzó a descender fatigosamente, tan rápido como pudo, las largas y anchas escaleras del edificio.

«Caramba, diez años ya... —pensó Armand—. Quién lo diría.»

El tiempo, cómo pasaba el tiempo. Era capaz de engañar a cualquiera, hasta al más astuto. Se preguntó por qué.

4

Una vida dedicada al tiempo

REALMENTE el proyecto no iba hacia adelante. Los últimos meses habían sido completamente desmoralizadores. Había mucho trabajo hecho, pero ningún resultado, nada que mostrar a nadie, nada para convencer a los demás colegas de que estaba en sus cabales. De hecho, y se sorprendió al reconocer el sentimiento, probablemente lo hubiera mandado todo al garete hace mucho tiempo si no fuera porque era la única oportunidad que tenía de ver a Mónica cada día en el laboratorio. Quizá el hecho de que ahora la actividad en el proyecto se hubiera ralentizado, y hubieran dejado de verse a diario, fuera la gota que había colmado el vaso y terminado de minar su moral. Pras se cansaba rápidamente de las cosas cuando no podía trabajar apasionadamente en ellas.

Mónica y el resto del equipo de proyecto estaban completamente involucrados y entusiasmados, así como el señor Hembeltz, el mecenas del experimento. Su moral parecía incombustible. Le parecía un hecho increíble, sobre todo teniendo en cuenta que el proyecto no había arrojado ningún resultado palpable desde que comenzó. Sí, datos, números... muchas líneas en papel, pero nada real. Se consideró afortunado de contar con un presupuesto que parecía inagotable e innumerables facilidades para un proyecto que al fin y al cabo tenía todos los visos de fracasar, mientras que científicos

mucho más reputados que él, y con ideas más convencionales y prácticas, tenían que luchar todos los días para sacar adelante sus investigaciones. Realmente era un milagro. Quizá Dios existiera después de todo.

Se quitó las gafas, las dejó sobre la mesa y deslizó las manos hacia atrás sobre la cabeza estirando de su corto pelo hacia atrás. ¿Por qué todo aquello no salía adelante?, ¿qué estaba haciendo mal? Empezó a reflexionar desde el principio: el tiempo era relativo. En aquello no estaba sólo; tenía a Einstein de su parte. Si la velocidad y el movimiento son relativos, ¿por qué no iba a serlo el tiempo? Al fin y al cabo sólo era una dimensión más, tenía que estar sujeta a las mismas reglas que las demás. ¿Había algo que hiciera pensar que no era así? Nada en particular. Bueno, quizá un pequeño detalle: no se podía viajar atrás en el tiempo. Y tampoco se podía viajar hacia adelante, al menos no a marchas forzadas, al menos *no más rápido que a un segundo por segundo*, se sonrió.

Pero tampoco se podía viajar más rápido que la luz, y según las teorías más modernas y atrevidas, se podía viajar más rápido que la velocidad de la luz sin superarla; una contradicción que sólo la relatividad podía explicar. Según algunos científicos, si se pudiera doblar el espacio sobre sí mismo de manera que dos puntos en principio separados coincidieran, y luego se pudiera volver a desdoblar, podríamos habernos movido de un lugar a otro de una manera tan instantánea como rápido fuera el proceso de doblado y desdoblado del espacio. En teoría nos podríamos llegar a mover mediante este sistema tan rápido como quisiéramos, haciendo caso omiso de todo límite de velocidad. Estaríamos viajando más rápido que la luz pero sin superarla, haciendo trampa, precisamente porque todo era relativo. Si estoy

viajando en un coche a cien kilómetros por hora: ¿estoy quieto o me muevo? Para alguien que me vea pasar desde el arcén apenas seré una mancha borrosa que pasa en unos instantes, pero para la persona que viaja a mi lado estoy más quieto que una estaca clavada al suelo. Todo depende siempre del lugar y el momento desde el que se mira. La relatividad le parecía en momentos como aquel la única ley del Universo.

¿Y el tiempo? ¿Qué nos puede hacer pensar que no sea relativo también? ¿Discurre igual para todas las personas en las mismas situaciones? Él mismo se podía quedar absorto mirando el viejo reloj de péndulo y, al despertar de su ensimismamiento, no era capaz de decir a ciencia cierta cuánto tiempo había permanecido en aquel estado. ¿Por qué? ¿Quizá simplemente porque no había prestado atención? Posiblemente. Era difícil pensar en otra explicación razonable. ¿Pero por qué había que prestar atención al tiempo para percibirlo?

Otro ejemplo: el tiempo discurre a toda velocidad cuando uno lo está pasando bien, y sin embargo los segundos pueden parecer horas cuando se está pasando un mal trago. La pregunta clave era: ¿los segundos pueden parecer horas o pueden *ser* horas? ¿Quién dice que el tiempo no es capaz de dilatarse o de contraerse según las características del espacio sobre el que discurre? ¿Es simplemente una variación en la percepción del tiempo o puede éste en realidad cambiar sus características? ¿Cuál sería la diferencia en este caso de todos modos? ¿Realmente la velocidad del tiempo era de un segundo por segundo?

Quedaba otra complicada cuestión que plantearse: si asumíamos que era el tiempo el que era capaz de dilatarse o contraerse y cada persona se veía afectada por la elasticidad

del mismo, ¿cómo podían todas las personas encajar en un mismo lugar y en un mismo tiempo, en una realidad que percibimos como única, cuando estaban sometidas a variaciones temporales ininterrumpidas? ¿Cómo podían personas coexistir en los mismos momentos, mantener vidas enlazadas, cuando están viajando a diferentes velocidades por el tiempo? ¿Cómo podía la relatividad explicar este fenómeno?

Pensó en las estrellas que había estado contemplando hacía unos minutos. Esas estrellas y él estaban coexistiendo en un mismo instante, al menos en su instante personal y relativo. Realidades de diferentes momentos en el tiempo estaban encontrándose en el mismo lugar y en el mismo instante y todo parecía encajar perfectamente. Sucedió todos los días y nadie se mostraba sorprendido por ello. La realidad no parecía que fuera a descabalgarse a pesar de estar compuesta de elementos que viajaban desde diferentes puntos en el tiempo y que se cruzaban en un instante y seguían su camino para no volver a encontrarse jamás. Era algo tan obvio que pasaba inadvertido. Todo unido usando la luz como —¿único?— hilo que tejía la realidad. Pero, ¿por qué había sido la luz ese hilo conductor cuando sus limitaciones eran tan obvias dentro de la escala del Universo?

A menudo se hacía la que él consideraba la pregunta clave: ¿es el tiempo relativo? ¿Por qué no? Se acordó del fin de semana pasado, sin ir más lejos. Había tenido que acudir a una cita con el señor Hembeltz y se iba a perder la última carrera del campeonato de coches de competición que había seguido durante todo el año. Como no podía permitirse aquello, ya que en aquel circuito se iba a decidir la clasificación definitiva y las carreras de coches eran una de las pocas cosas que daban sentido a su vida, decidió pedirle a

Mónica que le grabara el evento en vídeo ya que él no tenía. Al día siguiente, después de esquivar las noticias deportivas en televisión y radio, llegó por la noche a casa con el aparato de Mónica bajo el brazo dispuesto a ver la carrera, que resultó vibrante. Recordó cómo saltaba del sofá con cada uno de los adelantamientos y cómo gritó y saltó cuando ganó su piloto favorito, tanto que el vecino de abajo le llamó por teléfono por primera vez en cinco años de silenciosa nocturnidad.

Para él, la carrera acababa de tener lugar allí mismo, en su propio salón y a altas horas de la madrugada. Sin embargo, hacía más de un día que aquello había sucedido, y mientras él saltaba cruzando el comedor, en el circuito no quedaba nada, siquiera el eco del rugido de los motores, los aplausos de los espectadores, los colores de las banderas en las gradas... A pesar de todo, y a todos los efectos para su persona, el campeonato se acababa de decidir de una manera espectacular hacía sólo unos minutos frente a sus ojos. Había estado disfrutando de una realidad trasladada, de un suceso congelado en el tiempo, de un evento enlatado que había entrado en su vida en el momento en el que comenzó a moverse la cinta del vídeo y no un día antes, cuando en realidad había tenido lugar. Era complicado explicar cómo las emociones que había sentido se habían aplazado en el tiempo, pero le hacía pensar aún más en la posible relatividad del mismo. Sucesos a la carta. Sucederán cuando usted decida, pensó.

Sin embargo le fascinaba todavía más el estudio del tiempo en el reino animal, probablemente por las posibilidades de aplicación que presentaba. Cada una de las especies parecía percibir la realidad que le rodea de una manera diferente. Un ejemplo eran los colores. Los seres humanos son capaces de diferenciar los colores, mientras que muchas especies

animales no los perciben. ¿Quién puede decir que los colores existen realmente? Existen porque los vemos, pero ¿hasta qué punto podemos conceder crédito a nuestros sentidos cuando nos engañan a diario? ¿Quién dice que el color verde es como uno lo ve? Probablemente otra persona llamará verde a una percepción ligeramente diferente de lo que yo entiendo por verde. Sin embargo, todos estaremos de acuerdo y llamaremos verde a la misma cosa, siendo diferente la percepción que cada uno tenga del color.

Ésta de los colores no era una paradoja que le pareciera verdaderamente interesante, pero le servía para proponer una pregunta que consideraba clave: ¿Percibimos todos el tiempo de la misma manera o tenemos diferentes conceptos? El ejemplo que más le fascinaba era la comparación del hombre con los animales. ¿Qué suponía para una frágil mariposa, que va a vivir apenas unos días, el paso de una hora? Esa pregunta tenía presuntamente una fácil explicación: parecía evidente que estábamos hablando de escalas diferentes, pero ¿era simplemente un cambio de escala o había algo más?

A lo largo de los años, Pras había estudiado el mundo animal como una más de sus líneas de investigación para tratar de obtener una prueba de la relatividad del tiempo. Siempre le había intrigado la velocidad con la que algunos animales pueden realizar ciertas acciones o ejecutar determinados movimientos con increíble precisión. Le sorprendían a menudo los pájaros que venían a picotear las plantas en la ventana de su despacho. Sus movimientos eran tan extraordinariamente rápidos y a la vez tan precisos. ¿Cómo podían hacer algo tan rápido de una manera tan eficaz? Los pequeños saltos con los que se desplazaban y

que parecían desafiar las limitaciones obvias que el tiempo imponía; los instantáneos y ágiles movimientos con los que reorientaban su cabeza para mirar en todas las direcciones. ¿Cómo podían ciertos organismos funcionar de una manera tan extraordinariamente rápida y precisa?

Pras no tardó demasiado tiempo en plantear sus primeras conjeturas. Se le ocurrió que el cerebro de estos animales, su metabolismo completo en general, era mucho más rápido que el humano. Estableciendo una analogía con los ordenadores, su metabolismo era capaz de ejecutar millones de operaciones por segundo mientras que el del ser humano tan sólo podía ejecutar varios miles. La analogía podía ir más allá: en términos de electrónica, cuanto más pequeños son los elementos que componen un microchip, más cerca están unos de otros, lo que les permite comunicarse entre sí a mayor velocidad además de ofrecer una menor resistencia al paso de los impulsos eléctricos, lo que añade aún más rapidez al proceso. Quizá la miniaturización de los componentes de los cerebros animales más pequeños les permitiera planear y realizar acciones con mayor celeridad. Como contrapartida, esta integración de elementos era más delicada: un sistema funcionando a mayor velocidad tiene, generalmente, una vida más corta por diversos motivos. Este aspecto era especialmente interesante si se partía de la base de que todos los seres están compuestos de los mismos componentes básicos, componentes con unas características determinadas y con unas limitaciones inherentes. Comparativamente, a igualdad de características, el organismo más rápido debía tener un desgaste mayor y por tanto morir antes que el que tuviera un metabolismo más lento. Aquella parecía una buena línea argumental. Todo encajaba: los animales más pequeños viven más rápido y mueren en

menor tiempo por un desgaste superior de los componentes de los que están hechos. En principio el tamaño tampoco era fundamental, simplemente la velocidad a la que funcionaban los organismos determinaba el desgaste que sufrían. Parecía algo obvio visto así, y esta argumentación permitía a Pras enlazar sus conclusiones con la relatividad del tiempo.

Un día, en el laboratorio, Pras había intentado aplastar una mosca que llevaba un rato incordiándole. La mosca se posaba sobre la mesa y él intentaba aplastarla de un manotazo, pero el insecto siempre conseguía levantar el vuelo y esquivar su mano no importaba lo rápido que fuera su movimiento. Tras varios intentos fallidos, intentó otra estrategia. La mosca se había posado sobre una hoja de papel y él acercó la palma de la mano muy lentamente sobre el insecto. Se acercó muchísimo más que antes, pero en el último instante perdió la paciencia y lanzó el mismo manotazo de los intentos anteriores. El insecto volvió a escapar para volverse a posar en el mismo lugar unos segundos después.

Pras lo intentó de nuevo pero de una manera exasperadamente lenta esta vez, conteniendo su impaciencia picado por una nueva idea. Poco a poco fue bajando la mano, muy lentamente, hacia la superficie en la que la mosca se frotaba las alas con las patas traseras. Por algún extraño motivo, la mosca no parecía darse cuenta de sus intenciones; parecía no ver la mano que poco a poco iba proyectando una sombra más y más definida sobre ella. Ante su asombro, manteniendo la lentitud de su movimiento, consiguió atrapar a la mosca bajo la palma de su mano. En su cabeza se dispararon entonces cientos de hipótesis sobre lo que acababa de suceder, y tan feliz quedó por el acontecimiento que decidió liberar la mosca mientras se reclinaba de nuevo sobre la silla, pensativo.

¿Por qué no vio la mosca la mano que se le venía encima? Veamos. El insecto era de un tamaño relativamente pequeño, luego de acuerdo a sus conclusiones, su metabolismo debía funcionar a un ritmo muy acelerado. De hecho las moscas apenas vivían unos días, y era conocido que cada una de sus células trabajaba a marchas forzadas. ¿Por qué no percibió la mosca el movimiento de su mano cuando la movió lentamente y sí era capaz de escapar fácilmente cuando trataba de aplastarla de un rápido manotazo?

Parecía como si la mosca no pudiera percibir los movimientos lentos, como si no fuera capaz de distinguir el estado de las cosas que la rodeaban cuando el intervalo entre dos *diapositivas* era lo suficientemente distante. Si acercaba la mano sobre ella extremadamente despacio, para la mosca era como si la mano siempre hubiera estado ahí. El insecto no reaccionó porque no sabía que un peligro lo acechaba, simplemente porque todo continuaba donde estaba en el instante anterior. Pras pensó que quizá podría ser como si el cerebro del ser humano tomara un fotograma cada centésima de segundo y el de una mosca hiciera una toma cada milmillonésima, de manera que un suceso que acababa de ocurrir para una persona, podía estar kilómetros de cinta más atrás para un insecto. Ambos seres podían tener una percepción distinta del tiempo, el tiempo sería pues relativo para cada uno de ellos y sin embargo ambos coexistían en la misma realidad, sus ejes temporales entrelazados de alguna incompresible manera.

Este descubrimiento le animó a investigar con multitud de animales e insectos de diferentes tamaños, más y menos longevos, realizando numerosos experimentos y reafirmando-se en sus teorías. Al cabo de un tiempo, y no satisfecho con las conclusiones y por el estancamiento a los que había llegado

por ese camino, comenzó a investigar nuevas posibilidades. Una noche, aburrido y sin nada que hacer, Pras se preguntó por qué dormía tan poco cada día. Era algo difícil de explicar, pero sabía que no era un caso único. De hecho era algo *relativamente* común. Se preguntó qué sucedía cuando uno estaba dormido, ¿realmente dormía todo el tiempo? ¿Cómo se podía saber? Uno se duerme y unos instantes después se despierta, no existe nada que le indique el tiempo que ha dormido salvo la hora que marca el reloj y el cansancio que uno pueda sentir, y eso también era algo que dependía de cada persona. Él mismo era un ejemplo bastante cercano: con sólo dos horas de sueño diario estaba en perfecta forma.

Se le ocurrió entonces que, de la misma manera que la mosca y él compartían realidad, y coexistían de alguna manera en el mismo espacio y aparentemente en una dimensión temporal uniforme a pesar de que parecían correr a diferentes velocidades, quizá dos personas, una despierta y otra dormida, pudieran permanecer en la misma habitación y en las mismas condiciones mientras se movían a velocidades diferentes a través del tiempo. Pensó que incluso podría plantearse como que la persona que quedaba dormida podía saltar una cierta distancia en el tiempo, mientras la persona despierta permanecía en el discurrir *normal* del tiempo para reencontrarse de nuevo ambos en el momento en el que el individuo que dormía se despertara. De alguna manera el tejido espacio-tiempo de los dos sujetos se entrelazaba y mantenía una consistencia que resultaba difícil de explicar. A todos los efectos, la persona dormida *viajaba en el tiempo* ya que, mientras la persona despierta se aburría en la habitación sin saber qué hacer durante todo el ese tiempo, el sujeto dormido se despertaba plácidamente en un momento

del futuro en el que ambos se volvían a encontrar, todo ello sin que ninguno de los dos percibiera ninguna distorsión en el tiempo y habiendo estado todo en su lugar correspondiente en cada momento.

Aquella hipótesis le fascinó completamente, lo veía como un planteamiento revolucionario. Empezó a investigar sobre el fenómeno del sueño, sus características, sus fases, sus alteraciones... Se le ocurrió pensar que probablemente todas las personas necesitaran, incluso él, aproximadamente la misma cantidad de tiempo diario de sueño; simplemente se diferenciaban en cómo este tiempo discurría a su alrededor mientras dormían. Al fin y al cabo todos los seres humanos estaban compuestos de los mismos elementos básicos y sus mecanismos vitales eran fundamentalmente similares; no había motivos para que unas personas necesitaran ocho horas de sueño y otros, como él, apenas un par. Teóricamente sus conjuntos deberían tener rendimientos similares dado que sus propiedades físicas y constitutivas eran semejantes. Parecía algo obvio. La idea de un tejido temporal cuyas características pudieran variar o distorsionarse alrededor de los individuos a los que envolvía le pareció apasionante.

El sueño había sido objeto de estudio en todas las culturas desde los comienzos de la civilización, y seguramente debía de haber un buen motivo para ello. Todavía, sin embargo, se sabía muy poco sobre qué sucede cuando uno duerme. Poco a poco comenzó a interesarse más y más sobre el tema, empezó a consultar a expertos, a asistir a conferencias, a redirigir su desmedido apasionamiento científico en un nuevo curso.

Al cabo de un año ya estaba publicando los frutos de sus primeras investigaciones. Llegó a un punto en el que se obsesionó de tal manera que estuvo a punto de perder su trabajo en la universidad. No era que aquel trabajo le

apasionara, pero tampoco le disgustaba, y desde luego le permitía pagar las cuentas a final de mes.

Unos pocos años después de la publicación de su primer artículo sobre las alteraciones del sueño, Pras Wood aseguró a la comunidad científica que probablemente se podría viajar en el tiempo de una manera insospechada hasta el momento, que por algún método en el que todavía no había pensado, manipulando a una persona mientras dormía se podría conseguir alterar el flujo de tiempo a su alrededor. Quizá sólo fueran unos minutos, incluso simplemente segundos, pero debería ser posible distorsionar el espacio temporal de una persona durante su sueño de manera tal que se pudiera decir que había viajado en el tiempo.

En aquel momento Pras no sabía muy bien cómo se podía lograr aquello, y tampoco si realmente era posible. Tenía algunas teorías y unas pocas hipótesis, pero nada en firme, y durante varios meses fue el hazmerreír de la comunidad científica. En aquel periodo no se habló de otra cosa. Pras deseó que la tierra le hubiera tragado una temporada, pero aquello nunca llegó a suceder. Nunca nadie creyó que algo como lo que él planteaba fuera posible, y si no hubiera conocido jamás al señor Hembeltz, nunca hubiera tenido la oportunidad de intentar demostrarlo. Gracias a su confianza y a su billetera sin fondo aparente, llevaba ya varios años persiguiendo su sueño. Pero los resultados no acababan de llegar...

Durante el primer año de proyecto todo funcionó a la perfección. Se construyó el laboratorio donde se llevaría a cabo el experimento: un edificio de dos plantas dotado de los últimos avances en tecnología, situado en las afueras de la ciudad. Pras conoció al equipo que le apoyaría en el experimento y sentaron las bases a seguir durante

los primeros meses. Se discutió mucho sobre cómo lograr modificar las condiciones de un cuerpo durante el sueño para conseguir distorsionar el tejido del tiempo a su alrededor y hacerlo saltar a una línea temporal diferente. Se hicieron planos y diagramas del proceso y se construyó una sencilla máquina en donde se llevaría a cabo el proceso: un sillón en el que se colocaba la persona y que estaba rodeado de un complejo entramado de sensores que controlaban toda la operación. Por otra parte, un ordenador central supervisaba el procedimiento. Realizaba cientos de operaciones secundarias, pero básicamente se aseguraba de que nada fuera mal y de, en caso de que algo sucediera, abortar el proceso de la forma menos traumática posible para el sujeto del experimento.

El segundo año se desarrolló un complejo modelo matemático que simulaba toda la operación y se compactó de manera que pudiera ser utilizado en un ordenador más o menos convencional. Eso les mantuvo ocupados durante un buen tiempo. Lógicamente, no se podía llevar a cabo el experimento directamente sobre una persona, ya que se desconocían las implicaciones que podría tener, aparte de que se trataría de algo ilegal al menos en aquel país. Es por esto que se diseñó el simulador. No se daría un paso hasta que se obtuvieran resultados satisfactorios en la simulación. Aquella fue una de las premisas del señor Hembeltz.

Otro asunto que les mantuvo ocupados durante la mayor parte del segundo año fue el conseguir depurar las técnicas y los modelos adecuados para que el ordenador central fuera capaz de abortar el proceso de una manera segura, si es que existía alguna. Sabían tan poco sobre el mecanismo en aquellos momentos que fue difícil establecer cómo sabría el ordenador en qué basarse para saber si algo iba mal, y cómo podría decidir en ese caso qué resolución tomar. Ni siquiera

ellos mismos lo tenían muy claro. De hecho, hasta que la simulación no ofreciera los primeros resultados no tendrían una idea de cómo se desenvolvía el proceso, así que era casi imposible saber cómo abortarlo de una manera adecuada.

El segundo año transcurrió así rápidamente, mientras se depuraba el programa de simulación y se mejoraba el modelo, incorporando cada vez más variables y aumentando su grado de precisión. También trabajaron en la automatización del experimento y sobre el control del mismo. El tiempo prácticamente volaba para Pras, que trabajaba sin descanso días y noches. Apenas podía prestar atención a otra cosa que no fuera el trabajo, que devoraba con auténtica pasión.

Al comienzo del tercer año comenzaron las simulaciones, y desde entonces el ritmo del proyecto había decaído. No se habían logrado avances sustanciales y parecía que el experimento estaba completamente estancado. Llevaban varios meses trabajando con las diferentes variables del proceso y no se conseguían resultados. Cada uno de los miembros del equipo disponía de un potente ordenador instalado en su casa, de manera que no tuvieran que desplazarse cada día al laboratorio, y de una copia del simulador sobre el que habían estado trabajando durante el último año. Podía decirse que el modelo era prácticamente perfecto, si es que realmente representaba algo factible.

Para la mayoría de los componentes del grupo, el hecho de dejar la tensión diaria del trabajo en el laboratorio resultó una liberación, ya que los últimos años habían sido de una actividad frenética. Para ellos representaba algo así como unas vacaciones pagadas, ganadas después de un arduo trabajo. Pero para Pras supuso el comienzo del aburrimiento, un aburrimiento que no conocía desde hacía mucho tiempo. Solamente se reunían los viernes para

comentar las pequeñas averiguaciones personales y ponerse de acuerdo en la nueva dirección a tomar durante la semana siguiente. El resto del tiempo Pras estaba encerrado en casa, y aquella situación estaba empezando a hacérsele insostenible. Estaba cansado de mirar por la ventana cómo el perro del vecino saltaba de seto en seto noche tras noche. Y los malditos resultados no llegaban...

La base teórica del experimento era relativamente simple: una persona se sentaba en el sillón que se había ubicado en el centro del laboratorio, situado en el sótano del edificio de dos plantas en el que se desarrollaba el experimento. A la persona se le conectaba, además de una serie de sensores que medían sus constantes vitales, una sonda por la que posteriormente se le inyectarían diferentes sustancias en el cuerpo. Se inducía al sujeto a un sueño mediante la inyección de una pequeña dosis de un sedante específico. La cantidad de sedante debía ser muy baja, intentando inducir en el individuo su ciclo normal de sueño de una manera artificial. La dosis debía también ser muy precisa, ya que no se pretendía dejar a la persona fuera de combate; simplemente debía dormir de una manera natural. Ésta era una de las variables fundamentales del proceso y uno de los parámetros que debía determinar la simulación: la cantidad de sedante a inyectar.

Posteriormente, se supervisaba el estado del sujeto durante todo el ciclo del sueño: su pulso, su tensión arterial, su temperatura corporal, su respiración... Decenas de variables eran monitorizadas desde una consola de mando de manera que se mantuviera todo bajo control. Luego, en el momento preciso, se despertaba a la persona de manera violenta mediante una descarga eléctrica de alrededor de 150 voltios;

el valor exacto era otra de las variables a determinar. Finalmente, una inyección de una mezcla de excitantes basados en derivados de la adrenalina se encargaba de restablecer las funciones del sujeto lo más rápidamente posible. La cantidad de esta sustancia a inyectar al final del proceso era la última de las variables a despejar.

Se desconocían los efectos que podría sufrir el individuo al despertar de esa manera tan poco ortodoxa, pero en principio no había motivos para temer ningún percance. Quizá un leve dolor de cabeza o una cierta desorientación transitoria, pero poco más. No se sabía exactamente si el individuo viajaría realmente en el tiempo, y si lo hacía, en qué sentido y a qué distancia. El equipo había determinado que, con toda probabilidad, el sujeto podría viajar en el tiempo hasta una distancia equivalente a su sueño medio, aunque Pras consideraría el experimento un éxito con lograr simplemente unos pocos minutos. Cualquier cosa que le diera la razón sería válida para él, no necesitaba resultados espectaculares.

Aparte de los parámetros que se debían determinar y de las bases del proceso, poco más era lo que sabían. Se tenía preparado un programa de pruebas con animales que duraría medio año tras obtener unos resultados sólidos en la simulación, y que consistiría en las clásicas baterías de experimentos que exigían la más básica prudencia científica y los trámites legales.

Sin embargo, los resultados no llegaban.

Los dos primeros años el contacto con el resto de miembros del grupo era diario, pero ahora se veían muy poco, solamente en la reunión semanal. Habían acordado llamarse en cuanto alguien tuviera alguna novedad, pero habían transcurrido ya varios meses desde que entraron en esa dinámica y cuando se

reunían era sólo para certificar que no había habido ningún avance.

Después de todo este tiempo, Pras comenzaba a dudar de si realmente aquello iba a llegar a algún sitio. Al principio apenas había tenido tiempo de reflexionar sobre la dirección que el experimento estaba tomando: todos los días tenía algo que hacer y nunca le había faltado algo en lo que ocupar sus largas noches de insomnio. Pero ahora... ahora todo lo que hacía era correr la simulación, cambiar los datos, volver a correr la simulación, obtener resultados inválidos y volver a empezar. Quizá los otros científicos hicieron bien en reírse de él. Aquella rutina le dejaba tiempo para pensar, y cuando le daba vueltas a la cabeza se sentía peor. Su ánimo se había venido abajo en las últimas semanas y realmente se empezaba a sentir cansado de todo aquello...

5

Un poco de acción

BIIIIIP!, sonó el ordenador. Pras dejó sus pensamientos a un lado y levantó la vista. La simulación había finalizado. Esta vez había tardado algo más de lo habitual.

Se levantó y llevó el plato y el vaso a la cocina. Las primeras veces siempre se precipitaba sobre la pantalla cada vez que la simulación terminaba, pero ya hacía semanas que había dejado de hacerlo. No podía soportar la decepción continuada.

Llenó el vaso de agua otra vez y metió el plato en el lavaplatos. Apagó la luz de la cocina y, bebiendo un poco más de agua, cruzó el salón hasta llegar frente al ordenador para examinar las cifras. Lo normal era que el simulador acabara escupiendo cifras alocadas para cada una de las variables, lo cual indicaba que no se habían encontrado valores adecuados para las condiciones que se le habían suministrado. Pras se limpió las gafas con tranquilidad, se las puso y se inclinó sobre la pantalla para examinar los resultados.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo. No podía ser. Aquellas cifras, aquellos números... tenían sentido. ¡Por primera vez en meses el simulador arrojaba cifras razonables! Podía no ser la solución que estaban buscando, pero al menos era una posible solución, algo coherente. «No puede ser, no puede ser», repitió varias veces para sí mismo con el corazón golpeándole

el pecho fuertemente. Con las manos temblorosas, encendió la impresora y pasó los resultados a papel. Apenas pudo contener su excitación mientras la impresora escupía hojas durante varios minutos.

Recostado sobre la silla, examinó detenidamente el conjunto de hojas llenas de caracteres impresos. Era increíble: después de meses de espera aquello era un rayo de luz en su mísera existencia. Se levantó gritando fuera de sí y arrojó el manojito de papeles al aire. Zapateó el suelo mientras bailaba alrededor de la mesa en medio de una lluvia de hojas de papel. Aquello era un hito en su aburrida cotidianidad. El vecino de abajo llamó por segunda vez en cinco años.

Se volvió a sentar frente al ordenador, todavía conmocionado. No podía ser cierto, todavía no podía dar crédito a lo que estaba sucediendo. Estaba viviendo un momento que había pensado que jamás llegaría. Trató de recuperar la respiración. Si hubiera tenido que hablar en aquellos momentos, probablemente le hubiera sido imposible. Se llevó la mano al pecho y comprobó con una sonrisa lo fuerte que latía. Hacía tiempo que no tenía emociones en su vida.

Abrió el cajón del mueble del ordenador y sacó dos cartuchos de almacenamiento de datos. Les quitó la funda de plástico a ambos e introdujo el primero de ellos en el ordenador comprobando que las manos todavía no le habían dejado de temblar. En unos minutos copió los resultados de la simulación. A continuación, hizo una copia de seguridad en el segundo cartucho. Volvió a enfundarlos en las carcasas protectoras y se quedó mirándolos unos momentos, uno en cada mano y ambas manos juntas frente a su nariz. En aquellos cartuchos podía estar su sueño, como si se tratara de una lámpara mágica con todos los deseos del mundo en su interior.

Finalmente, se metió uno de ellos en el bolsillo de la camisa y el otro lo introdujo en el compartimento secreto de su adorado reloj; allí estaría completamente seguro si a la otra copia le sucedía algo. No podía correr riesgos. Era difícil que le pasara algo a su ordenador, pero no estaba dispuesto a que pudiera suceder cualquiera de los mil desastres que le pasaban por la cabeza en aquellos momentos. Retrocedió sobre sus pasos sin dejar de mirar el reloj de la pared y se sentó a tientas en el sillón. Necesitaba la seguridad de aquel viejo reloj más que nunca en su vida. Respiró profundamente y se llevó la mano al bolsillo de la camisa palpando la caja del cartucho para asegurarse de que seguía allí. Se sintió eufórico. La vida era maravillosa después de todo.

Miró su reloj de pulsera en un gesto inconsciente: casi las tres de la mañana. Quizá debería llamar a alguien del equipo, ¿pero a quién? A Mónica, claro. Sí, llamaría a Mónica, ¿por qué no? Deseaba darle la buena noticia. Sentía la imperiosa necesidad de compartir su alegría con alguien, y ¿quién mejor que ella?

Se preguntó qué confianza debería dar a los resultados que había obtenido. Quizá no tuviera nada, pero desde luego nada era mejor que absolutamente nada. De hecho, era muchísimo más.

Pero pensó que mejor no despertar a Mónica; probablemente se habría acostado hacía ya un buen rato y de todas maneras se iba a encontrar con ella al día siguiente para comer. O no. Aun así, en el peor de los casos, ella llamaría para cancelar la cita y entonces podría contárselo todo. Podría esperar. El resto del equipo se enteraría en la reunión del viernes, después de todo sólo quedaban dos días y eso le daría tiempo a depurar los resultados y a asegurarse de que realmente tenía algo. Si habían esperado tanto tiempo,

podrían esperar un par de días más. La espera iba a resultar más larga para él que para los demás, eso seguro.

Pero ¿cómo saber si realmente tenía algo? Volver a correr la simulación podría ser un buen punto de partida. Luego podría alterar las variables para ver la sensibilidad de la solución. A pesar de todo, en el mejor de los casos sólo tendría la solución de un limitado y experimental modelo matemático. Tampoco podía quejarse en cualquier caso.

De todas maneras, siempre podía... no, menuda locura. ¿O no? Una idea escondida y al acecho en su mente asomó: ¿Y si fuera al laboratorio esa noche? Todo el sistema estaba automatizado, les costó más de medio año ponerlo a punto, y ahora técnicamente una sola persona podía llevar a cabo el experimento. No habría nadie si algo fuera mal, pero tampoco tenía por qué suceder ningún desastre o algo especialmente anormal.

Habían hablado muchas veces sobre el tema. El ordenador tenía controladas las constantes del sujeto en todo momento, y estaba programado para abortar la secuencia en cuanto sucediera algo, aunque era cierto que las rutinas de decisión no estaban demasiado pulidas todavía. Lo más seguro era que, en el caso de darse algún imprevisto o si el experimento no funcionara, Pras se despertaría por sí mismo al acabar su ciclo de sueño. Por otra parte, pensó que su ciclo de sueño era de apenas dos horas; podía tener resultados de primera mano en apenas tres horas si salía en aquel mismo instante de casa. En realidad no corría ningún riesgo: sólo tenía que ir e introducir el cartucho con los datos, sentarse, conectarse a la máquina y el resto se haría de manera automática.

Sí, ¿por qué no? ¿No había estado toda su vida esperando este momento? El momento había llegado y no se podía defraudar a sí mismo. Tampoco era que tuviera nada mejor

que hacer. Alguna vez había pensado que el aburrimiento de los últimos meses podría llegar a matarle. Quizá fuera literalmente cierto, pero ¿qué diablos? Se dio cuenta de que le había costado muy poco esfuerzo convencerse. Siempre había sido así.

Se dirigió al mueble de la entrada de su casa y buscó la llave del laboratorio. Mierda, no estaba. Recordó entonces que todos dejaron sus llaves en la planta cuando el proyecto entró en esta última fase, ya que no las iban a utilizar y, por motivos de seguridad, era mejor conservarlas a buen recaudo. No importaba: Bill, el guarda de seguridad, le abriría, no había ningún problema. Cualquiera excusa sería buena para la ocasión. Cogió las llaves del coche, descolgó la cazadora de la percha y salió dando un portazo mientras se aseguraba de que llevaba el cartucho en el bolsillo de su camisa. Aquella iba ser una noche memorable.

6

El experimento

MIENTRAS bajaba en el ascensor miró de nuevo el reloj. Eran las tres en punto en aquellos momentos. Se abrieron las puertas al llegar al sótano y Pras echó a andar por el garaje subterráneo de la finca. Sus pasos resonaban en el silencio de la noche. «Vaya, alguien con mucho dinero se ha mudado al edificio —pensó Pras de camino a su plaza de aparcamiento, al pasar por delante de varios vehículos cubiertos con gruesas lonas de color gris—. Probablemente alguien con mucho dinero y afición por los coches.»

Desde luego, había gente para todo. Tampoco se podía decir que él fuera precisamente *normal*. Tampoco era normal ver coches cubiertos en el aparcamiento, de hecho no recordaba haber visto ninguno antes. En cualquier caso, hacía mucho tiempo que no bajaba al parking, desde que se ralentizó el proyecto exactamente. Sí, salía de casa, claro, pero ahora que lo pensaba bien, últimamente para lo único que salía era para comprar comida en la tienda de ultramarinos del otro lado de la calle, y su coche llevaba varias semanas parado.

Se sintió de vuelta a la vida cuando subió a su viejo deportivo rojo, un pequeño capricho que se había dado con un pico que el amable señor Hembeltz había consentido en desviar del presupuesto. Desde luego aquel tipo había sido un padre para él. Y de los ricos.

Giró la llave en el contacto y el deportivo echó a andar el potente motor con un rugido que sacudió el enorme sótano cuando Pras presionó el pedal. Acarició el volante de viejo cuero negro y llevó la mano al cambio de marchas. Le encantaba conducir, especialmente aquel coche. Y más aún a las tres de la mañana.

La puerta metálica terminó de subir y salió derrapando de la rampa del aparcamiento: era la primera de las piruetas que Pras tenía ensayadas en el *circuito* que unía su casa con el laboratorio. Era una noche fría pero clara, ni una nube en el cielo en aquellos momentos. Le encantaba la ciudad iluminada por la noche, y conducir a toda velocidad por ella en aquellos momentos en que no había tráfico era un auténtico lujo. En poco más de veinte minutos podía recorrer los cuarenta kilómetros que separaban su casa del laboratorio.

Conocía el camino de memoria, podía hacerlo con los ojos vendados; durante gran parte del año pasado había preferido conducir todas las noches hasta allí por el sencillo hecho de no soportar el tráfico de la ciudad durante el día. Además, a pesar de que se llevaba bien con todos los miembros del equipo, prefería trabajar solo. Después de casi un año haciendo el mismo camino todas las noches, era capaz de llegar a la planta incluso con los ojos cerrados.

Todos los semáforos parecían estar en verde por la noche. A menudo salía al cinturón de la ciudad sin haber parado en ningún momento. Se sentía feliz, así que pisó el acelerador y comenzó a tocar el claxon y a hacer eses de manera temeraria mientras las luces se deslizaban a toda velocidad a su alrededor. Estaba pletórico, se sentía encantado de estar de nuevo en acción, sintiéndose útil otra vez. Aquella iba a

ser la noche. Apagó la radio para oír rugir los ocho cilindros del viejo deportivo.

Al poco tiempo llegó a la curva que unía la gran avenida que salía de la ciudad con el cinturón urbano que la rodeaba. Era una enorme curva de cuatro carriles de ancho que la mayor parte del día se encontraba colapsada, pero que durante la noche era un completo desierto de asfalto. Se dio cuenta de que había echado de menos esa curva. Sonrió para sí mismo mientras reducía de marcha y apretaba el acelerador con decisión.

El tren trasero del deportivo empezó a chirriar y la parte de atrás del coche comenzó a derrapar. Como todas las noches durante el año pasado, Pras tomó los trescientos metros de curva con el coche cruzado, las cuatro ruedas chirriando y acercándose vertiginosamente hacia el lateral exterior. La operación entrañaba bastante peligro porque, no sabía muy bien el motivo, el ayuntamiento no se había molestado en vallar el lateral exterior de la curva, probablemente porque el tráfico era muy lento durante el día. El terraplén que bordeaba la curva daba escalofríos, sobre todo cuando uno se acercaba a él con el coche derrapando a más de ciento veinte kilómetros por hora y con las cuatro ruedas gritando y luchando por agarrarse al asfalto sin éxito.

Justo cuando parecía que iba a salir despedido de la calzada en dirección a un vuelo sin retorno, la carretera se enderezaba súbitamente y Pras recuperaba el control del coche. Lo había hecho un millón de veces y podía decirse que ya era un auténtico maestro en la maniobra. Seguramente aquello también podía hacerlo con los ojos vendados.

Era su pequeño juego, el desafío de todas las noches del año pasado que le hacía correr la adrenalina por las venas y sentirse vivo por unos intensos instantes. Probablemente

tardaba unos quince segundos en tomar la curva completa, pero llegaban a parecer minutos. Luego entraba en la autopista y pisaba a fondo. En unos pocos minutos más estaba en el laboratorio.

No hizo falta llamar la atención de Bill para que le abriera. Seguramente había salido al oír el frenazo con el que Pras se había detenido en su plaza de aparcamiento. El guarda se acercó con una cierta prudencia alumbrando con una linterna el coche de Pras y golpeó la ventanilla suavemente con los nudillos. Pras no le había visto venir porque estaba buscando su reloj de pulsera. Debía estar por allí en alguna parte, en el suelo del coche, probablemente se le había caído al guardar la documentación en la guantera o al ponerse el cinturón. No era la primera vez que le ocurría.

Se incorporó y sonrió espléndidamente a través del cristal. Bajó la ventanilla.

—¿Qué diablos hace aquí a estas horas de la mañana, señor Wood? —preguntó Bill sobresaltado al otro lado de la ventanilla, iluminándole con una linterna—. No sabía que se hubiera reanudado el proyecto.

—He venido a buscar unas cosas. Las necesito para el trabajo en casa. Me aburría esta noche y vine a por ellas —contestó Pras preguntándose si debería haber preparado por el camino una conversación más convincente.

—Usted no cambiará jamás, ¿eh, señor Wood? ¿Por qué no vigila usted el laboratorio por las noches y yo hago los experimentos? Ja ja ja ja —rió sonoramente desde el exterior del coche.

Bill parecía no sorprenderse ya de las excentricidades de Pras. Estaba acostumbrado a verle aparecer a las horas más inimaginables de la madrugada bajo cualquier pretexto. Aquello ayudaría.

—Es una buena idea, Bill —contestó con inmejorable humor—. Hablaré con el señor Hembeltz e intentaré arreglarlo —añadió con una sonrisa.

—Veo que está usted de excelente humor esta noche, Señor Wood.

—Mejor que nunca, Bill, mejor que nunca —le respondió mientras ambos caminaban hacia la entrada del edificio.

Pras se despidió del guarda en su puesto de vigilancia ubicado en el vestíbulo y se dirigió al ascensor. Bajó entonces al sótano en el que se hallaba el laboratorio. Cuando las puertas del ascensor se abrieron, el olor característico de la sala le envolvió y se sintió feliz de estar de vuelta después de tanto tiempo.

Encendió las luces. El laboratorio era una habitación circular de unos veinte metros de diámetro. Afortunadamente no necesitaban demasiado espacio para todo aquello, lo que había abaratado algo los costes del proyecto, aunque tampoco demasiado. En realidad, la investigación era relativamente modesta en comparación con otros proyectos que algunos colegas conocidos estaban llevando a cabo en la actualidad. Pras se sintió ligeramente aliviado al pensar que tampoco le estaba costando tanto dinero al señor Hembeltz después de todo. Aunque se podía ver de otro modo: podía ser un poco caro semejante desembolso para nada. De todas maneras pronto todos saldrían de dudas. Y él en primer lugar.

Comenzó a encender secuencialmente todas las máquinas y los ordenadores. Preparó las sondas, los electrodos y se aseguró de que todo funcionaba correctamente. Hacía tiempo que nadie echaba un vistazo a todo aquello y quería asegurarse de que si algo iba mal no era por un fallo de la máquina. Se acercó a la consola de la computadora principal y se llevó la mano al bolsillo de la camisa para sacar el

cartucho con las instrucciones para el ordenador. El corazón le dio un vuelco cuando comprobó que el cartucho no estaba allí. Por un momento le faltó el aire.

Calma, calma, piensa. Probablemente se le habría caído al inclinarse para buscar el reloj por el suelo del coche hacía unos minutos. Sí, tenía que ser eso. Saltó de nuevo al ascensor y ascendió hasta el piso superior.

Al acercarse a la entrada, pudo ver a Bill hablando por teléfono. Parecía bastante alterado. Sus mejillas se veían sonrosadas en su palidez habitual. Bill se giró sorprendido al verle aparecer.

—¿Va todo bien, Bill?

—Er, sí, señor Wood —respondió entre balbuceos tapando el auricular con la mano—. Es mi mujer. Je je, ya sabe cómo son estas cosas...

—Tómatalo con calma —sonrió Pras—. Y salúdala de mi parte —añadió dándole una palmadita en el hombro.

—Descuide señor Wood.

Bill no hablaba a menudo de su mujer. De hecho era la primera noticia que Pras tenía de su existencia, al menos eso le pareció en aquel momento. A lo largo del tiempo habían llegado a intimar hasta cierto punto y él nunca la había mencionado. Ahora que lo pensaba con más detenimiento, a menudo Bill fanfarroneaba sobre sus innumerables escarceos amorosos. Quizá por eso parecía tan apurado ahora. Seguro que se había metido en un buen follón. Era en momentos como aquellos en los que se alegraba de vivir solo.

Salió de nuevo al exterior. El aire era frío y la noche estaba en calma. Sólo se oía el sonido de algún coche pasando por la autopista a lo lejos. Al otro lado del edificio sonó algo que a Pras le pareció un búho.

Nada más abrir el coche vio el cartucho sobre la alfombra del copiloto, justo como había imaginado. Casi con toda seguridad se le había caído al buscar el reloj y no se había dado cuenta por la aparición de Bill y su molesta linterna en los ojos. Menuda la hubiera hecho si hubiera perdido el cartucho después de tanta molestia. Siempre podría haber recurrido a la copia guardada en el lugar más seguro del mundo, pero desde luego eso hubiera retrasado sus planes.

Volvió a meter el cartucho en el bolsillo de su camisa y se encaminó de nuevo al edificio. El laboratorio estaba situado cerca de la carretera pero rodeado por un espeso bosque. Puso su vista sobre las copas oscuras de los árboles más altos, cuyas sombras se perdían en la oscuridad. Afinó el oído. Nunca se había parado a pensar en la cantidad de sonidos que podían llegar desde allí por la noche. Se preguntó si sería seguro adentrarse en aquel lugar, y más en la oscuridad. Un aullido sonó a lo lejos.

Cuando Pras entró de nuevo en el edificio, Bill volvía a estar sentado en su sillón ojeando descuidadamente los monitores de vídeo.

—¿Todo bien, Bill?

—Sí no se preocupe, ya sabe, cosas de mujeres —contestó el guarda ya más relajado y con una amplia sonrisa.

—Bien, me alegro —repuso Pras mientras se giraba para dirigirse hacia el ascensor.

—¿Va a tardar mucho, señor Wood? —inquirió el guarda mientras Pras se alejaba por el pasillo...

—No lo sé, Bill, no creo —contestó con gesto alegre, divertido ante la ambigüedad de su respuesta, y entró en el ascensor girando sobre sí mismo de un salto. Pras todavía sonreía cuando las puertas se cerraron.

De nuevo en el laboratorio, se dirigió a la computadora principal e introdujo el cartucho. Ésta lo leyó y quedó programada en función de los parámetros que había dado la simulación unas horas antes. En fin, todo estaba preparado. No quedaba mucho que hacer.

Echó un último vistazo alrededor para asegurarse de que no pasaba nada por alto. Después de todo, era la primera vez que llevaba a cabo los preparativos del experimento. Todo parecía estar en su sitio. Se acercó con decisión al sillón y tomó asiento en su mullido regazo. Aquel sillón era de los cómodos. Le había costado justificar la elección de un modelo tan caro, pero qué carajo: si vas a hacer algo, hazlo con estilo. Sonrió al recordar la cara del señor Hembeltz al oír la frase.

Se desabrochó uno a uno los botones de la camisa mientras pensaba en lo grandioso del momento. Por fin iba a salir de dudas. Llevaba quince años esperando una confirmación a sus locuras personales. Aquella misma noche sabría si había tirado su vida a la basura. Pensó que si fracasaba se retiraría definitivamente, se compraría una granja y se dedicaría a la cría de cerdos. Algo así estaría bien.

Se fue colocando cada uno de los electrodos con forma de ventosa que debían controlar sus constantes vitales. El ordenador abortaría todo el proceso si, entre otras cosas, su corazón superaba las 200 pulsaciones. Ya estaba mayor para excesos, pensó.

Llegó el momento de colocarse la sonda. Era bastante desagradable tener que subirse la manga de la camisa, buscarse la vena del brazo e introducir la aguja en ella. Nunca le habían gustado los pinchazos. Su madre le había dicho más de una vez que era un quejica porque siempre tenían que arrastrarlo al hospital para ponerle una inyección.

Intentó recordar cuándo fue la última vez que recibió una de ellas.

—Vamos allá —se dijo a sí mismo mientras introducía la fría aguja en su brazo—. Todo sea por la ciencia. —La aguja penetró suavemente bajo la piel del brazo. Bueno, tampoco había sido para tanto, pero hubiera preferido tener a alguien allí para ponerle la sonda, incluso para poner un brazo que no fuera el suyo.

Electrodos, sonda, monitores, equipo... todo estaba preparado y tenía buena pinta. Había llegado el momento. Con la mano derecha buscó el botón del reposabrazos que debía activar el proceso automatizado. Sin pensarlo dos veces, lo pulsó fuertemente y pudo ver que las luces de la consola comenzaban a encenderse una tras otra. Oyó el zumbido de la bomba de suero al ponerse en funcionamiento.

Se recostó sobre el sillón intentando relajarse y dejó que éste lo abrazara. Empezó a sentirse más y más calmado y su excitación se fue reduciendo poco a poco. Su respiración se fue ralentizado y notó que su corazón comenzaba a latir más despacio. Los párpados comenzaron a hacerse más y más pesados. Notaba el latido de su corazón en las sienes. Pras intentaba seguir despierto procurando mantener la atención en el panel de control, buscando indicios en caso de que algo fuera mal.

Finalmente, tras lo que parecieron unos largos minutos, cayó profundamente dormido.

7

De vuelta de todas partes

SE despertó sobresaltado y su cara y cuerpo estaban empapados en sudor. Había estado soñando algo bastante desagradable, aunque no lo recordaba. Un picor incómodo le recorría el cuerpo y notó algún calambre en los músculos de las piernas. Probablemente serían los efectos de la descarga eléctrica. Notó uno de los gemelos agarrotado, así que estiró el pie hacia adelante y levantó el empeine intentando estirar el músculo. Le dolía un poco la cabeza, pero nada serio; había tenido resacas peores. Decidió no intentar moverse hasta que su respiración recuperara un ritmo normal, porque en ese momento se estaba convulsionando agitadamente. Cerró los ojos tratando de relajarse de nuevo.

Al cabo de unos pocos minutos, cuando le pareció que su cuerpo había recuperado la normalidad, comenzó a quitarse lentamente los electrodos uno a uno y se sintió aliviado cuando por fin se pudo extraer la aguja del brazo. Se incorporó lentamente y con cierta dificultad, y por un momento todo le dio vueltas. Se agarró firmemente al sillón, de pie y manteniendo el equilibrio con el otro brazo, y poco a poco las cosas dejaron de girar a su alrededor. La sensación había sido realmente desagradable. Se levantó entonces con gran esfuerzo y abrió el botiquín para coger un pequeño apósito que se puso en el lugar del pinchazo. Probablemente

si hubiera estado en plenas facultades mentales se hubiera dado cuenta de que tenía cosas más importantes en las que ocupar sus pensamientos que de un simple pinchazo en el brazo, pero en aquellas condiciones le pareció que era lo primero de que tenía que preocuparse.

Se quitó la camisa y se secó el sudor de todo el cuerpo con una toalla del cuarto de baño. Se miró en el espejo. Tenía los ojos enrojecidos y la cara algo pálida, pero todo parecía en su sitio. Tomó un poco de agua fría y se refrescó la frente con ella. Apoyado con ambas manos sobre el lavabo, se quedó unos minutos con la cabeza gacha intentando asimilar lo que había ocurrido.

¿Qué habría sucedido? ¿Durante cuánto tiempo había permanecido dormido? Y... ¡Dios!, ¿qué hora era? Miró a su alrededor y se dio cuenta de que no había un maldito reloj en todo el laboratorio. Juraría que había mandado instalar un gran reloj encima de la consola. Quizá se les había olvidado. O quizá simplemente lo había soñado. De todas maneras aún quedaban detalles por terminar en el laboratorio, así que no era extraño que todavía faltaran algunas cosas.

Se acercó a la consola y comprobó los registros. Pras se sobresaltó: no había lecturas, ni gráficas, ni datos... era como si nada hubiera sucedido. En condiciones normales debería haber varios metros de papel continuo de impresora al pie de la consola. Tampoco parecía haber un historial del experimento en el propio programa simulador.

¿Habría ido algo mal? Aquello era muy extraño. Quizá la parte del ordenador encargada de realizar la toma de registros no había funcionado. Después de todo nadie tenía pensado que fuera a usarse aquella noche, así que era muy posible que nadie hubiera hecho demasiadas comprobaciones en el equipo en estos últimos meses.

Sacó el cartucho de la computadora y se sentó en el suelo dejándose caer agotado. Estaba todavía confundido y mareado. Cuando se vio con fuerzas, se puso la camisa, se levantó, se acercó hasta el ascensor y apagó las luces del laboratorio mientras echaba una última mirada. Mañana volvería y lo revisaría todo con más calma, pensó en la oscuridad. Se sentía tremendamente agotado a pesar de haber estado durmiendo. Posiblemente fuera un efecto secundario. Lo único que deseaba en aquellos momentos era volver a casa y tumbarse en la cama. Quizá sus pensamientos no le permitieran dormir, pero deseaba intentarlo con todas sus fuerzas. Hacía mucho tiempo que no se recordaba tan cansado.

Mientras el ascensor ascendía intentó recuperar la compostura. La frente ya no le ardía como hacía unos minutos, y el escozor de los ojos había remitido sensiblemente. Ahora esperaba que Bill no se extrañase de que hubiera pasado tanto tiempo allí abajo. Recordó que, al bajar, le había dicho que seguramente tardaría poco.

Las puertas se abrieron y Pras se encaminó lenta y nerviosamente hacia la salida. Sus pasos eran irregulares, y tuvo que hacer un esfuerzo para andar de manera normal. Al llegar a la altura de Bill éste levantó la vista de una revista que estaba leyendo y se dirigió a él sin aparente sorpresa:

—¿Ya ha encontrado lo que buscaba, señor Wood? —preguntó levantando una ceja.

—Eeeeh... sí, Bill, ya me voy.

—Buenas noches entonces, señor Wood. Cuídese. —Y volvió a enfrascarse en la lectura.

Pras se despidió con una tímida sonrisa sin dejar de caminar hacia la puerta. Su gesto de despedida ni siquiera

fue observado por el guarda, que se encontraba de nuevo inmerso en su revista.

Cuando llegó hasta la puerta de entrada se giró con gesto dubitativo. Se quedó unos segundos parado junto a la cristalera. El guarda levantó entonces la cabeza con curiosidad.

—Bill —preguntó Pras cautelosamente—, ¿cuánto... cuánto tiempo he estado allí abajo?

—Pues, no lo sé. Cinco, diez minutos quizá. ¿Por qué lo pregunta? —dijo sin demasiado interés.

—No, por nada, por nada —añadió dándose la vuelta—. Buenas noches.

—Buenas noches.

¿Cinco o diez minutos? Pras aceleró el paso hacia el deportivo. Sólo preparar las máquinas probablemente le habría llevado más de media hora. Intentó pensar pero la cabeza le estaba empezando a doler fuertemente, así que se limitó a seguir caminando hasta su coche. Un viento frío agitaba las ramas de los árboles del bosque que rodeaba al laboratorio. Los sonidos llegaban ahora amortiguados desde allí.

El camino de vuelta a casa se lo tomó con bastante más calma ya que no se encontraba demasiado bien. Aun así no tardó demasiado en llegar a la ciudad. Las primeras luces le deslumbraron y se encontró un poco desconcertado. Después de algunos minutos más conduciendo por las amplias avenidas, llegó frente a su edificio. La calle pasaba por delante del mismo, pero tenía que llegar a una rotonda de gran diámetro que se encontraba al final de la manzana y dar toda la vuelta para poder llegar a la entrada de su aparcamiento. A cualquier otro le hubiera molestado el rodeo, pero para él normalmente significaba un poco más

de diversión automovilística nocturna. No era aquella una de esas ocasiones.

Al pasar por enfrente de su edificio algo le llamó la atención: la puerta metálica del garaje elevándose lentamente. Vaya, ¿quién estaría saliendo a estas horas de la noche? Era extraño, sobre todo para un miércoles. Nunca había visto nada parecido, aquel era un barrio especialmente tranquilo. Quizá hubiera otros personajes extraños y noctámbulos en su edificio aparte de él, se dijo, aunque nunca hubiera coincidido con ninguno de ellos.

Justo cuando pasaba por enfrente de la puerta, un viejo deportivo rojo salió derrapando por la rampa antes de que la puerta del garaje se hubiera levantado del todo. Pras volvió la cabeza sorprendido por encima del hombro mientras el vehículo se alejaba a toda velocidad en dirección contraria. Qué curioso, le había parecido el mismo modelo que el suyo.

No podía ser. Nunca había visto un coche igual al suyo en su finca; se hubiera dado cuenta. Probablemente no hubiera ni siquiera otro igual en toda la ciudad. No solía fijarse demasiado en los detalles cotidianos, de hecho era bastante despistado, como Mónica se encargaba de repetirle todos los días, pero se hubiera dado cuenta de algo así. No en vano eran los coches una de sus pasiones.

Súbitamente un pensamiento descabellado golpeó su maltrecha mente. Tras unos segundos de aturdimiento, aceleró y tomó la amplia rotonda a toda velocidad, mucho más rápido de lo que la había tomado jamás. Hubiera dado la vuelta frente a su edificio si no fuera porque había una mediana ajardinada que separaba ambos sentidos. En aquellos momentos hubiera deseado poder saltarla, pero la altura de los bordillos impedía cualquier maniobra.

Salió derrapando de la rotonda y enfiló de nuevo la avenida por la que había venido en sentido contrario hacía unos minutos, acelerando a fondo tras el coche que se perdía en la lejanía. Metro a metro empezó a recortar la distancia que le separaba del otro vehículo, pero no era nada fácil; el conductor se empleaba a fondo. Miles de ideas se agolpaban en su mente mientras pisaba el acelerador a fondo intentando dar caza al coche que le precedía, muy parecido al suyo. O incluso idéntico.

Un semáforo cambió a ámbar en la lejanía y después a rojo, cuando se encontraba a unos doscientos metros del otro deportivo, el cual se deslizaba por las calles como alma perseguida por el diablo. Si optaba por detenerse lo perdería sin remisión, si no se detenía... bueno, era un semáforo en rojo después de todo, y todo el mundo sabía lo que significaban. Incluso a aquellas horas de la noche, cruzar un semáforo rojo a toda velocidad implicaba una cierta dosis de riesgo. Pras aceleró aún más.

Seguramente, y de acuerdo con Bill, debían de ser cerca de las cuatro o cuatro y media de la mañana. Nunca pasaba un alma por allí a esas horas, aunque tampoco salían coches idénticos al suyo del garaje de su edificio. Se saltó el semáforo rojo a toda velocidad mientras apretaba los dientes y sujetaba el volante con fuerza.

Afortunadamente tampoco en aquel momento pasó nadie por allí. El corazón le rebotaba en la caja torácica. Intentó relajarse un poco y aflojó la tensión sobre el volante. Por un momento pensó que se había dislocado un hombro de la fuerza que había aplicado sin darse cuenta durante la arriesgada maniobra.

En un par de minutos consiguió llegar realmente cerca del coche que le precedía. Era rojo, como el suyo. Efectivamente,

era un modelo antiguo, como el suyo. Pisó un poco más el acelerador. No podía creer lo que sus ojos estaban viendo: aquel deportivo rojo idéntico al que conducía, del mismo modelo que el suyo y que evolucionaba tan rápido como él solía hacerlo por aquellas calles, llevaba exactamente la misma matrícula que el suyo. Mismas cifras, mismas letras.

No era posible. Miró la parte derecha de la parte posterior del coche y pudo incluso ver la misma pegatina que llevaba él en el trasero de su vehículo. Aquello no podía estar pasando.

¡Era él!, saltó en el asiento. ¿Podía ser? Ante su asombro, sin aviso previo, el conductor del coche comenzó a hacer eses de un lado a otro de la calle a la vez que hacía sonar ruidosamente el claxon. Era él mismo: ¡era él aquella noche, camino del laboratorio!

Sin apenas darse cuenta, Pras aflojó el pie del acelerador y dejó escapar el coche que le precedía, el cual se difuminó rápidamente en la oscuridad de la noche camino de la curva que salía de la ciudad.

Con el corazón en un puño, detuvo completamente el coche en el arcén, abrió la puerta y puso un pie en el suelo mientras el deportivo fantasma entraba en la famosa curva de trescientos metros de adrenalina. Había parado porque quería poner un pie en el suelo, sentir la realidad del planeta bajo él. Bajó la ventanilla para no perder detalle de cómo la sombra del vehículo se perdía en la lejanía y pudo oír, en el silencio de la noche, cómo empezaba a derrapar en la distancia cuando ya lo había perdido de vista.

Era él, no cabía duda. Era él hacía unas horas. ¿Pero cómo era posible? ¿Había viajado atrás en el tiempo? Parecía la única explicación que la lógica permitía, y aun así se pervertía en cierto modo el concepto de lógica.

Si había viajado, ¿cuánto tiempo? Quizá un par de horas, eso tendría sentido. Pras trató de hacer recuento de tiempo: le costaba veintiún minutos exactos llegar al laboratorio, probablemente le había costado el doble volver esa noche, quizá algo menos. ¿Cuánto tiempo había estado en laboratorio? Entre que llegaba y lo preparaba todo, quizá media hora, no más. Pero Bill dijo que apenas había estado allí unos minutos. Es posible que hubiera estado allí algo más de tiempo del que Bill le dijo, al fin y al cabo la percepción del tiempo del guarda debía de ser un tanto peculiar para ser capaz de pasar las noches allí sin hacer nada y sin morir de aburrimiento.

Sí, quizá hubiera pasado una hora allí, era posible. Todo parecía encajar. ¡Había funcionado! Había dormido un rato y luego el ordenador le había despertado violentamente, alterando el flujo del tiempo a su alrededor de alguna manera. Era difícil explicar lo que había sucedido, pero había sucedido. Más complicado era explicar lo que había ocurrido después. Llevaba toda su vida preparándose para algo así y ahora no podía dar crédito a lo que estaba ocurriendo. Pensó que quizá en el fondo tampoco él pensaba todavía que todo aquello pudiera haber tenido lugar.

Se sentó en el capó del coche y le reconfortó sentir el calor del motor en su trasero. Hacía bastante frío e iba en mangas de camisa. No había sentido el frío hasta aquel momento. Miró a su alrededor y comprobó que la calle estaba completamente desierta. Las luces de los escaparates de las últimas tiendas de la ciudad brillaban con fuerza. Algunas parpadeaban en vivos colores. Levantó la cabeza y miró el cielo estrellado. No pudo sino contemplar las estrellas con una sensación diferente y extraña esta vez. Había estado en lo cierto todo este tiempo: se podía viajar en el tiempo.

Tenía que hacerlo otra vez. Se sentía demasiado confuso para saborear el momento.

Volvió a subir al coche y dio media vuelta para dirigirse a casa. Un pesado sueño como nunca antes había sentido comenzaba a apoderarse de él y de repente se notó extremadamente agotado. Se sentía algo raro, pero tampoco aquella había sido una noche demasiado común. Había sido una noche intensa, y especialmente larga. Se alegró de volver a tener un poco de acción, pensó mientras engranaba la primera marcha y el coche comenzaba a moverse lentamente con un ronroneo.

Las luces de la ciudad parecían especialmente brillantes en aquellos momentos. Veía algunos halos alrededor de las luces más potentes. Bajó la ventanilla y el aire fresco de la noche irrumpió como un vendaval en el interior del coche refrescándole la cara.

Pras se pasó la mano por la frente. Estaba sudando abundantemente y no hacía precisamente calor. Las luces pasaban lenta e hipnóticamente a través del parabrisas del vehículo y se dio cuenta de que estaba circulando a una velocidad muy reducida. Trató de presionar el acelerador pero el pie no pareció responderle.

El coche redujo su velocidad lentamente con la segunda marcha reteniendo el motor. Finalmente, el vehículo terminó calándose violentamente tras algunos petardeos. Pras sintió como si todo el peso de la noche cayera sobre su espalda y se desplomó sobre el volante incapaz de soportar semejante carga. El sonido del claxon le sobresaltó los primeros segundos, pero sólo consiguió que abriera los ojos durante unos instantes. Poco después la insistente bocina apenas era un leve sonido amortiguado. Luego no escuchó nada más.

8

La noche en Gaia

LA noche era fría en el comedor de Armand. Una pequeña lamparita brillaba en un rincón de la sala. La luz que arrojaba y el reflejo del monitor del ordenador portátil sobre las gafas de Armand eran la única iluminación en aquella oscuridad que lo envolvía todo y que parecía situar aquella habitación en mitad de ningún lugar. Junto a la mesa sobre la que reposaba el portátil, una pequeña impresora escupía hojas de papel con garabatos ininteligibles con un leve zumbido.

La oscura figura se recostó sobre el respaldo del sillón y se llevó una taza de café a los labios. Llevó la taza luego sobre su pierna izquierda y permaneció en aquella posición durante algunos minutos, la mirada fija en la pantalla del ordenador.

Aquel era uno de los mejores momentos del día. Armand habría sido incapaz de decir cuánto tiempo llevaba sentado en aquel lugar, revolviendo papeles y descifrando datos. No recordaba haber encendido la luz del rincón, y el café seguramente no llevaba mucho tiempo hecho, ya que aún estaba caliente. No sabría decir si había cenado o no; tampoco tenía hambre. El sueño estuvo acechándole un rato, pero le volvió a dejar solo de nuevo. El grifo de la cocina goteaba con matemático compás: pic, pic, pic... Se preguntó qué hora sería. Dejó la taza de café y volvió a encorvarse sobre el teclado.

Gaia era su droga. Podía pasar noches en vela intentando descifrar sus misterios, si bien la tarea era tan ingrata que hubiera desanimado a cualquier otro hace ya mucho tiempo. Sin saber por qué, él podía dedicar horas y horas a intentar desentrañar aquella serie de jeroglíficos matemáticos. Era una de las pocas cosas que le divertían en la vida. Quizá la única, pensó. Aquello le permitía estar en soledad y además disfrutar de ella. Tomó el fajo de hojas de papel de impresora y lo colocó sobre su regazo. Miró de nuevo la pantalla. De nuevo nada; creía haber visto algo esta vez. Volvió a dejar las hojas sobre el suelo y dio otro sorbo a la taza de café.

Envuelto Armand en su bata de rayas, aquel comedor podía haber sido perfectamente la habitación de un centro psiquiátrico y nadie hubiera encontrado ninguna incongruencia. Se recostó de nuevo para limpiarse las gafas y se rascó la frente cuando hubo terminado. El sonido de un coche a toda velocidad desde la calle. No era la primera vez que lo oía. No prestó demasiada atención, aunque en alguna noche de insomnio creía haber oído aquel coche antes. Bastante ruidoso. Probablemente alguna vez incluso le había despertado. O quizá había sido solamente la cisterna del vecino. Por la noche aquel edificio era una caja de ruidos.

Armand apartó aquellos pensamientos de su mente para concentrarse en su labor. Se preguntó qué sacaría en claro de Gaia, si es que alguna vez llegaba a descifrar aquella ingente cantidad de datos que recogía cada día. Supuso que pasaba todas aquellas noches en vela simplemente porque disfrutaba con ello, no le pareció que necesitara una meta a la que tuviera que llegar. De todas maneras sentiría algo muy especial si descubría que Gaia había llegado a ser algo. Habían sido muchos años de dedicación, era difícil no tener

un objetivo ambicioso, aunque los años habían disuelto las ambiciones de Armand.

Hacía ya algo más de dieciocho años que empezó a trabajar en aquel disparate. Ahora que echaba la vista atrás, su matrimonio empezó a resquebrajarse aproximadamente también en aquellos tiempos. Armand trabajaba obsesionado la mayor parte del día y apenas tenía tiempo para su familia. Pasaba mucho más tiempo en su despacho de la universidad que en casa. Había días en que ni siquiera aparecía para dormir. Allí en la cátedra de Física, durante muchos años, escribió las ecuaciones y sentó las bases de lo que sería la recreación de una pequeña parte del Universo, concretamente de la Tierra y sus alrededores.

Durante muchos años había compaginado las clases de Física en la universidad con sus estudios en Biología. Le apasionaba la vida artificial. De hecho empezó a interesarse por la Biología cuando comprendió lo íntimamente que ambas disciplinas estaban ligadas: la vida artificial no era más que una simulación burda de la vida que nos rodea o, como Armand lo veía, la vida real no era más que una realista interpretación de las leyes físicas que rigen el universo, un conjunto de ecuaciones matemáticas que el ser humano era incapaz de descifrar por su limitado entendimiento. Sí, la vida real era una simulación perfecta.

Como Físico que era, Armand reducía todo a interacciones entre partículas. La química, base de la vida en el planeta y en el resto de sistemas del Universo, no era sino Física a niveles microscópicos. Todo se podía explicar en base a atracciones y repulsiones entre los átomos y sus partículas, absolutamente todo.

En aquellos tiempos, y todavía en estos, existía una corriente determinista universal, la cual decía a grandes

rasgos que todo lo que sucedía ahora y sucediera después estaba escrito desde el principio de los tiempos. En la gran explosión inicial que se creía dio origen al Universo existía una cantidad infinita de partículas, las cuales salieron despedidas en todas direcciones en el instante del cataclismo. Muchos científicos pensaban que, si hubiera sido posible conocer la dirección y la velocidad de cada una de esas partículas, se podría saber dónde se encontraría cada una de ellas en cada uno de los sucesivos instantes de tiempo. Lógicamente no se contaba con las herramientas necesarias para llevar a cabo semejante cometido, ni física ni matemáticamente. Hasta donde se sabía, tampoco era posible conocer la posición exacta de una partícula sin alterar su velocidad, así que la tarea de determinar datos concretos de partículas no pasaba de ser una pura entelequia teórica. Era muy poco probable que el ser humano llegara alguna vez a desarrollar las técnicas concretas para realizar tal labor, y aun así le sería imposible remontarse al momento mismo de la creación para efectuar las mediciones.

Sin embargo, al menos sobre el papel, la teoría no admitía discusión. De la misma manera en que se calculaba la posición en la que iba a caer la bala que sale de un cañón en función de su velocidad y de su dirección en el momento del disparo, se podía conocer la posición que ocuparía cada una de las partículas del universo en cada instante posterior a su lanzamiento inicial.

Y todo estaba hecho de partículas. Aquello era fácil de explicar para seres inertes e incluso para cuerpos animados, pero la cosa se tornaba un poco más complejo cuando se quería hablar de aquella caja misteriosa que era el cerebro humano. Los sueños, las emociones, los pensamientos; la envidia, la codicia, la piedad, la pasión... todo aquello eran

partículas también, partículas que formaban conexiones neuronales e impulsos eléctricos que componían la realidad que envolvía a la persona.

Era triste pensar que el comportamiento de un ser humano, su personalidad, su estado de ánimo, su apatía... una persona era lo que el nivel de diferentes hormonas en su sangre dictaba. Compuestos de diferentes partículas hacían a las personas. Una fotografía hormonal instantánea de un individuo era una mapa de su estado de ánimo. En la actualidad, con un sencillo análisis de sangre, se podía saber cómo era un sujeto.

Y qué decir del ADN. El ADN, también rigurosamente compuesto por partículas —como todo en el Universo—, era una entidad increíble, capaz de autorreplicarse y extenderse a toda costa, abriéndose paso por la supervivencia como la vegetación en la jungla. El Universo podría, posiblemente, reducirse a una sopa de cadenas de ADN luchando por replicarse a toda costa compitiendo por los recursos que les rodean. Le gustaba pensar en aquella idea cuando concebía juegos de vida artificial.

Para Armand, aquella reducción absoluta del Universo a una serie de pequeñas entidades era fascinante. Todos los seres vivos que se conocían poseían un ADN único, así que se podía considerar esta molécula como una unidad fundamental de vida. Según su atrevida visión, los seres humanos y todo ser viviente en general no eran más que máquinas de supervivencia, construidas por los genes para su propia perpetuación. Lógicamente, cuanto más perfecta y competitiva fuera la máquina lograda por la molécula de ADN, mayores serían las posibilidades de aplastar a la competencia y de autorreplicarse, lo que suponía un acicate para la evolución. Sin embargo, era curioso observar

cómo la actuación del llamado *gen egoísta* podía llevar a comportamientos aparentemente cooperativos, cuando lo que se esperaba de la supervivencia era una simple lucha feroz por unos recursos limitados.

Un ejemplo de la paradoja del gen egoísta eran los lazos familiares. El objetivo final es la supervivencia de los genes, no de las máquinas. Por ello las máquinas, los seres humanos, muestran mayor tendencia a cooperar con aquellos iguales con los que comparten más código genético. Eso explicaba la fortaleza de los lazos familiares. Las máquinas no se reproducen, realizan copias de sus genes y los extienden en la medida de lo posible. Los genes se perpetúan y los vehículos mueren. Cuando los genes son parecidos, una alianza es la mejor manera de asegurar la supervivencia de todo ese material común.

La lucha de aquellas entidades por la ocupación total del espacio y los recursos del Universo era una idea deliciosamente simple. Como siempre se decía en el mundo científico, las teorías más probables eran las más sencillas, las más elegantes. Y aquella no podía serlo más. Le recordaba a los primeros programas de vida artificial, en los cuales se hacía luchar por la supervivencia a entidades básicas sobre un tablero cuadrículado bidimensional, registrándose sus evoluciones. Quizá el Universo no fuera sino aquello, solamente que *un poco* más elaborado. Estremecedoramente simple, se revolvió Armand en su sillón.

Sobre aquellas bases se había asentado Gaia. Cuando Armand empezó a desarrollar las innumerables ecuaciones que regirían su pequeño Universo, muchas eran las lagunas a las que se enfrentaba. No se conocían las partículas más pequeñas existentes, se seguía dividiendo el átomo una y otra vez, y se ignoraban los efectos de la interacción de las

partículas a distancias infinitesimales. Tampoco existían computadoras lo suficientemente potentes para trabajar toda aquella numerología, ni parecía que fueran a existir jamás. Su empresa parecía una vana quimera más que un proyecto con visos de prosperar.

Sin embargo, afortunadamente para sus intenciones, durante los ocho años en que estuvo archivando ecuaciones en cinta y perfilando un simulador, el mundo tal y como se conocía dio un vuelco. Primero un grupo de científicos descubrió la partícula fundamental y finalmente indivisible de la materia del Universo. Estaba presente en todas las partes de un átomo, pero en diferentes cantidades. Las propiedades de esta partícula variaban dependiendo de su concentración en el espacio, lo que explicaba el comportamiento dispar de otras partículas de mayor tamaño: electrones, protones, muones, piones... Armand tuvo que reescribir prácticamente desde cero muchas de las ecuaciones, pero contaba entonces con una base sólida sobre la que trabajar. Tenía una partícula fundamental e indivisible, ladrillo único de todo ente universal. El problema era que la potencia que iba a necesitar para simular una cantidad casi infinita de partículas infinitamente pequeñas era prácticamente, valiera la redundancia, infinita.

Pensó que quizá, si pudiera reducir el problema y simular solamente una parte del Universo... sí, un sistema solar o algo relativamente acotado; quizá en aquellas condiciones el problema podría ser abordable. Seguía siendo un problema enorme, pero su tamaño se reducía en infinidad de órdenes de magnitud. Quizá planteándolo así sí fuera realizable en algún punto del futuro, cuando la capacidad de cálculo de las computadoras pudiera satisfacer las necesidades del problema.

Sí decidía abordar el modelo acotando el espacio sobre el que se trabajaba, entonces debería trabajar cuidadosamente también en la elección de los valores iniciales de las variables, pensó. Simular el principio del Universo era relativamente fácil: todo está muy, muy junto, todo está muy, muy caliente, y todo sale disparado en todas direcciones y a toda velocidad. En cambio, un único planeta y sus alrededores implicaba tener en cuenta muchas suposiciones, especular, *mojarse* más en las condiciones iniciales y en las condiciones en las fronteras del problema. El asunto de las condiciones iniciales resultaba especialmente complejo, ya que no era tan sencillo saber cómo era la Tierra cuando comenzó a gestarse como lo era determinar el aspecto y propiedades de los límites del sistema solar en la actualidad.

Aquel modelo a escala quizá fuera menos preciso, pero probablemente sería lo único que pudiera permitirse algún día, si es que los ordenadores llegaban a tener la capacidad de computación necesaria antes de que la vida de Armand terminara consumiéndose o simplemente el tiempo le arrebatara la pasión de aquellos años.

Sin embargo, hacía ahora trece primaveras, el mundo de los ordenadores había experimentado súbitamente una espectacular revolución: la computación molecular. Los chips de silicio, exprimidos ya al máximo, dieron paso a una nueva generación de ordenadores que utilizaban moléculas para sustituir transistores y diodos. El proceso de miniaturización que supuso fue increíble: se redujo el tamaño de los equipos a dimensiones anteriormente inimaginables. Los circuitos ya no se calentaban o desgastaban, y se podían hacer cada vez más pequeños y cada vez más compactos a medida que avanzaba la técnica. Las moléculas iniciales fueron sustituyéndose enseguida por compuestos aún más estables,

y los siguientes años la capacidad de cálculo de un ordenador se multiplicaba a un ritmo de miles de veces cada mes que pasaba. Armand recordaba cómo un amigo, que trabajaba en la administración, le había contado que habían sustituido los cerca de 2000 ordenadores que tenían contando el dinero de los contribuyentes por una caja de apenas 10 por 10 centímetros, y sonreía mientras relataba que el interior de la caja estaba ocupado por una pequeña tarjeta de un color verde neón. Era difícil explicar a alguien que no lo hubiera vivido lo que había supuesto la llegada de la computación molecular. Para Armand, por contra, aquello era fácil de explicar: iba a tener la herramienta necesaria para correr su simulador.

Los años transcurrieron y los nuevos ordenadores parecían haber vuelto a encontrar techo. La increíble velocidad a la que funcionaban provocaba problemas de estabilidad en las moléculas, las cuales llegaban incluso a calentarse como había sucedido en los anticuados y ya prehistóricos procesadores de silicio. Para la computación en entornos muy exigentes, los ordenadores volvían a tener un gran tamaño, pero su capacidad de cálculo era tan difícil de comparar con cualquier cosa que se hubiera conocido hacía unos pocos años que, cuando alguien se atrevía a hacer un intento de explicación del fenómeno, hacían falta números con infinidad de ceros para poder expresar la comparación de rendimiento.

Armand pasó el último año antes de Gaia pensando en cómo podría condensarse todo aquel desastre de ecuaciones en uno de aquellos ordenadores, quizá en varios. No podría permitirse una inversión demasiado elevada, incluso contando con una buena financiación. Cuando por fin hubo terminado de estructurar la forma de implementar el sistema, presentó la idea en un extenso artículo en

una reputada publicación científica, suscitando diversas reacciones. Mucha gente dudó de la utilidad de semejante proyecto. Después de todo no era más que un despilfarro de material y tiempo si se quería hacer bien, y una tremenda chapuza si se realizaba con medios mediocres.

Pasó mucho tiempo hasta que las aguas de la opinión científica se calmaron. Armand cayó en una profunda depresión sin saber por qué. Pasaba los días vagando sin rumbo de su casa a las clases, de las clases al parque, del parque a la barra de un bar cercano... Su vida familiar tocó fondo al cabo de un tiempo y su mujer decidió que ya no podía más. Su hijo, que ya contaba quince años, decidió que lo más inteligente era marcharse con su madre. Armand no pudo culparle por ello.

Medio año después, cuando parecía que iba a perder el control sobre su vida por completo, el decano de la Facultad de Física le llamó a su despacho. Había conseguido financiación para su proyecto: la Facultad se haría cargo. Armand se sintió renacer en su viejo pellejo.

Se preguntó en aquel momento de cuánto dinero dispondría, dónde se habilitaría el experimento, durante cuánto tiempo... Estaba tan excitado y sorprendido que no se atrevió a indagar por miedo a que aquel sueño se disipara como un jirón de niebla al ser abrazado.

Poco tardó en averiguar que no tendría que viajar muy lejos, que dispondría de muchos, muchísimos medios y de mucho tiempo. Además de todo el material, le había sido concedida una beca de investigación. Dispondría de diez largos años para llevar Gaia adelante.

Decidió entonces no hacer preguntas. Los chicos buenos no hacen preguntas. Las preguntas, en un sistema burocrático, no tenían sentido. Las cosas simplemente se hacían o no.

Armand lo sabía muy bien después de tanto tiempo en la enseñanza pública. Además, estaba tan atareado por aquella época que tenía poco tiempo para formularse preguntas, y tanto menos para plantearlas. Simplemente pasaba el día distribuyendo ordenadores, indicando por dónde debían discurrir los cables, explicando a los ingenieros informáticos los detalles de la simulación, optimizando los cálculos matriciales. Hubo semanas en las que apenas durmió. Si su mujer hubiera seguido con él, aquella gota hubiera podido colmar el vaso de su paciencia una vez más. Pero no fue así. No hubo vaso que colmar.

En unos ocho meses estuvo el último ordenador en su sitio, casi 800. Enormes máquinas de una potencia extraordinaria, impensable tan sólo unos pocos años atrás. Un proyecto y diez años por delante. Armand se sorprendió solo en mitad de la penumbra de aquel enorme recinto. Sentado en una silla, junto a una consola de control, miraba a su alrededor con la mirada perdida y las manos en su regazo en una postura que se le antojaba torpe.

Él mismo parecía un pequeño planeta flotando en la inmensidad del espacio. Y su vida tampoco tenía mejor aspecto.

9

El día después

EL teléfono sonó como si el edificio entero se estuviera viniendo abajo. Debía de llevar al menos medio minuto bramando cuando Pras despertó, aunque parecía haber estado sonando desde el principio de los tiempos. La cabeza le daba vueltas y le costó unos segundos saber dónde estaba. Le tomó algo más de tiempo saber qué estaba sucediendo exactamente.

Despegó la cara de las sábanas y se encontró tumbado en su cama con la ropa puesta. No era la primera vez que le pasaba, pero tampoco era algo demasiado habitual. Bueno, al menos esta vez se había quitado los zapatos. ¿Qué hora era? Le parecía que había estado siglos durmiendo. Miró el despertador y comprobó que sólo unos minutos pasaban de las doce del mediodía. No recordaba muy bien cómo había llegado a casa, pero desde luego estaba allí. El teléfono seguía martilleando en su cabeza.

Alargó la mano hacia el teléfono sobre la mesilla y, realizando un esfuerzo que se le antojó titánico, consiguió descolgar el auricular a duras penas y llevárselo al oído.

—¿Diga? —Se sorprendió de lo ronca que sonaba su voz. Carraspeó discretamente y volvió a preguntar. —¿Sí?

—¿Pras? ¿Eres tú? ¿Qué te pasa?

Parecía la voz de Mónica. Debía de estar llamando desde una cabina, porque se oía tráfico de fondo y el sonido era muy malo.

—Hmmm... sí, dime, estaba durmiendo —acertó a responder.

—¿Estabas durmiendo? Creía que no dormías nunca. ¿Y a estas horas? Te estás haciendo viejo —dijo la voz con tono irónico.

—Hmm, sí, eso debe de ser —respondió frotándose la frente.

—Escucha, Pras, no voy a poder comer contigo, me ha surgido un imprevisto. Nos vemos mañana en la reunión semanal, ¿de acuerdo?

—¿Qué? Ah, sí, vale, de acuerdo, de acuerdo... —acertó a balbucear.

Pras recordó que había quedado para comer con ella, y también recordó que no debía hacerse ilusiones. Así era todo más fácil. Las cosas siempre eran así con Mónica.

—Nos vemos mañana entonces. Cuídate —añadió ella con cierta prisa.

—Sí. Eh, oye, ¡Mónica! —Pras gritó en el auricular al recordar de repente lo que le había sucedido la noche anterior. Tenía que contárselo.

—Tengo prisa, Pras, ya hablaremos luego. Nos vemos —y colgó sin más.

Vaya. Se encontraba confuso. Se tumbó boca arriba sobre la cama mirando el techo. No sabía si había soñado todo lo que empezaba a recordar. Multitud de imágenes le venían a la cabeza, empujándose unas a otras, pugnando por pasar a un primer plano y llamar su confusa atención: el laboratorio, el experimento, el regreso, la persecución en coche detrás

de sí mismo... Todo parecía muy difuso y oscuro, como entre tinieblas.

Pensó que seguramente aquello jamás había sucedido, que simplemente había sido fruto de su imaginación. Probablemente lo hubiera soñado, era demasiado disparatado para darle crédito. Se alegró de no haberle contado nada a Mónica; quería reflexionar un poco antes y tratar de poner orden en su cabeza. Podía haber hecho el imbécil una vez más. Se alegró de haberse ahorrado las bromas de Mónica.

Se levantó y fue al cuarto de baño, donde se dio una reparadora ducha de agua caliente. Intentó desayunar algo pero tenía el estómago revuelto. «Esto de viajar en el tiempo le deja a uno hecho polvo. Me pregunto si vale la pena», se dijo preguntándose de nuevo si todo había sido un sueño.

Se hizo uno de sus bocadillos y se sentó en el sofá mirando la tele apagada. Masticaba cada pedazo lentamente. Suponiendo, y sólo suponiendo que no lo hubiera soñado, desde luego habría valido la pena. Era algo increíble. La culminación del sueño de toda una vida. Se preguntaba cómo habría tenido el valor de hacer lo que había hecho. No era normal en él hacer disparates y sus decisiones eran siempre meditadas y calculadas. «Supongo que no tuve ninguna otra opción», era la única explicación que se le ocurría si hubiera tenido que explicar cómo había hecho lo que le parecía haber hecho.

Estaba demasiado aburrido y desesperado como para hacer algo sensato, demasiadas tensiones acumuladas en los últimos años. Si lo hizo, no fue por el señor Hembeltz, ni por el equipo de proyecto; lo hizo por él. Quería saber si estaba equivocado. Demasiado tiempo detrás de la misma obsesión para tener más ambiciones que la propia obsesión.

Pras se dio cuenta de que existía una manera extremadamente sencilla de comprobar si había sido todo un sueño. Pasó un brazo por encima del respaldo del sofá y girándose vio un montón de papeles por el suelo en el que no había reparado antes. Dejó el bocadillo y se acercó. De rodillas, echó un vistazo a los símbolos impresos. No sabiendo si alegrarse de obtener respuesta a su alocada historia, volvió a sentarse en el sofá y retomó el bocadillo con una frialdad que se le antojó pasmosa.

Por lo que a él tocaba, el proyecto había finalizado. Sabía que podía hacerse, se podía viajar en el tiempo, el tiempo estaba compuesto por infinitas hebras de hilo que se entrelazaban entre sí y constituían el tejido por el que nuestras existencias resbalaban directas a una muerte irremisible, al menos por el momento. Ahora estaba claro. Las noches en vela habían dado su fruto y, además, después de todo, tampoco era un bicho raro por dormir dos horas diarias. Ahora incluso eso tenía sentido, aunque sólo fuera un detalle sin mayor importancia. Se sentía como si estuviera comiendo un banquete que se había quedado frío. La excitación del día anterior le había dejado exhausto.

Todo había acabado para él, sí, pero quería hacerlo de nuevo. Sólo una vez más. Sólo para asegurarse de que no lo había soñado, para tener algo más sólido que presentar en la reunión del día siguiente. Desde luego, iba a ser la sorpresa del siglo, pensó Pras, retomando el pulso de sus emociones, y no pudo reprimir una amplia sonrisa de satisfacción. Iban a alucinar. Llegaría, presentaría los resultados de la simulación y les contaría lo que había experimentado las dos noches anteriores; cómo incluso había llegado a verse a sí mismo dos horas después en su deportivo camino del laboratorio.

Iba a ser increíble, ya podía ver sus caras. Luego presentaría un informe con sus conclusiones y en un par de meses estaría retirado haciendo cualquier otra cosa. Quizá lo de la granja de cerdos. Aquello ya no le interesaba. Es decir, en aquel momento ardía en deseos de volver a repetir la locura de la noche anterior, e iba a correr la simulación tantas veces como le diera tiempo hasta que llegara la noche, pero una vez todo estuviera resuelto, a punto, y todos los cabos atados, su trabajo habría concluido. No deseaba la fama, sólo quería quedar en paz consigo mismo. Bueno, quizá eso y dar en los morros a todos aquellos que se habían reído de él todos estos años. Eso también iba a estar bien. Quizá ahora pudiera dejar atrás su obsesión por el tiempo y disfrutar un poco de la vida que había estado dejando escapar minuto a minuto persiguiendo su sueño. Un sueño que había conseguido hacer realidad.

Pensó en el doctor Drexler. Era, llamémosle así, el máximo supervisor después de él; el segundo de a bordo. Tenía 68 años y una espesa barba que le llegaba a la mitad del pecho, como uno de esos científicos locos sacado de un viejo libro de historia. Se conservaba en buena forma para su edad. Era extremadamente serio y Pras y él habían tenido algunos roces. Era la única persona al margen de Pras que tenía control sobre absolutamente todo. Por lo visto al doctor Drexler le costaba aceptar que alguien con mucha menos experiencia que él, y con la mitad de su edad, le pudiera dar órdenes. Seguramente le hubiera encantado a él llevar el peso de la investigación, y Pras estaba seguro de que el ego del viejo doctor era capaz de hincharse hasta alcanzar el tamaño de la luna.

A pesar de todo habían conseguido llevarse más o menos bien durante todo este tiempo. Alguna vez habían tenido

algún enfrentamiento serio, pero la mayoría de veces se limitaba a alguna pequeña discusión que no solía pasar a mayores. A menudo Pras tomaba demasiadas decisiones por su cuenta, sin consultar y sin avisar, y el doctor Drexler más de una vez le había soltado algún sermón de tintes paternales. De todas maneras Mónica también lo hacía a menudo y no le molestaba tanto. Se preguntó por qué las reprimendas del doctor Drexler le resultaban tan insoportables y las segundas no. La respuesta parecía evidente. Sonrió mientras pensaba en ella.

Mónica había sido su único contacto con la sociedad en los últimos años, su último reducto de vida social. Bueno, había convivido con mucha gente, pero aquello era trabajo. Todo era trabajo salvo con Mónica. Durante los primeros seis meses se acercaron mucho. A menudo salían juntos y llegaron a ser grandes amigos. Incluso llegó a haber algo más, o quizá eso era simplemente lo que Pras había deseado. Sin embargo, y sin motivo aparente, comenzaron a distanciarse y, aparte de en el trabajo, se veían poco. En cualquier caso, cada vez que sonaba el teléfono esperaba que fuera su voz la que estuviera al otro lado de la línea. No solían llamarle muchas personas y, desde luego, cuando el timbre sonaba a las cuatro de la mañana, sabía con certeza de quién se trataba.

Mónica era increíble. No había conocido a muchas mujeres como ella y probablemente tampoco lo haría en el futuro, por el simple hecho de que no abundaban. Delgada y morena, sin un físico especialmente espectacular, ella sí parecía ser capaz de detener el tiempo a su alrededor. Era la típica persona que atrae las miradas de todo el mundo al entrar en una habitación, interrumpiendo todas las conversaciones y haciendo girar las cabezas, y tenía ese magnetismo y ese carisma del que muy pocas personas pueden presumir. Uno

podía tener el peor día de su vida y ser curado de todos sus males sólo con mirarse en sus ojos. No había nada de especial en ella, sin embargo, era simple y totalmente irresistible. Quizá ese fuera el problema: seguramente fuera demasiado para él. Un argumento perfecto, sencillo y contundente. Como la mejor de las teorías científicas.

El resto del equipo, Alan y Lewis, eran relativamente jóvenes para un grupo de investigación. Debían de tener unos treinta y tantos años, quizá su misma edad. Estaban particularmente dotados para la programación y los automatismos, y fueron de gran ayuda durante el periodo de creación y de depuración del simulador. Su papel ahora había quedado un poco relegado a un segundo plano y Pras no esperaba que fueran ellos los que fueran a tirar del carro en estos últimos meses. Aunque nunca se sabía, la suerte era fundamental para dar con las variables adecuadas para el proceso. Desde luego habían hecho un trabajo fantástico, y el proyecto ni siquiera hubiera llegado hasta la mitad del camino sin sus talentos. Se preguntó de dónde habría sacado el señor Hembeltz semejante par de fenómenos. Debía de tener buenos contactos aparte de mucho dinero. Probablemente ambas cosas estaban estrechamente relacionadas.

Pras salió de su encantamiento. Se sentó frente al ordenador y lo puso en marcha. Se palpó el pecho con sorpresa. ¿Dónde está el cartucho?, se preguntó al darse cuenta de que no llevaba puesta la camisa de ayer. Por un momento sintió angustia. Fue al cuarto de baño y registró el bolsillo de la que había sido su camisa de ayer. Uf, allí estaba. Se dio entonces cuenta de que no hubiera pasado nada si no lo hubiera podido encontrar, pero se sintió mejor al tenerlo todo de nuevo bajo control. Odiaba los cabos sueltos, y ya tenía unos cuantos por atar.

Lo introdujo en el ordenador. Trabajaría en la simulación a partir de las variables obtenidas ayer con pequeñas modificaciones, para intentar obtener un resultado mejor. Bueno, *más óptimo*, en vista de los resultados de la noche anterior.

Era la una del mediodía. Con un poco de suerte podría correr la simulación unas seis o siete veces antes de que llegara la hora de repetir la locura del día anterior. Sí, había decidido que iría a la misma hora al laboratorio e intentaría reproducir en lo posible todas las condiciones que se habían dado en el experimento de la noche anterior, si es que realmente había sucedido. Si había sido un sueño o no había tenido lugar como lo recordaba, quizá tuviera suerte esta vez y se hubiera tratado de uno de esos sueños premonitorios. Pero Pras ya no sentía sus recuerdos como la sombra de un sueño, sino que cada vez recordaba más claramente.

Se dirigió al reloj de la pared y sacó el otro cartucho del compartimento secreto. Lo dejó junto al teclado de manera que no se olvidara de hacer la copia antes de irse. Puso la simulación a funcionar. Tardaría un buen rato, como la última vez. ¿Qué podía hacer mientras tanto? No se veía capaz de esperar allí hasta que terminara. Decidió que saldría a correr un rato.

Hacía tiempo que no salía a correr. Siempre le despejaba, le daba tiempo a pensar en sus cosas y a menudo era una buena válvula de escape para la tensión. Se cambió y salió a la calle.

El día estaba nublado, era uno de esos días grises en los que nadie quiere salir de casa. No había un alma en la calle y Pras se sintió corriendo por una ciudad fantasma. Un viento desagradable soplaba del sur. A pesar de todo, el

parque tenía buen aspecto. Aún encontró algunas personas que corrían como él y que le saludaron. Pras saludó con entusiasmo. Estaba feliz por encontrar a alguien en aquel ambiente desolador. Simplemente estaba feliz de ver gente. Bueno, sencillamente estaba feliz.

A lo mejor debía empezar a relacionarse más, pasaba demasiado tiempo en su pecera, como le gustaba llamar al salón de su casa debido a la gran cristalera que daba al exterior. Minutos más tarde, el cielo se puso todavía más negro y comenzó a llover. Era una lluvia fina, y continuo corriendo un rato más hasta que comenzó a empaparse. Decidió ir a hacer la compra. Siempre iba a comprar en lunes, miércoles o viernes pero, dado que mañana viernes iba a ser un día movidito, comprar hoy le pareció una buena idea. Romper su metodismo podría ser divertido.

Volvió a casa justo cuando empezaba a llover torrencialmente. Las negras nubes habían adelantado la noche y el crepúsculo se dibujaba sobre la ciudad. Pras se había mojado bastante pero la ropa no le molestaba demasiado. Ordenó las cuatro cosas que había comprado para subsistir hasta el lunes y se dio otra ducha. Ahora se sentía mucho mejor. De repente se acordó de la simulación; se le había ido por completo de la cabeza.

Con tan sólo la toalla, y todavía chorreando, salió a grandes pasos al comedor, aquella estancia que representaba prácticamente su casa entera y su vida completa, y comprobó con satisfacción que el simulador había terminado de hacer cálculos. Aquello volvía a tener buena pinta. ¡Bien! No pudo contener un gesto de satisfacción en toalla.

Pras volvió a su habitación y terminó de vestirse. Parecía que las cosas iban rodadas ese día. Se sentó de nuevo frente al ordenador y observó los valores. Sí, aquello pintaba incluso

mejor que el día anterior: todo perfectamente coherente e incluso con valores menos agresivos para la entrada y salida del ciclo de sueño. Retocó un par de cifras y volvió a lanzar la simulación. Esa noche todo saldría igual que la anterior.

No, igual no, mucho mejor. Seguro. Probablemente no le dolería la cabeza, ni se sentiría mareado y con calambres al salir de su ciclo de sueño interrumpido artificialmente. Menos mal, porque había encontrado aquellos efectos secundarios bastante molestos. Meneó la cabeza. Se preguntó cómo podía ser tan delicado como para quejarse por unas pequeñas molestias cuando estaba viajando a través del tiempo, algo que ningún ser humano había logrado jamás. Desde luego, a veces parecía un chiquillo.

El resto del día lo pasó viendo la tele, comiendo y corriendo una y otra vez la simulación. Hoy se había levantado con bastante hambre, quizá fueran el ejercicio y viajar a través del tiempo, que despertaba el apetito. Le gustaba jugar con la idea de viajar en el tiempo. El solo pensamiento le hizo empezar a reír. «Pras, te estás volviendo loco. Justo cuando te has probado que no lo estabas, te vas a volver.»

A las doce y media de la noche lanzó la simulación por última vez. Cada uno de los resultados que había venido obteniendo a lo largo del día era mejor que el anterior. Estaba refinando el proceso hasta límites con los que no habría soñado esa misma mañana. Se preguntó si sería posible incluso viajar más allá del ciclo de sueño de la persona. Probablemente fuera posible, pero personalmente no le interesaba demasiado. Viendo lo que estaba consiguiendo con esas pocas simulaciones más, se dio cuenta de que las posibilidades eran bastante más amplias de lo que se había planteado en un principio. Estaba claro que había encontrado

la línea a seguir. El resto del equipo iba a sorprenderse realmente. Tenía ganas de ver sus caras.

Poco después de las dos y media de la noche, el ordenador acabó la que sería la última simulación. Pras imprimió los valores para estudiarlos con detenimiento. Perfecto, aquello era sencillamente genial. Sin duda se podría depurar mucho más, pero a él le bastaba: había llegado el momento de repetir. Pensó que le estaba cogiendo el gusto a aquello, ¿por qué no decir en la reunión del día siguiente que no tenía nada y seguir haciendo pruebas por su cuenta todas las noches hasta el siguiente viernes? Desde luego podría hacerlo, pero se dio cuenta de que se estaba enganando a todo aquello. A fin de cuentas él ya había conseguido su objetivo, y había acordado que aquello era el fin, había llegado a la meta. Se acabó. Además, los otros miembros del equipo eran tan partícipes del proyecto como lo era él, y sería del todo injusto no comunicarles un hallazgo del cual eran coprotagonistas. Aquella sería su última vez.

Hizo una copia del cartucho y lo introdujo en el compartimento secreto del reloj, como hacía siempre. Allí estaría a salvo. Se preguntó si alguien encontraría el cartucho alguna vez si a él le pasaba algo, por mucho que revolvieran la casa. Era imposible. A nadie se le ocurriría mirar en el viejo reloj, aparte de que tampoco llamaba demasiado la atención si no fuera porque era la pieza de mayor antigüedad de toda la casa. Quizá si fuera su padre hasta allí, y si alguna vez hubiera sabido del pequeño compartimento en la base del reloj... pero nadie más sería capaz de buscar nada allí. Era algo inverosímil.

Al ir a abrir la puerta de casa se detuvo y la volvió a cerrar. Se sentó de nuevo delante del ordenador. Una idea se le pasó por la cabeza: podría quedar *enganchado* tras el viaje

de esa noche y al día siguiente sucumbir a la tentación de volver a correr el simulador. Sí, no era algo tan descabellado. Su voluntad era bastante endeble y a menudo se dejaba arrastrar por sus pasiones, especialmente por las de este tipo; no era la primera vez que le ocurría. Recordó cuando estuvo a punto de perder su trabajo en la universidad por culpa de los buenos resultados que le había dado la nueva línea de investigación que había tomado. Estuvo varios días en el laboratorio trabajando sin parar, completamente ajeno a todo lo que le rodeaba, y olvidó incluso impartir sus clases. Si no hubiera sido por sus excelentes relaciones con su superior, hubiera perdido su empleo hacía ya mucho tiempo.

No quería que se repitiera la historia, y menos con algo tan serio. Él había llegado al final de su camino y no quería más líos; sólo quería una existencia normal. Quizá buscaría otro trabajo, algo fuera de las ciencias. Quería encontrar una chica bonita y casarse, tener críos y todas esas cosas. Sentar la cabeza, como se solía decir. Y llevaba mucho tiempo perdido en cuanto a vida social se refería.

Haría algo drástico e irreversible, algo que impidiera cualquier tentación: borraría el simulador. Sí, borraría el simulador y todos los resultados. Tenía dos copias, más que suficiente incluso en caso de que algo fuera muy mal. Así evitaría la tentación de volver a sentarse mañana frente al ordenador tras decirles a los demás que no tenía ninguna novedad que compartir con ellos. Escribió un par de líneas en la consola y se quedó mirando el parpadeante cursor que pedía confirmación para borrar todos los ficheros del proyecto. Vaciló unos instantes, pero finalmente dejó caer el dedo índice en vertical sobre la tecla de *Enter* y pudo oír cómo el ordenador se ponía en marcha y borraba todas los

registros relacionados con el proyecto. Se sintió muy extraño cuando el proceso terminó y todo quedó en silencio. Sólo se oía el ruido de la lluvia aporreando el amplio ventanal con fuerza.

Ya no había posibilidad de retorno. Pensó en todo lo que iba a dejar atrás, y se preguntó si sería capaz de llevar una vida normal por primera vez en toda su existencia. Sujetando el cartucho con fuerza, se alegró de pensar que aún le quedaba un viaje en el carrusel del tiempo. «Suban a bordo, la atracción va a comenzar», pensó mientras introducía el cartucho en el bolsillo de su nueva camisa. Se puso el chubasquero encima y salió dando un portazo asegurándose de que eran casi las tres en su reloj digital. No había conseguido encontrar su viejo reloj de pulsera, así que había recurrido a uno que le regalaron por su cumpleaños hacía un par de meses, sin duda en un intento de que jubilara en vano su vetusto reloj. Esta vez quería estar seguro de la hora en la que se encontraba en cada momento. Miró de nuevo la pequeña pantalla digital.

10

Una noche lluviosa en el tiempo

SALIÓ del ascensor y echó a andar. El agua caía con menos fuerza que antes, a juzgar por lo que podía ver por los respiraderos del sótano del edificio que hacía las veces de aparcamiento. Tanto mejor, no le gustaba demasiado mojarse. En esa zona del país no llovía demasiado a menudo, y Pras no estaba acostumbrado al agua. En realidad no estaba acostumbrado a nada que sucediera fuera de su apartamento. Apenas podía oír el eco de sus pasos amortiguado por el sonido de la lluvia que llegaba del exterior.

De repente, pasó delante de uno de esos coches enfundados en una pesada lona de color gris. Una curiosidad sin control le dominó: como si fuera un chiquillo, decidió que debía ver qué se ocultaba bajo aquella lona gris. «Pras, eso no es tuyo, déjalo», intentó convencerse. «Vas a llegar tarde», si es que podía llegar tarde a donde iba.

¿Qué podía suceder por echar una inocente miradita? No había nadie en el aparcamiento. En el último año aproximadamente no había visto un alma por allí a esas horas de la noche. Parado de pie en mitad de la penumbra, miró a ambos lados. No veía ni oía a nadie, pero el ruido de la lluvia que llegaba al interior podía ser más fuerte que el de unos pasos que se aproximaran. «Venga, imbécil; sé valiente, empieza tu nueva vida de una vez», se dijo mientras

empezaba a andar hacia el coche cubierto por la densa tela. Al fin y al cabo no era un crimen husmear debajo de una lona gris. A veces daba demasiada importancia incluso a las cosas más estúpidas. Si alguien le descubría podía alegar simple curiosidad automovilística.

Conteniendo la respiración y con el corazón incomprensiblemente desbocado, comenzó a levantar la lona con cuidado, repitiéndose una y otra vez que no estaba haciendo nada malo. Siguió alzando la lona hasta que apareció un resplandeciente parachoques plateado, y luego un bonito faro redondo. El coche era negro. Levantó la tela un poco más y pudo ver el morro de un precioso automóvil de color oscuro.

Vaya, quien fuera el que se había trasladado a la finca, además de tener mucho dinero tenía muy buen gusto. Aquel coche era una preciosidad. Le entraron ganas de destapararlo del todo, ver la parte posterior y el interior, pero iba a llegar tarde y sintió que ya había tenido demasiadas emociones para su pobre corazón. Suavemente, dejó caer la pesada lona sobre el morro del coche y se alejó discretamente lanzando miradas furtivas a su alrededor.

Qué bonito era. Si algún día jubilaba su viejo deportivo se compraría uno de esos. Moderno, cómodo. ¿Correría mucho? ¿Podría seguir haciendo el numerito de la curva con un coche así por la noche? Bueno, después de todo algún día se cansaría de correr. Todo el mundo se hace viejo, solía decir la gente.

No pudo sino sentirse como de nuevo en casa cuando cerró la puerta de su vehículo y sintió que el aroma del hogar le envolvía. Adoraba aquel coche. Se preguntó si alguna vez podría desprenderse de él. Lo mejor sería conservarlo y comprarse también el moderno. Pras sonrió. Sí, eso haría.

Arrancó y trató de engranar la primera marcha. Notó algo raro. No supo muy bien de qué se trataba y le costó unos segundos darse cuenta. El asiento, el respaldo del asiento; estaba un poco más reclinado que de costumbre. ¿Habría cedido? Nunca había tenido ningún problema al respecto. Tiró de la palanca y dejó avanzar el respaldo unos centímetros. Ahora sí. Qué cosa más rara. Miró el reloj: unos minutos pasaban de las tres. En marcha, ahora sí llegaba tarde.

Salió por la rampa del aparcamiento con las ruedas chirriando mientras las primeras gotas de la fina lluvia que estaba cayendo en ese momento mojaban el amplio parabrisas de su flamante deportivo rojo. Otra noche más, la ciudad era para él sólo. No le gustaba la lluvia, salvo que estuviera al volante de su coche en una de esas noches lluviosas. Entonces era otra cosa, el *circuito* que le conducía hasta el laboratorio se convertía en aquellos casos en algo *sólo para expertos*. Pisó el acelerador a fondo y disfrutó cuando comprobó la facilidad con que derrapaban las ruedas traseras sobre el brillante asfalto mojado. Hoy la curva de salida al cinturón urbano iba a estar *al dente*, se dijo acomodándose en el mullido asiento. Se hubiera frotado las manos si no las hubiera tenido sobre el volante.

Mientras discurría a toda velocidad sobre las luces de la ciudad reflejadas en el asfalto, se le ocurrió que quizá podría verse a sí mismo por el retrovisor persiguiéndose unas horas más tarde en ese mismo momento. Le pareció una idea sencillamente brillante. Miró por el espejo e incluso aflojó un poco la marcha, pero no vio ningún coche similar al suyo a sus espaldas, ni siquiera otro coche cualquiera. Si en un día normal a esas horas de la noche era difícil encontrar a alguien, a nadie se le ocurriría salir a pasear en coche a las

tres de la mañana de un día lluvioso. Quizá durante el fin de semana, cuando la vida nocturna era diferente, pero no un jueves por la noche.

Se extrañó: si el experimento hubiera ido bien, él estaría en estos momentos persiguiéndose a sí mismo, esa era la idea que tenía en mente, y tenía por tanto que verse a la fuerza. Quizá algo iba a suceder, algo iba a ir mal. Quizá iba a tener un accidente yendo al laboratorio, o quizá volviendo. A lo mejor simplemente se le iban a ir las ganas de perseguirse en una noche tan fría y húmeda o quizá iba a viajar menos en el tiempo y no le iba a ser posible llegar a su cita consigo mismo. Cualquier explicación, por disparatada que fuera, servía para describir lo que podía suceder. Puede que simplemente fuera incapaz de verse a sí mismo en distintos espacios temporales, que él y su otro yo temporal pudieran coexistir en el mismo espacio pero no en tiempos diferentes. Era un poco complicado pensar en todo aquello mientras corría por la ciudad intentando contener la emoción que le embargaba. Podían suceder tantas cosas y tenía tan pocas respuestas...

Llegó a la curva de entrada al cinturón urbano: trescientos metros de retorcido asfalto mojado que brillaban como el hielo en la tenue luz de la noche. Engranó una marcha inferior y, apretando los dientes y conteniendo la respiración, comenzó a empujar con suavidad el acelerador. Había que tener mucho cuidado en esas condiciones, no era la primera vez que se llevaba un susto en una de aquellas noches lluviosas.

El coche se cruzó con gran facilidad, y las ruedas comenzaron a deslizar sobre el asfalto sin apenas hacer ruido. Mantuvo el vehículo cruzado mientras giraba más y más el volante intentando mantenerlo en el interior de la curva. Sabía que los últimos cien metros eran de un tipo de asfalto

diferente, más resbaladizo. Se había dado cuenta por primera vez precisamente en una noche de lluvia, porque en mojado brillaba mucho más que el firme que había en el tramo anterior. Era un detalle difícil de apreciar a la luz del día, pero no había más que poner una rueda en ese piso cuando estaba mojado para comprobar que patinaba como el hielo.

Aún recordaba la primera vez que pasó por allí lloviendo y lo cerca que estuvo de salir disparado volando sobre el terraplén. Le tomó miedo a la maniobra durante un tiempo pero, con la práctica, había llegado a tomar aquella curva con la misma perfección tanto en seco como en mojado. La técnica en este último caso era mantenerse en el interior durante mucho más tiempo para, al llegar a la zona del asfalto más deslizante, dejar el coche patinar suavemente a medida que lo enderezaba y aceleraba con cautela para incorporarse al carril de aceleración de la autopista en el último momento. Siempre era emoción asegurada.

Aquella vez no fue menos y todo salió perfecto. Mantuvo el vehículo en el interior de la curva y cuando el asfalto cambió notó el una gran diferencia en la tracción. Deslizó entonces con mucho cuidado, como si condujera sobre hielo hacia el exterior de la curva. Contuvo la respiración y enderezó suavemente el coche a medida que aceleraba. Cuando se incorporó a la autopista el deportivo volvió a aferrarse al asfalto con una leve sacudida y Pras sintió una tremenda sensación de alivio. Iba a echar de menos aquellos malabarismos cuando todo aquello hubiera acabado. A lo mejor podía dedicarse a las carreras de coches, quién sabe. Condujo a toda velocidad por la autopista desierta hasta el laboratorio en mitad de la lluvia.

Esta vez no salió Bill a recibirle. Quizá al guarda no le extrañara ya verle allí o puede que no le apeteciera mojarse.

Es posible que debiera planear algún tipo de conversación, no como la noche anterior, así que pensó algunas frases. Se aseguró de que el cartucho estaba en su bolsillo, no quería tener que volver a por él en una noche tan desagradable. Se puso el chubasquero y salió corriendo bajo la lluvia. Bill estaba leyendo una conocida revista de humor cuando Pras aporreó la puerta. El guarda levantó la vista y le hizo un gesto con la mano. Se levantó y se acercó hasta la puerta para abrirle.

—Buenas noches, señor Wood, dichosos los ojos. ¿Qué se ha olvidado hoy? —dijo el guarda. No parecía demasiado sorprendido de encontrarle allí por segunda noche consecutiva.

—Eh... hola Bill. Necesito unos datos para la reunión de mañana. Espero no molestar demasiado.

—No se preocupe. Uno siempre se alegra de charlar con alguien aquí —añadió Bill con una amplia sonrisa mientras cerraba la puerta.

—Serán sólo unos minutos —dijo Pras conteniendo la emoción en su voz sin volverse mientras caminaba rápidamente hacia el ascensor.

—No se preocupe, tómese todo el tiempo que necesite.

El laboratorio estaba tal y como lo había dejado. Nadie tenía por qué haber entrado allí ahora que el proyecto se encontraba supuestamente parado, pero en cualquier caso se alegró de encontrar todo en su sitio. Encendió una a una todas las máquinas. Luces y más luces comenzaron a parpadear en las consolas. Pras conectó el ordenador principal e introdujo el cartucho con los nuevos resultados de la simulación. La máquina emitió un leve un zumbido mientras leía su contenido, y Pras aprovechó aquel tiempo para poner en orden todos los elementos del sillón. Echó un último vistazo antes de sentarse en él: todo parecía correcto.

Respiró hondo y se dejó caer sobre el mullido sillón. Éste le abrazó y le envolvió confortablemente. Apenas se oía el sonido de la lluvia en el exterior. Se abrió la camisa y se puso los electrodos uno a uno. Miró la aguja de la sonda. Bah, tampoco le había dolido tanto el día anterior. Pinchó la vena de su brazo con decisión. Un calambre desagradable le recorrió el cuerpo. Abrió y cerró la mano para intentar relajar un poco el brazo. Respiró hondo intentando relajarse. Todo estaba yendo tan rápido esta vez. Ya estaba todo listo.

Miró el techo del laboratorio intentando reunir valor para alargar la mano hacia el botón que iniciaba el proceso. Lo pulsó con decisión tras tomarse unos segundos. Click. La suerte estaba echada. Notó cómo la máquina le administraba la dosis de sedante porque lo pudo sentir entrar en sus venas y subirle por el brazo. Poco a poco su acelerado ritmo cardíaco se empezó a ralentizar y su respiración ya no era tan agitada. Se dio cuenta de que casi se le olvidaba mirar el reloj. Levantó su mano izquierda con cuidado de no perder la sonda que prendía del brazo y pudo ver que eran casi las cuatro. Perfecto, fácil de recordar. Intentó concentrarse en el dato de todas maneras; iba a ser vital.

Dejó caer la cabeza sobre el respaldo del sillón y echó un último vistazo a toda la maquinaria. Se dio cuenta de que debería haber comprobado la unidad de registros del ordenador, ya que la noche anterior parecía no haber funcionado correctamente. En cualquier caso ya era demasiado tarde para hacerlo, y tampoco tenía una importancia vital después de todo. No pudo pensar mucho más: una espesa niebla cayó suavemente sobre él y perdió el conocimiento.

Se despertó sobresaltado. Abrió los ojos y vio el laboratorio tal y como lo había dejado unos instantes antes. Se incorporó respirando agitadamente y empapado en sudor.

Miró a su alrededor desorientado. ¿Cuánto tiempo había dormido? ¿Habría ido todo bien esta vez? No se encontraba especialmente mal, sólo un ligero zumbido en los oídos, pero nada de calambres o vértigos, al menos por el momento. Se notaba que había trabajado todo el día en mejorar el proceso. De todas maneras no se atrevió a mover un músculo durante unos minutos. Finalmente, se convenció de que todo iría bien y decidió que era hora de dar el paso, de salir de aquella artificial sensación de relativo bienestar.

Se quitó suavemente cada uno de los electrodos y trató de levantarse del sillón sin haberse desconectado la sonda. Un amargo pinchazo en el brazo le recordó que todavía tenía una aguja clavada allí. Gimió con una mueca de dolor. Se extrajo la sonda con cuidado y se incorporó. Notaba una cierta confusión, aunque físicamente se encontraba bien, mucho mejor que la noche anterior.

¿Qué hora será?, pensó. En aquel mismo instante recordó que tenía un reloj en su muñeca izquierda. La giró con dificultad y pudo ver la pantalla digital: casi las dos en punto.

«¡Dios mío, lo había vuelto a hacer! Aquello era un éxito rotundo: ¡dos de dos, cien por cien de efectividad! Era un fenómeno.»

Se levantó de un brinco con satisfacción e inmediatamente cayó de rodillas al suelo. Se sentía súbitamente muy mareado y notó nauseas. Pensó que iba a vomitar. Se dio la vuelta sobre si mismo y se tendió mirando al techo, con la espalda contra el suelo y sujetándose el brazo dolorido.

Permaneció sobre la fría superficie unos minutos hasta que, lentamente, todo dejó de dar vueltas. ¡Las dos en punto! Tenía tiempo de sobra incluso para esperarse a la puerta de casa. Aquello iba a ser muy interesante.

Se preguntó entonces por qué no se había visto antes, en el retrovisor, de camino al laboratorio. El primer día no prestó atención en absoluto, pero esa noche sí lo había hecho. Y el plan parecía ir sobre ruedas, al menos de momento. Se preguntó si le quedaría alguna sorpresa por descubrir de vuelta a casa.

Lo dejó todo como estaba porque le pareció que no era necesario recoger nada. Al fin y al cabo al día siguiente bajaría allí con el resto del equipo a explicarles los pormenores del experimento. El doctor Drexler se pondría como una furia por haber actuado impulsivamente y por su cuenta y riesgo una vez más, saltándose todos los protocolos y sin avisar a nadie. Al diablo con el doctor Drexler, no era la primera vez que aguantaba sus reprimendas pero ésta, eso seguro, sería la última. Estaba convencido de que Mónica aplaudiría su locura. Ella también podía ser bastante apasionada en casos como aquel, o al menos eso le gustaba pensar. Estaba seguro de que ella hubiera hecho lo mismo en aquellas circunstancias. No podía esperar el momento de contárselo todo. Todos estos pensamientos cruzaron su mente mientras se recomponía físicamente y se disponía a dejar el laboratorio.

¡El cartucho! Pras saltó del ascensor cuando las puertas ya empezaban a cerrarse. Estuvo a punto de olvidarlo dentro del ordenador principal. No era que supusiera ningún riesgo dejarlo allí, iba a estar seguro, pero por alguna extraña razón pensó que sería mejor llevarlo consigo. El ordenador lo escupió al pulsar el botón adecuado y Pras lo guardó de vuelta en el bolsillo de su camisa. Al meterlo notó que había algo en su bolsillo, parecía un trozo de papel. Se trataría seguramente de una factura o la cuenta del supermercado, olvidada en aquella camisa. A menudo ponía papeles en todos

los bolsillos de sus prendas y sólo aparecían cuando sacaba la ropa de la lavadora.

Hizo el papel a un lado e introdujo el cartucho en el bolsillo. Cruzó la sala corriendo y volvió a entrar en el ascensor. Mientras se cerraban las puertas del elevador, se imaginó a sí mismo dando explicaciones pormenorizadas sobre el experimento al día siguiente. Las puertas acabaron por cerrarse del todo y el ascensor comenzó a subir.

Súbitamente, por la cabeza de Pras pasaron como un rayo toda una colección de imprevistos que no había contemplado anteriormente: eran las dos de la mañana y él no había llegado allí hasta las tres y media aproximadamente. ¿Cómo iba a reaccionar Bill, que le había visto aparecer hora y media después de lo que le iba a ver salir ahora? ¿Estaría en una realidad paralela en la que el joven guarda le habría visto entrar en el momento acorde con su salida ahora? Ayer no llevaba reloj, no sabía en qué hora estaba y por tanto no le había concedido ninguna importancia al detalle. Ni siquiera se había planteado la posibilidad de un enfrentamiento con Bill en una realidad temporal diferente. ¿Qué iba a suceder? «¡Dios, Dios, piensa!»

Ding. Las puertas del ascensor se abrieron. ¿Qué hacer? Apenas tenía unos instantes para decidir. Si ayer no había pasado nada, no tenía por qué suceder nada tampoco hoy; al fin y al cabo no era sino más de lo mismo. El estado confuso de su mente no le permitía estrategia más brillante que una estrepitosa huida hacia adelante.

Comenzó a caminar hacia la puerta de salida procurando no hacer ningún ruido en un estúpido intento por pasar desapercibido, cuando sabía perfectamente que tenía que pasar obligatoriamente por delante del guarda y que iba a estar frente a él en unos segundos.

Bill seguía leyendo la misma revista de humor que le había visto leer al llegar. Podía ser una buena o una mala señal. Para ser de humor, no parecía estar haciéndole demasiada gracia. El guarda parecía ensimismado, como concentrado en cualquier otra cosa más allá de los coloridos dibujos que sostenía entre las manos.

El amplio pasillo se estaba haciendo interminable. Pras pudo ver que la lluvia seguía cayendo como cuando salió de casa; el repicar amortiguaba el sonido de sus zapatos sobre el suelo de losa blanca. El agua aporreaba las puertas de cristal de entrada a la planta. Pensó que se le había olvidado el chubasquero en el laboratorio. Daba igual, si se entretenía demasiado iba a llegar tarde, y esta vez sí que no podía retrasarse. Finalmente, en lo que pareció una eternidad, Pras recorrió la distancia que separaba el ascensor del puesto del guarda a la entrada. De pronto, Bill levantó la vista y se le quedó mirando con una mirada inexpresiva.

—Buenas noches, Bill, me marcho ya —dijo Pras sin dejar de caminar y sin siquiera mirar al guarda.

—¿Señor Wood? —dijo Bill con voz de sorpresa y con un tono que a Pras se le antojó alarmantemente serio.

Pras se detuvo en seco. Quizá era aquí donde se torcía todo, el motivo por el que iba a llegar tarde a su cita y el motivo por el que no se había visto a sí mismo hacía dos horas.

—¿Sí? —preguntó al guarda tímidamente sin atreverse casi a mirarle a la cara. Podía sentir el corazón golpeándole el pecho y la sangre batiendo en sus sienas.

—Su chubasquero, ¿no traía uno cuando ha venido? —preguntó el guarda extrañado—. Se va usted a empapar.

—¿Qué? Ah, sí. —No podía creerlo. Eso era todo, el estúpido chubasquero—. Caray, Bill, estás en todo, ¿eh? —le

contesto Pras con un forzado gesto de complicidad. El guarda recibió el halago con una mueca de satisfacción.

—Ya lo recogeré, ahora tengo prisa. Al fin y al cabo tengo que volver mañana a la reunión de los viernes.

—¿Mañana... u hoy? —sonrió Bill con una curiosa mirada de complicidad.

Pras sintió un sudor frío que le sacudió de arriba a abajo. Durante unos instantes no supo qué decir. No sabía cómo iba a terminar aquella situación. ¿A qué se referiría el guarda exactamente?

—¿Cómo que mañana u hoy? ¿Qué quieres decir? —preguntó con el corazón encogido, sin atreverse siquiera a llenar los pulmones con aire.

—Ya sabe, mañana es hoy, son más de las doce de la noche, esto ya es viernes. ¿Lo coge? —respondió Bill con voz titubeante, como cuando uno cuenta un chiste y nadie se ríe—. ¿Se encuentra bien, señor Wood?

—Sí, sí, Bill... Claro... Mañana es hoy... Es muy bueno. Buenas noches.

Pras se acercó tambaleándose hasta la salida y, cuando estuvo fuera, se alegró de que la lluvia le cayera sobre la cabeza. Un poco de realidad le venía bien en aquellos momentos. Se recompuso de su extraña charla y corrió hasta el coche bajo el fuerte aguacero. El guarda le miró confuso, de pie desde el húmedo cristal de la puerta.

De vuelta a casa condujo con calma. Estaba esperando que sucediera cualquier cosa que le impidiera llegar a su cita: un pinchazo, un animal que cruzaba la carretera, alguien que se saltaba un semáforo y le embestía, pero no sucedió nada. Un extraño sentimiento de desilusión se apoderó de él mientras rodaba de camino a casa.

11

Un baño de realidad

LLEGÓ frente a la salida del parking de su edificio cuando su reloj se aproximaba a las tres. Si todo iba como estaba previsto, él mismo saldría en breve por la puerta del garaje al otro lado de la calle en su deportivo rojo camino del laboratorio. Debería esperarlo pasada la rotonda, al otro lado de la calle, de manera que luego pudiera perseguir el coche más fácilmente, pero quería verlo todo bien, con sus propios ojos, con calma, saborear el momento, asegurarse de que sus ojos no le mentían. Además recordaba que había aflojado la marcha un par de veces durante el camino mientras se buscaba por el retrovisor, así que no le sería difícil darse caza aun con algo de ventaja. Decidió, pues, esperar al otro lado de la calle, antes de la rotonda del final de la avenida.

Las tres y cuatro... y cinco... y seis. Los minutos pasaron lentamente con el sonido de la lluvia golpeando el parabrisas. Una espesa cortina de vapor se elevaba desde el capó debido a la evaporación de la lluvia sobre el motor al ralentí. Se maldijo por no haberse fijado exactamente en qué momento preciso salía del garaje; la espera se estaba haciendo tan insoportable...

Los cristales comenzaron a empañarse y Pras trató de aclarar su ventanilla mientras accionaba el aire para evitar la condensación. En ese momento se oyó un golpe seco en el

exterior y pudo ver que la puerta metálica del aparcamiento comenzaba a levantarse.

¡Allí estaba, era él! No podía ver muy bien, pero el desca-potable rojo que salía derrapando antes de que terminara de levantarse la puerta tenía que ser el suyo. Aquel coche salió con el tren trasero deslizándose sobre el asfalto mojado. «Qué estilo tengo —pensó Pras—. Decididamente me tengo que dedicar a las carreras.» Pisó a fondo y salió patinando en dirección a la rotonda.

Tomó la amplia curva con cautela. Quizá era allí donde tenía un accidente que le impedía seguirse más tarde; se agotaban los lugares en los que podía truncarse su plan. Aceleró con cuidado ya que el asfalto estaba extremadamente resbaladizo y no tomó velocidad hasta que hubo salido completamente de la rotonda. Vio el otro coche girando a la izquierda al final de la avenida. Decidió tomárselo con calma, no sería demasiado difícil alcanzarlo. En unos minutos, y tomando todas las precauciones del mundo, consiguió aproximarse a una distancia relativamente corta.

Allí estaba al fin. No había sucedido nada que le hubiera impedido estar allí, a unas decenas de metros de la parte trasera del coche. ¿Por qué no se había visto antes en el espejo retrovisor? Quizá el hecho de ir prevenido y tomar mayores precauciones le hubiera salvado de tener un accidente que hubiera tenido de otro modo. ¿Habría alterado el curso de los acontecimientos el hecho de ir sobre aviso? ¿Era factible? Le vino a la cabeza la idea de que era posible que simplemente dos personas en distintos espacios temporales no pudieran verse. Se preguntó cómo podría explicar algo así. Sin embargo, Bill y él se habían visto hacía ya casi una hora. No sólo se habían visto, habían incluso interactuado. Ese

detalle hacía más difícil encontrar una explicación para lo que estaba sucediendo.

Comenzó a acelerar progresivamente. Tenía curiosidad, ahora una curiosidad desmedida y se le había ocurrido que, si se pudiera acercar lo suficiente como para que él mismo en el pasado se apercebiera de su existencia ahora, podría ver su reacción, si es que la había. Sin darse cuenta, ensimismado en sus especulaciones, se fue acercando poco a poco al deportivo rojo que le precedía. En un momento dado, cuando se encontraba apenas una docena de metros de su parte posterior, el coche que le precedía aceleró aún más sobre el asfalto mojado, dejándole atrás. Qué raro, pensó Pras. No recordaba haber pegado un acelerón en ese momento. Claro, que tampoco podía recordar cada una de las maniobras que había hecho en los cuarenta kilómetros que separaban su casa del laboratorio.

Decidió dejar entonces una distancia prudencial entre ambos coches. Podía posponer su acercamiento para más tarde. Esto le daría tiempo para decidir si quería que su yo del pasado le viera. Siempre podía presentarse a la llegada al laboratorio, antes de que entrara, si es que aquello era en algún modo razonable. Reflexionaría sobre ello durante el resto del camino.

Mientras discurrían por la ciudad, mantuvo cuidadosamente la distancia de seguridad. Era una maravilla verse conducir sobre el mosaico de luces de colores reflejadas en el asfalto mojado. Finalmente llegaron a la curva de salida de la ciudad. Se acercó algo más al coche que le precedía; quería ver con detalle cómo trazaba aquella curva, cómo cruzaba el coche y lo hacía deslizar hasta el extremo del viraje mientras las ruedas luchaban por aferrarse al asfalto. Aquello tenía que ser un bonito espectáculo. Pensó que se

encontraba especialmente satisfecho de sí mismo aquella noche. Cómo no estarlo, pensó con una sonrisa.

De repente, un detalle le llamó la atención. Le costó darse cuenta exactamente de qué se trataba: el coche que le precedía no se estaba ciñendo al lado interior de la curva. Iba más despacio que cuando el asfalto estaba seco, lógicamente, pero el conductor estaba dejando que el coche se deslizara hacia el exterior demasiado pronto. Tenía que mantenerse en el interior más tiempo; ¡él se había mantenido en el interior! ¡Dios, ¿qué estaba pasando?!

Pras aflojó la marcha mientras veía que el coche se alejaba lentamente y continuaba deslizándose progresivamente hacia el exterior. ¿Qué estaba sucediendo? Esa no era la técnica, ¡eso no era lo que había hecho él! Se dio cuenta de que si el coche seguía aquella trayectoria sería casi imposible que se sostuviera sobre la calzada al llegar al tramo deslizante.

En aquel momento, el deportivo rojo alcanzó la parte de asfalto brillante y comenzó a deslizarse vertiginosamente hacia el exterior de la curva. Pras podía ver la sombra del conductor tratando de contravolantear desesperadamente para intentar mantener el coche en el asfalto, y en un instante vio cómo se encendían las luces de freno. «No frenes... No frenes... No frenes...» Pras se encontró sobrecogido hablando para sí mismo en el interior de su coche.

Con todos sus músculos en tensión y conteniendo la respiración, vio cómo el coche perdía el control sobre el suelo resbaladizo y comenzaba a girar lentamente sobre sí mismo mientras se dirigía irremediabilmente hacia el terraplén, que debía de tener una caída de unos cuatro o cinco metros. «¡Dios mío, se va a matar! ¡Me voy a matar! ¡Yo... yo...!» Todo estaba sucediendo tan rápido. Ni siquiera alcanzaba a encontrar las palabras con las que describir la escena.

Pras detuvo prácticamente su coche mientras, con la expresión completamente desencajada, veía cómo el deportivo salía despedido del asfalto a toda velocidad por encima del terraplén. El vehículo voló unos cincuenta metros dando vueltas sobre su eje y cayó sobre sus cuatro ruedas para seguir deslizándose a saltos unas decenas de metros más sobre la hierba mojada. Tras unos segundos que parecieron eternos, acabó deteniéndose a unos ciento cincuenta metros de él bajo una de las farolas que iluminaban el tramo de autopista.

Pras había abierto la puerta de su coche parado en mitad de la curva y había contemplado la tétrica escena bajo la lluvia. Ahora se encontraba de pie junto al vehículo con las manos sujetando la puerta abierta y el agua cayendo sobre su cabeza. Sus ojos, abiertos como platos, no daban crédito a lo que había visto. Con la boca abierta y el pelo ya mojado sobre la frente, intentaba encontrar una explicación.

—Vamos a ver, quizá no he viajado unas pocas horas hacia atrás, quizá esta es una de las noches del año pasado... Hace mucho tiempo que no llueve... —se dijo sin mucha convicción. Aquello no tenía ningún sentido y lo sabía: no recordaba haber tenido semejante accidente y, desde luego, se acordaría si hubiera volado por los aires dando vueltas en un coche. Quizá había alterado de alguna forma su pasado, pero eso tampoco parecía demasiado factible. No podía viajar tan lejos en el tiempo, al menos que él supiera. La idea de alterar el pasado le resultó estremecedora en cualquier caso.

La lluvia seguía cayendo sobre su cabeza y comenzaba a estar empapado. A lo lejos, el maltrecho deportivo se encontraba humeando sobre la hierba brillante por la lluvia. No parecía haber movimiento en su interior, pero era difícil adivinar nada a través de la cortina de agua que los separaba.

La lluvia brillaba con fuerza iluminada por las potentes farolas ubicadas en aquel el tramo de carretera, y la imagen parecía una escena de una tétrica obra de teatro.

Uno de los focos de la autopista iluminaba el informe cubo de hierro en el que se había convertido el coche, y la única manera de distinguir la parte delantera de la trasera era por la columna de humo negro que se elevaba desde el motor en la parte posterior.

«Un momento —se dijo tratando de recobrar la calma—, el accidente no ha sido tan violento. Sí, ha sido muy espectacular, pero el coche no ha dado vueltas de campana ni ha sufrido ningún golpe letal.» Se le ocurrió, pues, pensar que quizá el conductor estuviera bien. El coche no parecía demasiado maltrecho desde donde él se encontraba. Se veía severamente deformado en las esquinas, pero el habitáculo parecía intacto y él siempre conducía con el cinturón de seguridad. Quizá no le hubiera sucedido nada. Tenía que ir a comprobarlo. Miró alrededor bajo la lluvia; ningún coche, ningún sonido que no fuera el de la lluvia contra el metal de la carrocería.

Pero ¿y si realmente estaba bien? ¿Y si estaba vivo? ¿Cómo se tomaría el hecho de verse a sí mismo sacándole del coche y llevándole al hospital? En el caso de que consiguiera convencerse algún día de que aquello había sido efecto del shock del accidente, ¿cómo se tomarían en el hospital el hecho de que Pras Wood entrara en urgencias con Pras Wood en los brazos? Eso iba a ser más difícil de explicar. No sabía ni siquiera si podría cogerlo en brazos, no sabía si realmente existían en ese mismo momento los dos a la vez. Pero no podía quedarse allí mirando; tenía que averiguarlo. Encendió las luces de emergencia del coche y cruzó la carretera corriendo en dirección al coche siniestrado dejando la puerta abierta.

Bajó rodando el terraplén. Tantos días pasando a escasos centímetros de él y por fin se conocían de cerca; una lástima las circunstancias. Le costó unos segundos saber dónde estaba tras la caída y trató de levantarse del barro. En cuanto consiguió orientarse volvió a correr en dirección al coche. Le costaba un mundo dar cada paso sobre la pesada hierba embarrada. Los pies le pesaban como plomo.

Transcurrió una eternidad hasta que consiguió llegar al vehículo. Empapado, manchado y tiritando, se quedó de pie a unos metros mirando la escena en mitad de la explanada: la estructura del coche estaba prácticamente intacta. Probablemente el chasis estaría inservible, pero había soportado bien el accidente. El vehículo tenía unos cuantos golpes en el exterior como resultado de los saltos, las ruedas estaban incrustadas en la carrocería y salía lo que ahora era sólo una ligera columna de humo de la parte posterior del coche. El cristal posterior estaba roto, aunque no podía ver el interior desde donde estaba. La lluvia repicaba sobre la carrocería del deportivo siniestrado y el espectáculo le pareció totalmente irreal. Pras dio unos pasos dubitativos en el suelo embarrado. No sabía si estaba preparado para lo que se iba a encontrar.

Alcanzó la puerta del conductor e intentó abrirla. Fue inútil, pues había quedado encajada con el tremendo golpe. Puso las manos en forma de pantalla sobre el cristal y aproximó su cara para mirar en el interior, cuidando de no empañarlo con su respiración. ¡No había nadie! ¿Dónde estaba el conductor? ¡¿Dónde estaba él?!

El cristal terminó por empañarse y Pras se arremangó y frotó con la camisa para eliminar el vaho. Miró entonces hacia la parte posterior del coche y vislumbró unas piernas retorcidas saliendo del poco espacio que ocupaban

los asientos traseros. «Idiota... no llevaba el cinturón de seguridad puesto.» «¡No llevaba el cinturón de seguridad puesto!», repitió esta vez gritando sobre la lluvia en mitad de la noche. No era posible. No había subido ni una sola vez a aquel coche sin ponerse el cinturón. Y estaba seguro de ello, absolutamente. «¡Dios mío, he muerto!», pensó Pras.

Se paró un momento mirando la cegadora luz de las farolas que iluminaban la autopista unos diez metros sobre su cabeza. Quizá no. Quizá no había muerto...

Volvió a mirar en hacia la parte trasera intentando imaginar el estado del conductor, pero aquellas piernas estaban en una postura imposible, y lo que era peor, el resto del cuerpo parecía perderse en el amasijo en que se había convertido la parte posterior. «Estoy muerto», pensó.

Se desplomó sobre el suelo embarrado y se cubrió la cara con las manos. Lo que estaba viendo era algo difícil de explicar, y más de encajar. Aquello se le había ido de las manos, acababa de asistir a su propia muerte. Aquel detalle iba a ser un poco difícil de asumir. ¿Qué pasaría con él a partir de ahora? ¿Cómo podría seguir todo como estaba? ¿Cómo podía su realidad seguir manteniendo la consistencia después de esto? Él estaba vivo, desde luego. Podía sentir el frío en los huesos y la lluvia cayéndole sobre el rostro congestionado. De repente, se le pasó una idea atrevida por la cabeza.

Se levantó trabajosamente del fango y se dirigió tambaleándose a la parte posterior del vehículo. Aquel era su coche, no cabía ninguna duda: la matrícula era la suya, la pegatina que le regaló un amigo... Sin embargo... Pras examinó el suelo a su alrededor. Caminó unos metros y tomó una piedra de varios kilos que apenas podía sostener entre las manos.

Se acercó al cristal del copiloto y, con todas sus fuerzas, lanzó la piedra violentamente contra la ventanilla.

El cristal estalló en mil pedazos con un crujido violento. Dio varias patadas al cristal roto y quitó con cuidado todos los restos que habían quedado en los bordes. Asomándose al interior del coche, alcanzó la guantera y la abrió. Palpó a tientas el interior del cajón y no encontró nada. ¿Dónde estaban los papeles de aquel coche? ¿Y toda la porquería que él siempre llevaba allí metida? ¿Dónde estaba todo aquello? Una disparatada idea estaba cobrando forma en su cabeza, pero no se atrevía a darle crédito. Giró la cabeza, con medio cuerpo en el interior del vehículo, y examinó la parte posterior del coche. Alcanzó con dificultad el tirador del asiento del copiloto y se preparó para lo que podía encontrar tras él. Las piernas retorcidas que asomaban por el lateral del asiento no hacían presagiar nada bueno. Pras asió firmemente el mecanismo y tiró con fuerza hacia él.

Allí, en el pequeño y simbólico espacio reservado para los asientos traseros del deportivo, había una persona destrozada en una postura grotesca e inhumana. Su primera reacción fue volver la vista. Cogió aire, se armó de valor, y volvió a girar la cabeza. Aquella persona iba vestida como él, su camisa, sus pantalones... la ropa era suya, sin duda. Aquel sujeto tenía el mismo color de pelo que él e incluso su mismo corte. Debía de tener aproximadamente su misma altura, aunque era difícil juzgarlo dadas las circunstancias. Era exactamente igual que él, salvo por el ligero detalle de que no era él. No había visto a aquella persona en su vida. Jamás. Y desde luego, el pobre diablo estaba bien muerto. Si hubiera llevado el cinturón de seguridad casi con toda probabilidad se habría salvado y ahora estaría dándole algunas explicaciones, pero aquello ya no tenía demasiada importancia.

Dejó caer el asiento sobre el cadáver y sacó la cabeza del coche. Se retiró con unos pasos hacia atrás para intentar tomar aire. Se sentía algo mareado. Agradeció notar la lluvia de nuevo en la cabeza. ¿Qué hacía aquella persona allí, vestida como él, con su mismo corte de pelo, con su puto coche, con las mismas placas de matrícula y con una pegatina en la parte posterior que, desde luego, no era fácil de encontrar en la ciudad y ni siquiera en el país? ¿Qué clase de broma macabra era aquella? ¿Qué demonios estaba pasando?

Su mareo fue en aumento y sintió vértigos. Todo comenzó a dar vueltas a su alrededor. Se agachó y puso las manos en sus rodillas, intentando recuperarse. Le costaba respirar y ahogó algunos sollozos. Echó a correr de vuelta a su coche con los zapatos embarrados patinando sobre el suelo cenagoso a cada paso. Creyó que jamás conseguiría escalar el terraplén, pero lo hizo, y cuando llegó a su deportivo pensó que lo iba a dejar hecho una porquería al sentarse en él. Cuando vio que había varios dedos de agua en el suelo del coche, los remilgos se desvanecieron. Cerró de un portazo, arrancó el coche al segundo intento y salió derrapando de la curva en la que hacía un cuarto de hora había visto al otro coche rojo salir por los aires.

Intentó pensar pero no era capaz de encajar las ideas. No sabía siquiera cuál de todos los sucesos inexplicables que estaba viviendo podía tratar de justificar en primer lugar. Se frotó la cara quitándose el agua que le caía en los ojos. Los limpiaparabrisas se balanceaban de un lado a otro de la carretera.

Salió al cinturón urbano y tomó la primera salida de vuelta a casa. No era el camino por el que volvía normalmente pero sin duda era el más directo. Entró en la ciudad y la lluvia comenzó a arreciar con más fuerza. Apenas veía más allá de

un par de decenas de metros, pero siguió a toda velocidad a pesar de que no conocía muy bien la zona. Miró su reloj: casi las cuatro. Ahora mismo tenía muchas más preguntas que hacerse sobre el tiempo que antes. Quizá tuviera que dejar lo de las carreras de coches para otro momento. Miró algunos de los comercios iluminados a los laterales de las calles. No conocía muy bien aquella parte de la ciudad y se sintió incluso más desorientado de lo que ya estaba. Probablemente fuera la primera vez que pasaba por allí, así que pensó que lo mejor sería reducir un poco la velocidad.

De repente un cartel luminoso le llamó la atención. Pisó fuertemente el freno y el coche se detuvo deslizando sobre la calzada a la vez que se cruzaba transversalmente. Pras no daba crédito a lo que *creía* que acababa de ver. Miró el cartel a través del agua que caía desde el techo por el cristal lateral. Era un cartel luminoso de un comercio, uno de esos que muestran la temperatura y dan la hora de manera alternativa. No veía bien las cifras a través de la catarata que deslizaba por la ventanilla. Accionó el botón que bajaba el cristal y el agua empezó a entrar en el coche.

Según el cartel luminoso, la temperatura era de catorce grados centígrados. En unos instantes el *display* cambiaría para dar de nuevo la hora.

—Vamos, ¡cambia, cabrón! —le gritó Pras desde el coche como si el luminoso panel informativo se fuera a dejar intimidar. Aprovechó para apartarse el pelo mojado de la frente y se limpió el agua de las gafas con los dedos sin atreverse a parpadear. Contuvo la respiración mientras las cifras del cartel cambiaban y daban la hora: las cinco y treinta y tres minutos de la madrugada. «Las cinco y treinta y tres minutos de la madrugada...», repitió Pras lentamente para sí mismo. ¿Qué clase de broma era aquella? ¿Podía ser

que funcionara mal? Miró la acera de enfrente. Un modesto reloj de manecillas de gran tamaño indicaba la hora: las cinco y treinta y tres minutos. Más de una hora de adelanto sobre su reloj de pulsera.

Pras subió la ventanilla del coche sin dejar de mirar el reloj. ¿Qué estaba pasando allí? Recordó que en el centro de la rotonda ajardinada frente a su casa también había un enorme reloj de manecillas. Era precioso. ¿Cómo no se le había ocurrido mirarlo en ningún momento? Metió la marcha atrás y enderezó el coche.

Comenzó a circular más despacio ahora, realmente lento. No sabía exactamente cómo llegar hasta casa y se limitaba a seguir la dirección que se le antojaba correcta. Parecía que por fin la gruesa cortina de lluvia se tornaba ahora en una fina llovizna. Las calles estaban relucientes. Pasó frente a otro escaparate con reloj unos minutos más tarde: las cinco y treinta y ocho minutos. Y otro algo después: las cinco y cuarenta minutos exactamente.

Siguió conduciendo y llegó a su barrio. Estaba ya en el camino por el que solía volver del laboratorio, parte del recorrido de *su circuito*, y ya muy cerca de casa. Decidió acelerar la marcha.

Golpeó el freno bruscamente; había visto otro reloj y de nuevo le había llamado la atención. Metió la marcha atrás y aceleró mirando por encima del hombro, mientras el coche emitía el agudo sonido característico de esa marcha y que seguramente despertó a más de uno en aquella calle. Frenó de súbito y su cabeza rebotó violentamente contra el asiento. Deseó no haber hecho aquello. Tras recuperarse, Pras miró con incredulidad: aquel reloj marcaba las cuatro y cinco minutos de la mañana. ¿Qué significaba aquello? Vio otro reloj a lo lejos. No pertenecía a ningún negocio, parecía que

lo había colocado el ayuntamiento allí. No lo había visto nunca, pero a la velocidad a la que iba y venía del laboratorio tampoco le extrañó. Se acercó con el coche y lo inspeccionó: las cuatro y cinco minutos.

Aceleró violentamente y no tardó en llegar a la amplia rotonda delante de su casa. En el centro, las agujas del enorme reloj decorativo marcaban las cuatro y seis minutos. Conteniendo la respiración, Pras giró lentamente su muñeca izquierda y miró la hora en su reloj digital: exactamente las cuatro y seis minutos. ¿Qué estaba sucediendo? Una idea estaba tomando forma en su cabeza, pero le aterraba la posibilidad de que fuera cierta.

Dio la vuelta a la rotonda lentamente mientras miraba a su alrededor. No podía cierto ser lo que estaba pensando. Pulsó el mando y la puerta del garaje comenzó a abrirse con un suave traqueteo. La fina lluvia resonaba con un ruido sordo en el interior del vehículo y le estaba empezando a producir un leve dolor de cabeza. Sentía que un pesado sueño le acechaba a la vuelta de la esquina. Enseguida podría descansar, pero antes tenía que confirmar una terrible corazonada.

Circuló lentamente con su deportivo por el interior del aparcamiento recorriendo el inmenso sótano. No era muy grande, pero iba más allá de donde alcanzaba la vista y tenía varias áreas diferenciadas. Podría haber unos doscientos coches allí, quizá más, nunca se había parado a contarlos. Vio un coche tapado con una lona blanca a la entrada, otro con una lona gris, probablemente el moderno deportivo negro que había visto antes de salir, y dos más con una lona gris idéntica al otro lado del recinto.

Se dirigió a su plaza de aparcamiento y detuvo el vehículo. Al abrir la puerta, miró el interior del coche. Se preguntó

cómo sacaría toda aquella agua de allí: el suelo se había convertido en un pequeño estanque. Dejó las ventanillas ligeramente abiertas; quizá, si le diera la oportunidad, el agua se evaporaría, aunque la idea no le convenció demasiado. Él mismo estaba empapado de arriba a abajo, con la ropa sucia de barro y los pies como esponjas rezumando agua a cada paso.

Al darse cuenta de lo mojado que estaba, empezó a tiritar y los dientes le castañeteaban. Comenzó a caminar en dirección contraria al ascensor, hacia los dos coches cubiertos por una lona gris que había visto al otro lado del aparcamiento, lejos de su plaza. Sus pasos ya no retumbaban en el recinto, como hacía unas horas, ahora sólo emitían el ruido acolchado del agua que salpica cuando se estruja un trapo mojado. Giró la vista y vio las huellas medio húmedas medio embarradas que iba dejando tras de sí. Llegó un momento en el que el castañeteo de sus dientes se oía por encima del chapoteo esponjoso de sus zapatos. Trató en vano de darse calor frotándose los brazos con las manos.

Se detuvo frente a los dos coches cubiertos. Miró ambos vehículos. Parecían tener el mismo tamaño, la misma forma; una forma familiar. Se acercó al primero de ellos por la parte posterior, miró a ambos lados en busca de compañía y levantó tímidamente la lona gris: un coche rojo. Siguió levantando lentamente y las formas se hicieron más evidentes. Concretamente se trataba de un deportivo antiguo idéntico al suyo. Y con una matrícula muy familiar: la suya.

Dejó caer la lona sobre la carrocería del coche. La cabeza le empezaba a doler terriblemente. Se acercó al otro coche por la parte delantera y levantó la tela esta vez con un gesto rápido y sin prolegómenos: un deportivo exactamente

igual al anterior y, por supuesto, con las mismas cifras en la matrícula. No le hizo falta rodear el coche para saber que en la parte posterior encontraría una pegatina que le resultaría familiar.

Dejó caer la lona sobre el segundo coche con la mirada perdida. ¿Qué estaban haciendo aquellos coches exactamente iguales al suyo allí? ¿De qué demonios iba todo aquello? La cabeza le dolía insoportablemente en aquellos momentos.

Se dirigió al ascensor arrastrando los pies. Le costó una eternidad llegar a él. Mientras subía al décimo piso se dio cuenta de que tenía las manos amoratadas. Los pies le dolían una barbaridad. Se miró al espejo del ascensor y apenas se reconoció. Al fin las puertas se abrieron y Pras tropezó, con el pequeño escalón que había quedado al detenerse la caja, cayendo al suelo. Le había pasado muchas veces, pero nunca antes se había caído sobre la moqueta del pasillo. No sabía si podría levantarse. Palpó sus bolsillos y encontró las llaves de casa.

Haciendo un esfuerzo titánico consiguió ponerse en pie y llegar a su puerta para introducir la llave correcta en la cerradura. Entró tambaleándose en la vivienda y cerró de un portazo. Apenas pudo llegar a su habitación, donde se arrojó completamente empapado sobre la cama. Le dolía todo el cuerpo y los párpados le pesaban toneladas. Jamás se había sentido igual. Quería reflexionar sobre todo lo que había visto, encontrar una explicación. Consiguió erguirse en la cama y se quitó los zapatos y los calcetines. Comenzó a desabrocharse la camisa, pero perdió la paciencia y rompió el resto de los botones que quedaban por desabrochar. La arrojó contra la pared de la habitación.

Con un último esfuerzo, se deshizo de los pantalones, que dejó caer al suelo. Consiguió arrastrarse hasta la almohada

y la abrazó mientras se echaba penosamente el edredón por encima. Un sueño profundo lo aprisionó.

12

La última noche de Armand

ARMAND se despertó en el sillón de su pequeño comedor. Se había vuelto a quedar dormido una noche más. A su izquierda una pequeña lamparita arrojaba algo de luz en la estancia, y frente a él reposaban su pequeño ordenador y un tocho de hojas impresas. No sabía cuánto tiempo había estado dormido, y tampoco sabía qué era lo que le había despertado. Miró a su alrededor sin saber muy bien lo que buscaba.

Oyó un extraño sonido contra el ventanal y, aunque le costó un cierto trabajo identificarlo, era sin duda el sonido de la lluvia durante la noche. La verdad es que era toda una novedad. Pese a haber estado permanentemente nublado las últimas semanas, hacía mucho tiempo que no llovía.

Armand se levantó pesadamente y se acercó hasta la ventana. Levantó un poco más la persiana y abrió el cristal. Un aire refrescante invadió la habitación. Se apoyó en la repisa y miró al exterior.

Una lluvia fina caía sobre la amplia avenida. El sonido del agua al caer sobre el asfalto tenía un efecto sedante, y el aire estaba especialmente limpio. Armand miró a izquierda y derecha pero no pudo ver a nadie, ni siquiera un poco de tráfico. No era extraño dada la hora que debía de ser. Llenó sus pulmones con un poco de aire fresco e intentó disfrutar de la que sería su última noche antes de su nueva vida.

Se encontraba aterrado. Desconocía cómo iba a ser su existencia a partir del día siguiente y le hubiese gustado que ese día no hubiera llegado jamás. Tan sólo unas pocas horas le separaban de él. Permanecía despierto simplemente para alargar la agonía, para aprovechar hasta la última gota de todo lo que conocía hasta ahora. Pensó que si tomara algo de café quizá sería capaz de pasar la noche en vela, así que se dirigió a la cocina.

La mesa de la pequeña cocina estaba llena de víveres que Armand había comprado esa tarde. Varios kilos de arroz, patatas, aceite, frutos secos... Se le había ocurrido que, si se moderaba, podría permanecer aproximadamente un mes sin salir de casa. No sabía cómo se iba a sentir al día siguiente, pero había decidido estar preparado para una reclusión de varias semanas. Quizá no le resultara tan pesada su nueva vida, pero quería pasar un tiempo a solas para encajar su nueva situación. Tomó un bote de café y puso agua a calentar. Mientras ésta hervía, volvió al comedor y se apoyó de nuevo en el borde de la ventana.

No podía quitarse Gaia de la cabeza; eran muchos años dedicados a una sola cosa. Se preguntó si existiría más gente que, como él, entregaba su vida a una empresa de dudosos resultados. ¿Cuál sería el precio de su obsesión? Y sobre todo... ¿Podría sobrevivir a ella?

Mientras estos pensamientos bullían en su cabeza, el agua hirvió en la cocina. Llenó una taza y añadió varias cucharadas de café en polvo. No era un buen café, pero tampoco le importaba. De hecho no supo si aquellos polvos oscuros harían un café decente hasta que no se llevó el primer sorbo a los labios. Afortunadamente, estaba caliente y en aquella ocasión le pareció bueno.

Con la taza en la mano volvió de nuevo a la ventana. Miró las luces de los comercios a ambos lados de la avenida. Tenían un aspecto curioso bajo la lluvia, como si las lámparas fluorescentes estuvieran vivas. Algunas parpadeaban en un intento de llamar la atención, otras lo hacían porque estaban estropeadas. De repente un zumbido apenas perceptible comenzó a elevarse en el ambiente.

Armand no sabía exactamente qué era ni de dónde venía, pero no era la primera vez que lo oía. No tardó en identificarlo: era un coche. Probablemente fuera el coche que le había despertado otras noches. Por fin podría ver qué aspecto tenía. Si era él, vendría por el extremo izquierdo de la avenida, así que hacia allá dirigió la vista mientras oía ascender el zumbido por encima del sonido de la lluvia.

Al cabo de unos segundos vio aparecer unos faros en la lejanía. Armand no entendía de coches, pero debía de ser muy potente a juzgar por el ruido que hacía. No tardó en llegar a su altura y pasar como una exhalación. No esperaba que pasara a tanta velocidad y apenas le dio tiempo a observar un par de detalles. En realidad apenas vio algo. Le pareció que el vehículo era rojo, pero quizá fueron las luces traseras difusas por la estela que levantaba sobre el asfalto. Se sintió torpe por no haber alcanzado a ver más cosas sobre el coche fantasma, pero se intentó disculpar. «Después de todo sólo soy un pobre anciano», se dijo.

Estuvo mirando un rato más la lluvia caer sin pensar en nada concreto. Los rótulos parpadeantes podían tener un efecto hipnótico bajo la bruma y el sueño. Poco después, su cabeza volvió una vez más a Gaia.

Ahora que el experimento estaba a punto de acabar, o quizá por la perspectiva que los años le habían dado, le pareció más relevante saber quién estaba detrás de Gaia,

quién ponía el dinero para todo aquello, quién recogía las cintas, adónde iban, quién las estudiaba... Dedicado en cuerpo y alma al principio al ritmo frenético del experimento, y posteriormente demasiado atrapado por la rutina diaria y aplastado por la vida, nunca había concedido una especial importancia a todas aquellas preguntas. Tampoco ahora lo hacía, pero le sorprendía que le asaltaran en mitad de la noche.

¿Para quién estaría trabajando? ¿Quién podía permitirse pagar todo aquello? La Facultad no, desde luego. Conocía bien los presupuestos en los que se movían y ya tenían suerte si podían permitirse pagar al profesorado al acabar cada mes. ¿Qué interés podía tener alguien en los resultados de Gaia, si es que los había?

Armand intentó pensar en el suyo como complemento a otros experimentos, pero su imaginación estaba un tanto adormecida a esas horas de la mañana. Si Gaia resultaba no funcionar, por lo menos sería un mal ejemplo, pero no se le pudo ocurrir nada más.

Probablemente habría una multinacional detrás de todo aquello. En esta época sucedía más y más, aunque normalmente no existía tanto secretismo. Tampoco se le ocurrió el nombre de ninguna empresa que pudiera estar interesada en sufragar un proyecto como aquel, y ni siquiera pudo imaginar un sector de negocio que fuera capa de extraer algo de los resultados de Gaia, ya fueran buenos o malos.

Armand siguió con su taza de café apoyado junto a la ventana durante al menos una hora más, ensimismado en sus pensamientos. La lluvia cayó con más fuerza y luego la tormenta pareció amainar. Algo más tarde, decidió que se encontraba cansado y que debía dormir al menos unas pocas horas. Después de todo, el día que empezaba iba a ser duro.

13

La cruda realidad

EL teléfono retumbó en la habitación. Pras no sabía dónde estaba ni qué hora era. Todavía tenía el pelo húmedo y las gafas sucias sobre la nariz. Se las quitó de un manotazo sin darse cuenta e intentó incorporarse. El teléfono.

Miró la hora en su despertador: las tres y veinte del mediodía. Sólo Dios sabía cuánto tiempo había estado durmiendo, tal y como estaban las cosas. Tenía la cabeza embotada y le zumbaban los oídos. Pensó que tenía una tremenda resaca. Se preguntó cuánto tiempo llevaría el teléfono sonando. Alargó la mano y descolgó el auricular. Le dolió el brazo al llevarse el teléfono al oído.

—¿Diga?

Alguien colgó al otro lado. Pras se quedó con el auricular en la oreja durante unos segundos, escuchando el molesto sonido intermitente. Sólo cuando se agudizó el dolor de cabeza se dio cuenta de que debía colgar el teléfono.

Tenía curiosidad sobre quién podía haberle llamado. Le hubiera gustado hablar con alguien, aunque precisamente en ese momento no se encontraba extremadamente lúcido. Pensó en lo poco que recordaba de la confusa noche anterior: la lluvia, el experimento, el accidente, los relojes...

Los relojes. Se dio cuenta de que todavía llevaba el reloj en la muñeca. Giró la muñeca con cierto dolor y comprobó que

en el reloj de su brazo ni siquiera eran las dos del mediodía. Se levantó en calzoncillos y, apoyándose en las paredes, llegó desorientado al comedor. El reloj de la pared marcaba exactamente lo mismo que su reloj despertador. Algo le había sucedido a su reloj de muñeca. ¿Pero qué? ¿Sería por el viaje en el tiempo? ¿Había viajado realmente en el tiempo? Se dio cuenta de que últimamente se despertaba en un estado lamentable y se hacía siempre las mismas preguntas. Nunca encontraba fuerzas para buscar una explicación consistente. Puso el reloj en hora de acuerdo con el viejo reloj de péndulo. Ése no le había fallado nunca.

Fue a la cocina y se preparó un café y unas tostadas. Miró el reloj nuevamente y comprobó que eran las tres y media. Podía parecer un acto redundante, pero quería estar seguro de la hora en la que vivía. Mientras sorbía el café recordó que hoy era viernes; tenía reunión. No sería hasta las seis de la tarde, así que aún disponía de tiempo. Sí, pero ¿qué iba a contar en la reunión?, ¿que un día fue hacia atrás en el tiempo y que al día siguiente sucedieron un sinnúmero de locuras que todavía no había llegado siquiera a asimilar? Ojalá alguien pudiera darle una respuesta. Pensó que podría sencillamente decir que estaba enfermo y excusarse por no acudir. No, mejor no. Quizá allí le pudieran dar una explicación para todo lo que estaba ocurriendo. Tal y como estaba era incapaz de enlazar tres razonamientos seguidos por sí mismo. Además, le apetecía ver por fin a Mónica.

Sí, quería ver a Mónica. Quería contárselo todo y pedirle su opinión. Ver cómo reaccionaba.

Terminó el café y las tostadas y se dirigió al cuarto de baño. Se miró en el espejo. Estaba cubierto de barro de arriba a

abajo y su cara estaba sucia. La ducha le iba a sentar mejor que nunca.

Así fue, nunca una ducha había hecho tanto por alguien. Se sintió mucho mejor cuando salió del baño envuelto en la toalla. Su habitación era un completo desastre, la ropa mojada y sucia estaba esparcida por el suelo, y los zapatos empapados habían hecho un cerco de humedad sobre la moqueta que probablemente nunca desaparecería. Lo recogió todo y lo tiró a la cesta de la colada.

Sacó ropa limpia y seca y se vistió. Se sintió la persona más afortunada del mundo por tener ropa seca y limpia que ponerse. Al abotonarse la camisa, encontró un papel en el bolsillo. Lo sacó y lo examinó: era un ticket de la compra de la semana pasada que probablemente había lavado con aquella camisa, le sucedía a menudo. Estaba acartonado y apenas se podía leer, pero sí, era un ticket de compra. Lo arrojó a la papelería. De repente, recordó el papel que notó en el laboratorio al meterse el cartucho en el bolsillo de la camisa la noche anterior y se acordó del cartucho: ¡estaba en la cesta de la ropa sucia!

No le costó demasiado encontrar la camisa, era lo último que había tirado a la cesta. Sacó el cartucho ligeramente húmedo junto con un papel pegado a él. Lo despegó con cuidado. Estaba todavía mojado y su aspecto era muy frágil. Lo dejó sobre la mesa para que se secase.

Inspeccionó el cartucho. Parecía que estaba intacto. Lo bueno de aquellos cartuchos de cinta era que lo aguantaban todo. Bueno, casi todo. Lo dejó sobre la mesa y volvió a coger el papel. Era un folio escrito a mano y doblado en cuatro. Se rompió exactamente en cuatro pedazos cuando lo intentó desdoblar.

¿Qué papel escrito de su puño y letra había metido en el bolsillo? Nunca guardaba nada que no fueran tickets de compra y cosas así en el bolsillo. Las cosas importantes las llevaba en carpetas o maletines. Además, prácticamente desde el colegio no escribía nada a mano. Siempre había odiado cómo la tinta le emborronaba los dedos.

Llevó los cuatro trozos a la mesa del comedor y los depositó con cuidado sobre su superficie. Parecía... parecía... la letra de Mónica. Sí, era su letra. Inconfundible sin ningún género de duda. Ella gustaba de escribir a mano todo lo que él lo odiaba. La había visto escribir mucho y aquella era, con toda seguridad, su letra. ¿Cómo diablos había llegado aquello al bolsillo de su camisa? ¿Desde cuándo estaba allí? La tinta estaba algo difusa, pero el texto aún se podría leer con un poco de paciencia. Se aseguró de que los cuatro trozos estaban en el orden correcto. No era un rompecabezas demasiado complicado pero, en su estado, suponía todo un desafío.

Volvió a su habitación y buscó las gafas por el suelo. Recordaba ahora habérselas quitado de un manotazo cuando sonó el teléfono. Habían ido a parar debajo de la mesita de noche y, a pesar de que estaban completamente sucias, no se habían roto. Fue al cuarto de baño y las limpió concienzudamente. Se sorprendió del tiempo que se estaba tomando, cuando lo normal hubiera sido hacerlo a toda prisa en un tremendo estado de excitación. Volvió entonces corriendo al comedor y se sentó frente a la nota.

Comenzó a leer trabajosamente. La carta parecía haber sido escrita a todo prisa, y aunque los trazos eran rápidos y poco precisos y la letra estaba borrosa, afortunadamente era de un tamaño lo suficientemente grande como para ser leída con claridad:

Estimado Pras: Te preguntarán quién te ha despertado esta mañana llamándote por teléfono. He sido yo. Tenemos que hablar. ¿Recuerdas aquel café en la calle 18 al que fuimos varias veces? Nos veremos allí a las cinco en punto de la tarde. Sólo esperaré diez minutos; no te retrases. No utilices tu coche para venir, utiliza el metro e intenta pasar desapercibido, si es que eres capaz de ello. No permitas que nadie te siga. Repito, no uses tu coche. No me llames a casa bajo ningún concepto, y sobre todo, pase lo que pase, no vayas a la reunión de esta tarde en el laboratorio. Repito, bajo ningún concepto. Si no consigues llegar a tiempo al café, ya conseguiré hablar contigo, pero no vayas a la reunión. Tampoco te quedes en casa, inscríbete en un hotel con un nombre falso. No es una broma. Si consigues llegar al café, será mucho más fácil para todos.

Mónica.

Pras se reclinó perplejo. Ahora sí que estaba confundido del todo. ¿Cómo había puesto Mónica aquella nota en su bolsillo, si es que había sido ella? Desde luego, aquella era su letra. ¿Qué querría contarle? Hacía años que no se veían en aquel café. Claro que se acordaba de cómo llegar. ¿Por qué no debía ir en su coche? ¿Y por qué no quería que fuera a la reunión semanal de esa tarde? ¿Sabría Mónica algo de todo lo que estaba sucediendo? Pero, ¿por qué?

Estaba hecho un completo lío. Ni siquiera era capaz de hacer una lista de todas las preguntas que tenía. Parecía haber entrado en una vertiginosa espiral en la que cada cosa que sucedía lo hacía todo más confuso. Pensó que si acudía

al café para ver a Mónica tenía pocas posibilidades de llegar a la reunión del proyecto, especialmente si iba en metro. ¿Y por qué sabía Mónica que le despertaría esa mañana? ¿Por qué iba a estar Pras durmiendo hasta tan tarde?

Volvió la cabeza al enorme ventanal y miró al exterior. Seguía lloviendo. Miró el reloj de la pared en busca de una respuesta para todo aquel sinsentido. El péndulo oscilaba incansablemente de un lado a otro ajeno a todo lo que sucedía a su alrededor. Entonces se fijó en la hora en la esfera blanca del reloj: las cuatro. Debía darse prisa si quería llegar a su cita con Mónica. Porque, quería ir a la cita con Mónica, ¿no? No estaba demasiado seguro. Tendría que elegir.

Desde luego ver a Mónica era mucho mejor que aguantar la bronca que le iba a soltar el doctor Drexler cuando viera el laboratorio y se enterara de todo lo que había hecho por su cuenta. Pras no podía pensar mucho más allá de lo sencillamente evidente, así que decidió que iría a ver a Mónica. Debía darse prisa: el lugar quedaba bastante lejos de su barrio y el metro estaría abarrotado a esas horas. Pensó en coger su coche, pero recordó que debía seguir siendo una piscina todavía, si es que alguna vez se iba a secar. Además, Mónica había dicho dos veces que no cogiera el coche. Debía de existir una buena razón para ello.

Se puso un chandal con capucha y cogió las llaves del coche, por si lo podía llegar a necesitar en algún momento. Se metió en el bolsillo del pantalón el cartucho y cogió una buena cantidad de dinero; nunca se sabía lo que podía suceder. Se hizo una mochila con algo de ropa cómoda y seca. Estaba lloviendo y no quería volver a soportar el tormento de moverse con ropa mojada. ¿Cómo saber en qué lío se iba a meter ahora?

Salió a la calle bajo la fina lluvia y miró a izquierda y derecha. No vio nada extraño. Vislumbró a lo lejos el reloj de la rotonda: las cuatro y diez. Miró su reloj de muñeca y marcaba exactamente la misma hora. Recordó que la noche anterior ambos coincidían también, aunque no sabía lo que aquello significaba. Se alegró de que algo pareciera tener sentido.

Siguió caminando acera abajo y se sumergió en el metro dos manzanas más allá. Hacía siglos que no cogía el metro. Desde luego era el mejor método para pasar desapercibido: cientos de personas corrían a toda velocidad y con pinta de tener mucha prisa en la hora punta de la tarde. Se alegró de haberse mantenido lejos de todo aquel alboroto durante tantos años, pero el contacto con la gente le hizo sentir bien en esa ocasión. Dejó de sentirse solo por un rato. Ahora únicamente necesitaba a alguien con quien compartir todo lo que llevaba en la cabeza y que le estaba conduciendo vertiginosamente a la locura. Sólo debía aguantar un poco más.

El metro hacia el sur de la ciudad no tardó mucho en llegar cargado de gente. Pras se quitó la capucha del chandal mientras buscaba un sitio para sentarse. Tuvo suerte y encontró un lugar vacío junto a la ventana. Se sentó y vio cómo el vagón empezaba a moverse dejando atrás la estación. En unos segundos dejó de ver nada por la ventanilla, sólo los reflejos que llegaban del interior del vagón.

Una señora gorda ocupaba dos asientos a su lado, y frente a él un hombre de edad avanzada leía el periódico. Tras de sí, le pareció que un hombre de facciones duras enfundado en una gabardina le miraba disimuladamente. Pras se sumergió en sus pensamientos. Menos mal que su reloj de muñeca y el de la rotonda coincidían, por un momento pensó que estaba

loco. Otra vez. Empezó a recordar más cosas de la noche anterior poco a poco y...

«Un momento...», contuvo la respiración. Su reloj de pulsera y el de la rotonda coincidían, pero... ¡recordaba perfectamente haber cambiado la hora nada más levantarse! Lo podía evocar claramente: se había sentado en el salón y lo había puesto en hora de acuerdo con el reloj de péndulo de la pared. Luego el reloj de la rotonda marcaba otra hora la noche anterior. Pero, ¿cómo era posible? ¿Cómo se podía cambiar ese reloj de hora? ¿Quién estaría interesado en hacerlo? ¿Por qué? No tenía ningún sentido. Nada de lo que descubría le ayudaba a mejorar su situación. Todo era confuso y complicado, y se veía incapaz de atar cabos. La situación le desbordaba y no encontraba las energías para tratar de aclarar las cosas.

Intentó relajarse y vio por la ventana la nueva estación que llegaba: Spring Cross. Pras detuvo sus pensamientos por un instante; no usaba mucho el metro, pero creía estar seguro de que esa estación no estaba en el camino. Miró rápidamente el mapa del metro que había en la pared del vagón y se dio cuenta de que se había equivocado de tren. «¡Mierda!», gritó levantándose de golpe ante la estupefacción del resto de viajeros y corriendo hacia la salida. Empujando a la gente, consiguió salir del vagón antes de que se cerraran las puertas. Uf, había estado cerca.

Sentado de nuevo en un banco de la estación, miró su reloj: las cuatro y media. Tenía media hora para llegar a su cita con Mónica, y aún estaba lejos. Muy lejos. *Mierda, mierda, mierda*. Comenzó a golpear el suelo del nuevo andén impacientemente con los pies mientras se llevaba las manos a la cabeza y se sacudía el pelo. Cogiendo aire, levantó la vista con la esperanza de ver aparecer el nuevo tren y vio

a lo lejos al hombre enfundado en la gabardina gris. Daba vueltas en círculo en el andén.

Era un hombre de su edad aproximadamente, quizá algo mayor, con el pelo ralo y facciones angulosas. No parecía precisamente simpático. Resultaba una casualidad que se hubiera bajado en la misma estación que él, pero era una coincidencia que además estuviera ahora esperando su mismo tren, especialmente tras dos escaleras y un cambio de andén. ¿También se había equivocado?

Pras lo miró con disimulo y sus miradas se encontraron. Sintió un pinchazo en la boca del estómago y que la presión arterial le subía vertiginosamente. Miró el reloj con disimulo. ¿Le estaría siguiendo aquel hombre? No podía ser, aquello no era una película de espías. Él no era el prototipo de héroe literario. Le dio la impresión de que estaba dando un paso más en su camino a la locura. Volvió a mirar la hora porque no se había fijado realmente la vez anterior.

El tren tardó diez minutos más en llegar y la espera se hizo interminable. Pras no podía contener su impaciencia y miraba a todos lados nerviosamente. No sabía qué era lo que Mónica le tenía que contar, pero ahora no podía llegar tarde. «Será mejor que no la cagues, Pras, no la cagues», se repetía una y otra vez.

Saltó al interior del vagón en cuanto se abrieron las puertas. En éste venía menos gente y no le fue difícil encontrar un lugar para sentarse. Debería de tardar unos quince minutos en llegar a la calle dieciocho. Recordaba bien que había una salida de metro casi enfrente del café en el que había estado varias veces con Mónica. Lo recordaba con claridad. Solían ir a menudo al poco de conocerse, antes de que se enfriara su relación. No sabía por qué pero a ella le

encantaba aquel café. A él le nunca le importaba el lugar adonde ella le llevara. Siempre había sido así.

Los minutos transcurrieron interminables marcados por el traqueteo del vagón. Miró el plano de la línea en la pared: sólo faltaba una parada antes de llegar a la de la calle dieciocho. Al pasear la vista se dio cuenta de que el hombre de la gabardina estaba en el otro extremo del vagón. Se encontraba sentado detrás de un señor voluminoso y no lo había visto hasta entonces. Le estaba siguiendo. Podía ser sólo una jugada de su imaginación pero, con todo lo que había estado sucediendo, y por algún motivo que escapaba a su limitado razonamiento, aquel hombre podía estar realmente detrás de él. Mónica decía en su carta literalmente:

No utilices tu coche para venir, utiliza el metro e intenta pasar desapercibido, si es que eres capaz de ello. No permitas que nadie te siga.

No sabía el motivo exacto, pero si se presentaba en el café con aquel tío pegado a sus talones, Mónica se iba a enfadar muchísimo, y eso no era nada bueno. Probablemente Mónica tuviera una buena razón para haberle dado aquellas instrucciones tan precisas y redundantes.

El tren comenzó a reducir su velocidad para detenerse en la siguiente estación. Todavía estaba lejos del café ya que aquella era la parada anterior, y sabía que si se bajaba allí habría muchas posibilidades de que llegara tarde, pero se la iba a tener que jugar pues no le quedaban muchas más opciones. El metro se detuvo completamente, las puertas se abrieron y la gente empezó a bajar. Unos segundos, después, nuevos pasajeros comenzaron a subir. Pras miró al hombre de la gabardina y el hombre le miró a él. Lentamente, cogió

su mochila con disimulo y salió corriendo de un salto en dirección a la puerta. El hombre de las facciones duras se incorporó a lo lejos como un muelle visiblemente sorprendido. *¡Joder, le estaba siguiendo!*

Pras corrió por el pasillo del vagón sorteando a la gente que acababa de entrar y buscaba un asiento. El hombre de la gabardina comenzó a correr, pero se encontraba más lejos de la puerta que él. Pras salió del vagón de un salto y se quedó de espaldas contra la pared de la estación, la mochila en el suelo y las piernas temblando. Conteniendo la respiración, observó cómo las puertas comenzaban a cerrarse y el hombre seguía saltando entre los pasajeros que todavía se estaban sentando.

Finalmente, las puertas se cerraron completamente y el hombre y su gabardina quedaron atrapados en el interior del vagón. El sujeto parecía seriamente contrariado, a juzgar por la violencia con que golpeaba las puertas del tren. Pras se echó la mochila al hombro y salió corriendo por el andén con el corazón en la boca, lanzando miradas aterrorizadas cada pocos pasos como si aquel hombre fuera a atravesar las puertas del tren por arte de magia para alcanzar el andén en su persecución. Subió las escaleras mecánicas como nunca había subido unas escaleras mientras el metro dejaba la estación acelerando con un chirrido creciente, y se alegró de encontrarse de nuevo bajo la fina lluvia y la tarde gris.

Miró el reloj: las cinco en punto. Tenía diez minutos para llegar al café y se encontraba a varias manzanas de distancia. Cuando Mónica decía que esperaba diez minutos, esperaba diez minutos y no once. Más le valía darse prisa.

Echó a correr con la mochila en la espalda esperando que estuviera corriendo en la dirección correcta. Calle dieciséis, bien, no estaba lejos. Podía trotar bastante bien, a pesar de

que le dolían las piernas y le costaba respirar. Sentía además una dolorosa punzada en el costado derecho que no sabía de dónde había salido. Al cabo de unos minutos alcanzó la calle dieciocho y paró para tratar de situarse y recuperar el resuello. Miró a izquierda y derecha. Vio al final de la manzana siguiente el letrero luminoso del café. Empezó a correr de nuevo mientras miraba el reloj: las cinco y diez.

Mierda, mierda, mierda.

Pasó un minuto más hasta que alcanzó la puerta del café. Tenía la vista nublada y la cabeza le daba vueltas. Entró jadeando en el local abriendo la puerta de un sonoro golpe. Algunas personas se giraron a mirarle, sorprendidas por su extraña aparición. Miró a su alrededor pero no vio a Mónica. Lo sabía, no lo había dudado. Un minuto tarde y se acabó. Aquella mujer era como un reloj. Salió de nuevo a la calle y volvió a mirar a izquierda y a derecha. Vio una figura femenina alejándose a lo lejos.

—¡Mónica! —gritó. La mujer no se giró. Quizá no le había oído, apenas tenía aire en los pulmones para malgastar en otra cosa que no fuera respirar. Comenzó a correr detrás de la figura enfundada en un abrigo negro.

Cubrir los cincuenta metros que los separaba se hizo interminable. El aire le ardía en el pecho y se estaba mareando otra vez. Se tambaleó un par de veces y creyó que iba a caer al suelo. Finalmente, con la cara roja y la lengua fuera, consiguió alcanzar a la mujer del abrigo oscuro. Le puso una mano en el hombro mientras le gritaba al oído desesperadamente:

—¡Mónica!

La mujer retrocedió horrorizada de un salto. No era Mónica, y desde luego se había llevado un buen susto. Ella se alejó corriendo sobre sus breves tacones mirando hacia

atrás asustada mientras Pras veía hecha añicos su última posibilidad. Se quedó a allí, resoplando, con las manos apoyadas en las rodillas y la mochila casi encima de la cabeza, mientras veía a la figura alejarse entre las gotas de agua que deslizaban por sus gafas. La había cagado, la había cagado y bien, se dijo desolado. ¿Qué iba a hacer ahora? ¿Qué tendría Mónica que contarle? ¿Por qué no había esperado un minuto más? Mónica era así, pero siendo algo tan importante como parecía por su nota, podía haber sido un poco más flexible. Quizá precisamente por eso no hubiera podido esperar.

A lo mejor no había mirado bien en el café. Quizá todavía había una esperanza.

Dio la vuelta sobre sus pasos y comenzó a caminar en dirección al café. Se encontraba completamente derrengado. Tampoco había sido para tanto, apenas una carrera de tres manzanas de distancia y casi no podía respirar. Juraría que estaba relativamente en forma. Quizá fueran secuelas de los sedantes y las mezclas usadas en el experimento.

Llegó a la puerta del café y entró de nuevo en el local rezando para que, con las prisas, antes hubiera pasado alguna mesa por alto en algún rincón. De todas maneras eran las cinco y veinte y Mónica lo había dicho bien claro en la nota: esperaría sólo diez minutos. No había ni rastro de ella. *Maldita sea*. Cerró la puerta del café y se sentó sobre la acera.

Afortunadamente ya no llovía y permanecía todavía relativamente seco y confortable. Se quitó las gafas y limpió una vez más los cristales con un extremo de la camiseta. Las gafas no estaban realmente sucias, pero le daba la impresión de que despejaba su mente cada vez que repetía el ritual. ¿Qué iba a hacer ahora? Ojalá hubiera llegado a tiempo para hablar con Mónica. ¿Quién diablos era el hombre de la

gabardina en el metro? ¿Por qué le seguía? Porque, desde luego, le estaba siguiendo. ¿Quién podía tener el más mínimo interés en su vida privada? ¿En qué clase de lío estaría metido? Si no había hecho nada... Se restregó la cabeza con ambas manos intentando sacar aquella pesadilla de su mente.

Levantó la vista y examinó la acera de enfrente. Algunos de aquellos establecimientos eran nuevos, pero recordaba la vieja peluquería donde una vez Mónica le convenció para cortarse el pelo de forma estrambótica. Ambos habían estado bebiendo bastante precisamente en aquel café a sus espaldas y Pras se hizo un corte de pelo del que todo el mundo estuvo riéndose varias semanas. Parecía mentira que el viejo barbero que regentaba la peluquería fuera capaz de hacer algo tan atrevido, pero lo hizo. Él siempre pensó que Mónica le había dado una buena propina. Se sonrió al recordar la anécdota.

Al lado de la barbería habían abierto una farmacia cuya moderna fachada llamaba la atención entre la vieja peluquería y la pensión centenaria que había al otro costado. De repente, recordó la vieja pensión; había estado allí con Mónica alguna vez, ya casi lo había olvidado. Era un viejo edificio muy cuidado pero que acusaba el paso de los años. A pesar de todo tenía un encanto especial. Su fachada era muy estrecha, de apenas unos cuatro metros de ancho, y tan sólo contaba con cuatro habitaciones, una en cada piso. Recordó otra noche de café y copas. Alquilaron una habitación en la vieja pensión y terminaron pasando allí la noche. Sí, ahora lo recordaba bien, le había venido como un rayo de luz en la penumbra de su mente. Qué buenos recuerdos.

Luego, inexplicablemente, ambos habían empezado a distanciarse, y ahora apenas se veían. Pras siempre había pensado que era culpa suya, que habría hecho algo mal, o simplemente que el destino no iba a permitirle ser feliz por las buenas. Prefería pensar que de alguna manera era culpa suya. En algún extraño modo disfrutaba cargando con el peso del error. Había sufrido en silencio sin buscar ninguna explicación, estaba acostumbrado a encajar las jugadas de la vida y probablemente aquella había sido la solución más sencilla.

Levantó la vista y empezó a examinar la vieja pensión, las ventanas de madera verde, los pequeños maceteros llenos de flores bajo el marco... Siguió levantando la vista hacia los pisos superiores y en la ventana del tercer piso reconoció una figura familiar.

Pras se levantó de un salto con la mochila en una mano: aquella figura tras la ventana del tercer piso era Mónica, no había duda. Ella se dio cuenta de que le había visto y le hizo una señal. Pras no entendió lo que le quería decir, la luz se reflejaba en el cristal y apenas apreciaba sus movimientos. Le pareció ver que le decía que se sentara y que esperara, aunque no estaba del todo seguro.

Pras volvió a poner el trasero sobre la fría acera. Era Mónica, le había esperado, pensó. Sintió una agradable sensación de bienestar y un calor tibio calmó sus penas en un instante, al menos por dentro. Ahora todo iba a salir bien.

Un par de interminables minutos más tarde, Mónica apareció en el portal de la pensión. Iba cubierta con un grueso abrigo y un gorro de felpa que le tapaba casi toda la cara. Pras se incorporó de un salto pero ella le hizo volver a sentarse con un gesto firme. Mónica miró a un lado de la calle durante quince segundos de la manera más disimulada

que se podía hacer. Luego escudriñó el otro extremo de la calle durante unos segundos eternos en los que se preguntó qué estaba sucediendo allí. Pras siguió la mirada de Mónica intentando averiguar qué era lo que buscaba. Sólo veía coches aparcados a ambos lados de la estrecha calle y algunas personas caminando por las aceras. Finalmente, ella volvió a introducirse en el interior de la vieja pensión no sin antes hacerle un gesto para que le siguiera. Se levantó de la acera dubitativo y esquivó un par de coches que pasaban por la calle mientras la cruzaba. Suavemente, empujó la puerta y entró en el edificio.

14

Tocando fondo

EL ambiente en el interior de la pensión era verdaderamente acogedor. No había nadie en la oscura recepción y Mónica, que se había quitado el gorro de felpa, comenzó a subir las escaleras sin mirar atrás. Pras empezó a subir escalones detrás de ella. No había ascensor en aquella vieja pensión. Las escaleras le supusieron un gran esfuerzo. Al menos Mónica le explicaría enseguida qué diablos estaba pasando; el misterio le estaba matando casi más que la falta de aire. Cuando alcanzó el tercer piso Mónica ya le estaba esperando con la puerta abierta. Pras llegó arrastrando los pies y respirando trabajosamente.

—Entra —le susurró Mónica esta vez con voz reconfortante. Luego entró ella y cerró la puerta con llave tras de sí.

—Espero que no te hayan seguido —le dijo con voz firme.

—Yo también. Me alegro de verte, Mónica.

Mónica preguntó una vez más:

—No te han seguido, ¿verdad?

—No, creo que no... —contestó Pras con desgana. El breve interrogatorio se le estaba haciendo especialmente pesado. Recordaba al hombre de la gabardina en el metro, pero pensó que se habría zafado de él. Además, estaba muy cansado y no le apetecía tener que dar explicaciones cuando todo parecía estar bajo control.

—Pras, te seré de mucha más ayuda si no saben que estoy contigo —añadió tajantemente mirándole a los ojos.

Él se sentó en la cama y la miró desconcertado. Exhaló el aire de sus pulmones con trabajo una vez más y respondió:

—No, creo que no me han seguido —dijo tratando de terminar con esa parte de la conversación.

—Espero que así sea. No nos pueden ver juntos.

Pras arrojó la mochila contra un rincón y notó que empezaba a sentirse bastante mejor. Había recuperado la respiración completamente y el corazón le latía de una manera moderada en aquellos momentos, probablemente por primera vez en muchas horas. Mónica le miraba mientras caminaba nerviosa pero lentamente de un lado a otro de la amplia habitación. Nunca la había visto tan nerviosa. Normalmente ella siempre tenía la situación bajo control, era ella la que ponía nerviosos a los demás. Sus pasos hacían crujir las tablas de madera bajo sus pies.

Pras quería preguntar qué estaba sucediendo, pero no sabía si estaba preparado para lo que tenía que oír. Ver a Mónica en aquel estado tan alterado le produjo una seria sensación de inseguridad. No podría definir el sentimiento acertadamente, pero no le gustaba. Y no sabía por qué. Aquel había sido su mejor momento en los últimos días: estaba con Mónica y su ropa estaba suficientemente seca, ¿qué más se podía pedir? No quería decir nada que le sacara de aquel estado de encantamiento y le llevara a enfrentarse a la cruda realidad que temía le esperaba.

Miró a su alrededor: la habitación era relativamente amplia y tenía un cierto encanto. Había una pequeña cama con su mesita de noche y un armario de madera ocupaba una de las esquinas. El papel que cubría las paredes había

sido elegido con buen gusto y daba a la habitación un aspecto cálido y acogedor. Sus pensamientos se vieron interrumpidos súbitamente cuando Mónica habló:

—Pras —dijo—, lo que vas a oír no te va a gustar nada. Espero que no la pagues conmigo —añadió mordiéndose la uña del dedo índice izquierdo.

Mónica nunca se mordía las uñas.

Se sentó a su lado en la cama y le miró a los ojos. Pras respiró profundamente intentando reunir valor para afrontar lo que estaba a punto de suceder. No sabía qué era exactamente lo que iba a escuchar, pero se temía que no iba a ser precisamente agradable. En cualquier caso la curiosidad le estaba comiendo por dentro, así que en cierto modo estaba impaciente. Se sentía como alguien que, con los ojos tapados, está a punto de dar un paso en falso desde un lugar muy alto.

Mónica comenzó por fin a hablar:

—Pras, sé lo de los resultados de la simulación. Sé que has obtenido valores coherentes para las variables y que... —empezó a decir. Pras le interrumpió levantando la voz:

—Sí, Mónica, ¡es fabuloso! Todo sucedió el miércoles por la noche, después de que me llamaras. Es increíble, no podía esperar a... —su voz se apagó en un murmullo.

¿Cómo era posible que ella lo supiera? No había hablado con nadie en días, y mucho menos sobre aquello. Levantó la vista del suelo y miró a Mónica con ojos de absoluto desconcierto. Ella le devolvió una mirada que parecía decir «Sí, lo sé» y continuó hablando mientras volvía a caminar en círculos por la habitación.

—Sé lo de tus experimentos. Sé que fuiste al laboratorio por tu cuenta sin avisar a nadie el miércoles por la noche y... bueno... ayer por la noche también.

Pras no se explicaba cómo era posible que ella estuviera al tanto de todo aquello, aunque por alguna razón que no llegaba a comprender no le concedió demasiada importancia a la revelación en aquel momento. Se dio cuenta impávido de que había agotado su capacidad de sorpresa.

—Sí, Mónica —continuó—, fue algo... algo... increíble. Se puede viajar en el tiempo, tenía razón, ¡teníamos razón! ¿Sabes?, ¡no estoy loco, no estoy loco! —la cara de Pras era prácticamente una mueca de lo exaltado de sus gestos. Por fin podía decirle a Mónica todo lo que se había estado reservando estos últimos días, por fin podía contárselo a alguien, vaciar sus sentimientos y sentirse otra vez una persona normal—. Además... —continuó hablando.

Ella le miró con aspecto serio, le hizo un gesto para que callara y prosiguió:

—Sí, lo sé, se puede —ella se volvió y le sonrió por primera vez—. Tenías razón, y yo nunca lo he dudado, si te hace sentir mejor —añadió con una voz suave.

Pras se puso de pie de un salto y miró su reloj: eran algo más de las cinco y media.

—¡Tenemos que ir a la reunión, vamos a llegar tarde! —le dijo a Mónica entusiasmado— ¡Los demás tienen que saberlo!

Ella le puso la mano sobre la cabeza como si se tratara de un crío e hizo que se sentara otra vez. Pras estaba desconcertado. Se dio cuenta de que estaba actuando de manera errática, pero siempre se apercibía de ello demasiado tarde.

Con gesto serio, Mónica le miró a los ojos y le dijo lentamente, pronunciando cuidadosamente cada una de las sílabas:

—No puedes ir a la reunión, Pras, te están esperando.

Pras no supo qué decir. Temía decir más tonterías, pero no acertaba tampoco a encontrar el rumbo correcto.

—Cla... claro... supongo que me estarán esperando. Y a ti también.

Miró a Mónica con gesto dubitativo.

—No, a mí no me esperan —contestó ella—. Anoche fue una noche movidita. Llamé esta mañana y dije que me encontraba mal, que no acudiría.

Pras no sabía cómo reaccionar y pareció perder el control por unos instantes:

—¡Pero yo tengo que ir, los demás tienen que saber todo esto! —dijo levantando la voz.

Mónica se irguió enfurecida y después puso su cara a escasos centímetros de la suya:

—¡Pras, ya lo saben, maldita sea, ya lo saben! —le gritó sin piedad esta vez—. ¡Precisamente por eso no puedes ir!

Se giró y caminó hacia la ventana llevándose las manos a la cabeza.

Pras se quedó perplejo, nunca había visto a Mónica perder los estribos. Desde luego parecía estar fuera de sí.

Se quedó allí sentado, sintiéndose pequeño. Ella volvió la cabeza y su gesto se suavizó.

—¿Tienes el cartucho?, preguntó.

Pras sacó tímidamente el cartucho de su bolsillo y se lo tendió. Mónica lo tomó, lo examinó unos instantes y luego lo dejó sobre la mesilla de noche.

—Bien —dijo—. ¿Tienes una copia, no?

—Sí, siempre hago una. Está en mi casa, en...

Mónica le interrumpió levantando la voz y tapándose los oídos. Parecía haberse vuelto loca de nuevo:

—¡No quiero saberlo!, ¿me oyes?, ¡no debo saberlo! Cuanto menos sepa más te podré ayudar.

Pras estaba absolutamente perdido, y ella debió de ver el gesto de inocente aturdimiento en su cara. Se dio cuenta de que estaba siendo muy dura. Debía mantener el control.

Se volvió a sentar y le cogió la mano, acariciándola. Comenzó a hablar lentamente en un tono más suave:

—¿Recuerdas hace tres años, cuando trabajabas en la universidad? ¿Recuerdas cómo deseabas encontrar dinero para comenzar una investigación propia y cumplir el sueño de tu vida?

—Sí, claro que lo recuerdo, como si fuera ayer... —contesto Pras sin saber adónde iba todo aquello.

—¿Recuerdas la llamada del señor Hembeltz, cómo se citó contigo, cómo hablasteis del asunto? En una semana estabas trabajando en tu propio proyecto: dinero prácticamente ilimitado, todas las facilidades, personal competente, todas las garantías...

—Sí, claro que recuerdo todo eso. ¿A dónde quieres llegar, Mónica? —inquirió.

Mónica suspiró y se hizo un incómodo silencio en la habitación. Prosiguió:

—Tanto dinero fácil, de un día para otro, lo rápido que avanzó el proyecto, los cortos plazos del papeleo burocrático, los presupuestos aprobados sin la menor oposición... ¿No te pareció demasiado bonito para ser cierto? ¿No te pareció todo demasiado... fácil?

Pras no sabía qué decir. No entendía hacia dónde estaba yendo la conversación.

—Sí, la verdad es que siempre me consideré muy afortunado por poder llevar a cabo mi investigación. Ya te lo he contado miles de veces, Mónica, es un milagro que alguien patrocine unas investigaciones sin ningún tipo de base sólida

y que podrían no dar jamás resultados, y lo peor de todo, sin rentabilidad económica clara

—Exactamente. Esa es la palabra: un milagro, Pras, tú lo has dicho. Las cosas así sencillamente no suceden.

Mónica parecía estar perdiendo la paciencia a juzgar por sus gestos.

—Sí, claro, pero el señor Hembeltz depositó su confian...

—Pras, el señor Hembeltz no existe —le interrumpió ella repitiendo lentamente cada una de las palabras de la frase—. No existe.

Pras le miró como se mira a quien ha perdido un tornillo. Volvió de nuevo a la carga como una mosca se golpea una y otra vez contra el cristal:

—Claro que existe, yo estuve hablando con él. Le veo casi todos los meses. Bueno, últimamente algo menos. ¿Estás bien, Mónica?

Empezó a pensar que ella estaba todavía más alterada que él.

—¡Pras, por Dios, el señor Hembeltz es un actor, un pelele; no existe! ¡No hay banquero millonario, no hay dinero, no hay interés por tu estrambótica carrera! ¡Es un maldito montaje!

Mónica parecía estar perdiendo los nervios de nuevo.

Pras miró el papel de la pared intentando encajar lo que estaba oyendo. Le costaba un esfuerzo enorme pensar con cierta profundidad. Miró a Mónica y volvió a mirar el papel de la pared. Podía oír su propia respiración en el vacío que empezaba a rodearle.

Quería saber más. Volvió la cabeza hacia Mónica de nuevo:

—Entonces, ¿de dónde ha salido todo este dinero? ¿Quién ha estado pagando todo este montaje, este proyecto, los meses... los años —corrigió— de investigación?

—El gobierno, Pras, has estado tres años trabajando para el gobierno —dijo ella con voz firme.

—¿El gobierno? ¿Te refieres al presidente y a toda esa gente? —contestó Pras levantando la voz—. Pero pero... ¿pero qué interés pueden tener los delirios de un pobre lunático como yo? —¿por qué tenía el gobierno que preocuparse de alguien como él?—. ¡Yo pago mis impuestos, me sentiría engañado si el gobierno tirara el dinero en disparates como *este!* —ahora era Pras el que parecía fuera de sí—. El gobierno, el gobierno... —repitió varias veces para sí mismo. Se dio cuenta al fin de las tonterías que estaba pronunciando y optó por cerrar la boca.

Apoyó los codos sobre sus rodillas y se cogió la cabeza con las dos manos. El gobierno... podía ser. ¿Por qué no? Desde luego aquello tenía sentido. Nadie arriesgaría su propio dinero en una locura semejante. Pras levantó la cabeza y volvió a mirar a Mónica:

—Pero ¿y el señor Hembeltz? Es tan real, estaba tan al tanto de mis investigaciones...

—Pras, es un actor, créeme, y de los malos. Le costó más de tres meses conseguir una interpretación creíble, y no es precisamente una lumbrera. No sabes lo que costó que comprendiera todas y cada una de tus ideas. Estuvieron preparándole meses enteros a tiempo completo solamente para la primera cita contigo. No entiendo cómo pudieron escogerle a él, esto ha sido una chapuza detrás de otra...

Las últimas palabras pareció decir las para sí misma.

Pras estaba completamente anonadado. Simplemente no podía dar crédito a lo que estaba oyendo. La sinrazón que le venía envolviendo los últimos días parecía amplificarse en cada uno de los minutos que transcurrían. Se preguntó dónde se encontraría el límite de todo aquello. Mónica continuó

sin darle tiempo a seguir pensando. Lo prefirió, porque no se sentía lo bastante bien como para pensar y parecía que ella tenía la explicación para cada una de las cosas estaban sucediendo.

—El proyecto, supervisado en todo el momento por una comisión de una agencia científica del gobierno, empezó lo más rápidamente posible. Recuerda que en apenas unas semanas todo estaba en pleno funcionamiento y nos encontrábamos trabajando a toda máquina. Tú eras la estrella del proyecto, te necesitaban. Todo ha venido girando en torno a ti desde el principio. Eras el único que podía llevar todo esto a buen puerto. Los meses transcurrían y todo iba cumpliendo los plazos. Todo iba bien, hasta que...

Su voz se entrecortó y su mirada se apartó de los ojos de Pras.

—...hasta que me empecé a sentir atraída por ti.

La cabeza de Pras empezó a encadenar razonamientos confusos. Ella había estado en el proyecto desde el principio; el equipo fue una de las condiciones que puso el señor Hembeltz, o cualquiera que fuera ahora su nombre, y se mostró especialmente inflexible en la composición del mismo. A él no le importó especialmente porque todos parecían trabajar con gran eficiencia y todo avanzaba espectacularmente. Su sueño empezaba a rodar y era un placer verlo coger velocidad. No pensaba en nada más. Y Mónica era parte de ese equipo. Desde el princip...

Pras se detuvo.

—Un momento. ¿Has dicho que te empezaste a sentir atraída por mí?

—Claro, ¿acaso no lo recuerdas? Pasábamos el día juntos, estábamos haciendo cosas juntos a todas horas. Recuerda las tardes en el café, las noches en vela hablando sobre el

proyecto, siempre los dos. Iba a tu casa casi todos los días. Comíamos y cenábamos juntos.

Pras recordó aquellos días. Tenía recuerdos confusos, como cuando uno mira a través de un cristal mojado. Como cuando los cristales de sus gafas se empapaban con el agua de lluvia.

—*¿Qué pasó entonces?* —preguntó Pras con curiosidad.

—Me dieron *un toque*. Me estaba saliendo de las normas del proyecto. Estaba *estorbándote*, me dijeron. Mi relación contigo suponía una amenaza para el proyecto: pasabas menos horas trabajando de las que debías y el comité quería resultados rápido. Me instaron, *amablemente*, a alejarme de ti.

Mónica parecía realmente sincera.

—Estuve a punto de abandonar el proyecto, pero dos cosas me hicieron sentir que debía continuar: quería ver tu sueño hecho realidad y, por otra parte, pensé que en un momento dado podría serte de ayuda si las cosas se ponían complicadas. Quería ver que el sueño al que habías consagrado tu vida se cumplía. Por supuesto yo también tenía curiosidad, pero sabía que tenías razón, que se podría hacer, que se podía viajar en el tiempo, y no me iba a perder tu cara cuando aquello sucediera.

Su mirada parecía luminosa mientras pronunciaba aquellas palabras. Ahora su rostro había cambiado y se había apagado de nuevo.

—Desgraciadamente las cosas no han funcionado como estaba previsto y ahora me veo en la obligación de ayudarte. Esperaba que este día no llegara jamás, pero supongo que me estuve engañando a mí misma todo el tiempo. Al fin y al cabo esa es la otra razón por la que permanecí en el proyecto, te apreciaba demasiado como para permitir que

algo te sucediera, por eso estoy arriesgando ahora mismo todo lo que tengo. Por ti.

Se hizo un breve silencio.

—No sabes lo que significó para mí separarme de ti de un día para otro, tener que rechazar tus llamadas y tus invitaciones, cambiar mi vida. Estuve a punto de venirme abajo varias veces. Mi casa ha estado vigilada desde hace más de dos años, y mi relación contigo estrictamente controlada. En ocasiones me pasaba de la raya e inmediatamente recibía órdenes de enmendar mi error. Y créeme, he pasado de la raya muchas veces. No sabes cómo me dolía tener que llamarte para cancelar una cita después de semanas sin verte. Simplemente no tenía elección. Se me rompía el corazón al oír tu voz decepcionada al otro lado del teléfono.

Mónica paró e intentó recobrar el aliento.

—Esta vez he pasado de la raya por última vez y no voy a volver atrás. Estoy metida en esto contigo hasta el final, aunque ellos no saben nada. No saben nada *todavía*. Cuanto más tiempo tarden en saberlo, más margen tendremos. Más útil te seré.

Pras no supo qué decir. Trató de despiezar la historia en pequeñas partes para poder asimilarla, y se quedó unos instantes en silencio y pensativo. Mónica le sujetaba el brazo fuertemente. Finalmente él preguntó:

—Pero ¿qué está sucediendo? He viajado en el tiempo... bueno, eso creo, las cosas están confusas en mi cabeza —dijo en voz baja mientras se frotaba la corta barba de varios días.

—No has viajado en el tiempo, Pras —contestó Mónica tajantemente sacudiendo la cabeza—. Ha sido todo un montaje.

Pras había temido oír esas palabras desde que vio el deportivo rojo volar bajo la lluvia en la curva de salida al

cinturón urbano la noche anterior, pero no pensó que nunca nadie las fuera a pronunciar para él. El mundo entero se le vino encima.

Creía que había llegado al final, a la meta, que ahora podría dedicar su vida a sí mismo, llevar una existencia normal... Pero no. Volvía al punto de partida, estaba a cero, tenía que volver a empezar. Mónica le pidió que le dejara continuar. El asintió y ella siguió hablando:

—Hace algo más de dos meses, como obviamente sabes, el proyecto se paró. Cada uno de nosotros se llevó a casa una copia del simulador y comenzó a trabajar por su cuenta, viéndonos sólo en las reuniones de cada semana. Cada viernes, como hoy.

Pras asintió. Recordó la reunión y se sintió extraño al saber que no estaría allí. Pensó en las consecuencias, pero Mónica continuó el relato sin dejarle ir más lejos:

—El doctor Drexler y yo estuvimos trabajando al igual que tú, sin embargo no conseguíamos ningún resultado. Llegó un momento en el que se hizo obvio para el comité del proyecto que si había alguien que pudiera sacar algo en claro de la simulación, ese alguien eras tú. Trabajamos muchísimo, pero tú ibas a marchas forzadas: simulabas día y noche cada una de las jornadas que pasaba. Eras una máquina incansable. En poco tiempo, prácticamente lo único que hacíamos era seguir tus evoluciones. Sin embargo, al cabo de unos meses, se hizo patente para el equipo que te estabas *quemando*. En cada reunión aparecías más apagado, y el entusiasmo que siempre te había caracterizado estaba desapareciendo en ti. Me hicieron tratar de animarte, ya que sabían que yo era la persona que podía tener más influencia sobre ti. Lo intenté, no sólo por la presión del comité, sino porque realmente sabía que acabarías teniendo éxito, que sólo necesitabas un poco

más de tiempo y la moral para soportar la espera. Recuerda mis llamadas de madrugada sólo para preguntarte cómo iban las cosas y para darte ánimo. ¡Pras, me daban un guión con lo que te tenía que decir cada vez! ¿Te lo puedes creer?

Era obvio que Mónica no esperaba una respuesta. Él permaneció en silencio mirándola. Al cabo de unos segundos ella se tranquilizó y siguió hablando:

—A pesar de todo, con el paso de los días ibas a menos, cada vez mostrabas menos interés y se hizo evidente que, en no mucho tiempo, tu ilusión por el proyecto acabaría desvaneciéndose como una vela a la que se le acaba la mecha. El comité tenía que actuar y rápido, la investigación no se podía parar allí bajo ningún concepto. Habría que darte algún tipo de revulsivo.

Pras le miró sin dar crédito a lo que estaba oyendo.

—¿Un revulsivo? —preguntó.

—Bueno, si querías resultados, se te darían resultados. Se entraría en tu casa y se manipularía tu simulador. En seguida tendrías resultados, no era tan complicado. Alan y Lewis ya tenían preparada una versión modificada del simulador que te iba a dar unas cifras que te iban a dejar con la boca abierta. Sólo había que entrar en tu casa y cambiar una versión por otra. La siguiente vez que corrieras el simulador ibas a alucinar —Mónica miraba el papel de la pared mientras hablaba y aquella última frase incluso pareció hacerle gracia.

—Pero, ¿entrar en mi casa?, ¿así, por las buenas? —Pras no creía lo que estaba oyendo. Ese tipo de cosas no eran legales, no se podía andar entrando en casa de la gente sin su consentimiento.

Mónica perdió los papeles de nuevo con su reacción.

—¡Pras, por el amor de Dios, estamos hablando del gobierno! Ni te imaginas los organismos federales que están en esto desde el principio. ¿Te crees que se andan con tonterías? Ya han entrado en tu casa infinidad de veces, han puesto micrófonos, han hecho fotos, y además tu salón es un puñetero acuario; son todo facilidades. Tendrías que ver lo bien que se te ve desde el edificio de enfrente. Estás sometido a vigilancia las veinticuatro horas del día. ¿Y crees que eres impredecible? ¡Joder, Pras, eres un puto reloj!

Nunca había oído a Mónica hablar así. Ella se había puesto en pie y caminaba gesticulando por la pequeña habitación. Su cara estaba roja de excitación.

—Sales de casa a comprar los lunes, miércoles y viernes, y siempre a la misma hora. Sólo duermes dos horas, pero ni te imaginas con qué exactitud, y cuando estás dormido no te despierta ni un terremoto. Por eso tu comportamiento errático de estos últimos días ha dado tantos quebraderos de cabeza. Además, tu coche tiene un localizador en el maletero. Son capaces de saber dónde está en cada momento con una desviación de medio metro. Precisamente en este momento se deben estar preguntando por qué tu coche sigue en el garaje cuando son casi las seis y debías estar camino de la reunión semanal. Ese detalle les debe de estar dando mucho que pensar en estos momentos. Por eso te pedí que vinieras en metro.

Pras bajó la cabeza. No podía creer lo que Mónica le estaba contando. Le habían estado espiando veinticuatro horas al día desde sólo Dios sabía cuando y había sido incapaz de darse cuenta. Ni la más mínima sospecha. Se lamentó de su torpeza.

Recomponiéndose, pregunto:

—Entonces, los datos que me dio la simulación, ¿eran falsos?

—No Pras —contestó ella—, jamás se llegó a cambiar tu simulador. Estaba previsto hacerlo el lunes que viene, cuando fueras a comprar, pero por casualidad diste con los datos correctos antes de tiempo. Eso precipitó los acontecimientos. Los resultados que obtuviste son perfectamente válidos. Se puede decir que, teóricamente, es factible viajar en el tiempo. Tenías razón, Pras. Felicidades —Mónica le miró esta vez con una amplia sonrisa de satisfacción, como una madre orgullosa de su hijo.

Él siguió enfrascado en sus pensamientos tratando de recomponer el puzle, que en su cabeza tenía más piezas de las que Mónica pensaba.

—Pero yo no he viajado en el tiempo, ¿verdad? —preguntó temiendo la respuesta.

—No Pras, lo siento; ha sido todo una farsa. El comité sabía que tu ilusión en el proyecto estaba disminuyendo, pero también era consciente de que en cualquier momento podías llegar con resultados. Seguías trabajando duro y para ellos estaba claro que no ibas a tardar demasiado en obtener una solución. Pero ese tiempo también podía ser excesivo y podía acabar desanimándote del todo, por eso se ideó el plan del simulador trucado, por si el proceso se alargaba hasta el punto de hacerte abandonar.

Pras seguía la explicación atentamente y le surgió una duda:

—¿Y si se hubiera llegado al próximo lunes y se hubiera cambiado mi versión del simulador y yo hubiera llegado con los resultados falsos? ¿Qué habría sucedido?

—Entonces se habrían estudiado los resultados y se habría probado que eran erróneos. Sin embargo tú estarías motivado durante al menos un par de meses más. Habrías tocado el cielo por un momento y habrías recuperado la confianza. El hecho de que los resultados fueran falsos, y por tanto incorrectos, no iba a hacer que te desmotivaras, al menos eso aseguraron los psicólogos que te siguen. Afortunadamente, no se llegó a dar el caso y ese plan no se ha tenido que emplear.

—Un momento, ¿has dicho *los psicólogos*?

—Sí, hay dos psicólogos que vienen siguiéndote desde que comenzó el proyecto. Eras la estrella del espectáculo, había que cuidarte, y sobre todo llevarte de la correa. De todas maneras yo no considero que fueran necesarios. Para mí resultas bastante predecible, incluso para el ojo inexperto.

—No sé si eso es un cumplido —dijo Pras a la pared mientras intentaba encajar la extraña idea de un equipo de psicólogos siguiendo su evolución durante los últimos años. Después de todo lo que había oído, tampoco resultaba tan descabellado. ¿Por qué no un disparate más? Desde luego había sitio en su credibilidad.

Mónica le pasó la mano por delante de los ojos y Pras volvió a prestarle atención.

—Como te digo, eres de esos a los que se les ve venir. Para el comité era obvio que en cualquier momento podías dar con las variables correctas para el proceso, y eso implicaba una serie de acciones a seguir. Parecía bastante previsible que, si dabas con una serie de valores adecuada que hiciera funcionar el proceso, te ibas a saltar todos los protocolos y no ibas a poder resistir la tentación de lanzarte a probarlo sobre ti mismo. Había una etapa de investigación con animales preparada, y tú lo sabías, pero todo el mundo estaba seguro

de que en cuanto tuvieras resultados factibles en la mano no dudarías en correr al laboratorio a cometer alguna locura. Yo, desde luego, hubiera apostado muy fuerte por ello.

Mónica se quitó el suéter. Sus mejillas estaban sonrojadas y estaba preciosa. Continuó:

—Al comité no le importas en absoluto. Sólo quieren resultados, pero no podían permitirse que arriesgaras tu vida por un arrebató de locura adolescente y pusieras en peligro la investigación. Si llegabas con resultados, había que mantenerte vivo, dejar que, bajo la excitación del descubrimiento, continuaras trabajando incansablemente refinando los datos de la simulación. No podían dejar que llegaras, te sentaras en el sillón del experimento y te quedaras frito por cualquier error. Te necesitaban trabajando, destilando los resultados. Es por eso que se inventó el montaje que has estado viviendo estos últimos días. El comité ideó un plan de emergencia en el que se detallaban las medidas a tomar en el caso de que obtuvieras resultados y los quisieras probar en tu persona, lo cual, como ya te digo, era bastante previsible que hicieras. Se te dejaría llegar al laboratorio y allí entrar en el ciclo de sueño normal del comienzo del proceso. Luego se intervendría. Se te inyectaba una droga que te confundía, que te aturdía. Llevan años trabajando con ella, *hexazal* la llaman, no sé cuál es su nombre químico porque desconozco su composición. Produce un ligero dolor de cabeza y una cierta confusión. Su secreto está en que apenas provoca síntomas sensibles. Simplemente a uno se le van las ganas de pensar demasiado y al cabo de unas horas duerme profundamente, como un bebé. Seguramente te habrá costado realizar actividades intelectuales estos días. Pues bien, ya sabes por qué.

Mónica prosiguió con la historia:

—Al margen del laboratorio, había otro factor bastante previsible: probablemente querrías verte a ti mismo unas horas antes. Debo admitir que incluso yo hubiera sentido la misma curiosidad. Había, pues, que inventar un plan de manera que te pudieras ver a ti mismo y convencerte de que habías viajado hacia atrás unas horas. Fue muy delicado. Hubo que conseguir tres coches como el tuyo, uno para trabajar y dos de repuesto para cubrir complicaciones. Lo más fácil fue hacer las placas de matrícula. Conseguir tres deportivos rojos tan antiguos como el tuyo fue ya más complicado, y no te puedes creer lo difícil que fue encontrar la pegatina que llevas en la parte posterior. Supongo que los detalles siempre son la parte más delicada. De todas maneras no tardaron demasiado tiempo en reunirlo todo. Hace más de dos semanas que en el garaje de tu casa hay tres coches idénticos al tuyo, cubiertos por una lona.

—Lo sé, los vi ayer... o esta mañana, no sé —dijo Pras molesto por su confusión.

—Se cubrió con una lona también algún coche cercano al tuyo, y también algún otro de los que había desde tu plaza hasta la salida del garaje. No era previsible que tuvieras curiosidad por los coches tapados, eres un despiste total, pero podía suceder. Por si acaso, las réplicas de tu coche se pusieron en el otro extremo del aparcamiento. Era bastante difícil que los vieras por casualidad. Por otro lado, dos pilotos profesionales llevan dos semanas haciendo el camino que realizas desde tu casa para ir al laboratorio. Han estado viendo cintas tuyas conduciendo tu coche todos los días desde hace dos semanas y entrenando el recorrido por turnos cinco veces cada noche.

Mónica hizo una pausa y le miró por primera vez en varios minutos.

—¿Sabes qué conduces muy rápido? No es nada fácil imitarte. Un día te vas a matar con ese maldito coche —le reprochó—. La verdad es que llegaron a hacerlo muy bien, incluso el numerito ese que haces en la curva de salida al cinturón urbano. Eso fue lo que más les costó. Luego se les cortó el pelo como a ti y se les dio una copia de tu ropero. Tenían que estar cada noche pendientes por si el simulador te daba lo que querías, aunque tenían un par de horas para prepararse en caso de que tuvieran que actuar; el resto teníamos menos tiempo. De todas maneras me imagino que les pagarían bien, eran una pieza clave del plan.

Mónica parecía ahora incluso divertida con el relato.

—Y luego estaba el tema de los relojes. Antes de que volvieras del laboratorio había que cambiar todos los relojes de tu barrio, empezando por el de la rotonda y todos los que pudieras ver de vuelta del edificio de investigación. Probablemente no te darías cuenta de ello, pero tenían que atar todos los cabos. Te juro que no sé como lo hacían, pero no quedó ni un reloj a la vista en todo tu recorrido que no marcara la hora que ellos querían. Incluso pusieron algunos nuevos y grandes para asegurarse de que los veías. En cualquier caso, bajo la influencia de esa droga, no creo que tuvieras muchas ganas de andar atando cabos. La idea era que tenías que creer realmente que habías viajado atrás en el tiempo, tenías que volver a casa y seguir produciendo, refinar los primeros resultados. Luego sólo tendrían que esperar a que te presentaras triunfalmente en la reunión del viernes con tu cartucho en el bolsillo. Directo en la boca del lobo y con un gran lazo de regalo.

Pras estaba escandalizado. Mónica no paraba de hablar y cada nueva revelación que oía le parecía más abrumadora

que la anterior. Estaba en una montaña rusa que sólo iba hacia abajo. Y a toda velocidad.

—El miércoles por la noche, al poco de haberte llamado para procurar darte ánimos y tratar de mantenerte motivado, los dos agentes del grupo que me supervisa se largaron. Me acosté y, creo que sobre las tres y media de la mañana, me llamó por teléfono el doctor Drexler. Estaba fuera de sí y apenas entendía lo que me decía. Según lo que pude comprender, Bill le acababa de telefonear desde el laboratorio: te acababas de presentar allí y nadie había avisado de que habías salido de casa. Por lo visto la persona encargada de vigilarte se había quedado dormida. Seguro que no era la primera vez, vigilarte debe de ser un auténtico aburrimiento —sonrió Mónica divertida, ensimismada en la historia—. El pobre Bill, que como sabrás, no tiene mujer, casi la caga. Afortunadamente no caíste en ese momento. Si no fuera por la poca atención que le prestas a las cosas esto se hubiera ido al garete desde el primer momento, pero probablemente haya sido mejor así. Apenas tuve cinco minutos para vestirme y salir disparada hacia el laboratorio. Cuando llegué, el doctor Drexler y otros miembros del comité estaban ya allí abajo contigo. Habían detenido el proceso y estaban discutiendo los detalles sobre el procedimiento a seguir. Se reprogramó la máquina para que te inyectará la droga y te despertara con un shock hacia el final de tu ciclo de sueño. Imagino que el despertar sería bastante molesto.

—Sí, no fue demasiado agradable —contestó Pras absorto en la resolución de su puzzle particular.

—Se determinó que lo mejor sería que te vieras a ti mismo saliendo de tu casa, eso te convencería completamente de que habías viajado en el tiempo. Era bastante probable que optaras por salir detrás de aquel coche rojo tan parecido al

tuyo, aunque se esperaba que con verlo de lejos y ver la hora en el reloj de la rotonda sería suficiente para convencerte del éxito del experimento. En cualquier caso, si optabas por seguir al coche rojo, no llegarías muy lejos con la dosis de droga que te habían inyectado. Así fue cuando, agotado, decidiste que habías viajado atrás en el tiempo y dejaste escapar el deportivo que te precedía para encaminarte a casa. Caíste dormido al cabo de apenas doscientos metros. Afortunadamente ibas despacio y tu coche se paró solo. Temía que pudieras tener un accidente. Hubo entonces que llevarte a casa, aparcar el coche en tu plaza de aparcamiento y subirte a la cama. Al día siguiente me hicieron llamarte temprano por teléfono para asegurarse de que te levantabas y te ponías a trabajar. Después de todo sólo tenían día y medio para que depuraras los resultados antes de la reunión del viernes; tenías que rendir al máximo.

Pras iba encajando cada una de las piezas que Mónica le iba entregando, y cada vez estaba más aterrado de ver la manipulación a la que había sido sometido. Aquello debía de ser algo grande, nadie se tomaba tantas molestias por nada.

Mónica siguió hablando:

—Se te controló especialmente durante todo el jueves: nada podía salir mal. Todos comprobaron con satisfacción que trabajabas afanosamente mejorando los resultados del día anterior. Sabían que ibas a volver al laboratorio también aquella noche y todos te estaban esperando allí cuando llegaste. En cuanto caíste dormido, el doctor Drexler, yo y los miembros del comité encargados de la supervisión entramos en el laboratorio. Pudieron comprobar con satisfacción que esa noche llevabas reloj, de manera que aquello iba a ser más convincente todavía que la noche anterior. Iba a ser perfecto. Se te inyectó esta vez una menor cantidad de droga, ya que

sólo ibas a tener hasta la reunión del día siguiente para trabajar y se te quería tener fresco a la mañana siguiente. Todo fue bien: te despertaste, miraste tu reloj y alucinaste, ¿eh? Seguro —dijo con convicción.

Mónica le miró y sonrió. Luego volvió a mirar a la pared, su sonrisa se desdibujó y continuó con la historia.

—Esta vez sí que estabas convencido del todo. Tenías que ver lo contentos que estaban todos cuando saliste de allí. Todo iba sobre ruedas. Luego vino lo peor.

—El accidente del otro coche —le interrumpió Pras.

—Así es —asintió Mónica—. Los conductores especialistas habían hecho el recorrido por lo menos cien veces cada uno en los últimos días. Era imposible que algo fuera mal, pero... ¿Sabes que es la primera vez que llueve en un mes?

Pras se quedó pensativo. Hacía bastante que no llovía, aquel estaba siendo un invierno bastante seco, aunque tampoco solía llover mucho por allí. Nunca se había parado a pensarlo. Mónica prosiguió con gesto serio:

—Pobre hombre, menuda muerte más horrible. Debí de ser terrible para ti presenciar todo aquello.

—No fue muy agradable, pero estaba demasiado confuso para darme cuenta del alcance de las cosas. No sabía lo que estaba pasando, el accidente en sí fue casi lo de menos. Para mí fue simplemente un sueño extraño, todo estaba patas arriba en mi cabeza en aquellos momentos... Por cierto, ¿cómo llegó la nota a mi bolsillo? —preguntó Pras en un intento de terminar de encajar el resto de la historia.

—La llevaba encima cuando acudí con el resto al laboratorio ayer al mediodía. Más tarde, mientras todo el mundo revoloteaba a tu alrededor mirando luces y preparando jeringuillas, me las ingenié para deslizártela en el bolsillo de la camisa. No sabía si llegarías a leerla, sólo podía esperar

que lo hicieras. Afortunadamente, todo ha salido bien. Aquí estás.

Mónica le puso la mano en la cabeza y le sacudió el pelo mientras sonreía. Pras se levantó y empezó a dar vueltas por la habitación. Todavía había cosas que no tenía claras.

—¿Y cuál es mi papel ahora? —dijo se frotándose la corta barba.

—Ellos en este momento no tienen nada. No hicieron copia de tus datos porque pensaban que hoy ibas a ir a entregárselos en persona, y no iba a ser yo quien se encargara de sacarles de su error. Te dejaron trabajar hasta el último momento para que les entregaras los mejores resultados posibles. Mientras no tengan lo que quieren, te necesitan, y de momento aquí estás a salvo. Hay que ir a tu casa, borrar los datos de tu ordenador y destruir la otra copia. Y lo antes posible. Son ya las seis, pero deben de llevar ya un rato sospechando de la inmovilidad de tu coche. Puede que piensen que hoy vas a ir en otro vehículo, ya que después de lo que pasó anoche no debe de estar en muy buenas condiciones. Esto nos daría quizá una hora de margen antes de que empiecen a preocuparse de verdad y entren en tu casa a revolverlo todo.

—Por los datos del ordenador no te preocupes, ya no existen —dijo Pras—. Lo borré todo anoche cuando creía que había cumplido mi sueño.

Mónica le miró sorprendida. Parecía estar descubriendo un nuevo e imprevisible Pras.

—¿Y la otra copia? —dijo.

—La otra copia está en mi casa, pero está completamente a salvo. Jamás la encontrarán —pronunció aquellas palabras con tal confianza que Mónica no se atrevió a dudarlo.

—Espero que así sea —se limitó a decir—. Entonces, a efectos prácticos e inmediatos, sólo existe esta copia. Debemos acabar con ella ahora mismo.

Pras volvió la cabeza sorprendido:

—¿Qué dices? ¿Estás loca? Aquí está el trabajo de años —dijo mirando el cartucho sobre la mesilla—. Aquí está mi vida. Si destruyo esto no tendré jamás la posibilidad de llevar a cabo mi sueño. ¡Quiero viajar en el tiempo! ¡Quiero sentirlo en mi propia carne! —Pras parecía inflexible y alterado. Mónica se asustó.

—Pero Pras, sabes que es factible. Mira los resultados que tienes, son excelentes. Teóricamente se puede viajar en el tiempo —Mónica se había levantado y se acercó a él—. Te estás jugando la vida.

—¿A qué te refieres? ¿De qué estás hablando?

—Abre los ojos, por favor. En cuanto les des lo que tienes, ya no serás necesario.

—Pero este es mi proyecto, ¡me necesitan!

—Pras, te equivocas —le espetó Mónica—. No eres más que el primer eslabón de una cadena muy larga. Lo que tú llamas *tu proyecto* no es más que el principio de algo mucho más grande, ¡de algo terrible! —Mónica parecía estar fuera de sí de nuevo.

—¿De qué estás hablando?

—Estoy hablando de viajar al pasado, pero no unos minutos ni unas horas, sino años, lustros, decenas de años... A voluntad.

—Pero Mónica, sabes que eso que estás diciendo es imposible —Pras no daba crédito a lo que estaba oyendo. Aquello escapaba de toda lógica.

—Pras, siéntate.

Él obedeció tras un instante dubitativo y ella se sentó a su lado.

—El gobierno ha estado trabajando en varios proyectos en paralelo desde que empezó éste. Unos están acabados ya y otros muy avanzados, a punto de terminar, pero ninguno puede funcionar sin el tuyo. Sabes que una persona puede viajar en el tiempo tan lejos como su ciclo normal de sueño; sólo hay que saber cuándo despertar a esa persona y cómo. Lo has visto en el simulador y te digo que es factible, conozco muy bien el modelo. Pero ¿y si esa persona no fuera inducida a su ciclo normal de sueño, sino que se tratara de un cuerpo en suspensión vital? Quiero decir, se podría hibernar un cuerpo, prepararlo para dormir cincuenta años mediante métodos físico-químicos, y luego someterlo al shock reanimador. Esa persona podría viajar cincuenta años en el pasado.

Pras estaba desconcertado, no sabía que decir, pero sintió que tenía que decir algo.

—Pe... pero eso no es factible... No con la tecnología actual —acertó a balbucear.

—¡Pras, se puede, yo lo he visto! Llevan años perfeccionando las técnicas de hibernación físico-química. Yo misma he participado en varias de las investigaciones. ¿Por qué crees que soy parte del equipo de proyecto? Han conseguido mantener ratones de laboratorio en suspensión vital durante años y luego reanimarlos sin ningún problema. Nada indica que los resultados no sean extrapolables a los humanos, y combinar ambas tecnologías es perfectamente factible, ¡es sólo una cuestión de tiempo!

Pras se dejó caer sobre la cama. Aquello no podía estar sucediendo... Le habían estado utilizando todo este tiempo, había sido tan idiota. ¿Cómo podía hacer picado desde el

principio? Había sido el pelele perfecto, inmejorable. Se reincorporó con esfuerzo y tardó unos instantes en rehacerse.

—Bueno, ¿y qué más da? Los viajes en el tiempo han estado siempre en la imaginación de la humanidad desde que tuvo conciencia de sí misma. ¿Qué hay de malo en ello? A mí mismo me gustaría viajar en el tiempo...

Mónica saltó de la cama como un muelle gritando y sacudiendo los brazos.

—¡¡Por el amor de Dios, Pras!!, ¡¿pero en qué estás pensando?! A veces me pregunto cómo puedes ser tan inocente: ¡es un arma, un arma! ¿Por qué crees que el gobierno está invirtiendo tanto dinero, tiempo y esfuerzo en esto?

—¿Un arma? No entiendo a qué te refieres.

—Pras, piensa un poco, por el amor de Dios —Mónica reunió paciencia para proseguir el relato—. Imagínate que puedes viajar atrás en el tiempo hasta donde quieras. Sabrías qué día bombardearon Perl Harbor, en qué momento y lugar fue el desembarco de Normandía, cuándo se lanzó la bomba sobre Hiroshima y por qué; tendrías el poder de hacer y deshacer la historia a tu antojo. ¡Es un arma estratégica a nivel mundial!

Mónica bajó los brazos recuperando el aliento.

—Y eso, Pras, te guste o no, no puede seguir adelante —añadió—. Hay que acabar con esto de una vez por todas.

No parecía que Mónica estuviera dispuesta a discutir más allá de ese punto.

—Pero esto que dices no es tan sencillo. Quiero decir, no es seguro que se pueda intervenir en el pasado y alterar la actualidad, son todo conjeturas, no se sabe qué pasaría. Nadie lo sabe. Quizá el espacio discurre en ejes temporales que se bifurcan a cada instante, y en cada segundo se

forman infinitas realidades diferentes teniendo en cuenta las decisiones de cada uno de los individuos del universo... y... bueno, eso, ya sabes... —No se vio capaz de pensar demasiado. Decidió que no hacía falta que le explicara todo aquello una vez más.

—Quizá Pras, quizá tengas razón y no sea posible alterar el presente desde el pasado, pero si existe una posibilidad, por remota que sea, hay que acabar con ella. Nadie puede disponer de la historia a su antojo. ¿Quién sabe cuáles serían las consecuencias? Nunca la humanidad se ha enfrentado a algo tan poderoso. No está preparada para ello ni probablemente lo esté nunca.

Pras se dejó caer de espaldas sobre la cama. Una vez más no encontraba ninguna palabra adecuada. Ni siquiera un monosílabo. Lo que decía Mónica tenía sentido, pero su historia era tan descabellada: viajar muchos años atrás en el pasado, a voluntad. Menuda locura. Se llevó las manos a la cara y se tapó los ojos. Se frotó luego la frente intentando ordenar sus ideas.

Había dedicado la mayor parte de su vida a toda aquella locura, y no podría llevar una vida normal hasta que viera sus sueños realizados, quería viajar atrás en el tiempo, aunque sólo fueran unas horas. Pero de verdad, esta vez de verdad. ¿Cómo podía poner en peligro a la humanidad con algo tan inocente? Quizá no fuera necesario contar con el equipo del laboratorio, quizá ni siquiera con Mónica... podría construir él mismo una máquina... No, era imposible. Le llevaría años reunir todo el material que había en el laboratorio, eso sin hablar de la cantidad de dinero que necesitaría. Y esta vez no tendría una cartera con crédito ilimitado que pagara todas sus facturas.

Quizá pudiera utilizar el material del laboratorio, ¿pero cómo? Le estaban esperando, sabían que lo sabía, por lo menos lo intuían. Es posible que pudiera aún acudir a la reunión alegando cualquier excusa por su tardanza. Si lo hacía lo suficientemente bien, podría convencerles de que no estaba al corriente de nada, seguirles el juego unos días más e ingeniárselas de algún modo para repetir el experimento por su cuenta.

Tenía que hacerlo, tenía que saber qué se sentía, tenía que saber que era físicamente posible. No le bastaban unos números en un tocho de hojas impresas. Quería pruebas, sensaciones. Y si había una posibilidad de hacer todo aquello realidad, tenía que intentarlo.

Abrió los ojos y vio a Mónica con las manos recogidas en la espalda, la espalda contra la pared, mirándole con una mirada penetrante y a la vez inquisitiva. Parecía conocer lo que estaba pasando por su cabeza.

—No lo hagas, Pras —dijo—. Ni lo pienses.

Él se incorporó y se sentó al borde de la cama.

—Tengo que irme, Mónica —dijo con un hilo de voz.

Ella se arrodilló frente a él y sus caras quedaron enfrentadas.

—No lo hagas, Pras —volvió a decir—. Por favor.

Mónica cogió sus manos y las apretó fuertemente. Pras se quedó mirando sus ojos. Estuvo a punto de decir algo pero se echó atrás. Se deshizo del calor de sus manos y, mirando hacia otra parte, se levantó de la cama.

—Tengo que irme —repitió Pras respirando hondo.

Se levantó rápidamente y cogió su mochila. Su ropa estaba ya completamente seca. El frío en sus huesos era apenas un mal recuerdo y se sintió fuerte. Caminó firmemente hacia la

puerta intentando no mirar hacia atrás, procurando evitar una mirada que debilitara su determinación. Cuando giró el picaporte y comenzó a abrir la puerta, Mónica habló a sus espaldas:

—No sabes lo que estás haciendo. Te arrepentirás de esto —dijo.

Mientras bajaba lentamente las escaleras, Pras pensó en aquellas últimas palabras. Deberían haber sonado como una advertencia, como un aviso. Sin embargo, sonaron como una amenaza, y sin saber por qué un escalofrío le recorrió la espalda. Nunca había pensado que pudiera tener que enfrentarse a Mónica, y la sola idea le aterraba. Se detuvo en el último escalón y miró hacia atrás. Dudó por un momento. Se giró sobre sus talones y ascendió un escalón. Podía escuchar su corazón latiendo fuertemente. Respiró hondo, volvió a girarse y terminó de bajar las escaleras. Tampoco había nadie cuando cruzó el vestíbulo del viejo hostel.

Salió a la calle y miró a ambos lados. La oscuridad comenzaba a caer sobre la ciudad y las tiendas encendían las luces de sus escaparates. Hacía frío y se sentía solo otra vez. No se había dado cuenta, pero por primera vez en los últimos días, y quizá también en los últimos años, había tenido algo que había echado de menos. Y lo iba a tirar por la borda.

15

Una decisión arriesgada

CRUZÓ la calle apresuradamente y entró en el café. Había poca gente. Recordaba que existía un teléfono público en alguna parte del establecimiento. Cuando iba a preguntar por él lo vio finalmente en un rincón. Tratando de recuperar la respiración, comenzó a marcar el número del laboratorio. A estas horas la reunión llevaría ya un buen rato en marcha, así que tenía que justificar su ausencia de una manera creíble. Si tenía un poco de buena suerte, todo saldría bien. El teléfono comenzó a sonar al otro lado y Pras intentó calmarse. Carraspeó varias veces. Finalmente, una voz de hombre contestó al otro lado:

—¿Diga?

—¿Bill, eres tú? —preguntó Pras fingiendo desconcierto. Sabía perfectamente que sería el guarda quien levantaría el auricular al otro extremo.

—Sí, sí, señor Wood. La reunión comenzó hace un buen rato, estábamos preocupados por usted. Le paso con el doctor Drexler —contestó Bill atropelladamente.

El silencio al otro lado se hizo eterno. Pras pensó que el corazón le iba a reventar el pecho. Tenía que serenarse o las cosas podían complicarse. Debía sonar desconcertado y convincente. Se giró y vio a las personas que había en el café, hablando animadamente ajenas a los angustiosos momentos

que él estaba pasando. Quién pudiera ser una de aquellas vidas anónimas sin problemas.

Al cabo de unos momentos, una voz más grave sonó al otro lado del auricular. Pras levantó la cabeza sobresaltado.

—¿Señor Wood? ¿Dónde se ha metido? —el doctor Drexler parecía bastante contrariado, aunque conciliador a la vez— llevamos más de una hora esperándole. ¿Le ha sucedido algo?

—Eh... bueno, me he... me he despertado tarde. Anoche no dormí bien y... la verdad es que no me encuentro muy bien. Y para colmo mi coche ha decidido no arrancar. Ya sabe cómo son estos coches antiguos, están unas semanas sin moverse y...

Se vio gesticular la última frase en el cristal que tenía delante y, si había sonado tan convincente como lo había representado físicamente, la escena iba a ser un éxito. De repente se dio cuenta de que el silencio se había vuelto a hacer al otro lado de la línea. Se pegó bien el auricular al oído, pero no pudo oír nada. Quizá si aquel hubiera sido uno de aquellos teléfonos que tenían una tecla para regular el volumen, pero no era el caso. Probablemente se trató sólo de unos segundos, pero el mundo pareció ralentizarse a su alrededor mientras trataba de mantener la calma. La noche había caído fuera del local. Al fin la voz del doctor Drexler volvió a resonar en el auricular y de pronto el mundo pareció volver a coger ritmo de nuevo y recuperar la velocidad de crucero. El doctor parecía volver de una conversación cuyas últimas palabras Pras no pudo llegar a entender. Su voz se hizo más próxima:

—De acuerdo, de acuerdo. ¿Dónde está? ¿Va a venir?
—inquirió el doctor Drexler con inquietud.

—Sí, sí, ahora mismo salgo para allá. Me he acercado al taller. Conozco al dueño, ¿sabe?, quería preguntarle cuando podría echarle un vistazo al coche...

—Bien, bien... Pero vendrá, ¿no? —le interrumpió la voz al otro lado.

—Sí, sí, enseguida. El tiempo que tarde en encontrar un taxi.

—De acuerdo. Le esperaremos, no se preocupe —añadió el doctor Drexler antes de colgar.

El eco sordo del teléfono al colgar retumbó en su oído. Pras colgó lentamente el auricular y respiró profundamente. Le esperaban, pensó. Esas dos palabras podían significar tantas cosas.

Recogió la mochila del suelo y salió a la calle. Por un momento temió encontrarse de nuevo con Mónica. Aquello le habría hecho volverse atrás sin duda. La noche, el frío, la soledad y la conversación telefónica habían minado su determinación. Temió incluso levantar la vista y encontrar la mirada de Mónica en la ventana del tercer piso, así que decidió no levantar la cabeza. Miró a ambos lados buscando un taxi.

El camino hacia el laboratorio se le hizo muy largo. Una fina lluvia se escurría por la ventanilla por la que miraba las luces pasar sin llamar la atención. El taxista trató de darle conversación un par de veces durante el camino, pero Pras sólo contestó con monosílabos y el conductor terminó cejando en su empeño parlanchín. Podía notar su mente funcionando a toda velocidad, pero era incapaz de saber siquiera en qué estaba pensando. Solamente, con la frente apoyada contra el frío cristal, veía un mundo de luces de colores discurrir frente a sus ojos.

El taxi llegó a su destino una media hora más tarde. Pras pagó al conductor y cerró la puerta mirando el edificio en mitad de la oscuridad creciente. Había algunos coches en el aparcamiento, probablemente los que había normalmente los días de reunión. Nunca prestaba atención a ese tipo de detalles. El taxi arrancó finalmente y se quedó de pie en mitad del aparcamiento con la mochila colgando de la mano derecha. El pequeño edificio le parecía especialmente siniestro aquella noche, una ratonera con un enorme queso que morder dentro. Sólo esperaba poder sacar el hocico antes de que cayera el mecanismo sobre él. Los sonidos del bosque anexo llegaban amortiguados por la lluvia.

Mientras pensaba que aquella era su última oportunidad para dar la vuelta y escapar de aquella pesadilla, la cabeza de Bill asomó por un lateral de la puerta de entrada. No tardó en abrir y llamarle:

—¡Señor Wood, entre, no se quede ahí en la lluvia! —le gritó desde la puerta—. ¡Le están esperando!

Pras salió de su ensimismamiento y comenzó a caminar lentamente mirándose los pies. Sus zapatillas sobrevolaban el húmido asfalto del aparcamiento que brillaba levemente alumbrado por la luz del interior del edificio. Un par de docenas de pasos le llevaron al fin hasta la puerta. Bill le tendió un toalla:

—¿Está usted bien, señor Wood? No tiene buena cara. Ahí arriba están bastante preocupados...

—Sí, gracias, estoy bien... —dijo Pras mientras tomaba la toalla y se secaba el pelo y la cara—. He tenido problemas con el coche...

—¿Su viejo deportivo? Espero que no sea nada serio, me encanta ese coche ¡Me dolería incluso más que a usted! —Bill se rió estrepitosamente y su risa resonó en la cabeza de

Pras como un martillazo seco. La broma del guarda era de aquellas que esperaban la complicidad del público, así que intentó complacerle con una sonrisa. No sabía muy bien si lo había logrado.

Terminó de secarse el pelo y trató en vano de peinarse y adquirir una apariencia decente.

—Tranquilo, debe ser algo del arranque, nada serio. Ya se sabe, con tanta agua como ha caído estos días. Se habrá constipado —dijo Pras tratando de no sonar tan sarcástico como le hubiera gustado. Bill pareció divertido con la conversación e iba a añadir algún otro comentario inoportuno cuando el doctor Drexler apareció caminando sonoramente por el pasillo.

Un escalofrío recorrió el mojado cuerpo de Pras y no supo si sentía el frío, la humedad o simplemente el miedo. La persona del doctor Drexler siempre le había infundido respeto, aunque nunca se había sentido intimidado por él. Nunca hasta ahora. Muchas cosas estaban cambiando en muy poco tiempo.

En aquellos momentos, la figura que avanzaba hacia él era lo más aterrador que podía concebir sobre la faz de la tierra. Se quedó allí paralizado sin saber cómo actuar. El gesto del doctor Drexler era francamente amenazador y sin embargo su voz sonó agradable y amable cuando habló mientras terminaba de llegar a él:

—Señor Wood, por fin está usted aquí. Nos tenía preocupados. Menos mal que se decidió a llamar.

Le quitó la toalla de las manos y se la dio al guarda. Luego le puso una mano en el hombro y empezaron a caminar por el pasillo. Pras trató de acompañar sus pasos al veloz trote del doctor, mientras intentaba analizar la situación y mantener la mochila que se escurría sobre su hombro.

La sala de reuniones no tenía un tamaño espectacular; en realidad nada era especialmente llamativo en aquel edificio. Se encontraba en el primer piso y contenía una mesa redonda con media docena de sillas y una mesilla sobre la que reposaba un proyector. En una de las paredes había una superficie sobre la que proyectar diapositivas. La pared opuesta a la puerta no era tal, sino una enorme cristalera que producía una confortable sensación de amplitud. La noche había avanzado en el exterior y la luz del crepúsculo recortaba las sombras del bosque que se extendía a unos cien metros del edificio, poco más allá de la valla metálica que limitaba el recinto. La intensa luz del interior de la estancia convertía el enorme ventanal en un gigantesco espejo, y en él las figuras se reflejaban con más definición a medida que la luz exterior se iba desvaneciendo. En aquellas condiciones la sala parecía enorme, y más para Pras.

Cuando entraron por la puerta, Alan y Lewis se encontraban sentados con algunos papeles frente a ellos. Una jarra de agua y algunos vasos estaban repartidos sobre la mesa. Estaba también el señor Hembeltz y una sexta persona a la que nunca había visto. Todos parecían realmente esperarle.

El señor Hembeltz se levantó y corrió hacia él con los brazos abiertos.

—Mi querido Pras —dijo mientras le rodeaba con los brazos—. ¿Dónde te habías metido?

Lewis saludó tímidamente con la mano.

El doctor Drexler terminó tajantemente con el protocolo:

—Si les parece, caballeros, vamos a comenzar con la reunión. Ya llevamos bastante retraso y me gustaría terminar rápido en esta ocasión.

Todos asintieron entre murmullos y aquellos que aún estaban de pie tomaron asiento, Pras entre ellos. Se sentó,

como era habitual, frente al doctor Drexler. La extraña persona a la que no había visto nunca permaneció de pie dando vueltas cerca del proyector. Pras pudo ver cómo accionaba algunos botones de manera descuidada para luego continuar con su limitado recorrido.

—¿Dónde está Mónica? —preguntó Pras para ganar tiempo. No sabía si se encontraba preparado para el momento, y en cualquier caso aquella maniobra le permitiría desvincularse de ella a ojos del resto de miembros del experimento.

El doctor tomó la palabra:

—Me telefoneó esta mañana. No vendrá, no se encontraba bien. Un resfriado seguramente.

—Ah, vaya —contestó Pras de la manera más descuidada que pudo encontrar—. Espero que no sea nada —añadió.

—Bien, vayamos a lo nuestro —prosiguió Drexler terminando abruptamente la conversación sobre el estado de Mónica—. ¿Alguien tiene algo que contar? ¿Alguna novedad durante esta semana?

Alan fue el primero en contestar. Dijo que el periodo había transcurrido dentro de los aburridos cauces habituales. Lewis parecía no tener nada que añadir por su parte y sacudió la cabeza sin levantar la vista. Pras pudo ver que su colega le lanzaba una rápida mirada de reojo para volver a poner los ojos sobre los papeles encima de la mesa.

El doctor Drexler le estaba mirando fijamente en aquellos momentos. Pras tragó saliva.

—¿Y usted, señor Wood, alguna novedad? ¿Algo fuera de lo común? —preguntó con un tono de forzada indiferencia.

En aquellas condiciones, a Pras le costaba diferenciar la indiferencia forzada de la convencional. Procuró no sentirse intimidado.

—Nada fuera de lo habitual en las últimas semanas—contestó sin atreverse a mirar al doctor a los ojos. Éste se recostó sobre el sillón. Mientras se frotaba la espesa barba, dejó escapar un suspiro, y Pras pudo ver cómo miraba en varias direcciones recorriendo la habitación. Su mirada se posó un momento en sus colegas y luego continuó vagando como haciendo tiempo para pensar la siguiente frase. Un silencio incómodo se adueñó de la sala.

Drexler se incorporó hacia adelante y juntó sus manos sobre la mesa. La siguiente frase la pronunció lentamente mientras clavaba sus ojos en Pras:

—¿Está usted seguro, señor Wood, de que no ha sucedido nada fuera de lo común esta semana?

Sus palabras sonaron como debían de sonar las bayonetas de un pelotón de fusilamiento al ser llevadas al hombro.

Pras observó detenidamente la escena intentando reparar en todos los detalles: Lewis parecía haber dejado de respirar, el doctor le miraba fijamente con la ceja izquierda ligeramente levantada, el hombre misterioso había dejado de jugar con el proyector y ahora prestaba una especial atención a la conversación.

No supo qué decir, no pensaba que fueran a llegar tan directamente a semejante pregunta. De hecho ni siquiera esperaba semejante frase. Había planeado una pequeña conversación, algunos comentarios sobre la semana, incluso algún detalle que apoyara un supuesto desarrollo aburrido de los últimos días. Se sintió mareado y cuando habló sus palabras sonaron con poco convencimiento:

—No, no ha sucedido nada fuera de lo común esta semana.

Se dio cuenta de que no había conseguido más que repetir las mismas palabras que le había lanzado el doctor. Éste se

levantó contrariado, como quien se ve obligado a reconvenir a un niño pequeño por alguna fechoría, y se alejó de la mesa lentamente, paso a paso, apoyando primero los talones y basculando lentamente hacia las punteras de sus zapatos. El hombre del proyector retrocedió y se situó contra la pared observando la escena con las manos entrelazadas sobre el estómago.

—¿Sabe, doctor Wood? —interrumpió el silencio Drexler antes de girarse lentamente y mirarle amenazadoramente—. Yo sí creo que le han pasado cosas esta semana. Y muchas.

Pras notó que la piel se le ponía de gallina. Se dio cuenta en ese momento de que había estado albergando estúpidamente la posibilidad de que aquellas personas no estuvieran al tanto de todo. Se sintió súbitamente idiota. Había planeado la conversación sin apenas tener en cuenta tan *sutil* detalle: Todos sabían lo que había sucedido aquella semana. ¿Cómo podía haber sido tan idiota?, se preguntó. Le daba la impresión de que últimamente parecía pensar a cámara lenta y las conclusiones llegaban siempre tarde, los acontecimientos siempre se le adelantaban. Lo atribuyó a la droga que había estado recibiendo, pero no se sintió mejor porque seguía estando en el mismo lugar. El lugar reservado a un imbecil.

Pras trató de respirar bajo la atenta mirada del doctor. Durante sus últimos pensamientos había estado temiendo por primera vez por su vida, se había sentido condenado. Pero no era así; le necesitaban, el proyecto no podría seguir sin él. Necesitaban los datos que había obtenido en el simulador. Él era el único que había obtenido resultados. Sin él no había viaje en el tiempo.

—El cartucho, señor Wood —el doctor interrumpió sus pensamientos—. Deme el cartucho, por favor —dijo tendiendo la mano izquierda hacia él.

A Pras se le vino el mundo encima. ¡Qué idiota había sido de nuevo! Ellos sólo necesitaban el cartucho, ya se lo había advertido Mónica. Una vez tuvieran los datos, él ya no era en absoluto necesario. Seguramente no sería más que un estorbo. ¿Qué se hacía con los estorbos? «No se andan con tonterías, Pras», recordó de los labios de Mónica pronunciando aquella advertencia. Pras llegaba tarde una vez más a su reunión con la lucidez.

Se estremeció en el sillón de cuero que ahora parecía aprisionarle. Trató de pensar rápida e inteligentemente por una vez. Quizá pudiera llegar a un acuerdo con ellos. Podía prometer entregarles los datos a cambio de su libertad. Le pareció brillante. Una buena base para una estrategia, luego pensaría en los detalles.

Levantó la vista por fin de la mesa y contestó:

—Los datos están en mi casa. Está todo en el simulador. ¿Cómo iba a llevarlo encima? ¿Para qué?

Un nuevo silencio tomó la estancia. El doctor Drexler bajó la mano con gesto contrariado. Pras se sintió orgulloso de la lucidez de su planteamiento.

El doctor dio tres pasos hacia la mesa y se apoyó con ambas manos sobre la misma. Sobresaltando a todos, gritó:

—¿Por quién diablos me toma, maldito imbécil? ¡El cartucho en el bolsillo de su camisa!

Pras se quedó helado. Quiso tomar aire pero el aire no quiso entrar en sus pulmones. Estaba completamente aterrado.

Efectivamente llevaba el cartucho en el bolsillo izquierdo de aquella camisa. Se llevó la mano izquierda al pecho

torpemente para comprobarlo. Sí, allí estaba. Se maldijo: *Maldito idiota*, pensó concretamente para sí.

El doctor Drexler y él por fin parecían estar de acuerdo:

—¡Maldito idiota! —le gritó fuera de sí—. ¡Deme el cartucho y deje de hacernos perder el tiempo!

El hombre de la pared estaba más cerca de la mesa que antes, aunque Pras no se había dado cuenta de en qué momento exacto se había movido. Todos permanecían parados como en una foto, y todas las miradas estaban clavadas en él. No sabía cómo reaccionar. Se dio cuenta de que no le quedaban muchas opciones ya. Giró la cabeza y miró hacia la ventana. La escena se reflejaba en el cristal casi como si se tratara de un espejo y, ni siquiera en su palidez reflejada, la situación parecía menos grave. Un detalle le llamó la atención.

En el reflejo algo se había movido. Al principio no supo qué era lo que sucedía exactamente, pero la puerta se había abierto silenciosamente tras de sí. Lewis desvió su mirada hacia la entrada con disimulo mientras el resto seguían con sus ojos clavados en él. Pras suspiró sin quitar la vista del cristal. Pudo ver cómo dos figuras se deslizaban lentamente a través de la puerta de la estancia y se dirigían hacia él. Eran dos personas de gran tamaño, y se le acercaban por la espalda. Pras decidió que dejaría las estrategias para cuando estuviera en condiciones de pensar lúcidamente. Había tenido una idea sencilla y la iba a ejecutar sin pensarla dos veces. Colocó las manos disimuladamente sobre los reposabrazos y, cuando hubo aferrado el sillón, se levantó de un salto.

Las caras de interrogación se tornaron en sorpresa cuando Pras se alzó y dio sus primeros pasos a toda velocidad hacia la cristalera. Apenas transcurrieron un par de segundos

hasta que saltó contra la misma con un tremendo estruendo protegiéndose la cabeza con los brazos. El enorme cristal se rompió en un centenar de grandes trozos. Pras sabía que bajo el ventanal había un pequeño porche que resguardaba los cubos de basura que se acumulaban a ese lado del edificio, pero no recordaba muy bien qué longitud tenía ni a qué altura del ventanal quedaría. Lo averiguaría muy pronto.

Pataleando en el aire, sus pies no tardaron en chocar contra el techo del porche. Con los ojos cerrados era difícil saber adónde iba, así que todo lo que supo fue que tropezó y cayó golpeándose contra el duro cemento del voladizo junto con decenas de trozos de cristal. En una de las volteretas abrió los ojos y pudo ver por un instante el interior de la sala de reuniones y la cara de sorpresa de todos los que allí estaban. Alcanzó a ver, entre la lluvia de cristales, al doctor Drexler aún con ambas manos sobre la mesa y el gesto desencajado. De repente notó que el porche se acababa y volvió a caer al vacío. Se preguntó por cuánto tiempo.

Golpeó fuertemente el suelo. Afortunadamente, el césped y la tierra húmeda amortiguaron la caída, pero la postura en que cayó fue mala y escuchó un fuerte crujido a la altura del cuello. Quedó allí tendido unos instantes, inerte sobre la húmeda hierba en mitad de la oscuridad. No se atrevía a intentar moverse; temía haberse causado una lesión seria. Unos metros más arriba, aunque no lo pudo ver, un gran trozo de cristalera que había quedado pendido terminó por caer y estalló contra el techo del porche provocando un gran estruendo.

Notó que le dolía todo el cuerpo y se alegró; era una buena noticia. Si le dolían los brazos, si notaba los golpes en las piernas, quería decir que podría mover los miembros. No se lo pensó dos veces y se incorporó dolorosamente. De rodillas

sobre la hierba, miró el oscuro bosque a unos cincuenta metros tras la valla metálica que circundaba el edificio. Era su única oportunidad. Las voces arriba empezaban a subir de tono.

Comenzó a correr dolorido en dirección a la espesa arboleda sin volver la vista atrás. En unos segundos alcanzó la valla metálica y comenzó a trepar. En la parte superior de la cerca pudo ver tres hileras de alambre de espino. Afortunadamente había sido dispuesto para evitar entrar a los que se encontraban en el exterior, no para evitar que escapara alguien desde dentro, y las tres punzantes hileras se extendía inclinadas hacia afuera. Nunca había tenido que trepar una de aquellas vallas, y se sorprendió de lo fácil que era o al menos de lo rápido que podía hacerlo. Cuando llegó a la parte superior, trató de mantener el equilibrio y, sin pensárselo dos veces, saltó por encima del alambre de espino.

Al hacer fuerza sobre la valla para tomar impulso, ésta cedió ligeramente. Pras no saltó tan lejos entonces como había previsto y su pantalón se enganchó a la altura de la rodilla con el punzante alambre, lo que le hizo voltearse y caer de espaldas sobre la hierba del otro lado. Estuvo viendo girar las sombras que le rodeaban durante lo que le pareció mucho tiempo. El golpe sobre la tierra blanda fue seco y sobre la espalda. El sonido en su cabeza fue sordo y el golpe le dejó sin respiración y extenuado. Desde el suelo, con la cabeza inclinada en dirección al laboratorio, pudo ver cómo varias sombras descendían cautelosamente desde el porche y alguien apareció corriendo por una de las esquinas del edificio. La sala de reuniones brillaba de manera exagerada desde la oscuridad en la que se encontraba, pero no era capaz de reconocer a ninguna de las figuras que se recortaban contra la luz. Pras se volvió a levantar con trabajo y se

internó en el bosque todo lo rápido que pudo. Apenas había recorrido una veintena de metros cuando oyó que alguien sacudía la valla metálica. No llevaba mucha ventaja.

Simplemente corrió y corrió. No sabría decir cómo de rápido lo hizo, pero a él le pareció que corría como nadie lo había hecho jamás. No veía dónde pisaba y cayó varias veces. Tantas veces como cayó al suelo volvió a levantarse y siguió corriendo. No supo cuánto tiempo transcurrió hasta que se le hizo obvio que no podría correr más. Anduvo entonces unos minutos, pero no le pareció que fuera seguro moverse tan despacio.

Se sentó congestionado con la espalda contra un árbol bastante grueso, como la mayoría de los que poblaban el bosque. Trató de aguantar la respiración intentando percibir algún ruido producido por sus perseguidores, pero apenas era capaz de contener su agitado resuello más allá de un par de segundos. Le dolían las rodillas después de haber dado vueltas sobre el duro cemento del porche, y abandonó la postura en cuclillas para dejarse caer sobre la hierba. Mirando a su alrededor, el bosque parecía extenderse infinitamente en todas direcciones. Levantó la cabeza y contempló el árbol contra el que estaba recostado. Su tronco parecía también ascender hasta en infinito. Las ramas eran grandes y fuertes, pero las más bajas estaban casi a tres metros sobre la hierba. Si consiguiera alcanzar la primera podría subir tanto como quisiera, lejos del suelo y lejos de todo peligro.

Se levantó, retrocedió unos pasos y corrió para saltar abrazando el tronco. Estaba húmedo y la fuerza que tuvo que hacer para no escurrirse casi le supera. Se mantuvo unos instantes en aquella incómoda posición y cuando se iba a dejar caer para intentarlo de nuevo encontró un nudo en el

tronco a la altura de la cintura. Consiguió colocar un pie sobre él e, impulsándose, terminó por asir la rama más baja con una mano. Con esfuerzo, llevó la otra mano al mismo lugar. Se preguntó si sería capaz de izarse a pulso. No tenía más opciones.

Tratando de realizar la maniobra sin lanzar un alarido de dolor, consiguió auparse e hizo equilibrios sobre la rama hasta estar sentado sobre ella. A partir de ahí no le resultó difícil alcanzar otras ramas próximas y ascender a modo de escalera. Ascendió durante varios minutos, hasta que ya no vio el suelo. No sabría decir a qué altura estaba, pero podía ver por encima de las copas más bajas de los árboles del bosque. Miró a su alrededor tratando de situarse. A lo lejos vio una pequeña luz brillante en mitad de la oscuridad: podía ser la sala de reuniones. No pudo distinguir si había alguien en su interior o no. Se encontraba demasiado lejos.

La noche era fría. Ya no llovía pero soplaba una ligera brisa. Su ropa se había ido humedeciendo más y más en cada una de las sucesivas caídas sobre el suelo embarrado, y tenía la espalda empapada en sudor. El aire atravesaba las prendas húmedas sin ninguna dificultad y el frío se le clavaba en la carne. Una ráfaga de aire sacudió el poderoso árbol, y Pras se balanceó en su rama con un amplio movimiento. Pensó que el árbol nunca iniciaría el movimiento pendular que lo debía conducir al equilibrio anterior, pero al final lo hizo. Al poco, Pras empezó a tiritar.

Pasó allí mucho tiempo. Trató de hacer una estimación de la hora en función del tráfico que podía ver en una carretera no muy lejana. Pensó que podían ser las ocho, porque parecía haber terminado la hora punta, pero era prácticamente imposible saberlo. Se preguntó por su futuro inmediato, por el siguiente paso a dar: ¿adónde iría ahora?

Parecía que había conseguido despistar a sus perseguidores, pero no podía volver a su casa. La opción más lógica era volver a la vieja pensión con la esperanza de que Mónica todavía estuviera allí. Seguramente ella ya hubiera vuelto a su casa, después de todo no podría estar desaparecida mucho tiempo sin meterse en problemas, pero la idea de que estuviera todavía en la pensión era lo único a lo que Pras podía aferrarse en aquellos momentos. No podía ir a ningún otro sitio sin arriesgar la vida.

Se encontraba inmerso en aquellos pensamientos cuando se dio cuenta de que había una manera más sencilla de comprobar la hora que estimarla a través del tráfico: consultando su reloj de pulsera. Excusándose a sí mismo una vez más por su inaudita torpeza, acercó su muñeca izquierda a la cara para intentar ver la hora en la oscuridad. Se sorprendió al comprobar que el reloj ya no estaba allí, y su lugar lo ocupaban algunos arañazos. Probablemente lo hubiera perdido en la huida, al saltar sobre el porche o quizá en una de las caídas en el interior del bosque. La correa era bastante delicada y no era la primera vez que con un golpe se abría. Trató de quitarle importancia al suceso. Lo importante era que conservaba el cartuch...

Palpó el bolsillo y no notó el objeto en el bolsillo. Se agarró fuertemente a la rama y trató de encajar el vértigo y las náuseas que el hallazgo le estaban produciendo. El viento volvió a sacudir el enorme árbol y Pras se desplazó adelante y atrás con él. Su figura se recortaba sobre las copas de los árboles más bajos contra un cielo ahora algo menos oscuro.

¿Qué habría sucedido? Trató de recordar. Tenía el cartucho cuando saltó por la ventana, de eso estaba seguro porque lo había palpado unos momentos antes. Lo había perdido en la huida, junto con el reloj. Sobre el porche, junto al edificio,

cerca de la valla, escalando el árbol... Imposible saberlo con certeza. Probablemente al engancharse en el alambre de espino y dar una voltereta para caer sobre su espalda. Era la teoría más probable, pero el cartucho podía estar en literalmente cualquier sitio. Esperaba haberlo perdido en el interior del bosque. Si hubiera quedado cerca del porche o de la valla era posible que lo encontraran si se les ocurría buscar y, aunque no era muy probable, la idea le descorazonó. La única buena noticia es que tendrían que esperar a que se hiciera de día para buscarlo con garantías. De todas maneras, ellos seguramente pensarían que el cartucho seguía en su poder, así que su prioridad en ese momento no sería buscarlo sobre la hierba, sino en su bolsillo. Aquellos dispositivos eran muy resistentes y aunque lo encontraran en el plazo de varios meses no tendrían ningún problema en recuperar la información. Prefirió pensar que el cartucho había caído en algún lugar del espeso bosque, que nadie lo buscaría y que, en caso de buscarlo, jamás lo encontrarían. Aquel bosque era lo suficientemente grande para que se perdieran muchas cosas en él de manera indefinida. Se abrazó a aquel pensamiento intentando confortarse en mitad de la noche.

Pensó entonces en la copia de seguridad, el otro cartucho en el interior del viejo reloj. El siguiente paso de sus perseguidores, tras darle por momentáneamente perdido, sería ir a su casa. Seguramente en aquel mismo momento estarían ya revolviéndolo todo. Se imaginó a varias personas buscando un cartucho en su propia casa. Ellos no sabían que Pras hacía una copia de seguridad, pero conociéndole sería una opción muy a considerar. Se le ocurrió que probablemente sí que supieran que hacía una segunda copia. Le habrían visto introducir un segundo cartucho en el ordenador noche tras

noche y esconderlo en... ¡Conocían su escondite secreto! Por un momento perdió los estribos y quiso gritar.

Miró hacia la oscuridad bajo las ramas y se preguntó si sería prudente descender ya. Tenía que llegar a su casa antes que ellos, antes de que pudieran entrar y destrozar el viejo reloj colgado de la pared en busca del cartucho. Se detuvo a pensar con calma apartando a un lado toda la rabia que se estaba acumulando en su mente. El reloj estaba colgado en la pared más cercana a la puerta. El gran ventanal del comedor tenía cortinas, pero no las movía nunca. Hacía meses que el mecanismo se había atascado y el lado de las cortinas junto a la pared del reloj no podía abrirse completamente. Dependiendo del lugar desde el que le hubieran estado espionando en el edificio de enfrente era posible que el reloj quedara fuera del ángulo de visión. Lo pensó varias veces y llegó a la conclusión de que alguien justo enfrente de su ventana no podía ver el viejo reloj en la pared. Lo repitió en voz baja tratando de creerlo.

Pero no podía arriesgarse, tenía que recuperarlo antes que ellos. Aunque le costara el pellejo. Con cautela, comenzó a descender por las ramas del robusto árbol. Se dio cuenta de que era mucho más difícil descender que trepar, especialmente con los músculos entumecidos después de pasar horas sin moverse con el único amparo de la fría noche. De cualquier manera, al cabo de unos pocos minutos estuvo de nuevo sobre la hierba. Miró alrededor tratando de orientarse y comenzó a caminar en la dirección en que le parecía que se encontraba la carretera que había visto desde lo alto del árbol. No oía ningún sonido sospechoso y caminó con paso ligero sobre la hierba húmeda. No tardó mucho en alcanzar la carretera, pero le costó bastante más encontrar un taxista que le llevara a casa.

16

Desenlace

EL taxi le dejó a un par de manzanas de su casa. Le pareció lo más prudente, si es que aquel adjetivo se podía emplear en aquellas condiciones. No sabía qué era lo que iba a encontrar una vez llegara. Ahora que estaba más cerca, volver a casa no le parecía tan juicioso como hacía una hora en lo alto de un enorme árbol lejos de todo peligro. Caminó en dirección a su edificio manteniéndose alerta ante cualquier posible suceso fuera de lo normal, si es que ese concepto existía ya para él.

Su barrio era muy tranquilo. En todo el tiempo que llevaba allí no recordaba que hubiera sucedido nunca nada especial. A pesar de vivir en un edificio bastante grande, los hábitos de Pras le llevaban a encontrar poca gente al cabo del día. Algunas personas corrían por el parque y un perro que no era el de siempre paseaba de seto en seto. Había quedado una noche tranquila después de la tormenta.

Su vivienda tenía una puerta de emergencia en la parte posterior. Se suponía que era para emplear en caso de incendio y urgencias similares, pero él entraba por allí de vez en cuando para ahorrar tiempo. Unos escalones le llevaban al garaje. Le pareció que lo más juicioso sería tomar aquel camino. Si estaban vigilando su casa, la puerta principal era el primer lugar a controlar.

Descendió los peldaños con prudencia y accedió al parking. Debía recorrerlo completamente ya que el ascensor que ascendía hasta su piso se encontraba en el otro extremo. Caminó sigilosamente mirando entre los coches intentando no llamar la atención de nadie, si es que había alguien por allí. Oyó la puerta del garaje abrirse a lo lejos y pudo escuchar como un coche salía. O quizá entraba, era difícil de decir. Por si acaso, no dejó de caminar a paso ligero. Al poco tiempo llegó al ascensor. Un minuto después las puertas se abrían y Pras se introducía en su interior.

Mientras el ascensor subía se sintió extrañamente seguro por primera vez en mucho tiempo y tuvo unos instantes para pensar. Pensó en si volvería a ver a Mónica. Esperaba encontrarla más tarde en la vieja pensión, aunque le parecía poco probable que siguiera allí. Tampoco supo si él mismo saldría alguna vez del edificio. Podía estar metiéndose en la boca del lobo una vez más. Se encontraba cansado y no se sentía con ánimo de pensar más. Ahora sencillamente seguía impulsos, hacía lo que creía que debía hacer sin cuestionar pros y contras. Las acciones reflexionadas no le habían dado muy buenos resultados hasta el momento.

Se miró en el espejo del ascensor. Estaba muy desmejorado desde la última vez que se vio allí. Se dio cuenta de que había perdido las pequeñas gafas de cristales redondos. Se extrañó de no haberse apercebido hasta aquel momento. Al margen de aquello, tenía el pelo alborotado y varios arañazos repartidos por la cara. Vio que tenía algo de sangre seca encima de la ceja derecha, pero la herida no parecía tener mayor importancia. Su ropa estaba sucia y, en conjunto, tenía un aspecto penoso. Supuso que era el aspecto adecuado para su ahora penosa existencia.

El ascensor redujo la velocidad y tras unos segundos tensos abrió sus puertas. Pasaron unos instantes hasta que Pras se atrevió a asomar la cabeza cautelosamente. La puerta de su casa no parecía haber sido forzada, no se veía a nadie caminando por el pasillo y tampoco se oían ruidos. Avanzó con cuidado y sacó la llave. Antes de introducirla en la cerradura se le ocurrió pegar el oído a la puerta.

No fue capaz de oír nada, pero se dio cuenta de que hubiera preferido oír cualquier cosa que le hubiera permitido salir corriendo de allí. Se agachó a la altura del suelo y miró por la estrecha hendidura bajo la puerta. Lógicamente no podía ver nada, pero comprobó que la luz estaba apagada. Conteniendo la respiración, introdujo la llave y la hizo girar lentamente. El pestillo se deslizó con un chasquido por cada vuelta.

La casa entera estaba a oscuras. Acercó la mano al interruptor y lo accionó. Lo que vio le dejó con los ojos abiertos, no siendo menos sorprendente por más esperado: ninguno de los muebles estaba en su sitio. Pras tenía pocas cosas en aquel pequeño apartamento, pero habían sido revueltas a conciencia. En su habitación todos los cajones habían sido abiertos, y toda su ropa estaba desperdigada por el suelo. El colchón estaba rajado contra la pared y la almohada había sido destripada. Sin entrar a valorar si debía darse prisa en salir de allí o no, hizo lo que le dictaba su mente: tomó varias prendas del suelo y se cambió de ropa. Sintió que su ánimo se renovaba al encontrarse de nuevo enfundado en ropa seca y limpia.

En el comedor yacía el sofá boca abajo, con varios cortes en la tapicería. El ordenador había desaparecido. Todos los cuadros estaban rotos y tirados por el suelo. Todo lo que

podía romperse estaba roto. Todo menos el viejo reloj en la pared.

Pras se encontraba frente al enorme ventanal del comedor. Podía verse casi perfectamente reflejado en el cristal, así que si alguien le estaba observando desde el exterior, podría verle con todo lujo de detalles. Miró el reloj en la pared de reojo y volvió a mirar el edificio de enfrente. Se veían algunas ventanas iluminadas. Veía personas que hacían cosas aquí y allá, pero no sabría decir qué cosas exactamente. Los edificios no estaban tan cerca después de todo. Sin dejar de mirar por el enorme cristal, dio unos pasos lateralmente acercándose al reloj en la pared hasta que al final llegó junto a él. Se detuvo allí sin dejar de mirar por el ventanal.

Desde aquel lugar, la cortina tapaba la visión de prácticamente todo el edificio opuesto. Sólo un par de hileras de ventanas, las del extremo derecho, podían verle desde allí. Junto al reloj había un interruptor para la luz del comedor. Lo accionó y en la habitación sólo quedó la poca luz que entraba desde el exterior.

Esperó un minuto a que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad. Podía ver algunos objetos arrojando sombras y se preguntó cómo de oscura parecería aquella estancia desde el exterior. En la penumbra, y sabiendo que las cortinas le resguardaban de la mayoría de las miradas provenientes desde el edificio contiguo, Pras se armó de valor y accionó el mecanismo que abría el pequeño cajón oculto en el viejo reloj. Pudo comprobar con alivio que el cartucho seguía allí. En algún lugar de la casa tenía una de aquellas fundas de plástico duro que convertían ese tipo de cartuchos en prácticamente indestructibles. Recordaba haber comprado un par de ellas la semana pasada, y recordaba haberlas puesto en un cajón de la cocina. Sin embargo, seguramente

en su habitación quedaría todavía alguna, y si era así evitaría tener que atravesar la estancia. No quería pasear por la casa, ni siquiera a oscuras. Su visita estaba pasando inadvertida y quería que así siguiera siendo.

En su habitación el desorden era enorme. Miró el interior de todos los cajones, los que estaban por el suelo y los que pendían abiertos. Miró los bolsillos de una chaqueta que se había puesto hacía un par de semanas. En algún lugar debía haber fundas de plástico para los cartuchos, pero era imposible encontrarlas en aquel terremoto, y más sin encender la luz. Decidió ir a la cocina y tomar las que había comprado la semana anterior. Al menos esas podría encontrarlas incluso a tientas.

Se asomó al comedor y, sigilosamente, comenzó a atravesar la estancia con grandes pasos. En uno de ellos su pie izquierdo tropezó con un extremo levantado de la alfombra y cayó al suelo. En ese mismo momento un estrépito de cristales rotos sacudió la habitación. Pras dio con sus huesos sobre el suelo desconcertado y asustado por el tremendo estruendo. Parecía como si el enorme ventanal hubiera estallado en mil pedazos. Un aire frío empezó a correr por la habitación, y Pras temió que sus suposiciones fueran ciertas.

Parapetado detrás del sofá, que se encontraba boca arriba sobre el suelo, giró la cabeza y vio un pequeño agujero en la pared. Parecía como si un pequeño objeto se hubiera incrustado en ella. La pintura se había desconchado alrededor del pequeño orificio y había saltado en algunos lugares. Aquello había sido... era... era... ¡una bala!

Pras pataleó en el suelo hasta pegar la espalda contra el sofá. Reconocía que en su cabeza había estado antes la posibilidad de que le dispararan, ¡pero experimentarlo era muy diferente! Estaba tan aterrorizado que sentía náuseas.

¡Le querían matar! Quizá le hubieran visto tomar el cartucho del viejo reloj después de todo. En ese caso, todo lo debían hacer era abatirle y recuperarlo tranquilamente del cadáver después. Realmente no se andaban con tonterías. Respirando aceleradamente, miró hacia la puerta de la cocina. Eran tan sólo unos metros. Se preguntó si valía la pena.

Se oyó un silbido y un golpe seco contra la pared. Un nuevo agujero se había abierto a poco más de un palmo del anterior, un poco más abajo. Giró levemente la cabeza y pudo ver un orificio en la tela del sofá a pocos centímetros de su cabeza. Respirando agitadamente, decidió que tenía que salir rápidamente de allí.

Contó hasta tres y echó a gatear sobre el suelo en dirección a la salida. Pudo oír dos silbidos más seguidos de dos golpes secos contra la pared tras de sí. Las rodillas le dolieron mucho al rebotar de nuevo por el suelo, tanto que casi no pudo incorporarse cuando llegó a la puerta del apartamento. La abrió y empezó a correr penosamente hacia el ascensor tan rápidamente como sus piernas se lo permitieron.

El panel del ascensor indicaba que éste acababa de dejar la planta baja y había comenzado a subir. Pras temió lo peor y se encaminó hacia la salida de incendios. Las escaleras eran una dura elección para sus doloridas rodillas, pero una vez más los acontecimientos habían elegido por él. Unos interminablemente dolorosos minutos después corría por el garaje del edificio. Esquivando un coche que buscaba su plaza de aparcamiento, Pras llegó a la salida de emergencia en la parte posterior del bloque de apartamentos. Abrió la puerta con cautela e inspeccionó la estrecha calle. Todo parecía en calma. No vio a nadie en el interior de ninguno de los coches que había allí aparcados. Echar un simple vistazo le pareció una medida algo pobre para asegurarse de que nadie

le acechaba, pero poco más podía hacer en aquellas circunstancias. Enfundado en sus viejos pero secos pantalones de pana oscura, comenzó a andar apresuradamente en dirección a la parada del metro vigilando las esquinas oscuras.

El reloj de la estación marcaba las 9:45 de la noche cuando se sentó en uno de los muchos bancos que estaban libres a aquellas horas. Miraba alrededor nerviosamente mientras esperaba un tren que le llevara a la vieja pensión. Se aseguró de que el cartucho seguía en el bolsillo. La cremallera de la prenda que portaba ahora haría más difícil que pudiera perder el pequeño objeto replicado por segunda y última vez. Se lamentó de no haber podido protegerlo con una de las fundas de plástico duro que había comprado, pero no estaba dispuesto a arriesgar su vida por ello.

Metió las manos en los bolsillos y se alegró de que su ropa estuviera seca porque la noche era bastante fría. De todas maneras, después de pasar varias horas al fresco en la copa de un árbol, el ambiente de la estación era como el regazo materno para él. Tanto era así que estuvo a punto de quedarse dormido un par de veces. Miró a ambos lados de la vía y miró también descuidadamente el reloj sin ver la hora. Volvió a cerrar los ojos.

El sonido del tren llegando a la estación le sacó de un ligero sueño. Se sintió feliz por no haber caído dormido profundamente, no quería meter la pata. Se incorporó y entró en uno de los vagones para acomodarse de nuevo en un asiento próximo a la ventanilla. Miró el mapa de la línea. La parada de la calle de la vieja pensión se encontraba casi al final del recorrido; aún tardaría unos veinte minutos.

Los amplios ventanales del vagón reflejaban claramente el interior. Unas pocas personas le acompañaban en el viaje. El traqueteo continuo del tren le mecía y no contribuía

precisamente a mantenerle despejado. En aquel momento hubiera necesitado un buen café, ya que se notaba realmente cansado. Dos paradas después estaba tan aburrido de mirar su reflejo contra el cristal que no pudo evitar caer dormido completamente.

—Disculpe. Perdone, caballero... —una voz le despertó del letargo. Pras abrió los ojos sin saber exactamente dónde se encontraba—. Hemos llegado al final de la línea.

Quién pronunciaba aquellas palabras era un hombre de avanzada edad, podía ser el maquinista a juzgar por el uniforme, quizá el revisor. Pras se incorporó confundido mirando alrededor.

—Gracias... gracias... —contestó. El hombre dio media vuelta y se alejó. Pras se volvió y encontró el vagón vacío. No sabía dónde se encontraba. El final de la línea, claro, pensó. Se giró para inspeccionar el mapa sobre la pared. Afortunadamente no estaba demasiado lejos, seguramente sólo un par de manzanas al... —trató de ubicarse durante unos segundos— norte de la vieja pensión.

Salió del tren. La estación estaba completamente vacía y sólo unos pocos focos aquí y allá arrojaban luz en la oscuridad. El hombre de antes pasó caminando bajo uno de los círculos de luz.

—Perdone —le gritó Pras—, ¿por dónde salgo de aquí? —El hombre señaló unas escaleras al final del andén. Pras levantó la mano como gesto de agradecimiento y se volvió para caminar hacia ellas.

La ciudad estaba en silencio. Un silencio denso y sospechoso para un viernes por la noche, pero no le extrañó siendo que se encontraba casi en las afueras. Debían de ser las diez y media. Se hubiera recriminado el haberse quedado dormido

como uno idiota, pero estaba demasiado cansado incluso para eso.

Pasó por delante de algunos restaurantes y parecían animados, pero las calles estaban desiertas. Estuvo caminando un buen rato sin saber si lo hacía en la dirección correcta. En un par de ocasiones retrocedió dubitativo, pero terminó siempre marchando en la misma dirección sin sacar las manos de los bolsillos. Al fin, en una de las bocacalles, pudo distinguir a lo lejos el luminoso del café. Una sensación de satisfacción le invadió y su ánimo se vio redoblado. Apretó el paso en dirección a la vieja pensión.

Estaba a poco más de unas decenas de metros cuando volvió a invadir su mente la idea de que Mónica podría no encontrarse ya allí. Desde que había bajado del árbol aquella noche ella siempre había estado aquí para él, esperándole. Había pensado varias veces en la posibilidad de que Mónica hubiera dejado la habitación, pero había apartado aquel pensamiento con tal celeridad y convicción que apenas había reparado en él. Ahora que se aproximaba el momento de la verdad se sintió desvalido como un perro sin hogar. ¿Qué haría si no encontraba a Mónica allí? ¿Adónde iría? No sólo aquella noche, sino al día siguiente. En su cabeza el día siguiente tendría la forma que Mónica quisiera darle. Él no sabía qué hacer, no sabía adónde ir, no *tenía* adónde ir... Ella siempre lo sabía todo, así que seguro que tenía alguna solución para aquel disparate. Si ella ya no estaba... Sintió vértigo tan sólo de valorar la posibilidad.

Se detuvo frente al café y levantó la vista mirando hacia la vieja pensión. Por lo menos el edificio seguía allí. Era una estupidez, pero le sorprendió sentirse aliviado. La luz de la ventana del tercer piso estaba encendida. Un leve soplo de luz

ahogado por las cortinas alcanzaba la calle. Pras sintió que sus esperanzas renacían. La luz del piso superior también estaba encendida, así que aquello no quería decir nada. Era posible que Mónica se hubiera marchado y que otro huésped hubiera tomado la habitación, especialmente de cara al fin de semana.

Se volvió para mirar el café. Las mesas estaban llenas de gente charlando animadamente, y desde el exterior se podía oír una curiosa música elevándose sobre el murmullo. Pras hubiera deseado ser una de aquellas personas anónimas, sin preocupaciones, ajenas a todo... Al menos ajenas a todo lo que le estaba ocurriendo a él. Envidió la suerte de todos aquellos seres humanos ignorantes de su suerte, pero no encontró consuelo en ello.

Levantó la vista otra vez hacia la ventana del tercer piso de la vieja pensión. Tras respirar profundamente, decidió que antes o después tendría que averiguar qué era lo que el destino le tenía reservado, así que cruzó la calle tras dejar pasar un coche que circulaba lentamente.

Empujó la enorme puerta de madera y ésta se abrió crujiendo sobre sus goznes. El interior estaba oscuro y en la rudimentaria mesa que hacía las veces de recepción reposaba una lamparita cuya luz apenas alcanzaba a iluminar más allá de la mesa. Unos metros más lejos, las escaleras que llevaban a los pisos superiores aparecían reflejando una tibia luz. Pras empezó a ascender los peldaños uno a uno.

Nunca hubiera pensado que un tercer piso pudiera estar tan lejos. Las rodillas le volvían a doler, seguramente debido al esfuerzo. Cuando trepó el último escalón supo que le quedaban pocos obstáculos físicos antes del desenlace de aquella historia. Apenas unos pasos y sólo una puerta le separaban de la desesperación más absoluta o del más

maravilloso de los reencuentros. Caminó procurando no hacer ruido sobre el suelo de madera y se situó frente a la puerta. Allí pasó unos instantes sin saber muy bien qué hacer. Sin apenas darse cuenta, tomó el picaporte y lo hizo girar.

La luz de la mesilla estaba encendida. Aún así la mayor parte de la estancia se encontraba en una acogedora pero a la vez inquietante penumbra. Al lado, una figura estaba sentada al borde de la cama con la cabeza entre las manos. Al notar la puerta abrirse, la persona giró la cabeza. Pras no podía ver su rostro contra la luz de la lámpara de la mesilla, pero supo en aquel mismo instante que, sin ningún género de duda, se trataba de Mónica.

Por unos segundos ninguno de los dos reaccionó. Permanecieron quietos mirándose el uno al otro, sin dar crédito a lo que estaban viendo. Por lo menos así se sentía Pras. Había intentado convencerse durante horas de que Mónica seguiría en aquella habitación, pero se daba cuenta de que apenas había albergado realmente esperanzas de que así fuera. Ahora, el mejor de sus sueños le embestía como un tren sin frenos y se sintió desfallecer.

—¡Pras! —gritó ella poniéndose en pie y corriendo hacia él—. ¡Dios mío, estás aquí! No lo puedo creer —lo abrazó fuertemente. Él alargó los brazos como pudo y los puso a su alrededor sujetándose con fuerza a Mónica, el único punto que parecía permanecer fijo en aquel universo patas arriba.

Tras unos segundos abrazados, ella reaccionó y se acercó a cerrar la puerta de la habitación. Después le hizo sentarse sobre la cama. Se sentó a su lado mirándolo todavía con incredulidad. Sus ojos estaban abiertos como platos y una enorme sonrisa se dibujaba en su rostro. Él no reaccionó.

Se sentía como si hubiera estado cayendo al vacío durante horas para, finalmente, aterrizar suavemente sobre el suelo. A salvo. Ella lo volvió a abrazar. Pudo ver las lágrimas en sus ojos.

—Pras —dijo—, no lo puedo creer... —tampoco Mónica parecía ser capaz de expresar todo lo que llevaba dentro. Quería hablar, quería abrazarle, quería decirle muchas cosas, quería... quería besarle. Y eso hizo. Tomó su cara con ambas manos y llevó sus labios sobre los de él.

Pras no se movió. Se sintió en el mejor lugar sobre la tierra en el momento más dulce. Creyó que se iba a desmayar, nunca le había sucedido nada igual. Sabiéndose a salvo de todo mal que pudiera acecharle, sus fuerzas decidieron abandonarlo. Se sintió extremadamente débil. Mónica se dio cuenta y le ayudó a tenderse en la cama. Se levantó y cerró la puerta con llave esta vez. Después se dirigió a la ventana y echó una mirada tras la cortina que duró unos segundos. Luego volvió para tumbarse a su lado. Pras hizo un esfuerzo para incorporarse, pero ella le puso la mano sobre el pecho y lo recostó de nuevo. Le besó en la frente dulcemente. Así permanecieron unos minutos sin que nadie tuviera el valor de acabar con aquella sensación de merecido pero extraño bienestar, sin atreverse ninguno de los dos a hablar sobre los peligros que les acechaban y que antes o después deberían afrontar.

—Pensé que no volvería a verte —dijo Mónica finalmente.

Pras volvió la cabeza trabajosamente para mirarle a los ojos:

—Lo mismo digo. Pensaba que habrías dejado la pensión, que habrías vuelto a casa... Cualquier cosa...

Mónica pareció apesadumbrada. Al cabo de unos segundos dijo:

—Casa... —sacudió la cabeza—. Yo ya no tengo casa, Pras. Transcurrieron unos segundos más hasta que volvió a hablar.

—Desde que decidí venir aquí supe que no habría vuelta atrás. Me vigilan 24 horas al día; si desaparecía era para no volver. Eso lo supe desde el principio. Cuando ayer por la mañana decidí venir aquí sabía que no tendría una casa nunca más.

Una nueva pausa inundó la habitación.

—Antes, cuando te necesitaban, yo todavía les era útil. Ahora ya no soy más que un estorbo. Tienen todo cuanto precisan de ti, así que ya no les sirves para nada. Si tú no sirves yo ya no soy necesaria. Y ya sabes lo que se hace con los trastos viejos. Me temo que nuestra suerte tiene el mismo signo.

Pras metió la mano en su bolsillo.

—Puede que no me necesiten a mí, pero seguro que les gustaría tener esto —dijo mientras sacaba trabajosamente el cartucho. Los ojos de Mónica se iluminaron por un momento.

—¡Lo tienes! —gritó en un alborozo y comenzó a reír. Lo tomó entre sus manos y lo examinó como quien encuentra una valiosa pieza de museo sobre la arena de la playa

—Lo tienes... —repitió en voz baja.

Unos segundos más tarde, su rostro se apagó.

—De todas maneras —dijo— esto no va a cambiar demasiado las cosas. Si acaso lo hará para peor. Esto sólo va a acelerar los acontecimientos. Si tuvieran los datos cazarte sería un objetivo secundario. Teniendo el cartucho en tu poder, su principal tarea va a ser echarte la mano encima. Créeme si te digo que no van a tardar mucho, y créeme también cuando te digo que desearás no estar allí cuando eso suceda.

A aquellas alturas Pras no tenía fuerzas para nada, ni siquiera para asustarse. Trató de estremecerse pero apenas pudo conseguir un sentimiento parecido al miedo.

—Tenías razón —dijo volviendo la cabeza—, ellos lo sabían todo. Desde el principio. Fui tan idiota yendo a la reunión. Debí hacerte caso.

Ella le puso un dedo sobre los labios y le hizo callar.

—No te preocupes. Eso ya no importa. Procura dormir. Quizá todavía haya una oportunidad para todos.

Aquellas palabras reconfortaron a Pras. Siempre se sentía seguro cuando Mónica tomaba las riendas de la situación, y ahora más que nunca. Si ella decía que existía una solución para aquello, entonces no había de qué preocuparse. Todo estaba bajo control, todo iba a salir bien. Ante la perspectiva de un futuro más prometedor, notó que un calor reparador le envolvía y cerró los ojos.

—Duerme —le dijo ella suavemente—. Vas a necesitar de todas tus fuerzas.

Le quitó los zapatos y lo cubrió con las sábanas. Añadió la manta por encima. Después, cavilante y con aspecto apesadumbrado, dio varias vueltas para terminar sentándose en un rincón con la espalda en la pared y mirando fijamente a Pras, quien parecía dormir ya profundamente. Mientras se mordía la uña del pulgar derecho, Mónica pensó en lo que haría mañana.

17

La mañana siguiente

UNA suave luz entraba por la ventana a través de las cortinas. La luz de un día soleado, pensó Pras mientras se acomodaba en las sábanas. Sin saber por qué, se preguntó qué le habría despertado. La luz del sol, un ruido cualquiera en la vieja pensión, quizá la suave voz de Mónica... ¡Mónica! Había olvidado dónde se encontraba: estaba en la vieja pensión y ella se encontraba con él. Se sintió lleno de fuerzas para empezar un nuevo día.

Sin abrir los ojos, alargó la mano y notó que alguien le tomaba por la muñeca. No era una mano amistosa. Sintió dolor.

Abrió entonces los ojos y vio a varias personas en la habitación. Una de aquellas sombras borrosas le pareció familiar: el doctor Drexler. Su barba era característica incluso para unos ojos recién abiertos. Volvió la cabeza intentando reconocer alguna de las otras caras, cuando la persona que le sujetaba por el antebrazo descargó un fuerte puñetazo sobre su frente sin el más mínimo aviso. Pras lo sintió como un martillo. Su agresor le soltó y Pras se incorporó en la cama con una mano sobre el lugar donde unos segundos antes había caído el potente puñetazo. Se sintió aturdido.

Mónica no estaba. No la pudo reconocer entre ninguna de las cinco o quizá seis personas que había en la estancia. Miró

la mesilla y sus cosas no estaban allí. Era como si nunca hubiera estado en aquella habitación.

—Maldito cabronazo —dijo Drexler dirigiéndose a él—. No sabes la cantidad de problemas que nos estás dando.

Pras se sintió asustado. Hubiera estado aterrorizado si se lo hubieran permitido, pero a pesar de que el golpe en la cabeza le había despejado del letargo del despertar, había tenido otros efectos secundarios. Se preguntó dónde estaría Mónica. ¿Por qué no estaba allí? ¿Le habría dejado plantado? Intentó pensar claramente pero solamente podía obtener preguntas confusas.

—Bueno —continuó el doctor—, no tenemos todo el día. Por segunda y última vez: el cartucho —dijo alargando la mano izquierda como había hecho ya la tarde anterior.

Pras miró con el rabillo del ojo sobre la mesilla. No sabía por qué lo temía, pero el cartucho no estaba allí. Hubiera deseado poder entregárselo al doctor Drexler con la esperanza de ahorrarse todo lo que le esperaba, pero pensó que lo que le esperaba le iba a suceder de un modo u otro, así que se alegró de poder fastidiar un poco más a sus perseguidores aún al peor de los precios.

—¡El cartucho! —interrumpió súbitamente la figura barbuda sus cavilaciones con un tono que le puso la piel de gallina.

—No... no sé dónde está —contestó Pras balbuceante.

—Me lo temía. No sé por qué pero tenía una corazonada —El profesor parecía esta vez divertido con la situación—. Está bien —añadió—, arreglaremos esto en casa.

Ahora se dirigió a las personas que lo acompañaban:

—Caballeros —dijo.

Los caballeros eran cuatro hombre corpulentos, y a pesar de lo limitado de las explicaciones de Drexler parecían saber

qué debían hacer. El más próximo le tomó de nuevo por el brazo como lo había hecho ya antes, pero Pras se zafó hábilmente y tras gatear hasta el extremo de la cama tan rápido como pudo, saltó tratando de alcanzar la puerta.

Un puño golpeó de forma tremenda su estómago en mitad del vuelo. Pras cayó al suelo como un vulgar saco de patatas, retorciéndose sobre la madera y sin poder respirar, emitiendo un sonoro silbido cada vez que intentaba llenar los pulmones. Convulsionándose en el suelo, miró hacia arriba y vio a las figuras inclinarse sobre él. Alguien que no estaba en su campo de visión le golpeó la cabeza con un fuerte puntapié. Luego recibió otro puñetazo en la mandíbula.

—Ponedle los zapatos. Tendrá que andar —le pareció oír decir al doctor Drexler. Pras notó que le hacían algo en las piernas, pero su estado de aturdimiento le impedía saber a ciencia cierta si le estaban poniendo los zapatos o serrando un pie. El doctor se arrodilló junto a él.

—Maldito cabrón —dijo, y descargó un fuerte puñetazo esta vez en su mejilla.

Los ojos de Pras dieron varias vueltas por la habitación y finalmente se detuvieron en la oscuridad más absoluta. Aún notó que le movían de alguna manera antes de perder completamente el sentido.

18

Una última oportunidad

PRIMERO tuvo consciencia del dolor que sentía, luego abrió los ojos. Pese a no ser la primera vez que estaba allí, Pras no supo hasta pasados unos momentos dónde se encontraba. Reconocía aquellas paredes de baldosas blancas, sí. Era una de las tres habitaciones del laboratorio en las que se guardaban algunos compuestos químicos empleados en el experimento. La estancia era pequeña, de unos 2 por 3 metros. El suelo y las paredes brillaban en azulejo blanco y la atmósfera era completamente aséptica. El adjetivo le hizo suponer que se encontraba tumbado sobre lo que debía de ser una camilla o algo así.

Inclinó la cabeza a un lado y vio algunas estanterías llenas de frascos que le resultaban familiares. En uno de los laterales había colgada una caja blanca con el símbolo de una cruz roja, seguramente un botiquín. Bajo los estantes de frascos y tarros de diversos colores y formas había una pequeña mesa alargada. Todo parecía estar cuidadosamente ordenado.

La luz que llegaba al interior entraba por un pequeño respiradero de aproximadamente medio metro de ancho y algo más de un palmo de alto. La luz no era demasiado intensa, y Pras no supo decir si era porque fuera estaba nublado, porque la ventana era muy pequeña o porque

se estaba haciendo de noche. O quizá amanecía. Se sintió incapaz de estimar el tiempo que llevaba allí tumbado.

Pocas partes del cuerpo había que no le dolieran de manera manifiesta. Se hubiera levantado a inspeccionar la habitación con más detenimiento, pero no se sintió con ánimo de mover un sólo músculo. Se preguntó hasta qué punto le dolerían los huesos al intentar moverlos. Prefirió no averiguarlo. Cerró los ojos y, con una mano en la frente, se sumergió en confusos pensamientos.

¿Qué habría sido de Mónica? ¿Por qué no estaba allí cuando se despertó? ¿Qué habría sido del cartucho? ¿Lo habría cogido Mónica? ¿Por qué? ¿Con qué propósito? El doctor Drexler parecía ir en serio cuando buscaba el cartucho, pero si algo había aprendido Pras en estos últimos días es que la explicación más probable o evidente se encontraba a años luz de ser la correcta. ¿Podía Mónica haberle traicionado? Eso era lo que señalaban todas las evidencias. Lo único que sabía era que ni ella ni el cartucho estaban allí cuando él abrió los ojos, sólo el doctor y sus matones.

Pensar que Mónica podía haberle traicionado le produjo un total desasosiego. La noche anterior, en sus brazos, todo parecía haber llegado a su fin, a un final feliz, al menos todo parecía de nuevo bajo control. Ahora, sin su calor, encerrado en aquella habitación y con el cuerpo molido a palos, todo parecía derrumbarse otra vez. No había nada que le empujara a hacer otra cosa que quedarse tumbado sobre aquella camilla, o lo que quiera que fuese, y esperar lo que el destino le tuviera deparado. Cerró los ojos y se dejó llevar por la desidia.

Cuando los volvió a abrir de nuevo se dio cuenta de que despertaba de un sueño. No supo lo que había estado soñando, pero se encontraba mejor. La luz que entraba por la ventana

había cambiado de tonalidad. En cualquier caso resultaba una vez más imposible saber cuánto tiempo había pasado. Esta vez sí trató de incorporarse y lo consiguió. No fue tan duro después de todo...

Notaba un cierto entumecimiento general y algún dolor punzante más localizado, pero pensaba que iba a ser peor. Le hubiera gustado tener un espejo cerca para comprobar hasta qué punto eran escandalosos los bultos que podía palpar en su cabeza. Bajó de la camilla con cuidado y se sorprendió de poder tenerse de pie. Hubiera pensado que se le quebrarían los tobillos en el momento en el que descargase su peso sobre ellos. Le llamó la atención llevar los zapatos puestos; le podrían ser útiles si conseguía salir de allí.

Recorrió la habitación con la mirada y no pudo encontrar nada nuevo aparte de lo que ya había podido ver en su primera exploración en horizontal. Se acercó a la puerta y pegó el oído al frío metal. Nada. Permaneció así unos minutos pero no consiguió percibir el más mínimo sonido exterior. Se preguntó si todavía conservaba el sentido del oído después de todos los golpes que había recibido.

Se acercó hasta una papelería de metal próxima a la mesa y descargó un puntapié sobre ella. Se alegró de oír el sonido de la chapa rodando sobre el suelo. No pudo dejar de sorprenderse de lo fríos que eran sus actos y de las cosas que le venían a la cabeza. En aquel momento sólo quería salir de allí, y lo deseaba con vehemencia. El día anterior todo tenía sentido, las cosas estaban claras dentro de la eterna confusión de los últimos acontecimientos y el destino parecía prometedor por primera vez en mucho tiempo, pero en aquel momento Pras no concedía demasiada importancia a su vida. No tenía nada que perder, y se sintió fuerte y confiado por primera vez desde que empezara su pesadilla. Se sentía como

un animal enjaulado y en aquel momento sólo quería salir de aquel lugar.

La puerta estaba obviamente cerrada, como no tardó en comprobar, y sabía de buena tinta que era muy robusta. No hubiera podido derribarla ni siquiera en su actual y renovado estado de espíritu. Se acercó entonces a examinar el respiradero.

El pequeño agujero quedaba a la altura de su cabeza, y tenía unos barrotes de sección rectangular de aspecto algo endeble pero lo suficientemente robustos como para impedirle salir de allí. Parecían estar fabricados en aluminio ligero o en algún tipo de aleación de peor calidad. Le dio rabia que un obstáculo tan endeble le separara del exterior. Seguramente, si hubiera podido subir las piernas hasta allí, habría podido romper los barrotes con la fuerza de sus piernas. Pero no era el caso. El pequeño ventanuco estaba casi pegado al techo y la habitación medía poco más de dos metros de altura.

Los barrotes convergían en una especie de marco que estaba atornillado a la pared. Los tornillos no eran muy grandes, del tamaño de una uña. Buscó en los diferentes estantes y cajones algún objeto lo bastante rígido como para ser susceptible de ser empleado como destornillador, pero la búsqueda fue en vano. Examinó de rodillas las patas de la camilla y las ruedas que las soportaban, pero no había ninguna pieza lo suficientemente robusta como para extraer los tornillos que sujetaban el marco con los barrotes. Volvió entonces a la ventana y, sin pensarlo dos veces, introdujo la uña del dedo gordo de la mano derecha en la cabeza de uno de los tornillos. La uña se amorató sin que el tornillo se moviera un milímetro. Afortunadamente, cuando Pras estuvo a punto de hacerse daño de verdad, una idea le acudió a la cabeza.

Se dio cuenta de que tenía un laboratorio bastante completo a su alcance. Con un poco de habilidad y suerte podría fabricar un ácido lo bastante potente como para quebrar los barrotes. Se apresuró a rebuscar entre los diversos frascos y no tardó en hacer una selección de tarros que contenían sustancias susceptibles de combinarse para formar un compuesto de carácter ácido. Tomó un par de matraces e hizo varias mezclas.

Algunas de las sustancias estaban demasiado diluidas y eran prácticamente inútiles para su propósito, así que tuvo que hacer varias pruebas hasta conseguir una combinación lo bastante fuerte. Acercó el matraz hasta la ventana y, con cuidado, derramó una pequeña cantidad sobre la base de los barrotes. Un leve siseo, un olor fuerte y un ligero humo le indicaron que las cosas iban bien.

Acercó la camilla hasta el pequeño respiradero e introdujo una de las pequeñas ruedas de la misma en uno de los matraces más amplios que previamente había vaciado, de manera que la camilla no rodara sobre el suelo al subirse sobre ella para forzar los barrotes. Se aupó de rodillas y miró el exterior.

Podría ser el mediodía a juzgar por la luz. El cielo estaba nublado pero no llovía. La base de la estrecha ventana quedaba a ras de suelo, y la hierba se extendía hasta una valla metálica a unos cincuenta metros. Detrás, el bosque que Pras tan bien conocía.

El porche sobre el que había saltado el día anterior quedaba un poco más a la izquierda de donde se encontraba en ese momento, y aún podía ver algunos cristales dispersos por la hierba. El tamaño del respiradero era pequeño y estaba situado a una altura elevada, pero si conseguía levantar un poco los barrotes podría arrastrarse al exterior desde la

camilla. Luego una pequeña carrera y estaría en el bosque de nuevo. Pensó que lo mejor sería apresurarse antes de que viniera alguien.

Tomó dos barrotes verticales con ambas manos y los zarandeó ligeramente. No tardaron en separarse de la base con un sonoro chasquido. La postura era bastante incómoda, así que le costó bastante doblar las barras lo suficiente como para hacerse un hueco lo bastante amplio como para salir. Cuando lo hubo conseguido, miró hacia atrás por última vez y se impulsó torpemente sobre la camilla. Arrastrándose con los codos sobre la hierba, consiguió sacar su cuerpo entre los barrotes. Estaba fuera.

Miró a izquierda y derecha y, sin pensárselo más, echó a correr en dirección al bosque. Se había golpeado la rodilla izquierda al sacar la pierna de entre los hierros y ahora le dolía tanto que cojeaba más que corría.

Se paró de golpe; le había parecido oír que le llamaban por su nombre. Se giró y vio la pared blanca del edificio. Volvió a mirar a izquierda y derecha pero no pudo ver a nadie. Iba a dar media vuelta para continuar corriendo cuando vio una sombra en el respiradero de la habitación contigua.

—¡Pras! —la figura le llamó por su nombre en un tono contenidamente alto—. ¡Pras! —gritó de nuevo.

Se acercó corriendo hasta el pequeño respiradero para descubrir a Mónica con las manos aferradas a los barrotes.

—Pras, sácame de aquí, ¡rápido! —le ordenó.

De rodillas sobre la hierba, Pras no supo qué hacer. ¿Qué hacía Mónica allí? ¿Estaba cautiva como él? ¿Cómo y cuándo había llegado hasta allí?

—¿Qué ha sucedido, Mónica? —acertó a decir—. ¿Dónde estabas esta mañana?

Ella soltó las manos de los barrotes y, dudando unos momentos, empezó a relatar su historia:

—Poco después de quedarte dormido, tomé el cartucho y salí de la vieja pensión. Fui a ponerlo en un lugar seguro, donde guardo otras cosas. Este lugar está en la otra punta de la ciudad, así que me costó casi una hora llegar allí. Luego estuve haciendo algunas cosas y más tarde volví. Cuando llegué a la pensión estaba casi amaneciendo. Había algunos coches aparcados en segunda fila en la puerta, y antes de que pudiera darme cuenta varios hombres saltaron sobre mí. No sé más. Cuando desperté estaba aquí.

—¿Cómo sabían que estábamos en la vieja pensión?

—No lo sé, Pras, ¿me escuchas? ¡No lo sé! Debieron de seguirte cuando volvías ayer. Yo tampoco esperaba encontrármelos allí. ¿Acaso te crees que me hizo gracia? ¿Acaso te crees que disfruto encerrada en esta habitación?

Mónica parecía desesperada y furiosa en aquellos momentos.

—¿Dónde está el cartucho? —preguntó Pras impasible.

—Está en un lugar seguro —respondió Mónica.

—¿Dónde? —volvió a preguntar él una vez más.

—¿Dónde? ¡¿Dónde?! —gritó ella perdiendo la paciencia otra vez. Respiró hondo, miró hacia la puerta y susurró—. En la Facultad de Física.

—¿En la facultad de Física? ¿Qué diablos hace allí? —Pras se dio cuenta de que estaba perdiendo los estribos él también.

—Por Dios, Pras, no es momento para tonterías. Te contaré el resto de la historia cuando estemos fuera de aquí. ¿Cómo has conseguido salir?

—¿Por qué debería creer tu relato? —preguntó Pras.

—¿Que por qué? —murmuró Mónica indignada—. ¿Por qué? —resopló tratando de controlar sus emociones—. Apártate de la luz y te diré por qué.

Pras se retiró a un lado dejando pasar la poca luz que traía el día y ella acercó el rostro al exterior de la ventana. Dos tremendos bultos amarillos desfiguraban su cara, uno sobre la ceja izquierda y otro en el pómulos derecho. También tenía sangre seca en la comisura de los labios. Pras se retiró unos centímetros al ver la imagen, y se sintió horrorizado y terriblemente furioso. Le entraron ganas de rodear el edificio y entrar por la puerta principal retorciendo el pescuezo a quien tratara de cerrarle el paso, y realmente se sentía capaz de ello. Ahogó un grito de dolor apretando los puños. Pensó que podía encontrar un uso constructivo a toda aquella furia.

—Apártate de la ventana —le dijo a Mónica—. Atrás. —Ella se retiró obediente.

Sentado sobre la hierba, comenzó a golpear con los talones la base de los barrotes con violencia. Uno de ellos no tardó en ceder, el segundo necesitó varios envites más. Una vez rotos los extremos, tomó las dos barras con las manos y apoyó los pies contra la pared. Consiguió levantar sin gran esfuerzo los barrotes hasta una altura suficiente.

—Sube a la camilla y dame las manos. —Ella obedeció y Pras la sacó de un fuerte tirón.

A la luz del día el aspecto de Mónica era todavía peor. Aun así su visión y su presencia volvieron a infundirle ánimos, y se sintió reconfortado ante la idea de compartir de nuevo su suerte con alguien. Mónica le abrazó con fuerza. Ya no parecía la criatura fuerte y segura que Pras conocía.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Pras.

—Como nunca —contestó ella contra todo pronóstico—. Corramos hacia el bosque —añadió antes de que Pras pudiera decir nada más.

Tomándole de la mano echó a correr hacia la valla. Unos metros antes de llegar a ella se soltó y saltó para trepar con gran destreza. Pras se sintió torpe al verse escalando de manera tan dificultosa. Mónica saltó por encima del alambre de espino como si lo hubiera hecho miles de veces antes. Él se conformó con no caer de espaldas esta vez. Tras echar un último vistazo al laboratorio, se internaron en el bosque corriendo entre los árboles a toda prisa.

Estuvieron corriendo hasta que se sintieron a salvo, lo cual no fue hasta muchos minutos después de haber saltado la valla. Mónica respiraba trabajosamente. De hecho Pras decidió aflojar la carrera porque vio que ella no podía más. Su cara estaba roja y congestionada y aquello, junto con los bultos que eran ahora su ceja izquierda y su pómulo derecho, era un espectáculo desolador. Aún así su rostro conservaba la belleza natural de sus facciones.

Ella paró y, apoyando las manos en las rodillas para recuperar el aliento, bajó la cabeza. Pras miró hacia atrás asegurándose de que no venía nadie. Cuando volvió a girarse, Mónica permanecía en la misma postura pero había levantado la vista y le miraba fijamente. Comenzó a sonreír como una colegiala consciente de haber hecho una trastada. Pras le devolvió la sonrisa y ambos empezaron a reír.

—Tendrías que verte la cara —le dijo Mónica. Pras prefirió callarse el comentario recíproco.

—Han sido tres días muy duros —contestó.

Pras se acercó a ella y se fundieron en un beso que duró mucho tiempo.

Caminaron tranquilamente sintiéndose seguros por un claro del bosque en dirección de la carretera. Iban cogidos de la mano y se encontraban realmente bien a pesar de su aspecto.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó Pras. Supuso que Mónica tenía un as en la manga. Y así era:

—Podríamos salir del país, irnos lejos. Muy lejos —dijo ella—. Conozco... gente que nos podría ayudar a salir. Sería peligroso porque tendríamos que estar un tiempo ocultos, pero todo iría bien. En dos semanas podríamos estar a diez mil kilómetros de aquí, lejos de esta pesadilla. Comenzar una nueva vida...

Pras pensó que aquello sonaba muy bien.

—¿Vendrías conmigo? —preguntó ella.

—Hasta el fin del mundo —contestó él.

Sonrieron y se volvieron a besar como dos chiquillos.

—¿Qué hace el cartucho en la facultad de Física?

—Es una larga historia —contestó Mónica.

Al ver que Pras esperaba, lógicamente, oír aquel relato, se tomó unos instantes para ordenar las piezas del relato y finalmente comenzó a hablar:

—Mi padre trabaja en la facultad de Física. Lleva años allí. Estuvo primero como profesor y luego pasó a trabajar en un proyecto de la facultad. De eso hará unos nueve o diez años; quizá doce, no lo sé. Al principio yo iba a visitarle de vez en cuando. Luego se separó de mi madre, y mi padre y yo nos fuimos distanciando. Él estaba muy concentrado en su trabajo y apenas prestaba atención a cualquier otra cosa, especialmente a mi madre y a mí. Al cabo de un tiempo no supe nada más de él. En realidad hace años que no le veo.

—¿Entonces? —preguntó Pras.

—Cuando hace nueve o diez años comenzó a trabajar en el proyecto de la facultad de física, por lo visto le cedieron unos bajos de la escuela que no utilizaban. Son unos laboratorios bastante grandes, y hay algunas salas que nunca usa. Yo solía ir a pasar algún tiempo por allí y mi padre me hizo una copia de las llaves. No creo ni que lo recuerde. Yo me encariñé con una de las habitaciones que él no empleaba y a veces me instalaba allí durante días, especialmente en mis últimos meses de carrera. Allí podía estudiar durante horas aislada del mundo exterior.

Hizo una pausa en la historia para recobrar el aliento, miró a Pras de reojo y continuó:

—En fin, ese ha sido mi escondite en muchas ocasiones, y es un buen escondite ahora. Allí está el cartucho. Nadie lo encontrará.

Pras se quedó pensativo. Tras varias docenas de pasos dijo:

—Habría que acabar con él. No tiene sentido conservarlo.

—¿No tienes ninguna otra copia? —preguntó Mónica.

—Esa era la única copia —dijo mientras caminaba con la vista puesta en el suelo.

Ella pareció asentir con la cabeza cabizbaja. Pras volvió a hablar:

—Ahora que mis viajes en el tiempo vuelven a ser solamente un sueño, no tiene sentido conservar el cartucho. La información que contiene no me es de ninguna utilidad. Ahora que el experimento me está vedado jamás podré cumplir mis ilusiones. Jamás podré acercarme de nuevo al laboratorio. No quiero ni imaginar lo que puede pasarme si me vuelven a cazar. No sé qué planes tenían para nosotros, pero me alegro de no haberlo averiguado; considero que ya he tentado demasiado a la suerte. Lo más a lo que puedo

aspirar es a destruir el cartucho y a obligarles a repetir toda la investigación. Con un poco de suerte serían incapaces de tener éxito.

Pras no daba mucho crédito a aquellas últimas palabras, pero ¿por qué no? Al menos cabía la posibilidad.

—A estas alturas sería feliz sabiendo que he hecho todo lo posible para entorpecer su labor. Sería una buena venganza personal, y además al alcance de la mano. Tan sólo hay que destruir el cartucho.

Sí, no tenían más que acudir a la facultad de Física y machacar el cartucho con el primer tomo de Física Aplicada que encontraran sobre cualquier estantería. Tan sencillo como efectivo.

Siguieron caminando en dirección a la carretera. La podían ver ya a lo lejos, y se podía escuchar ya el rumor del tráfico. El sol empezaba a declinar en el cielo. Pras se preguntó qué hora sería. No le importaba demasiado, pero siempre tenía curiosidad fuera cual fuese la circunstancia.

Hacía fresco en la sombra que proporcionaban los árboles, pero la temperatura era agradable. Después de estos tres días de penurias apenas sabía ya distinguir entre el frío y el calor, entre el dolor y... lo que fuera que fuese lo contrario de estar dolorido. Habían cambiado tantas cosas en tres días, y habían cambiado tantas veces. Hacía apenas una hora no sabía qué iba a ser de él. Ahora podía ver su futuro con cierta definición.

De repente Mónica se detuvo.

—Pras... —dijo con la cabeza baja—. Hay más cosas que no sabes...

Se sintió cómo si estuvieran levantando el telón de un nuevo acto. Se preguntó qué era lo que le faltaba por saber y cuánto le iba a doler esta vez.

Mónica comenzó a hablar:

—Hace un par de semanas, cuando temía que todo esto pudiera suceder, empecé un proyecto personal. Como estábamos en una fase del experimento en la que trabajábamos poco, podía justificar ante el comité algunas ausencias. Poco a poco fui reuniendo el material, y ahora ya está prácticamente listo. Se trata de una réplica de la silla del proyecto...

A Pras se le iluminaron los ojos. ¿Cómo era posible? ¿Podría una sola persona hac...? ¿Y en apenas quince días? Lo pensó un poco mejor...

En realidad el material necesario para llevar a cabo la prueba era muy poco, lo costoso era la investigación. Pras se puso a hacer una lista mental de lo que se precisaba: una silla —qué estupidez—, sondas, agujas, suero, cantidades no demasiado elevadas de algunas sustancias clave, por supuesto un ordenador, una impresora, cables... En realidad se trataba de un proceso mayormente químico. La parte física se podía suplir con ingenio.

Mónica sabía exactamente todo lo que había pasado por la cabeza de Pras. Las dudas iniciales, el recuento de material, cómo se había dado cuenta de que estaba todo al alcance de la mano. Se lo había leído en la cara mientras sucedía.

Pras abrió la boca para replicarle algo pero ella se adelantó:

—He estado tomando pequeñas cantidades de todas las sustancias químicas del proceso durante los últimos meses. Muy poco cada vez para que nadie se diera cuenta, y la cantidad más que suficiente para llevar a cabo una prueba. Tengo agujas y todo tipo de material quirúrgico básico. Hay un ordenador lo bastante potente, una impresora, un lector de cintas, algunos otros aparatos, cables para conectarlo todo varias veces... Todo.

—Pero... ¿y el programa?

—Tengo una copia del programa. Con la información del cartucho se puede recrear sin problemas la simulación en el ordenador que tengo en la facultad de Física. Algunas funciones de control suplementario no funcionarían, pero yo podría encargarme de supervisarlos todo manualmente.

Pras notaba una avalancha de sentimientos que se lo llevaba todo por delante: sus planes de venganza, su futuro inmediato... quizá su futuro completo. Pensó en lo fácil que sería dejarlo correr y empezar una nueva vida con Mónica, dejarlo todo a un lado y volver a la casilla de salida.

Pero se trataba del sueño de toda una vida. ¿Cómo dejarlo pasar? ¿Por qué no viajar en el tiempo? Quizá una primera y última vez. Si todo salía bien, y no tenía por qué fallar nada, podrían seguir adelante con sus planes. ¿Sería realmente capaz de dejarlo después de esa primera vez? ¿Acaso tenía otra opción ahora que estaba fuera del proyecto? Probablemente su única opción de llevar una vida normal después de los últimos tres días pasaba por salir del país. ¿Pero y si antes hacía la prueba?

Mónica también pudo leer en su cara todo aquello. Se separó de él y caminó hasta una piedra cercana para sentarse bajo un árbol. Pras se acercó a ella y se arrodilló. Pasaron unos instantes sin decir nada. Finalmente ella rompió el silencio:

—¿Lo quieres hacer, verdad?

—Sí, me temo que sí.

Mónica levantó la cabeza mirando el cielo, quizá conteniendo una lágrima. Pras le cogió la mano.

—¿Por qué has corrido el riesgo de fabricar una reproducción del proyecto? —preguntó—. Y... ¿por qué me lo has contado?

Ella tragó saliva.

—Porque sabía que querías hacerlo —dijo ahogando un sollozo.

Permanecieron en silencio. Pras no supo qué decir, así que no dijo nada. El murmullo del tráfico se apoderó de la escena, recordándoles que tenían que salir de allí. Sólo había un lugar adónde ir.

—A la facultad de Física, por favor —ordenó Mónica al taxista.

19

La prueba

CUANDO el taxi se detuvo frente a la facultad de Física, el sol se ponía por encima de las casas más altas. Pras pagó al conductor y Mónica y él quedaron solos frente a las escalinatas del enorme edificio. Pras se sorprendió en aquel momento de conservar su cartera con la documentación y todo el dinero que había tomado hacía dos días al salir de casa. Después de todo lo que ha sucedido, pensó, después de haber recibido palizas y darse un golpe después de otro.

La ciudad parecía desierta el sábado por la tarde. Era lógico, aquella era una zona de universidades, y era difícil encontrar gente por allí, ya que el único interés del área eran las propias instituciones. Los estudiantes desaparecían tan pronto como podían al acercarse el fin de semana, conocía muy bien el mundo universitario.

—Por aquí —dijo Mónica, y se encaminó hacia un lateral de las escalinatas para rodearlas.

Estuvieron caminando un rato dando la vuelta al edificio. Sus dimensiones eran realmente gigantescas. Pras había estado alguna vez allí, al menos eso le parecía recordar, pero debía de haber sido hacía mucho tiempo porque recordaba el lugar con la poca definición de un sueño. Al final llegaron a una puerta en la base del edificio, en su parte trasera. Había varias entradas con el mismo aspecto, y Pras hubiera dicho que se utilizaban para operaciones de mantenimiento

diario o para sacar la basura de la facultad. Probablemente algunas de ellas eran para para esto último, ya que algunos contenedores se amontonaban a pocas decenas de metros y el olor impregnaba el ambiente. Mónica extrajo un aro que contenía varias llaves y escogió una. Abrió la puerta con soltura.

El pasillo era angosto y albergaba lo que parecían ser conductos de gas, electricidad o cualquier cosa similar. No había mucha luz, pero Mónica avanzaba con paso decidido en la penumbra. No tardaron en llegar a una nueva puerta que ella abrió como la anterior.

Esta nueva puerta dio paso a lo que parecía ya el lugar de trabajo del padre de Mónica. A primera vista se trataba de varias estancias comunicadas entre sí. Algunas estanterías en las paredes contenían libros viejos, pero la mayor parte del espacio estaba ocupado por mesas llenas de instrumentación química. Era curioso pensar que un proyecto de la facultad de Física pudiera tener esa apariencia. En una de las paredes, sobre una mesa de despacho con un teléfono y algunos libros abiertos, había varios diplomas colgados. Pras leyó el nombre con detenimiento. El apellido le sonaba lógicamente familiar, el nombre no lo había oído nunca antes. No de labios de Mónica.

—¿Tu padre se llama Ismael? —gritó Pras a Mónica que estaba encendiendo luces en habitaciones contiguas.

—Sí —respondió ella desde lo lejos.

Pras se detuvo curioso: Mónica nunca había mencionado a su padre en todo el tiempo que la había conocido. Era la primera vez que oía hablar de él. Por otro lado era lógico, si era cierto que Mónica y su padre nunca se habían llevado demasiado bien. Una historia familiar más. Conocía otras muchas como aquella.

Se volvió y siguió curioseando. Pasó a otra habitación en la que había tarros y botes con diferentes compuestos, algo similar a la habitación de la que se había escapado unas horas antes pero a gran escala. Le resultó chocante de nuevo encontrar más material químico en la facultad de Física.

—¿Sobre qué trata el proyecto de tu padre? —gritó de nuevo Pras a Mónica.

—No sé gran cosa. Lo supe hace tiempo, pero la falta de interés me hizo olvidarlo. Supongo que en su momento me pareció algo aburrido, así que la verdad es que ahora no sé nada sobre el tema.

Pras sentía curiosidad por las pasiones de los demás. Le hubiera gustado saber a qué se dedicaba el padre de Mónica con tanto empeño, qué le preocupaba tanto como para perder el sueño e incluso una familia. Todo el mundo parecía tener una pasión, un reto que superar. Él estaba a punto de enfrentarse al suyo.

En aquel momento Mónica le llamó. Estaba en una pequeña habitación varias estancias más allá. Cuando entró no pudo sino sorprenderse. Lo que había allí era una versión, digamos *rústica*, de todo el material que se podía encontrar en la planta-laboratorio: un sillón algo más modesto y desvencijado que el que había comprado Pras para el experimento, un ordenador casero no demasiado viejo junto con una unidad lectora de cartuchos, una impresora que había visto días mejores, algunos aparatos eléctricos con diales cuyo cometido no fue capaz de determinar.. Algunas cosas eran nuevas y otras de segunda mano, la mayoría en realidad, probablemente tomadas *prestadas* del material de su padre.

En uno de los laterales había una mesa blanca. Mónica tiró unos papeles al suelo y se dirigió a un armario próximo del que extrajo una gran bolsa gris que depositó sobre la mesa. La abrió: sondas, agujas, esparadrapo, un pequeño botiquín, algunos frascos etiquetados con su letra, electrodos... Realmente lo tenía todo previsto. Abrió un bolsillo de velcro del lateral de la bolsa y extrajo el cartucho. Definitivamente, Mónica lo tenía todo bajo control. Una vez más. Pras se sintió en buenas manos y no pudo evitar esbozar una leve sonrisa de satisfacción.

Ella le miró y apartó la vista rápidamente. Tomó algunos tubos y los conectó a unos aparatos de hospital cuyo cometido Pras sólo podía intuir. Preparó un par de agujas y las depositó con algo de alcohol en un platillo metálico. Luego encendió el ordenador y la impresora y, mientras se iniciaban, se dedicó a otros menesteres. Él la miró absorto en pensamientos quizá importantes pero a los que no prestaba la suficiente atención, mientras ella iba de un lugar para otro tomando objetos, apretando botones y haciendo algunas otras cosas que Pras no alcanzaba a comprender. No sabía muy bien en qué estaba pensando, pero sabía que tenía la cabeza ocupada. Le sucedía a menudo últimamente y era una sensación molesta.

Quizá estuviera pensando en la peligrosidad de lo que iba a hacer, en la locura que iba a cometer. Podía también estar pensando en por qué lo iba hacer. Quizá se estuviera preguntando si era realmente lo que deseaba, quizá se estuviera preguntando por qué Mónica hacía todo aquello por él y si debía ser tan egoísta como para arriesgar su vida.

Ella estaba sujetando algunos tubos con cinta aislante en aquel momento. El ordenador había terminado de iniciarse e introdujo el cartucho con un golpe decidido. El lector hizo su

trabajo con un extraño sonido, no demasiado sorprendente teniendo en cuenta su aspecto.

Pras se preguntó por qué tanta prisa. Mónica corría de un lugar a otro en una actividad que, súbitamente, le pareció frenética.

—No tengo ninguna prisa —dijo Pras—, no hace falta que te apures.

Pasaron algunos segundos hasta que ella contestó:

—Si no lo haces ahora no te dejaré hacerlo nunca —dijo sin levantar la vista de la consola en la que estaba presionando algunos botones.

Por algún extraño motivo, la respuesta no le sorprendió.

—¿Y si te digo que no quiero hacerlo? —contestó desafiante.

—Estarás mintiendo, y lo sabes —respondió ella.

Tampoco se sorprendió cuando se paró a pensar y encontró que aquello era lo que más deseaba en el mundo. Llevaba una vida consagrada a una meta y estaba a punto de cruzarla. Si no daba ahora el paso todo lo anterior no tendría sentido, y su única oportunidad de hacerlo era en aquel momento. Como decían en las películas, aquel era su último tren.

—¿Qué crees que pasara? —dijo Mónica. Parecía haber acabado de prepararlo todo y ahora le miraba más relajada—. ¿Saldrá todo bien?

—Todo tiene una pinta estupenda —respondió Pras con una sonrisa abarcándolo todo de un vistazo.

—No seas tonto, me refiero a cómo irá el experimento. ¿Te sucederá algo? ¿Qué es lo que veré yo?

Pras no supo qué responder. Suspiró con la mano en la barbilla.

—No tengo la menor idea, Mónica —respondió con toda la franqueza que le quedaba.

A ella no pareció bastarle aquella respuesta.

—¿No tienes ni idea? ¿Cómo puedes decir eso? ¿Y a qué has dedicado los últimos diez años? —gritó golpeando la mesa con el puño.

—Es... es difícil saber qué sucederá... —contestó Pras torpemente—. Los números sobre un papel, la teorías... quién sabe cuál es la apariencia de todo eso cuando realmente ocurre...

Mónica conocía de antemano aquella respuesta porque era la única que se podía dar, y ella lo sabía.

—Siéntate —le ordenó.

Pras se sintió como un niño regañado, y como tal no pudo sino obedecer diligentemente. Lentamente, se acercó al desvencijado sillón y tomó asiento. Mónica le desabrochó la camisa y empezó a colocarle los electrodos, y después él se arremangó el brazo izquierdo. Esta vez sí tenía a alguien para clavarle la aguja. ¡Au!, se quejó como un crío cuando Mónica le introdujo el frío metal.

—Deja de quejarte —gruñó.

Se volvió para comprobar algunos números sobre la pantalla del ordenador y luego miró alrededor en la habitación como asegurándose de que todo estaba en su lugar y de que no se le olvidaba nada. La estancia parecía mantener un cierto orden impreciso dentro del desorden que allí reinaba: era el sello de Mónica. Pras permanecía sentado sobre el viejo sillón con la mirada perdida mientras ella comprobaba que la impresora funcionara en aquellos momentos. La luz de neón creaba una atmósfera en que parecía que se pudiera nadar. Tras algunas comprobaciones más, ella se volvió mordiéndose el labio inferior. Pras supo que todo estaba listo.

—¿Preparado? —le dijo.

Respiró hondo.

—Sí.

Mónica se giró de nuevo y pulsó el botón sin vacilar. Sólo cuando la improvisada maquinaria comenzó a funcionar con algunos ruidos algo descorazonadores tuvo completa consciencia de lo que aquello significaba. Centró su atención en todos aquellos trastos y trató de asegurarse de que todo funcionaba correctamente. El ordenador funcionaba perfectamente y todas las partes mecánicas de la invención parecían estar haciendo su labor.

Cuando oyó el siseo de la bomba de suero se dio cuenta de que le quedaba poco tiempo junto a Pras, así que se acercó al sillón tan rápido como pudo.

Pras yacía recostado con la vista perdida, y Mónica se inclinó sobre él hasta que sus miradas se cruzaron.

—Todo va a ir bien —dijo Pras alargando la mano para acariciar su mejilla—. Será sólo un momento —sonrió.

—Estaré esperándote aquí mismo —contestó ella con la sonrisa más dulce que pudo encontrar. Después se inclinó y colocó suavemente sus labios contra los de él.

Pras notó que su respiración se relajaba y su corazón latía más despacio, aun contra las circunstancias. Notaba los labios calientes de Mónica sobre los suyos y una sensación de bienestar se extendía por su cuerpo de pies a cabeza. Pensó que hacía mucho tiempo que no se sentía tan bien, y no pudo atribuir todo el mérito a las drogas que empezaban a extenderse por sus venas. Unos segundos más tarde, un sueño cálido y reconfortante le terminó envolviendo.

20

El sueño infinito

ABRIÓ los ojos y no vio nada; una oscuridad impenetrable y total le rodeaba por completo. Pras recuperó la consciencia poco a poco, como si algo hubiera interrumpido un sueño muy plácido y pleno. Tenía la sensación de haber dormido durante mil años seguidos. En aquella oscuridad, no fue capaz de distinguir ningún tipo de sombra ni consiguió encontrar el menor rastro siquiera de penumbra a su alrededor. Se sentía como pensaba que se debía de sentir un ciego. Parecía, a pesar de todo, estar en un lugar enorme, aun cuando no supiera cómo podía ser capaz de realizar semejante afirmación en ausencia total de referencias.

Privado de su sentido de la vista, intentó incorporarse para descubrir que tampoco tenía consciencia de su cuerpo. Se dio cuenta de que no era capaz de determinar en qué postura se encontraba, así que tratar de moverse en aquellas circunstancias le pareció que no tenía ningún sentido. En aquella absoluta oscuridad no supo si tenía manos, piernas o cualquier otra cosa que una vez hubiera formado parte de él. No pudo tocarse, y si lo consiguió, no lo sintió en manera alguna. Pese a ser consciente de lo alarmante de la situación, tenía la extraña sensación de encontrarse bien físicamente, de *estar entero*. Se sentía sencillamente muy pequeño; como una partícula flotando en un negro infinito que se extendía en todas direcciones.

Hubiera caminado, pero no le pareció ser capaz de realizar algo así. Tampoco le daba la impresión de que tuviera algún lugar adonde ir, así que permaneció en aquella inmensidad prisionero de su propia existencia y atrapado en mitad de la nada, presa de sus pensamientos, de la única cosa de la que tenía constancia.

El tiempo pasó y nada ocurría. Todo permanecía de la misma inquietante manera. Aquel mar de espeso negro no sufrió mutación alguna en el lapso de tiempo que había transcurrido, imposible de calcular. Pras se preguntó dónde estaría, qué habría sido de todo lo que una vez le había rodeado. Pensó que quizá aquello sería pasajero, y que en cualquier momento todo volvería a ser como lo conocía y no un incómodo infinito en el que sólo existía él. Se le ocurrió intentar hablar:

—¿Hay alguien ahí? —gritó.

No supo muy bien si aquellas palabras habían sido sonido en algún lugar más allá de su mente. Desde luego, si habían sido ondas trasladándose en el espacio, nada había traído un eco de vuelta. Aquello no hizo sino aumentar su hasta entonces sólo incipiente angustia.

—¿Hay alguien ahí? —repetió con lo que una vez había conocido como más fuerza. No obtuvo respuesta alguna.

De pronto se le ocurrió pensar que podría haber muerto. Se preguntó acto seguido cómo podía estar pensando en la muerte con semejante frialdad. ¿Había estado preparado, sin saberlo, para lo peor? No, se dijo, uno nunca espera morir, por mucho que se prepare, pero ¿y si lo estaba? No esperaba que la muerte fuera una fría llanura de oscuridad infinita, aunque tampoco se había parado nunca a pensarlo.

¿Por qué no? La muerte podía tener cualquier aspecto. Apartó aquellos pensamientos de su mente intentanto hacer

hueco para nuevas preocupaciones más apremiantes. ¿Qué sucedería ahora? Pras no se consideraba religioso, pero nadie podía evitar la influencia de las religiones a lo largo de su vida. ¿Qué se suponía que sucedía cuando uno moría? ¿Era este el cielo que prometían los teólogos estudiosos y que proclamaban los creyentes? ¿Estaría en una especie de gran sala de espera haciendo tiempo para entrevistarse con alguien? ¿Existiría realmente un ser supremo?

Probablemente una persona religiosa se habría decepcionado ante lo que Pras estaba sufriendo en aquellos momentos, pero él lo aceptó sin más por el sencillo hecho de que no esperaba nada especial en aquel trámite. En cualquier caso, la muerte le estaba empezando a resultar aburrida. Se sobresaltó al oír la frialdad con la que había pronunciado aquellas palabras en su cabeza y lo poco coherentes que sonaban en relación a todo lo que conocía.

¿Cómo había llegado a aquel punto? ¿Cómo había sido tan idiota como para arriesgar su vida de aquella manera tan estúpida?

Quizá algo había salido mal. ¿Qué sentido tenía todo aquello? ¿Dónde estaba?, se preguntó otra vez. Tenía la impresión de que el tiempo fluía a su alrededor muy rápido... o terriblemente despacio. ¿Cómo saberlo en aquel vacío infinito? Se sintió solo, muy solo.

Volvió a ocupar sus pensamientos intentando dilucidar cómo podía haber muerto. Algo podía haber ido mal, no era tan disparatado. El material de Mónica era limitado, y algunos mecanismos algo rudimentarios. No tenía por qué haber pasado nada, pero tampoco habría sido algo especialmente sorprendente. Cualquier cosa hubiera bastado: algún error en el ordenador, una mala mezcla de los componentes químicos empleados, quizá incluso alguno podía estar en mal

estado por no haber sido manipulado o almacenado de la manera correcta... Se le ocurrían mil motivos para justificar un desenlace fatal ahora que había asimilado el alcance de su situación. Probablemente hubiera bastado con un corte de luz en el edificio en el momento adecuado. Rara vez se iba la luz en la ciudad, pero en algunas partes sucedía en algunas ocasiones. La enseñanza pública era especialmente susceptible a todo tipo de calamidades.

Pensó en Mónica. ¿Qué habría sido de ella? Pras imaginó su propio cuerpo inerte sobre el sillón desvencijado, con el corazón inmóvil en el interior de su pecho. Imaginó a Mónica llorando su pérdida, maldiciéndose por haber sido tan idiota de concederle una oportunidad que no sabía si merecía. Se sentiría culpable durante el resto de sus días. Se sintió fatal por el desenlace de todo aquello. Su cabezonería le había marcado desde su más temprana niñez hasta su muerte ahora. Siempre había sido igual, siempre hasta donde pudo recordar.

Y allí estaba, muerto, en mitad de la nada más absoluta. Qué idiota. Su tozudez le había llevado a la tumba. Tampoco resultaba tan sorprendente después de todo.

—¿Hay alguien ahí? —gritó por tercera vez. Tampoco en esta ocasión obtuvo respuesta.

21

Principio del fin y principio

EL despertador sonó a las nueve como todos los días. Armand alargó la mano para apagarlo y permaneció unos minutos más en la cama disfrutando de lo delicioso de su rutina. Aquella mañana tenía una razón especial para paladearla: se iba a terminar. Hoy era el día en el que debía desconectar Gaia. Diez años de rutina no eran fáciles de fulminar.

Se incorporó, alcanzó las lentes sobre la mesilla de noche y se las llevó sobre la nariz. Notó la montura fría como debía de ser la mañana en el exterior. Saboreó el momento, saboreó el hecho de que todas las mañanas fueran iguales y de que nada hubiera alterado su cotidianeidad durante tantos años. Aquella rutina que hasta ahora le había proporcionado una cómoda seguridad tocaba en esos momentos a su fin. Se preguntó qué sucedería a partir de ese momento. ¿Qué sería de él mañana?

Armand había considerado, obviamente, la posibilidad de que todo aquello acabara algún día. Su mente lógica había deducido que llegaría un punto en el que la cuadrículada rutina llegaría a un fin, pero la parte más rebelde de su mente, si es que ésta existía, había apartado el pensamiento sibilinamente durante todo este tiempo. Y había hecho un buen trabajo.

En la soledad de la penumbra, Armand dio unas vueltas más a todo aquello desde su cama. Se le daba bien pensar, por eso le asustaba todo el tiempo que iba a tener para ello. Lo veía como una losa sobre la que se irían depositando sus pensamientos hasta terminar por aplastarle. Creía que llegaría un momento en el que el peso de su simple existencia sería demasiado para él.

Siguió pensando mientras miraba desde la ventana del comedor con una taza de café humeante en la mano. Las nubes eran menos espesas hoy, y a ratos el sol brillaba cuando se abría un claro entre ellas. Cuando la luz entraba por la ventana era reconfortante. Eso le pareció a él, al menos.

Se abrigó bien antes de salir. Quizá no hiciera frío, pero le gustaba abrigarse cuando había nubes en el cielo, le hacía sentirse más seguro. Tomó su cartera de piel desgastada, se colocó el sombrero y salió cerrando cuidadosamente tras de sí.

Había hecho bien en abrigarse porque, a pesar de brillar el sol en aquellos momentos entre las nubes, el viento era fresco. Se arrolló la bufanda al cuello y comenzó a caminar hacia la estación. Pasó por delante del kiosco pero no compró ningún periódico en aquella ocasión. El trayecto en el metro fue largo, muy largo

Debían de ser aproximadamente las diez y poco de la mañana cuando Armand puso el pie izquierdo sobre el primer escalón de la facultad de Física. Ese día todo parecía ser muy largo, y la escalinata resultó infinita hasta que finalmente se dio cuenta de que había llegado al último peldaño. Los acontecimientos eran siempre interminables hasta que se acababan, pero todo tenía fecha de caducidad. Pensar lo contrario era fútil e ilógico. Sin embargo, cuánto énfasis ponemos cada día en ello.

Anduvo dando vueltas a aquellas ideas mientras vagaba a través de los oscuros y laberínticos pasillos que le llevaban a Gaia. Aquel siempre era un buen lugar para pensar. Muchas cosas pasaron por su mente antes de llegar a la entrada de la remozada biblioteca.

Abrió la puerta y respiró profundamente en la oscuridad el aire enrarecido de la enorme estancia. Nunca más volvería a realizar aquellos rutinarios actos que tanto había aprendido a disfrutar, especialmente ahora que el fin estaba próximo. Entornó los ojos y dejó vagar la vista por la oscuridad infinita, salpicada aquí y allá de luces... de luc... ¡¡de luces rojas!!

Armand se sobresaltó: algo estaba mal. ¿Qué había ocurrido?

Tras unos segundos valorando la escena, pensó que tampoco era una situación tan alarmante. Al fin y al cabo era la última noche de Gaia. Su fin parecía haberse precipitado algunas horas, pero nada más. Más grave hubiera sido que aquello hubiera tenido lugar hace cinco años, por ejemplo.

Conectó el interruptor general y la enorme estancia se llenó de luz. Rara vez recurría a aquel interruptor, y el efecto le resultó desagradable. Volvió a accionarlo y dejó la habitación en la penumbra de nuevo. Así le gustaba a él. Se acercó a la mesa y allí sí encendió el pequeño flexo. Con calma y parsimonia, dejó su cartera a un lado y junto a ella el sombrero. Colgó el abrigo y la bufanda en la percha junto a la mesa. Encendió el monitor y lo que encontró no le sorprendió en absoluto.

Se trataba de un volcado de pila. Cuando un programa realiza un movimiento, el movimiento tiene consecuencias. Cuando el propio programa no sabe qué hacer con esas consecuencias, bien porque no se las espera o porque se ha dado un suceso que el programador no había contemplado, el

programa finaliza volcando en un fichero o en pantalla todo lo que tiene en memoria en ese momento, de manera que analizando el volcado se pueda llegar descubrir las causas que provocaron la finalización del programa de manera abrupta. Armand no era un experto en informática, pero tenía algunas nociones y sabía reconocer un volcado de pila cuando lo veía, aunque sabía que sería incapaz de analizar las causas que lo provocaron.

El resultado de un volcado de pila, en la mayoría de los casos, era una pantalla llena de símbolos que representaban los instrucciones que había en memoria en el momento de la finalización del programa. Números, letras, símbolos variados... todo mezclado en una jerga incomprensible y desparramada sobre la pantalla sin orden ni concierto. El volcado se producía de manera simultánea sobre un fichero, de manera que quien fuera que fuese capaz de interpretar todo aquello pudiera llegar a las causas primeras del problema, pero aquel no era Armand, así que prestó poca atención a lo que vio en pantalla.

Sin embargo, bajo el caótico orden de líneas que se extendían de arriba a abajo sobre el monitor, las tres últimas estaban repetidas. Aquello le llamó la atención. No sólo estaban repetidas, lo que no dejaba de ser curioso, sino que aparentaban tener cierto sentido. Acercó la silla a la mesa y leyó los caracteres cuidadosamente:

¿HAY ALGUIEN AHÍ?

La frase se repetía dos veces más en líneas inmediatamente inferiores. Armand no supo qué significaba aquello. No se explicó cómo podían aparecer frases escritas en aquella consola. Sólo se utilizaba para registrar algunos avisos rutinarios y para introducir una serie de órdenes bastante

limitada. No tenía ningún sentido, a menos que se tratara de una broma.

Se giró y miró alrededor esperando ver a alguien en un rincón con risa contenida, pero estaba solo allí. Había pasado tanto tiempo en aquella enorme estancia que hubiera *sentido* la presencia de alguien incluso antes de verle. No pensó tampoco que nadie que le conociera deseara gastarle una broma, siendo Armand poco amigo de éstas y más cuando de cuestiones de trabajo se trataba. La mayoría de las cosas no admitían bromas para él, y algunas especialmente.

Volvió a centrar su atención en las letras blancas sobre la pantalla oscura. Aquellas tres últimas líneas le tenían intrigado. Como todo usuario cuando algo así sucede, presionó de manera impulsiva la tecla de *Entrar* varias veces esperando que ocurriera algo que sabía que no iba a suceder. Las líneas se deslizaron dejando espacios en blanco tantas veces como había pulsado la tecla. El comportamiento le pareció evidente, pero no le ayudó a comprender lo que estaba sucediendo.

Pras no sabría decir cuánto tiempo llevaba inmerso en aquella oscura inmensidad. El tiempo parecía infinito, como el espacio que le rodeaba, pero a la vez rápido. Era imposible tratar de contar los segundos o los minutos cuando no existía nada que los sufriera, nada sobre lo que el tiempo pudiera dejar huella. Sólo cuando ordenaba pensamientos en su cabeza tenía una cierta constancia del fluir del tiempo, pero la sensación era tan extraña que no hubiera sabido a qué asociarla. Pese a todo, tuvo la impresión de que algo estaba sucediendo en algún lugar de aquella infinitud. No sabía de qué se trataba, no había oído ni visto nada, pero tenía un presentimiento.

—¿Hola? —gritó de nuevo en el espeso infinito, sintiéndose estúpido en el mismo instante en que lo hacía.

Armand se frotaba la barbilla frente al monitor. Su mano emitía un ligero sonido al rozar la barba que no había afeitado aquella mañana. No sabía exactamente en qué estaba pensando, pero permanecía en aquella postura mirando la pantalla. De repente, todas las líneas se desplazaron hacia arriba para dar paso a una nueva:

¿HOLA?

¿Qué clase de broma era aquella? Desde luego no tenía la más mínima gracia. Probablemente alguien habría conectado a la red del laboratorio desde el exterior y le estaba gastando una broma. Se levantó y caminó hasta la parte trasera de la mesa. Localizó el cable de la red externa y lo desconectó con cuidado de no estar cometiendo un error. Tenía muchas cosas que hacer aquella mañana y no podía perder el tiempo con estúpidos jueguecitos.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó Pras al vacío de nuevo. No podía dejar de sentirse estúpido, y aunque hacía falta que pasara el tiempo para que alguien perdiera la paciencia, le pareció que aquello estaba empezando a suceder. De cualquier manera, no tenía ningún control sobre la situación.

Armand dejó el cable en el suelo y volvió de nuevo a sentarse en la silla. Miró el mar de luces rojas en la oscuridad. Un brillo rojo fluorescente se perdía en la distancia. ¿Qué habría sucedido en Gaia, su pequeño Universo particular? ¿Qué lo había hecho terminar abruptamente? Se acercó a la mesa y levantó la mano para apagar el monitor, pero algo le llamó la atención.

¿HAY ALGUIEN AHÍ?

La nueva línea había desplazado a la anterior. ¿Cómo era posible? Armand se agachó trabajosamente y vio el cable de la red externa tirado en el suelo junto a la mesa. Se quedó petrificado. Llevó las manos lentamente al teclado

para escribir algo, pero las retiró temeroso en el último momento. Se encontraba confuso, intentaba encontrar algún tipo de explicación lógica a lo que estaba sucediendo, pero no podía. O sí. Una idea disparatada tomó forma en su cabeza. Puso en marcha su pensamiento lógico.

Aquella señal sólo podía venir de Gaia, pues de allí llegaba el único cable de comunicación que estaba conectado al ordenador. De alguna manera, no sabía cómo, ni pensaba que alguien con más conocimiento en ordenadores pudiera saber, alguien se estaba comunicando con él desde el interior de su pequeño Universo. La sola idea le dejó helado.

Debía reconocer que nunca había contemplado la posibilidad de que se creara vida en el experimento. Él pensaba que sí que había albergado esa esperanza alguna vez, pero ahora que se enfrentaba a ella descubrió que no; jamás había confiado en su pequeña quimera personal. Aquella revelación le resultó sorprendente, se sintió como traicionado por sí mismo; una sensación realmente extraña. Se preguntó para qué había acudido allí todos los días durante diez años. Quizá para esconderse del mundo, para refugiarse del dolor que la vida le infligía. Decidió al fin que era inútil echarse cosas en cara a estas alturas. Bastante le presionaba el mundo como para unirse a él en su intento por terminar de hundirle.

Así que existía vida en Gaia. Era la única explicación a todo aquello. La idea de haber creado vida inteligente similar a la que conocía supuso un vendaval en su vieja cabeza. Esa había sido la idea desde el principio: reproducir las condiciones iniciales del sistema solar y las ecuaciones del Universo conocido de una manera tan fidedigna que el devenir del tiempo virtual creara una evolución acelerada similar a la de la Tierra. Eso significaba células que se

unen para formas organismos cada vez más complejos y, finalmente, el desarrollo de entes que fueran capaces de adquirir plena consciencia de su existencia como culminación del proceso evolutivo. ¿Cómo pensar que algo así podía suceder? ¿Cómo imaginar que todo se había llevado a cabo con la precisión suficiente para que el caos se desarrollara de la manera prevista?

Armand se sintió poderoso. Después de todo era El Creador de todo un mundo, un mundo avanzado, con vida, con seres que pensaban por sí mismos, seres inteligentes... Era Dios.

Miró el teclado frotándose las manos nerviosamente. Decidió entonces escribir algo, quería saber... cosas.

HOLA

escribió Armand. No le pareció demasiado brillante cuando lo vio en la pantalla, pero por lo menos era un principio.

Pras se sobresaltó al escuchar una potente voz. «Hola», decía. No hubiera podido saber de dónde venía ni a quién pertenecía. Fue como una ola que se oyó —más bien se sintió— venir y que una vez llegó a él se alejó perdiéndose de nuevo en el infinito. Era una voz aséptica, ni masculina ni femenina. Una voz que Pras no había escuchado jamás. Sorprendentemente sonó cálida y familiar a pesar de carecer de aquellas cualidades. Se sintió feliz por saber que no estaba solo allí. Aquella voz le animó de nuevo a hablar si es que era aquello lo que hacía, y esta vez con un motivo.

Pras titubeó:

HOLA. ¿QUIÉN ERES?

Armand no podía dar crédito a lo que estaba presenciando. ¿Con quién estaría hablando? Parecía que su interlocutor también sentía la misma curiosidad que él.

—Me llamo Armand. ¿Cuál es tu nombre?

Se sintió extraño al teclear aquellas palabras. Sabía que había gente que pasaba horas delante de un ordenador charlando con otras personas que apenas conocía o que no conocía en absoluto, pero para él era la primera vez y se sintió torpe. Además, su capacidad para entablar una relación informal había ido degradándose a lo largo de los últimos años. No le extrañó sentirse de aquella manera, tan fuera de lugar.

—Me llamo Pras —se sintió, sin saber por qué, infinitamente pequeño al pronunciar aquellas palabras—. Pras Wood, señor —añadió.

Armand temía cometer un error, temía escribir algo que terminara con todo aquello. Se sentía como quien sostiene una pequeña hormiga sobre la palma de la mano y la examina con admiración, concedor de lo maravilloso de la criatura y a la vez de lo infinito de su fragilidad. No se le daban demasiado bien las relaciones sociales, y esto era una de ellas. En realidad era lo más parecido a una charla que tenía en años.

—¿Cómo estás, Pras? —tecleó lentamente.

Cuando Pras *sintió* esas palabras se desconcertó. Esperaba que un ser superior le tratara de una manera más formal, más solemne. «¡Al cielo!» o «¡Al infierno!» había esperado oír. No sabía tampoco por qué. Se le ocurrió pensar que quizá no se tratara de El Creador, sino de otra persona atrapada en aquel negro infinito que parecía haberse tragado todo. Sí, podía ser alguien en sus mismas condiciones, arrastrado a aquella negrura espesa y omnipresente por algún motivo que aún desconocía. Decidió que su próxima pregunta sería para salir de dudas.

—¿Eres... Es usted El Creador? —corrigió Pras. Si su voz hubiera tenido un tono, habría sido un tono de respetuosa confusión.

El Creador. Aquello sonaba bien para Armand. Miró alrededor: millares de luces rojas se perdían en la lejanía. Era una sensación extraña ver aquellas luces perennemente verdes teñidas ahora de un rojo brillante por primera vez, pero seguía siendo bonito por todo lo que representaban.

Sí, él era El Creador, sin duda. Aquel había sido su desvelo durante los últimos diez años y no sabría decir cuánto tiempo más antes de que empezara a funcionar. Prácticamente toda su vida había sido Gaia; nadie podía atribuirse más mérito que él. Un sentimiento de egoísmo controlado le reconfortó de alguna manera que no hubiera sabido precisar.

—Sí, lo soy —tecleó con presteza esta vez.

Pras se estremeció. No conocía ninguna religión en profundidad, pero hasta donde él sabía no existía ninguna creencia que describiera a El Creador, hacedor de todo lo conocido y por conocer, como una voz aséptica en mitad de la nada. No sabía si alegrarse de no haberse interesado jamás por la religión o si maldecirse por ello. Ahora que le había llegado el momento de rendir cuentas, su falta de fe podía resultarle embarazosa.

En cualquier caso, no parecía que ninguna religión de las que hubiera oído hablar alguna vez describiera la muerte siquiera de una manera similar, por lo que no sabía tampoco si toda la teología conocida le hubiera podido ayudar en el trance. Porque estaba a las puertas de la muerte... ¿o no? Una nueva pregunta tomó forma en su cabeza. Tenía que obtener una respuesta de una vez por todas.

—¿Estoy muerto? —preguntó Pras a la voz que le hablaba desde alguno o todos los lugares del infinito.

Armand no supo qué responder. No había reparado en ello, pero Gaia hacía horas que había dejado de existir, así que no pudo explicarse cómo aquella criatura artificial estaba hablando con él en aquellos momentos. La simulación había terminado, eso estaba claro. Todavía más de la mitad de la pantalla estaba ocupada con el caos de caracteres arrojado por el volcado de pila. Si alguna vez había existido un mundo en las tripas de aquellas máquinas, hacía ya horas que había dejado de hacerlo sin dejar rastro. Sólo quedaban las luces rojas para atestiguar que allí había habido un Universo hasta hace poco, y las persistentes luces rojas sólo brillarían hasta que accionara el conmutador general. Sin embargo, alguien había allí todavía con vida, un superviviente de Gaia.

De alguna manera que no alcanzaba a imaginar, el pequeño Pras Wood había sobrevivido a su Universo. Quizá fuera él el causante de la excepción que había parado la simulación. ¿Pero cómo podía una única criatura despedazar un universo simulado? Por más que intentaba encontrar una explicación racional a todo lo que estaba sucediendo, se vio totalmente incapaz.

¿Estaba muerta aquella criatura?, fue la pregunta que se formuló Armand. Evidentemente no, al menos eso dictaba la lógica, pero lo iba a estar en cuanto accionara el interruptor general. Podía haber sobrevivido a la destrucción de Gaia, pero no sobreviviría al corte del fluido eléctrico. De eso estaba seguro.

Se preguntó cómo podía explicarle al pobre Pras que, a todos los efectos, estaba muerto. Supuso que aquella criatura tendría sentimientos, a pesar de que lo único que podía ver de él eran las líneas de caracteres blancos que imprimía de alguna insólita manera sobre el fondo negro de la pantalla del ordenador. Prefirió asociarle una imagen humana antes

que cualquier otro tipo de forma no familiar. Supuso que lo hacía por su propia comodidad.

¿Cómo asumiría Pras su cruel destino? No era que le importara demasiado, pero por alguna extraña razón parecía preocuparle. Decidió contarle la verdad y no entrar en detalles que probablemente desbordarían su entendimiento. ¿Cómo explicarle que había estado viviendo dentro de un simulador en un sótano y que el programa que movía su mundo había dejado de funcionar? Pensó que si aquella criatura sabía la aterradora y sencilla verdad desearía estar muerta igualmente.

—Sí, me temo que estás muerto —tecleó al fin Armand. Le siguió sonando duro, y más en pequeñas letras en blanco sobre negro. Pero qué diablos, al fin y al cabo sólo estaba hablando con un puñado de unos y ceros huérfanos en un módulo de memoria.

«Así que estoy muerto —pensó Pras—. Así que esto es lo que sucede cuando uno muere.» Se sorprendió una vez más de la frialdad de sus pensamientos. Aunque hacía ya un buen rato que había asumido su estado, supuso que uno debía sentirse más sobrecogido por el hecho de morir. Después de todo se trataba de un acontecimiento único en la vida. Se preguntó qué iba a ser de él a partir de ese momento. ¿Permanecería en mitad de la nada atrapado con sus pensamientos hasta el fin de los tiempos? ¿Tardaría mucho en llegar el fin de los tiempos?

Armand contenía la respiración frente al teclado, preguntándose por qué no recibía más preguntas. Por algún motivo suponía que aquella criatura tendría muchas dudas, muchas preguntas que formular. Después de todo se encontraba frente a El Creador.

Pras seguía pensando. ¿Cuánto duraría aquel diálogo con El Creador? Suponía que no podía durar eternamente. Tenía miles de preguntas que hacerle, así que ¿cómo escoger tan solo unas pocas? ¿Hasta dónde llegaría la paciencia de El Creador? Nunca se había planteado seriamente los misterios de su existencia, al menos no desde aquella perspectiva, de manera que no tenía una lista con todos sus interrogantes. Una cuestión le asaltó la mente sin que supiera de dónde había salido y no pudo evitar que su voz la transformara en palabras:

—¿Por qué existe tanta miseria en el mundo, tanto odio, tanta envidia, codicia, dolor...? —preguntó sin apenas darse cuenta.

Supuso que era algo que siempre había querido saber.

Armand respiró por fin al ver la nueva línea. Leyó con cuidado. Aquella pregunta era sencilla y complicada a la vez.

—No lo sé, Pras, no lo sé... —tecleó con ligereza, compartiendo con su amigo virtual sus preocupaciones sin darle mayor importancia. Su pequeño compañero se había convertido en una personita con la que compartir sus penas. El mundo era un caos, lleno de miseria, de corrupción, de violencia... un espejo de todas las bajezas de la condición humana. ¿Por qué? Cómo saberlo...

Súbitamente, cayó en su error. Aquella criatura hablaba de su propio mundo virtual, mientras que Armand se refería al suyo propio. Ambos mundos parecían tener mucho en común. Al parecer la simulación había conseguido recrear un Universo idéntico al que se conocía, con sus bellezas y sus males, con sus virtudes y sus miserias. Aunque tampoco podía estar seguro de aquello. Su respuesta confiada y poco reflexionada debía de haber dado a la criatura virtual una imagen poco decorosa de lo que debía ser El Creador. Fue

por ello que se sintió en la obligación de corregir sus últimas palabras, o al menos de completarlas.

—No lo sé... sencillamente porque no conozco tu mundo.
—Tampoco aquello terminó de sonar bien.

Pras no supo qué pensar. Sentía una especie de indignación difícil de catalogar. ¿Cómo era posible que El Creador del Universo, del planeta, de las estrellas que brillaban en la noche, de todos los animales y las personas sobre la Tierra, no conociera su mundo? ¿Qué disparatada explicación lógica existía para justificar aquella respuesta? Todas las religiones presentaban un dios omnipotente y a la vez omnipresente, preocupado de todas y cada una de las criaturas de la creación. ¿Estaban todas equivocadas? ¿Cómo decirles a todas las personas que rezaban en la tierra por uno u otro motivo que Dios desconocía completamente, no sólo su mísera existencia, sino el mundo en el que vivían? Incluso él, que no era en absoluto religioso, se sintió desolado por la poca atención que Dios parecía prestar a las criaturas de su creación, desolado por lo limitado de los conocimientos de El Creador o por su despreocupación y desidia, fuera lo que fuese que reflejara exactamente aquella respuesta.

De cualquier manera, todo aquello no tenía especial importancia en aquellos momentos. Los misterios del mundo le iban resultando cada vez menos atractivos a medida que iba obteniendo respuestas, así que decidió preguntar algo más personal.

—¿Qué le pasará ahora a Mónica? —dijo Pras torpemente sin saber muy bien la razón. La respuesta que recibió unos instantes después le resultó del todo previsible:

—¿Quién es Mónica?

Una nueva prueba de las limitaciones de El Creador. Poco importaba ya aquel extremo a esas alturas. Pras miró la infinita oscuridad con añoranza.

—Una persona muy especial para mí —dijo.

Armand permaneció delante de la pantalla sin saber muy bien qué decir. La opción más fácil era decirle que Mónica, quien quiera que fuese, tendría una vida larga y próspera en un mundo de color, pero no se le daba muy bien mentir. No se le daba muy bien mentir y tampoco deseaba hacerlo. No deseaba engañar a aquella criatura indefensa en sus últimos instantes de vida, pero no sabía si la mentira le resultaría más soportable que la verdad. Sopesó la posibilidad de desvelarle más sobre Gaia.

—¿A qué te dedicabas en vida, Pras? —tecleó.

—Era científico. Algo parecido, al menos —respondió él.

Bien, pensó Armand, una mente científica. Si había una mentalidad mejor preparada para lo que quería contar, era aquella. Aun así trató de escoger con cuidado las palabras.

—Me alegro, porque tengo que contarte algo, y espero que tu mente científica pueda asimilarlo más fácilmente. Y digo esto porque lo que escuches, o leas, o lo que sea que haces —Pras se preguntó cómo era posible que Dios ni siquiera supiera cómo se estaba comunicando con él— puede que te sorprenda.

Sorprender no era probablemente el verbo más adecuado, pero no pudo dar con nada mejor.

Pras supuso que aquel era el instante de la revelación, el momento en el que se le confiaban los secretos del Universo o algo parecido, de manera que pudiera afrontar la muerte de una manera mejor y en total plenitud y armonía. Se preparó para lo que fuese que fuera a escuchar y permaneció atento.

El tiempo pareció estirarse en aquellos momentos, aunque era inútil preguntarse cómo.

Armand se inclinó sobre el teclado. Pasaron algunos segundos hasta que consiguió reunir las palabras exactas. Cuando terminó de teclear le pareció que la frase era a la vez cierta y lo suficientemente sencilla como para ser comprendida por cualquiera:

—Tu mundo forma parte de otro más grande.

A Pras no le sorprendió aquella revelación. No pensó que una mente científica estuviera mejor preparada que cualquier otra para aquellas palabras. Cualquiera podía haber esperado algo así. Era cierto que cientos de teorías científicas contemplaban la posibilidad de la existencia de unos mundos dentro de otros, pero también lo hacían muchas creencias religiosas. De hecho, lo que acababa de oír era completamente ambiguo a su entender. Sus pensamientos se vieron interrumpidos por una nueva frase que le atravesó

—Tu mundo es un mundo en un simulador; un simulador en el sótano de una vieja facultad en las afueras de una gran ciudad.

Aquello sí que le produjo un shock. Si alguna vez en aquella negra infinidad se había llegado a sentir algo, ahora se sentía mucho más pequeño. ¿Un simulador? Pero... pero... Todo era tan real. Todo había sido tan real. ¿Cómo era posible? Su mundo, su vida, todo lo que alguna vez vio, tocó u olió, había sido artificial. Sin embargo jamás habría podido sospechar algo así. Supuso que los árboles siempre tapan el bosque, y que todo es sencillo y coherente cuando se ve desde la perspectiva correcta, como en un truco de magia. El mago crea la ilusión para los espectadores, pero para cualquier otra persona fuera de ese grupo de atención y que presencia el truco desde un lugar privilegiado, todos los movimientos

del mago tienen un sentido y una coherencia aplastantes. La ilusión sólo existe cuando uno se sienta en el lugar adecuado.

Pras pensó que después de oír aquello no tenía más preguntas. Sin embargo, la palabra *simulador* suscitó su curiosidad científica.

—¿Qué clase de simulador? —dijo.

Armand tenía ahora la oportunidad de descubrir más sobre el mundo que había creado. Se sintió contento de tener la posibilidad de lucirse, de obtener un reconocimiento. Armand descubrió, después de mucho tiempo, que tenía un ego que alimentar. Jamás lo hubiera pensado.

—¿Sabes lo que es un ordenador? —tecleó.

—Sí —contestó Pras de manera apresurada preguntándose después hasta qué punto sabía lo que era un ordenador.

—Tu mundo es un simulador en un ordenador. Bueno, en muchos —añadió Armand levantando la vista y contemplando el interminable océano de luces rojas.

Pras quedó estupefacto; una estúpida simulación en una computadora. Los colores del día, la luz, el tiempo, el cielo, las estrellas, los sonidos... todo en unos y ceros. Se sintió estafado en dimensiones colosales.

Pero ¿por qué no? Era una idea que le había rondado más de una vez la imaginación. Después de todo era necesario un ordenador para ejecutar una simulación. Simplemente no podía imaginar los fabulosos recursos físicos y herramientas matemáticas que serían necesarios para llevar a cabo algo así.

Pensó que aquel Dios seguramente no sería único, que habría otros muchos como él. Al menos eso implicaba el concepto de *ciudad* que le había parecido escuchar hacía un rato. Quizá El Creador fuera especial por algún motivo.

Se preguntó cómo sería su mundo. El Creador se estaba mostrando receptivo a sus preguntas, pero probablemente su paciencia tendría un límite no muy lejano. Ni siquiera se le pudo ocurrir ninguna razón consistente para que se encontrara perdiendo el tiempo en ese momento con una de los miles de millones de millones de criaturas que poblaban lo que había sido su Universo hasta hacía bien poco.

Volvió a pensar en Mónica y trató de imaginar su futuro de ella a partir de entonces. Esperaba que tuviera una larga vida feliz en su mundo, pero la iba a echar de menos. La idea de ser parte de una simulación era desoladora, pero cuando uno formaba parte de la misma en su perfecta ignorancia, podía ser llevadero. Esperaba que consiguiera salir del país y que encontrara un lugar donde pasar la vida feliz.

Una vida feliz.

Pras pensó que eso era todo lo que uno podía pedir después de saber lo infinitamente irrelevante de su existencia.

—¿Qué le sucederá a Mónica a partir de ahora? ¿Hay alguna manera de saberlo? —preguntó Pras.

Armand pensó que su pequeña criatura estaba ya preparada para asumir su destino, así que no se anduvo con rodeos.

—Mónica... los seres que te rodeaban, buenos y malos, todo lo que conocías... ya no existen. La simulación ha terminado.

Pras no supo qué sentir en aquella ocasión. Uno no podía caer desde mil metros de altura en la nada, pero la sensación fue parecida. ¿Cómo podía todo un universo desaparecer de repente, de la noche a la mañana?

La simulación ha terminado.

Las palabras estaban claras, pero no sus consecuencias. Intentó pensar en todo lo que la frase suponía, pero fue

incapaz de imaginar el concepto de *final de todo*. De alguna manera su entendimiento parecía obviamente limitado. Quizá fueran sus emociones las que le impedían asimilar los acontecimientos.

Tras lo que parecieron unos minutos, todo lo demás dejó de importarle. Había encontrado una nueva preocupación, algo que ahora reclamaba su interés por motivos obvios: él. Quiso obtener más respuestas.

—¿Qué será ahora de mí? —le preocupó permanecer en aquella nada eternamente. No pensó que pudiera aburrirse, porque para eso hacía falta tiempo y no estaba seguro de que el tiempo existiera donde él estaba, pero tampoco la perspectiva le pareció agradable.

Armand había estado temiendo ver aparecer una línea así desde hacía algunos minutos. Y temía tener que dar explicaciones por el sencillo hecho de que Pras no estaba muerto todavía, pero sí condenado. Era una sencilla y trágica cuestión de tiempo. Probablemente su pequeña criatura se había dado cuenta de su desgarradora situación.

—Dejarás de existir cuando accione el conmutador principal —tecleó sin pensárselo dos veces. No se podía explicar de una manera más sutil, o al menos eso le pareció en aquellos momentos.

De alguna extraña manera, Pras se sintió aliviado. Dejar de existir no podía ser mucho peor que existir en aquellas condiciones en las que se encontraba. No tenía ningún lugar adonde ir ahora que todo lo que alguna vez hubo conocido había desaparecido, así que dejar de existir le pareció una solución razonable.

Se preguntó cómo sería no existir en absoluto. Trató de imaginarlo y descubrió que no era capaz. Se le hacía difícil imaginar algo diferente a la nada en la que se encontraba

inmerso en aquellos momentos. Aquello ya parecía un buen paso intermedio entre la existencia y el más absoluto de los olvidos.

—¿Qué sentiré? —a pesar de haber aceptado su destino, sentía curiosidad.

—No lo sé —contestó Armand—. ¿Cómo saberlo?

Las limitaciones de El Creador, aunque le parecían lógicas después de todo lo que había oído, le seguían resultando igualmente aberrantes. Solamente parecía tener respuestas para las preguntas eminentemente sencillas. Daba la impresión de desconocer tanto como él los misterios de la vida, de la muerte, de los sentimientos... Quizá no existiera una explicación simple y comprensible para todo aquello. O quizá la respuesta fuera tan sencilla que la tuviéramos frente a nosotros y no fuéramos capaces de verla, al igual que los árboles tapan el bosque y nos sentamos frente al mago para disfrutar de la ilusión que crea para nosotros.

—Nada —escuchó Pras de repente.

—¿Cómo? —preguntó en el vacío temiendo haber perdido el hilo de la conversación sepultado por sus propios pensamientos.

—Probablemente no sentirás nada. Así será la muerte. Desaparecerás y ya está —las palabras le sonaron a Armand acertadamente sencillas. *Y ya está*, pensó.

Y ya está, se dijo Pras repitiendo las últimas palabras de El Creador.

Sí, ¿por qué no? Parecía lo suficientemente simple y sólido como para ser cierto. Así eran las buenas teorías. Esto es así y así, *y ya está*. Nunca se había parado a pensar en la muerte, pero visto de aquella manera le pareció deliciosamente sencillo, ¿por qué no? ¿Por qué tenía que existir una explicación para todo? ¿Por qué esperábamos

siempre respuestas y poníamos tan poco de nuestra parte? Siempre interrogando al destino en lugar de dejarnos llevar por él. ¿Contra qué había que luchar?

De alguna manera, Pras se sintió preparado para afrontar su fin. Se encontraba casi ansioso por dejar de existir.

—Estoy preparado —dijo. Pensó tras pronunciar aquellas palabras que quizá El Creador no hubiera terminado todavía con él, que era posible que la conversación debiera continuar y que él no era quien para decir cuándo algo empezaba o acababa.

Armand se frotó de nuevo la barba sentado frente al monitor. No pudo más que sentir lástima por su pequeño compañero, perdido como él en los misterios de la existencia. Deseó tener la oportunidad, algún día, de que alguien le diera a él las explicaciones. Después de todo Pras se podía considerar un ser extraordinariamente afortunado.

—De acuerdo —tecleó lentamente.

Pras escuchó aquellas palabras y se sintió solo. Quiso oír más, pero seguramente lo mejor sería terminar con todo de una vez.

Armand deseó saber algo más de su pequeño compañero, pero pensó que no leería nada más. Empezó a incorporarse sin dejar de mirar la pantalla, con la esperanza de ver aunque fuera una última línea. La suerte le sonrió esta vez:

—Adiós. Ha sido un placer.

Aquellas palabras le reconfortaron y le llenaron de un calor que hacía mucho tiempo que no había sentido. Habría pensado que iba a derramar una lágrima si no hubiera sido porque había olvidado hacía muchos años lo que era llorar. Pese a todo, sintió un molesto pero a la vez agradable sentimiento en sus entrañas.

Volvió a sentarse frente a la pantalla y tecleó con cuidado:

—Igualmente. Adiós. Buena suerte.

Ahora fue Armand quien se sintió extrañamente feliz y preparado. Supo que no leería nada más en aquella pantalla, así que se levantó y se dirigió hacia el conmutador general.

Mientras caminaba volvió la mirada varias veces hacia el mar de luces rojas que se perdía en el horizonte. Trataba de asimilar todo lo que había sucedido. Se sintió extraordinariamente afortunado cuando se dio cuenta de que, mientras que quien fuera que tuviera que revisar los registros de diez años de Gaia se enfrentaba a una tarea ardua, compleja, infinita y posiblemente vana, él había tenido la oportunidad de conocer todos sus misterios de primera mano en apenas una hora de charla. Le pareció una extraña paradoja. Armand sonrió y el gesto le agradó, así que mantuvo la sonrisa cuando llegó al cuadro de mandos.

Abrió la tapa de plástico que cubría el panel y lentamente fue levantado las palancas una a una con un sonoro chasquido cada vez. Los primeros interruptores desconectaban las máquinas de otros pisos, así que no fue hasta poco después que pudo ver desaparecer las primeras luces rojas en la lejanía. Segundos más tarde, la estancia apareció en una inmensa oscuridad que hubiera parecido infinita de no ser porque el flexo arrojaba una luz amarillenta sobre la mesa a unos veinte metros de donde se encontraba, como una isla en mitad del espacio sideral.

Decidió que no le gustaba aquella visión y accionó el interruptor general de la luz. El enorme sótano se iluminó lentamente a medida que grandes tubos de neón parpadeaban hasta permanecer por fin encendidos. La estancia no parecía tan grande en aquellas condiciones.

Armand caminó de vuelta a la mesa absorto en sus pensamientos. Se sentó frente a la pantalla y comprobó que

estaba apagada. Era de nuevo un oscuro y frío cristal. Se preguntó qué habría sido de su pequeño amigo, dónde estaría en aquellos momentos. Seguramente habría dejado de existir *y ya está*.

Era tan deliciosamente sencillo que no pudo evitar repetirlo. Su conversación con el pequeño y virtual habitante de Gaia le había resultado enriquecedora y lo que más le sorprendió, muy agradable.

Un ruido a sus espaldas que no había oído jamás le sobresaltó. No fue capaz de identificarlo y no supo de qué se trataba hasta que giró la silla alegremente sobre sus ruedas.

Se trataba de María, la señora de la limpieza. Era una mujer de unos 50 años con el pelo teñido de negro. Vestía un uniforme azul con pequeñas rayas verticales con su nombre en la solapa, y llevaba un pañuelo también azul en la cabeza. Empujaba un carrito en el que había una gran bolsa negra de basura y utensilios varios de limpieza. La mujer se sorprendió de encontrar la estancia iluminada de aquella manera, y en su cara se podía leer una expresión próxima al terror. Con las llaves en la mano y la mirada confusa, balbuceó tímida o temerosa, Armand no lo hubiera sabido decir:

—Yo... yo... lo siento —acertó a decir—. Volveré más tarde.

Armand le gritó:

—¡No! —se sorprendió de la fuerza con la que el monosílabo había retumbado en la estancia—. No, por favor. Espere un momento.

Se levantó de un salto y tomó su abrigo. Con él bajo el brazo, caminó hasta alcanzar a la señora junto a la puerta. Al llegar a ella, la tomó del brazo y le dio la vuelta. Con una mano en la espalda, la condujo fuera del laboratorio.

—Por favor, deje que le invite a un café —le dijo Armand a la mujer—. ¿Le he hablado alguna vez de mi hijo? Tengo una foto...

La puerta del enorme sótano se cerró tras ellos.

Este libro ha sido compuesto con PDF^LA^TE^X
con el tipo de letra New Century Schoolbook
y haciendo uso de la clase memoir
y de los paquetes hyperref y letrine,
entre otros.